alboores

EL SECRETO DEL ELIXIR MÁGICO

Óscar Hernández-Campano



Lectulandia

¿Y si descubrieras que la Fuente de la Eterna Juventud existe?

Daniel, Gabi y Andrés, unos adolescentes que disfrutan de las vacaciones de verano, ven interrumpida su despreocupada vida cuando al padre de Dani, arqueólogo y aventurero, le disparan una flecha con misteriosas inscripciones. Desconfiando de la policía, los jóvenes Daniel, Gabi y Andrés, unos adolescentes que disfrutan de las vacaciones de verano, ven interrumpida su despreocupada vida cuando al padre de Dani, arqueólogo y aventurero, le disparan una flecha con misteriosas inscripciones. Desconfiando de la policía, los jóvenes deciden investigar por su cuenta. Pronto descubren que toda la humanidad está en peligro. Comienza así una aventura que llevará llevará a nuestros héroes por medio mundo en una carrera contrarreloj contra las fuerzas del mal. Sin embargo, no lucharán solos. Susana, una intrépida aspirante a inspectora, se unirá a ellos y les presentará a una poderosa hechicera: Úrsula.

El secreto del elixir mágico es una trepidante historia llena de imaginación y personajes carismáticos que sigue la tradición de las mejores novelas de aventuras aunando viajes, tesoros ocultos y magia.

Óscar Hernández-Campano

El secreto del elixir mágico

ePub r1.0
Titivillus 11-07-2024

Título original: *El secreto del elixir mágico*
Óscar Hernández-Campano, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

ÍNDICE

Cubierta
El secreto del elixir mágico
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y uno
Capítulo Treinta y dos
Capítulo Treinta y tres

A la memoria de los maestros Jules Verne y Emilio Salgari.
A mis padres.

PRÓLOGO

La historia que me dispongo a narrar ocurrió a finales de los años ochenta del pasado siglo XX. Mis amigos y yo éramos, en aquel entonces, unos chavales llenos de sueños y sin miedo a nada, como todos los adolescentes. Nuestra vida era bastante normal: íbamos al instituto, salíamos los fines de semana, veíamos películas y, en general, nos divertíamos de manera despreocupada. El tiempo discurría así hasta que, un verano, mientras disfrutábamos de las vacaciones, empezaron a ocurrir cosas misteriosas a nuestro alrededor. De la noche a la mañana nos vimos inmersos en una aventura que cambió nuestras vidas. Aún hoy, tantos años después, recordar lo que pasó me sigue poniendo los pelos de punta. Vivimos algo extraordinario, nos enfrentamos a fuerzas sobrenaturales y pagamos el precio de salvar el mundo.

Lo que ocurrió, aunque hayan pasado muchos años, sigue tan reciente en mi memoria que a veces me despierto por las noches y me parece que todavía está pasando. Por eso he decidido ponerlo por escrito y compartirlo. Creo que contándooslo conseguiré dormir al fin sin sobresaltos.

Narraré lo que ocurrió desde el principio, aunque el principio que recordamos no siempre es el verdadero comienzo de las cosas porque, como suele ocurrir en la vida, cuando tenemos conocimiento de algo, en realidad es como si montáramos en un tren en marcha o como si nos sumergiéramos en un río cuyas aguas nunca se detienen…

Pasa la página y lee con atención. Si eres un chaval de más o menos la edad que yo tenía cuando viví aquella aventura, me entenderás en seguida; si eres un adulto, como yo lo soy ahora, deja que quien lea sea el adolescente soñador que llevas dentro.

Capítulo Uno

UN AMANECER MUY MOVIDO

La explosión fue tremenda. Los fragmentos de piedra atravesaron a gran velocidad la nube de polvo que se formó tras la detonación. Yo permanecía acurrucado tras una enorme roca a varios metros de distancia. Tenía los ojos cerrados y me protegía la cara con los brazos. Me costaba bastante respirar; comencé a toser. Aunque me tapaba la boca y la nariz con un pañuelo, sentía que me asfixiaba. Casi a ciegas, saqué de mi mochila una cantimplora, la abrí torpemente y, tras beber un poco y refrescarme la garganta, me tiré el resto por encima para lavarme la cara con el pañuelo.

Poco a poco, el aire del exterior fue haciendo respirable el lugar, se llevó el polvo y permitió que la luz del día iluminara la gruta.

Los nervios me empujaron a salir de mi refugio de forma temeraria. Como buen aventurero debía haber esperado a que cesara el continuo caer de piedras y cascotes que, aunque no muy grandes, sí resultaban peligrosos. Me sacudí el polvo y la arena de los hombros, de los brazos y del sombrero. Miré a mi alrededor. El fascinante juego de luces y sombras que provocaban los recovecos de la cueva y los continuos entrantes y salientes de la pared me impedían ver con claridad. Rebusqué entre mis cosas hasta que di con una linterna que iluminó la gruta. Satisfecho, observé el resultado de la explosión de la dinamita que le había comprado a un comerciante muy poco recomendable de la ciudad.

Tal y como esperaba, en el lugar exacto donde señalaba el mapa, apareció la galería. Había permanecido oculta durante milenios tras un grueso muro de piedra. Aquel era el lugar. Después de tanto tiempo, investigaciones y peligros, lo había encontrado. Un escalofrío me recorrió el cuerpo; los nervios no me permitían pensar con claridad. El tesoro tenía que estar allí. El mapa era auténtico, había seguido las pistas y había encontrado la cueva secreta.

Con cautela y paso firme, me encaminé hacia la entrada de la galería. Movía la linterna de izquierda a derecha y de arriba abajo, escrutando un lugar que nadie había visto desde tiempos remotos. De repente, algo llamó mi

atención. Me pareció que había algo oculto entre las sombras. Enfoqué la luz hacia aquel punto. Me quede sin respiración, sin poder siquiera pestañear. Era lo más hermoso que jamás había visto. Con sumo cuidado, aunque hecho un manojo de nervios, me acerqué, dejé la linterna sobre una roca, cogí el tesoro con las dos manos y, tras admirar su belleza un momento, lo introduje en la mochila. Sonreía nervioso. Creo que incluso me temblaban las manos. Cerré los ojos un instante y me obligué a calmarme. Encontrar el tesoro solo era el primer paso. El peligro no había pasado. Tenía que ser cauto, actuar con frialdad y pensar con detenimiento.

Cuando me disponía a marcharme, más tranquilo y con la mente fría, sentí que algo me rozaba los pies. Miré hacia abajo y sentí una especie de descarga eléctrica. Una enorme zarpa de color salmón, repleta de escamas y con afiladas garras, reposaba sobre una de mis botas. Salté hacia atrás y enfoqué con la linterna hacia lo que fuera que me había tocado. Entonces vi algo que me heló la sangre: una bestia enorme, cubierta de escamas anaranjadas y ojos del color de las esmeraldas. Su mirada era gélida y demoníaca. Balanceaba su enorme cabeza, en la que destacaban tres pares de cuernos y sus afilados dientes. Exhalaba una especie de humo que no hacía presagiar nada bueno.

Sentí pánico. Entonces vi que la bestia se disponía a abalanzarse sobre mí. Adivinando sus intenciones, le arrojé la linterna a la cabeza y salí corriendo. El monstruo, desconcertado por mi arrojo, no tardó en perseguirme. La entrada de la cueva se me antojó entonces muy lejana. Corría sobre aquella roca húmeda aferrándome a la mochila y a la esperanza de que la luz del sol se aliara conmigo contra aquel ser, guardián milenario del tesoro que me llevaba. Me habían hablado de la bestia, pero pensé que era un mito, una leyenda para timoratos. Sin embargo, era real, sus garras eran reales y el fuego que lanzaba también. Mis piernas se movían como jamás lo habían hecho, aunque no fui lo suficientemente rápido. La bestia se acercaba a gran velocidad. Miré hacia atrás y la vi casi encima, dando enormes saltos sobre sus tres o cuatro pares de patas. Sus fauces, abiertas, mostraban un par de hileras de amenazantes colmillos. Sus garras, tan afiladas como bisturíes, destrozarían mi cuerpo como si rasgasen papel, el fuego de su esófago me calcinaría. Pero aún no me había alcanzado. Todavía había esperanza. Solo unos metros y llegaría al exterior. Sentía ya el aliento sulfuroso del monstruo sobre mi cogote cuando alcancé la entrada. Sin dudarlo, salté hacia la luz del día justo cuando unas de las garras me rozaba la espalda. Caí rodando por la ladera de la montaña. La claridad, como había imaginado, cegó por un momento al monstruo. Aproveché aquella tregua para extraer de la mochila

un cartucho de dinamita, prender la mecha con mi mechero de la suerte y lanzarle el explosivo al monstruo, que lo atrapó al vuelo con sus fauces. Corrí montaña abajo y me oculté tras una roca enorme, esperando que la explosión acabara con el infernal guardián del tesoro. Sin embargo, la mutable climatología de aquellas latitudes tropicales quiso que se pusiera a llover copiosamente justo cuando la dinamita iba a explotar. Además, la criatura ya se había habituado a la luz del día. Desde mi precario escondite la vi escupir el cartucho y lanzar a continuación un escalofriante rugido. Después entornó los ojos y escrutó la zona, buscándome. Me agazapé lo mejor que pude. No obstante, no tardó en dar conmigo. Volvió a rugir y aquel sonido me llenó de terror. Me lancé ladera abajo en una carrera desesperada. La bestia se arrojó hacia mí, furiosa y dispuesta a despedazarme. La sentía cada vez más cerca, a punto de darme alcance. Entonces saltó. Yo tropecé, caí rodando y vi que una de sus garras se precipitaba sobre mí. De pronto… me caí de la cama enrollado en las sábanas y empapado en sudor.

—¡Daniel! —escuché gritar a mi madre, llamándome desde la cocina—. ¡Levántate ya! Se te está enfriando el desayuno.

Todavía estaba desorientado, confuso, y miraba a mi alrededor sin entender. Al ver mis pósters —la mayoría de películas de aventuras de la época—, mis muebles y, al otro lado de la ventana, el pino por el que entraba y salía de casa a escondidas, me di cuenta de que había sido un sueño. Estaba en el suelo, entre las sábanas, recordando las fauces del monstruo, cuando el reloj que mi padre me había traído de Japón dijo con su voz robótica: «¡Son las nueve de la mañana!».

Me liberé de las sábanas y me dirigí al cuarto de baño. Encendí la luz y me miré al espejo. Mi cabello negro, todo revuelto, me cubría la cara y, a través de algunos mechones, podía verme los ojos oscuros, aún nublados por el sueño. En aquel momento mi cabeza era un torbellino de ideas sin orden ni sentido: recuerdos, pensamientos y el maravilloso, terrible y emocionante sueño que había tenido. De entre todas las voces que me abarrotaban la cabeza aislé una que se fijó en mi mente: era la del reloj oriental, que poco antes había marcado las nueve en punto.

—¡Oh, maldita sea! —exclamé al tiempo que abría apresuradamente el grifo de la ducha—. ¡Llego tarde a los Tres Robles!

Fueron unos minutos vertiginosos. Resbalé en la ducha, tropecé con el calzado, me hice un lío con los pantalones y, por pisarme los cordones de las deportivas, casi caigo rodando por las escaleras.

El motivo de tanta prisa era mi amigo Andrés. Había quedado con él a las nueve y media en el cruce de los Tres Robles y se tardaban unos veinte minutos en bicicleta desde mi casa. Aquella era una mañana de principios de julio y ya hacía un par de semanas que disfrutábamos de las merecidas vacaciones de verano tras un curso duro del que había salido airoso. No debería haber tenido prisa, pero mi amigo era un fanático de la puntualidad y, la verdad, habría hecho cualquier cosa por no aguantar uno de sus famosos sermones.

Atravesé la cocina en dirección a la puerta de atrás, que daba al jardín y al garaje. Mi madre, sorprendida por mi comportamiento, aunque suponiendo lo que ocurría, dijo frunciendo el ceño:

—¡Alto ahí! ¿Adónde vas sin desayunar? Vamos, hijo, tienes que comer algo. Andas todo el día por ahí y vete tú a saber qué comerás.

—Mamá —dije mientras cogía unos bollos, los metía en la mochila y me acercaba a ella con intención de darle un beso—, he quedado con Andrés y ya llego tarde. Ya sabes cómo se pone cuando no somos puntuales. Tranquila, con esto —añadí señalando los dulces y dirigiéndome a la nevera— y un par de refrescos, paso la mañana.

—Ten cuidado, hijo —me pidió mientras me arreglaba la ropa, cosa que le encantaba hacer, pese a que sabía que yo lo odiaba—. Sabes que me preocupo mucho cuando hacéis el loco con las bicicletas.

—Tranquila, ya sabes que Gabi nos cuida como si fuese una madre.

Ignorando mi incomodidad y la prisa que tenía, continuó arreglándome la ropa y atusándome el pelo. Cuando conseguí que me soltara, salí corriendo, atravesé el jardín, abrí el garaje y monté en mi Mountain Special Bike. Ese era el rimbombante nombre que le había dado a mi bicicleta su creador: mi amigo Gabi.

Siempre me habían gustado los artilugios transformables y los vehículos llenos de sorpresas utilizados por mis héroes favoritos, así que le pedí a mi amigo —un proyecto de genio algo excéntrico— que hiciera un par de ajustes a mi bicicleta convencional, que le añadiera un par de trucos y…, bueno, el resultado fue una bicicleta aparentemente normal, pero que ya me había sacado de apuros en algunas ocasiones.

Por fin salí de casa y me puse a pedalear a toda velocidad. Tenía que atravesar la ciudad y el tiempo apremiaba. El aire fresco de aquella soleada mañana de verano me acariciaba la cara y revolvía mi cabello. Aquello me hacía sentir muy bien, libre e invencible, como es natural a la edad que yo tenía entonces. Mientras esquivaba personas, farolas y buzones de correos,

recordé el sueño y una sonrisa se dibujó en mi rostro. Mi mente me había hecho vivir una aventura a la altura de la que veía en las películas de mis héroes favoritos: exploradores del África virgen, del misterioso Oriente, intrépidos arqueólogos, aventureros todoterreno, agentes secretos, pioneros del espacio exterior…

Entre todos aquellos héroes había uno a quien admiraba por encima de los demás. Se trataba de un aventurero que había estudiado historia, arqueología, arte y lenguas muertas, un explorador de civilizaciones desaparecidas, descubridor de secretos y viajero incansable. Ese era mi padre, el profesor Eduardo Monreal, quien dedicaba su vida a desenterrar reliquias y a buscar tesoros olvidados. Viajaba constantemente por todo el globo y había trabajado para muchos gobiernos recuperando objetos perdidos por el paso de los siglos, o rescatándolos de las manos de ladrones y traficantes de obras de arte. Aquel verano en el que yo pedaleaba contrarreloj, mi padre acababa de regresar de un largo viaje en el que había recuperado la corona de oro y piedras preciosas de un legendario sátrapa del siglo V a. C. Se acababa de coger unas merecidas vacaciones —que pasaba en casa de forma invariable, cansado de viajar por todo el mundo— durante las que solo se dedicaba a pescar en un lago cercano. De pequeño solía acompañarlo, pero como había que madrugar mucho y cada vez me daba más pereza, era mi hermano Óliver —un diablillo de diez años— quien iba con él desde hacía un par de veranos.

El reloj que llevaba en el manillar marcaba las nueve y veinticinco y me encontraba bajando la cuesta de la calle Antonio Machado a toda velocidad. Según el cuentakilómetros iba a 65 kilómetros por hora y aumentando. Al final de la calle se veía el paso a nivel del ferrocarril. Apenas tuve tiempo de pensar que ojalá no pasara ningún tren, cuando un antiguo convoy de mercancías empezó a cruzarlo de forma lenta y acompasada. El tren, cargado de contenedores, en su mayoría metálicos, aunque también transportaba algunos de madera, era muy largo e iba demasiado despacio como para que le diera tiempo a terminar de pasar antes de que yo alcanzase las vías.

Me invadieron los nervios. No tenía tiempo ni había distancia suficiente para frenar antes de que me estrellase contra el tren. Podía frenar, pero iba demasiado rápido y no lograría mantener el control de la bicicleta. Solo treinta metros me separaban de un impacto seguro. Cerré los ojos con fuerza, intenté idear algo que me salvara, veinte metros, no podía frenar, diez metros, abrí los ojos y traté de imaginar qué habría hecho alguno de mis héroes en mi situación; cinco, cuatro, tres. En el último instante giré violentamente a la derecha y choqué contra el tren.

Impacté contra uno de los vagones de madera. Los viejos y carcomidos tablones del contenedor cedieron ante mi embestida y el manillar quedó atascado entre ellos. Mi cabeza se había golpeado también contra el vagón y me sentí aturdido, aunque conseguí mantenerme en equilibrio. Traté de desengancharme del tren dando fuertes tirones y empujando con la pierna izquierda, pero resultó inútil. Estaba buscando la manera de salir de aquella situación cuando la sirena de la locomotora llamó mi atención. Miré hacia adelante y noté como mi corazón se desbocaba. A unos cien metros un viejo roble se erguía junto a la vía, interponiéndose en mi camino y amenazando con engullirme a no ser que consiguiera soltarme a tiempo. Forcejeé cuanto pude, pero todo resultaba inútil: el manillar seguía atascado. Solo unos instantes me separaban del impacto. Me iba a estrellar si no saltaba y abandonaba la bicicleta. Un sudor helado me recorrió el cuerpo.

Capítulo Dos

ANDRÉS, GABI Y EL CUARTEL GENERAL

Apenas quedaba tiempo. Me iba a estrellar contra un roble que, sin duda, me partiría en dos. Salvo que abandonase mi bicicleta y saltase. Pero no podía hacerlo: la Special Bike simbolizaba todos mis sueños e ilusiones. Intenté desengancharme del vagón de mil maneras, aunque todo esfuerzo resultaba infructuoso. Cuando quedaban ya unos pocos metros y la idea de saltar se iba convirtiendo por momentos en mi única alternativa, se me encendió la bombilla. Sin perder un segundo, me volví y desenganché los propulsores traseros que Gabi había instalado en la bici para permitirme saltar obstáculos con facilidad. Los coloqué apuntando al vagón y confié en que el trabajo conjunto de la propulsión y mi pierna izquierda liberase la Special Bike. Apreté el botón correspondiente en el control de mandos y los propulsores chispearon lanzando su chorro de energía contra el vagón. Al mismo tiempo, empujé con todas mis fuerzas y, a tan solo metro y medio del roble, escuché un crujido de madera, el manillar se desenganchó por completo y la bici y yo salimos disparados.

No sé exactamente cuántas vueltas dimos —creo que una volando y dos o tres rodando por el suelo— hasta que chocamos contra unos arbustos. Creo que perdí el conocimiento porque, cuando abrí los ojos impelido por las palmadas en la cara que alguien me estaba dando, sentí que despertaba de un profundo sueño.

—Dani, despierta, ¡Daniel! ¡Vamos, despierta!

Solo veía una gran silueta borrosa a contraluz: seguía aturdido.

—Andrés… —farfullé reconociendo aquella voz.

—¡Menudo golpe! Vamos, arriba, muchacho. Me imagino que vendrías haciendo el loco, para variar, y seguro que sin mirar, soñando con tus películas, olvidando los riesgos de la vida real, los peligros que una ciudad como esta encierra, donde el más pequeño de los detalles puede convertirse en una trampa mortal y…

—¡¡¡Andrés!!! —grité, interrumpiendo unas de sus archiconocidas frases sin final—. Ayúdame a levantarme; estoy un poco mareado… Oye —le dije cuando ya estaba de pie, recuperando el equilibrio—, ¿qué haces aquí? ¿No habíamos quedado en los Tres Robles?

—Sí, pero como te conozco, amigo mío, supuse con razón que llegarías tarde, como siempre. Así que decidí venir paseando y encontrarte por el camino. Y, mira por dónde, te veo aquí tumbado, tomando el sol. Yo podía haberme quedado esperándote hasta el día del juicio final. Aunque, conociéndote, seguro que me hubieras hecho esperar todavía más…

—¡Andrés! ¡Para ya! ¿No te das cuenta de que he tenido un accidente? Me quedé enganchado al tren y… —callé de repente, al verla—. ¡¡No!!

—¿Qué pasa, Dani?

—¡¡La Special Bike!! ¡Está destruida! —exclamé llevándome las manos a la cabeza.

Con mucho cuidado la levantamos del suelo. La rueda delantera estaba retorcida, la cadena hecha añicos, el manillar partido por la mitad, los propulsores traseros inutilizados y el cuadro de mandos convertido en un montón de cables y placas electrónicas inservibles. En fin, un siniestro total.

—Oh… Pero… No puede ser… —me lamentaba una y otra vez mientras examinaba los restos—. ¡Qué desastre! —repetía arrodillado bajo la mirada solidaria de mi amigo.

—Tranquilo, Dani, al menos tú estás entero; Gabi la reconstruirá —me animó Andrés, palmeándome el hombro—. Por cierto, son las diez menos diez. Llegamos tarde, así que vas a ser tú el que le dé explicaciones a nuestro amigo —resolvió.

Asentí y, cogiendo la malograda bicicleta entre los dos, nos dirigimos hacia el punto de encuentro.

Andrés era mi mejor amigo. Era un muchacho un poco nervioso e inquieto, pero con un corazón de oro. Era fiel, leal, honesto y todo lo que se puede pedir a una verdadera amistad. Tenía dieciséis años, como Gabi y yo. Íbamos juntos a clase desde pequeños. Andrés era más alto que yo y su cuerpo era dos veces el mío. Aparte de ser insaciable a la hora de comer, estaba hecho un verdadero toro. Su fuerza era legendaria. Además, tenía cinturón negro en kárate y se estaba especializando en la milenaria lucha de sumo. Solíamos bromear con él, porque, como tenía el pelo rizado, rubio y cortito, no podría lucir la coleta que acostumbran a llevar los luchadores de esa arte marcial. Sus ojos, pequeños y oscuros, desprendían una bondad enorme, aunque cuando se enfadaba, se transformaban en dos diminutas

brasas de carbón. Pero si por algo era conocido Andrés, era por sus largas e interminables peroratas que repartía a diestro y siniestro cuando se le presentaba la ocasión de echarle a alguien un buen sermón.

Veinte minutos más tarde, comiendo los bollos que había cogido de casa, llegamos a nuestro Cuartel General. Era una pequeña cabaña de madera que nos había construido el padre de Andrés y que permanecía oculta entre los árboles de la cima de una colina cercana a la ciudad. Era un refugio, un santuario, un espacio solo nuestro en el que pasábamos gran parte del tiempo libre charlando, jugando, leyendo revistas y algunos libros, trabajando en nuestros proyectos, refugiándonos de un mundo que a nuestra edad nos resultaba hostil y demasiado extraño… La cabaña pasaba inadvertida a los ojos de cualquiera que paseara por la zona, ya que Gabi había plantado enredaderas que la habían cubierto casi por completo, camuflándola a ojos extraños. A pesar de su tamaño modesto, el *cuartel* se componía de dos pisos. En la fachada que daba al sendero principal, había dos ventanas disimuladas con cortinas hechas con tela de camuflaje militar. La puerta principal estaba pintada de los mismos colores. El interior era una sala dividida en dos espacios. A la derecha teníamos un sofá de escay azul algo roído, un par de sillones, uno verde oscuro y otro granate, y un escritorio de madera de pino con un par de cajones. Sobre esa mesa descansaba una máquina de escribir y una emisora de radio de medio alcance que había construido Gabi con piezas de otros aparatos. Sobre una mesita auxiliar, frente a las dos butacas, había un pequeño ordenador personal y una impresora. La verdad es que la computadora solo la usábamos para jugar durante horas a matar *marcianitos* de manera inmisericorde.

A la izquierda, y separado del resto de la estancia por un biombo, se encontraba el laboratorio de Gabi. Mi amigo solía hacer experimentos y dedicaba tardes enteras a construir artilugios que, casi siempre, acababan abandonados por inservibles o porque lo que él ideaba resultaba imposible de llevar a la práctica con la tecnología de aquellos años. Gabi era un adelantado a su época que, de vez en cuando, inventaba alguna maravilla, como la Special Bike.

El salón estaba adornado con pósters de películas de aventuras, de paisajes exóticos y, en el laboratorio, supervisando los progresos del joven científico, un retrato de Albert Einstein completaba la decoración.

Justo enfrente de la puerta se hallaba la escalera de caracol por la que se accedía al piso superior. Esa planta se dividía en dos partes, una cubierta y otra al aire libre. En la primera, adonde iban a parar las escaleras, había una

habitación con una pequeña cama para emergencias, un armario donde guardábamos mantas, ropa y un montón de revistas viejas, y una cómoda sobre la que descansaba un botiquín de primeros auxilios. En los cajones había juegos de mesa y ropa pasada de moda. En un rincón se abría una minúscula habitación del tamaño de una cabina de teléfonos en la que habíamos instalado un retrete y un diminuto lavabo. Las cañerías, derivadas de las que suministraban agua a la ciudad desde el embalse, entraban por el techo y desembocaban en un arroyo cercano.

En la terraza, a la que se accedía desde la habitación, teníamos tumbonas para tomar el sol. También albergaba la estación meteorológica de Gabi: una caseta con pluviómetros, termómetros, una veleta, un anemómetro y otros aparatos para estudiar el tiempo. Era, además, el lugar idóneo para observar las estrellas y vigilar la tierra, ya que se divisaba la ciudad, el lago y el acceso a la colina.

Sobre el tejado de la habitación que hacía las veces de dormitorio, habíamos instalado la antena de la emisora de radio y la conexión de la electricidad, que, apoyada sobre las ramas de un enorme pino contiguo, llegaba a la red principal, donde estaba enganchada. El agua subía al piso de arriba impulsada por una pequeña bomba hidráulica.

En definitiva, nuestro Cuartel General era un espacio único en el que los tres amigos crecimos y compartimos conversaciones, risas y confidencias.

Cuando Andrés y yo nos aproximábamos a la entrada principal nos percatamos de que la puerta estaba entreabierta, cosa que nos preocupó, ya que siempre la dejábamos cerrada.

—Rodea la cabaña, a ver si hay alguien en la parte de atrás —le indiqué a mi amigo en voz queda, apoyando la bicicleta sobre la hierba.

—No hay nadie —me informó al volver a la encina tras cuyo robusto tronco lo esperaba, vigilando la entrada—. ¿Qué hacemos? —preguntó, esperando que le respondiera con seguridad, a pesar de que yo estaba tan indeciso como él.

—Deberíamos entrar —sugerí, no muy convencido—. A lo mejor Gabi se ha dejado la puerta abierta.

Nos acercamos con cautela, blandiendo unas ramas, y abrimos la puerta hasta atrás procurando no hacer ruido. Pero la suposición de que no había sido más que un descuido de nuestro amigo se esfumó enseguida. Lo que vimos nos dejó de piedra. Parecía como si un ciclón hubiera entrado en la caseta. Los sillones estaban volcados, las mesas patas arriba y el contenido de los cajones esparcido por el suelo. Las bombillas que colgaban del techo y que

estaban conectadas a los cables del tejado estaban rotas, y el ordenador y la máquina de escribir habían desaparecido. La imagen era desoladora.

—¡¡La caja!! —exclamó entonces mi amigo—. ¡Dani, la caja, la caja fuerte! —repitió dirigiéndose al lugar donde escondíamos los ahorros comunes que íbamos aportando entre los tres para comprar comida, bebida o cualquier otra cosa que precisáramos en nuestro refugio, y que teníamos escondida en un hueco de la pared, detrás del sofá—. ¡Está abierta! ¡Vacía! ¡¡Maldita sea!! —exclamó Andrés, dominado por la furia.

Tras un momento de silencio, el mismo pensamiento nos vino a la cabeza: el piso superior. Nos dirigimos rápidamente a las escaleras y, cuando íbamos a subir, una especie de alarido horrible nos detuvo. Alguien bajó las escaleras gritando y corriendo. Su cara no era normal, estaba deformada y resultaba monstruosa. Aquel ser se movía constantemente, como si sufriera espasmos, vociferando palabras sin sentido. No se detuvo; nos arrolló y nos tiró al suelo, sin que fuéramos capaces de reaccionar.

Cuando estaba a punto de escapar, Andrés lo agarró de un tobillo. El espantoso intruso perdió el equilibrio y cayó de bruces junto a la entrada. Entonces me levanté de inmediato y me lancé sobre él, inmovilizándolo. Mi amigo, furioso, se incorporó y lo amenazó con una de aquellas ramas, dispuesto a golpearlo.

—¡Suéltame, Daniel, soy yo! ¡Suéltame! —exclamó el extraño—. ¡Soy yo! ¡Soy Gabriel! ¡Soy Gabi! —insistió ante nuestra sorpresa.

Andrés se agachó y le arrancó lo que resultó ser una máscara, apareciendo bajo ella el rostro risueño de nuestro amigo.

—Pero… ¿qué significa todo esto? —acerté a preguntarle mientras él no paraba de reír.

—¿De qué te ríes? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién ha destrozado el cuartel? ¿Y ese disfraz? —preguntaba Andrés, sosteniendo la horrible máscara en la mano.

—Tranquilos, no ha sido nadie. Quiero decir que he sido yo. Pero calmaos, no es para tanto; solo he desordenado las cosas un poco. Vamos, Daniel, deja que me levante y os daré todas las explicaciones sobre el experimento que estoy llevando a cabo. Ahora voy a clasificaros, meteré los datos en el ordenador y listo.

—¡¿Clasificarnos?! —preguntó Andrés, desconcertado.

—Sí —respondió Gabi mientras se ponía en pie—, tengo que clasificar las reacciones que habéis tenido: histeria, nerviosismo, valor, cobardía, humor… —explicó tras ponerse las gafas y sacar el ordenador de debajo de una manta.

Lo colocó en su lugar e introdujo acto seguido la información—. *Voilà!* Ya está, ya estáis en el archivo. Sentíos orgullosos porque vais a formar parte de las estadísticas. Y ahora ordenemos todo esto.

Gabi era un genio, al menos eso pensábamos nosotros. Desde siempre se había interesado por las ciencias. Sentía pasión por la física, la química, la astronomía y las matemáticas. Con solo dieciséis años era un verdadero experto en todas ellas. Además de sus conocimientos, su aspecto desaliñado encajaba con el modelo de genio extravagante. Era alto y delgado, llevaba el pelo demasiado largo y revuelto, y sus de por sí ojos saltones destacaban más a través de los cristales de sus gafas redondas y de montura plateada. Era puro nervio y resultaba difícil encontrarlo sin hacer nada. Cuando estábamos en el cuartel se ponía una bata blanca en la que había bordado su nombre y en cuyos bolsillos llevaba varios bolígrafos y libretas para apuntar cualquier idea que se le ocurriese. Le apasionaba la lectura y era capaz de aprenderse de memoria los nombres de todos los animales que salían en los documentales que echaban en la tele. Sacaba muy buenas notas y, gracias a ello, había obtenido varias becas que invertía en ampliar su laboratorio. Además, era jefe del grupo de ciencias del instituto y disponía de libre acceso a la biblioteca del departamento de ciencias, así como a la sala de ordenadores, otra de sus aficiones. Su peculiar forma de ser y de vestir había chocado varias veces con el resto de los alumnos, que lo veían como un *bicho raro*, aunque para Andrés y para mí era Gabi, nuestro amigo; por eso lo defendíamos cuando algún macarra se metía con él. Nosotros sabíamos que detrás de todas sus excentricidades se escondía un gran corazón y un generoso colega.

—Oye, Gabi —dijo Andrés recordando un detalle del experimento del inventor—, ¿dónde está el dinero de la caja fuerte?

—Andrés, te he dicho mil veces que tu excesiva preocupación por el vil metal oscurece tu limpio corazón.

—Déjate de rollos y dinos dónde está el dinero —insistió Andrés.

—Bien, como quieras. Subamos a la terraza —nos indicó el genio con su peculiar forma de hablar, haciéndonos un ademán para seguirlo escaleras arriba.

Al llegar, Gabi se acercó a un objeto que estaba cubierto por una tela gris.

—*Eccolo qua!* —exclamó descubriendo un flamante telescopio.

—¿Un telescopio? ¿Has comprado un telescopio con nuestros ahorros de todo el curso? Esta vez te has pasado… —dijo Andrés abalanzándose contra Gabi y dándole palmadas en la cabeza.

Tuve que intervenir para separarlos. Después, cuando se hubieron calmado los ánimos, le pedí a nuestro amigo que nos diera una explicación.

—Bueno, no hay mucho que decir. Fue un flechazo, amor a primera vista. Estaba paseando por la sección de novedades científicas del centro comercial y lo vi. Es tan hermoso, maravilloso… Así que no lo pensé más: vine, cogí el dinero y… ya está, aquí lo tenéis —añadió de forma entusiasta, aunque nuestras miradas le dejaron claro que no nos bastaba con eso—. Vamos, chicos. Siempre estamos diciendo que desde aquí podemos controlar toda la ciudad, pero hasta ahora hemos tenido que usar esos viejos prismáticos que tienen un alcance bastante limitado. Ahora podremos verlo todo, ¡todo! —exclamó eufórico, aunque nosotros lo mirábamos sin compartir su entusiasmo—. Pero venga, no os enfadéis. Mirad, se puede ver Venus como si estuviese aquí al lado, los cráteres de la Luna con total nitidez, los anillos de Saturno… ¡Ah!, y la ciudad, claro, incluso el lago… Podremos ver las lluvias de estrellas, las constelaciones, el cometa Halley…

—El cometa Halley, ¿eh? —repuso Andrés—. Cuando el cometa Halley vuelva a pasar, quizá ya estemos muertos, ¡listillo! —espetó el muchacho, recordando que el astro había sido visto por última vez en 1986, y que su próxima visita se esperaba para el lejano 2062.

Muy bien, de acuerdo —aplaudió Gabi, queriendo apaciguar a nuestro amigo—. Veo que has estado atento en clase de astronomía.

—Venga, Andrés, déjalo, ya —medié—. Tampoco es tan mala compra.

—Dani, parece mentira que digas eso —se quejó Andrés—, sobre todo después de lo que te ha pasado con la bicicleta. Sí, Gabi, está para el desguace —sentenció ante la mirada inquisitiva de nuestro amigo—. El dinero que te has gastado sin consultar habría servido para arreglar la Special Bike y para irnos de acampada, que ya está bien de estar siempre aquí encerrados.

—Eso también es verdad —reconocí. Entonces, pensando en la acampada planeada, recordé algo—. Gabi, ¿has dicho que se ve el lago con el telescopio?

Mi amigo asintió con la cabeza y yo me precipité sobre el artilugio.

—Un momento, Daniel —interrumpió Gabi, ajustando las lentes del flamante telescopio a la distancia que separaba la cabaña del lago.

—Sí, es verdad, se ve muy bien… ¿a ver?… Sí, ahí está… El todoterreno de mi padre… el lago… la barca y… —les fui describiendo a mis amigos—. ¡Un momento! —exclamé, inquietándolos—. Pero… ¡Oh, no! ¡No! ¡No puede ser! —grité mientras salía corriendo hacia las escaleras.

Capítulo Tres

COMIENZA EL MISTERIO

—¿Qué pasa? —me preguntaron mis amigos, preocupados—. ¿A dónde vas? —repetían.

—¡Es Óliver! ¡Tengo que ir al lago!

—¿Qué le pasa a tu hermano? —insistían mientras bajábamos las escaleras—. ¡Daniel!, dinos qué has visto —me exigió Gabi.

—Algo va mal —acerté a decir por fin—. Mi hermano está solo en la barca en medio del lago. Y está llorando. Había ido con mi padre a pescar. Le ha debido pasar algo. Mi padre no lo dejaría solo en la barca: Óliver no sabe nadar. Déjame tu bici, Gabi; la Special Bike está hecha pedazos.

—Pero ¿qué has hecho? ¿Te has metido debajo de un autobús? —preguntó el inventor cuando contempló los restos de mi bicicleta.

—Ya te lo explicaré. ¡Vamos chicos! ¡Deprisa!

—Deberíamos llamar por radio a la policía; nosotros tardaremos un rato en llegar al lago —propuso Gabi.

—De acuerdo. Hazlo, pero rápido —le urgí con un nudo en el estómago.

Gabriel conectó el aparato de radio y sintonizó la frecuencia de la policía local. Al principio nadie contestaba sus llamadas de auxilio; solo se escuchaban interferencias. Ajustó el canal y, por fin, alguien respondió. Explicamos lo que ocurría y nos respondieron que una patrulla se dirigiría inmediatamente al lago. Nosotros hicimos lo propio. Andrés en su bicicleta y Gabi, conmigo, en la suya. Pedaleamos como si no hubiera un mañana. Cuando alcanzamos el lago vimos con alivio que un coche patrulla estaba aparcado junto al todoterreno de mi padre. Los agentes habían subido a otro bote que había en el embarcadero y habían remado hasta la barca de mi padre. Vimos a mi hermano en brazos de uno de ellos, sollozando sin consuelo. Corrimos hacia el muelle justo cuando la policía arribaba al embarcadero. Uno de los agentes saltó a tierra con mi hermano en brazos mientras el otro se inclinaba. Entonces descubrimos que mi padre estaba en el bote, tumbado,

inmóvil y con una flecha clavada en el pecho. Me abalancé hacia la barca, pero mis amigos me sujetaron. Mi hermano me abrazó y rompió a llorar.

—Muchacho, ¿conoces a este hombre? —me preguntó el oficial.

—Sí. Es mi padre —respondí—. Y este es mi hermano, Óliver.

—Nosotros hemos dado la alarma —explicó Gabi.

—Hay que llamar a una ambulancia, ¡rápido! —le exigí, asustado.

—Tranquilo, ya está de camino. Tu padre está vivo y se pondrá bien. Parece que la herida no es grave. Van a llevárselo en helicóptero al hospital. No te preocupes, averiguaremos quién ha sido y lo detendremos —me aseguró el agente intentando calmarme.

—Óliver, ¿estás bien? —le pregunté a mi hermano, acuclillándome para ponerme a su altura—. Cuéntame qué ha pasado.

—No sé —farfulló, mientras se frotaba la nariz—. Estábamos pescando cuando se le clavó la flecha… ¡Me asusté mucho! ¡Creía que estaba muerto!

—Tranquilo. Papá está vivo, ya lo has oído. Se va a poner bien. Todo se arreglará —añadí no muy convencido, pensando en cómo contárselo a mi madre.

El helicóptero apareció enseguida. Las ramas de los árboles cedieron ante el viento huracanado que arrojaban sus hélices. Tuvimos que alejarnos unos metros. Al mismo tiempo, por el sendero, llegaron otros coches de policía llenando el bosque con los aullidos de sus sirenas. Los paramédicos pasaron a mi padre a una camilla y lo introdujeron sin dilación en la aeronave. Mi hermano y yo lo acompañamos durante el vuelo. Andrés y Gabi volvieron a la ciudad en sus bicicletas y uno de los agentes de policía se encargó del todoterreno. Se lo llevó a mi casa. De paso, informaría a mi madre de lo sucedido.

Mi madre llegó al hospital hecha un mar de lágrimas. Nos encontró en la sala de espera. Tenía su melena castaña mal recogida en una coleta. Creo que nunca antes la había visto despeinada. Siempre iba arreglada: le gustaba cuidarse. Su imagen desaliñada y rota de dolor me impactó. Sus bonitos ojos pardos brillaban asustados. Me miró y solo vi preguntas y miedo. Nos abrazamos y nos sentamos a esperar. Mi padre llevaba un buen rato en el quirófano y nadie nos informaba de su estado. Los nervios pudieron más que yo, así que me levanté a pasear un rato. El sonido de mis pasos sobre las baldosas azules rompió el gélido silencio que el dolor y la preocupación habían desencadenado. Gabi me acompañó pasillo arriba. Cuando estuvimos lo suficientemente lejos, me cogió del brazo y me llevó a otra sala de espera, vacía y más silenciosa aún.

—¿Qué pasa? —le pregunté al ver que quería contarme algo importante.

—Quiero enseñarte algo —susurró mi amigo de forma misteriosa—. Mira esto —me dijo con un hilo de voz sacando un trozo de papel del bolsillo de su pantalón—. Lo cogí de la barca de tu padre. Estaba enrollado en la flecha.

—¿Te has vuelto loco? —pregunté desconcertado—. Gabi, esto es una prueba de un crimen. Seguro que los policías lo están buscando.

—Creo que ni se dieron cuenta de que lo cogí. Estaba todo manchado de sangre y debió de pasarles desapercibido —explicó mi amigo—. No te enfades, Dani. Sabes que soy muy curioso. No pude resistirme. Además, sabes igual que yo que no averiguarán nada. No podemos presumir de la policía de esta ciudad. Las estadísticas lo confirman. Será un caso más sin resolver, archivado. Pero yo no me rindo fácilmente —continuó, tratando de convencerme de que me fiara de su criterio—. Fíjate, Daniel, mira lo que hay escrito —dijo mientras desenrollaba aquel papelito manchado de sangre seca, oscura y triste.

En ese momento sentí algo dentro de mí: un estremecimiento, una corazonada, una palpitación que me asustó. Mientras Gabi ponía ante mis ojos aquella nota, tuve la certeza de que estábamos ante un peligro inimaginable.

—¿Qué pone? No entiendo nada —acerté a decir al fijar la vista en el escrito.

—Son ideogramas; está escrito en algún idioma oriental. Apostaría a que es japonés. Observa las ilustraciones que enmarcan el texto —dijo mi amigo señalando con el dedo unos extraños dibujos que representaban a seres monstruosos, demonios y bestias, y que me erizaron la piel—. Esta iconografía es alegórica. Debo consultar unos libros para interpretarla y traducir el texto —explicó y, mirándome a los ojos, añadió—, aunque te apuesto lo que quieras a que es una amenaza. ¿Sigues pensando que esta nota debe caer en manos de la policía?

—No —le respondí en un susurro tras una breve reflexión—. Nadie debe enterarse de esto. Creo que deberíamos investigarlo nosotros —resolví.

—Estoy de acuerdo. Ah, hay algo más. La flecha también estaba repleta de estos grabados. Tal vez sea parte del mensaje. Deberíamos recuperarla —propuso con seriedad, convencido de que aquello era lo correcto.

Volvimos con los demás posponiendo cualquier decisión para más tarde. Teníamos que contárselo a Andrés y esperar a ver cómo evolucionaba mi padre. Unos minutos después la doctora Estevil salió del quirófano. Anticipándose a nuestras preguntas nos dijo lo que ansiábamos saber. Todo había salido bien, le habían extraído la flecha que, por suerte, no había

alcanzado el corazón. Aunque necesitaba quedarse en observación, en tres o cuatro días podría volver a casa. Sentimos un gran alivio. Nos abrazamos emocionados. Antes de marcharse, la doctora nos dijo que en un rato podríamos visitar a mi padre en una habitación.

—Doctora Estevil —llamé a la cirujana, siguiéndola junto con mis amigos mientras mi madre y Óliver hablaban con la enfermera—. Disculpe, queríamos hablar con usted.

—Claro, decidme, chicos. ¿No eres tú el hijo de Eduardo? —preguntó entonces, fijando la mirada en mí—. Daniel, ¿verdad?

—Sí, sí, soy yo. Verá, doctora, es muy importante para mí conseguir esa flecha. La necesito, de verdad. Quiero atrapar al que ha atacado a mi padre.

—Tu valor te honra, pero lo siento —añadió con una sonrisa maternal. Y ante nuestra mirada suplicante, explicó—: Este asunto está en manos de la policía. Ellos atraparán a los culpables.

Y tras regalarnos otra sonrisa, se marchó. Nos quedamos en silencio, sin saber qué hacer. Gabi dijo que ya pensaríamos algo. Entonces le explicamos a Andrés nuestro descubrimiento y, después, fuimos a la habitación de mi padre. Allí encontramos a mi madre junto a la cabecera de la cama, a mi hermano a los pies de la misma, y a mi tía-abuela Margarita. Era una anciana de setenta y tres años, enjuta, espigada, con el cabello plateado y los ojos azules pequeñísimos, perdidos entre las arrugas que habitaban en su rostro. No tenía más familia que nosotros, ya que nunca se casó ni tuvo hijos. Para ella mi padre era como un hijo, y mi hermano y yo, como sus nietos.

En un rincón, oculto en la penumbra, descubrimos al inspector Delagua, un policía mediocre, gris, con el que ya habíamos tenido un par de problemas en el pasado debido a su total incompetencia para detener a alguien, a no ser que lo pillase con las manos en la masa y a plena luz del día. El inspector era un hombre muy alto y delgado, tenía una frondosa cabellera pelirroja y barba y bigote del mismo color. Siempre vestía una gabardina beis, estrecha, tanto en invierno como en verano. Su fisionomía y su peculiar aspecto habían hecho que fuera conocido como el Cerilla. En su mano, como de costumbre, sostenía una libreta en la que tomaba notas de sus pesquisas.

Aunque entramos en silencio, atrajimos las miradas de todos. Un gemido de mi padre captó nuestra atención. Lo vimos parpadear y volver en sí.

—Menudo susto que os he dado, ¿eh? —bromeó con un hilo de voz, esbozando una sonrisa, mientras miraba a su alrededor.

El inspector esperó a que abrazáramos a mi padre y hablásemos unos instantes con él. Después, tras carraspear de forma exagerada para

recordarnos que estaba allí, se acercó a la cama.

—Disculpe, señor Monreal, pero he de hacerle unas preguntas.

—¿Tiene que ser ahora, inspector? Lo acaban de operar —le espetó mi madre, enfadada, antes de que mi padre pudiera contestar al Cerilla.

—Estela —intervino mi padre después de un silencio incómodo—, dejemos que el inspector haga su trabajo.

—Gracias —dijo—. Seré breve, el niño también puede responder. Solo quiero saber si vieron algo o a alguien. —Tanto mi padre como Óliver, que seguía muy asustado, negaron haber visto nada, solo la flecha, que llegó silbando desde algún lugar del bosque—. Está bien, gracias. Los iré informando en cuanto descubramos algo nuevo. Buenos días —se despidió al salir.

—¿Este es el policía que va resolver el caso? —preguntó mi tía, indignada—. Si estuviera aquí Manolo, el guardia civil del pueblo, ya verían esos asesinos.

Tanto mis amigos como yo sonreímos al darnos cuenta de la razón que tenía la anciana. Salimos tras el Cerilla. Lo alcanzamos al final del pasillo.

—Perdone, inspector, tenemos que pedirle algo —le dije sin rodeos—. Queremos que nos permita ayudarle en este caso. Es muy importante para nosotros —insistí previendo su respuesta.

—Daniel Monreal, muchacho —comenzó en tono despectivo dándome un par de palmadas en la mejilla que me dolieron por dentro, en mi amor propio—, te conozco muy bien. Y a tus amigos también. Sé que tenéis la manía de meter vuestras narices en los asuntos de la policía —añadió señalándonos con un bolígrafo mordisqueado—. Os creéis muy listos, sí. Pero ¿qué os pensáis? ¿Que no seremos capaces de resolver un asunto tan sencillo como este? Anda, niñatos, marchaos a alguna de esas fiestas que hacéis en el instituto y dejad a los profesionales que hagamos nuestro trabajo —espetó soltando una carcajada despectiva mientras se alejaba de nosotros caminando hacia atrás, lentamente, sin dejar de mirarnos, apuntándonos con su bolígrafo.

—Claro que no serán capaces —balbució Andrés observando al inspector alejarse por el pasillo.

—Vámonos, chicos. De momento tenemos algo que él no tiene. Y vamos a conseguir esa flecha. Después atraparemos al que intentó asesinar a mi padre —les dije a mis amigos dándoles sendas palmadas en la espalda, rumiando en mi mente la manera de conseguir el arma del crimen.

Mi madre se quedó en el hospital y mi tía, Óliver y yo fuimos a casa a comer. Después salí en seguida hacia el Cuartel General, donde había

quedado con mis amigos. Cuando llegué, los chicos estaban acabando de ordenar el desastre causado por Gabi aquella mañana.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Andrés.

—Sea lo que sea, debemos decidirlo rápido, porque mañana por la mañana se llevarán la flecha y las demás pruebas al juzgado —nos recordó Gabi desde la silla de su escritorio.

—Está bien. Entonces no hay tiempo que perder —resolví—. Esta noche tenemos que entrar en la comisaría y apoderarnos de la maldita flecha.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacer eso? —preguntó Andrés—. Sería como meterse en la boca del lobo. La comisaría está llena de policías, de delincuentes, de armas que pueden matar…

—Creo que ya sé cómo entrar en la comisaría sin levantar sospechas… —dijo entonces Gabi, sonriendo.

Capítulo Cuatro

INCURSIÓN EN LA COMISARÍA

Gabi le dijo a su madre que iba a dormir en mi casa porque queríamos probar un programa de ordenador nuevo. Andrés le dijo a la suya que dormiría en casa de Gabriel para ver la lluvia de estrellas con el nuevo telescopio; y yo, aprovechando que mi madre iba a pasar la noche en el hospital y que mi tía cuidaría de mi hermano, no tuve que inventarme ninguna excusa.

Tal como habíamos quedado, llevé el todoterreno de mi padre al Cuartel General. Aunque no tenía edad para conducir, mi madre me llevaba de vez en cuando al aparcamiento del centro comercial a hacer prácticas. La convencí aduciendo que, cuando cumpliera los dieciocho años, estaría mejor preparado para aprobar el examen. Mi padre no estaba de acuerdo: decía que mientras no fuera mayor de edad no debería hacer cosas de mayores, y que con tantas ganas de ser adulto me estaba perdiendo unos años irrepetibles. Sin embargo, mi madre me había concedido un deseo que aquella noche nos iba a resultar muy útil.

A las nueve y media en punto, Andrés estaba sentado en el sofá, pensativo, Gabi consultaba un par de libros en su escritorio y yo rumiaba en silencio lo que estaba ocurriendo mientras observaba desde la ventana cómo el cielo se iba oscureciendo. Y consultaba mi reloj. Tal y como habíamos convenido, vestíamos ropa sin estampados llamativos y no llevábamos documentación.

—Chicos, no creo que sea buena idea, no quiero meteros en ningún lío. Debería hacerlo yo solo —dije por fin, tras darle muchas vueltas, a y treinta y cinco.

—Daniel, a mí tampoco me hace gracia, pero no te voy a dejar solo en esto —respondió Andrés sin dejar de frotarse las manos, como hacía siempre que estaba nervioso.

—No hay de qué preocuparse —aseveró Gabi acercándose a nosotros—. Somos menores de edad, así que, como mucho, nos imputarían una falta…

Peccata minuta. Las leyes son claras; no hay nada que temer. Una vez detenidos, nos tomarán declaración y todo quedará en nada. He estado consultando el Código Penal. Calmaos, de verdad.

—¿Por qué arriesgarnos tanto? —protestó Andrés, que, pese a las explicaciones de Gabi, seguía sin verlo claro—. Me ficharán, llamarán a mis padres, no me darán becas, quedaré marcado, estigmatizado, señalado para siempre. La gente me verá por la calle y me señalará con el dedo. Dirán: ahí va ese, estuvo en… en un reformatorio. Seré un paria, un renegado, un apátrida…

—¡No exageres! —lo interrumpió Gabi—. Mantén la boca cerrada y todo saldrá bien. Además, lo más peligroso lo va a hacer Daniel.

—Eso no ayuda, Gabi. Quizá Andrés tiene razón y este plan es una locura —reconocí—. Tal vez deberíamos limitarnos a estudiar el pergamino.

—Ya te he dicho que sin la flecha es como tener la mitad de las piezas de un puzle. Necesitamos ver todos los signos juntos para entender qué ocurre —insistió Gabi—. Daniel, no pasará nada. Confiad en mí.

—Sigo sin verlo claro —protestó una vez más Andrés.

Sin embargo, la seguridad que impregnaba a sus palabras nuestro amigo Gabriel terminó por disipar las dudas que seguíamos albergando. Y movidos por la temeridad y el valor que caracterizan la adolescencia, nos pusimos en marcha. Salimos de la cabaña. Cargamos la destrozada Special Bike en la parte trasera del todoterreno y nos dirigimos hacia la ciudad. Ya no había marcha atrás.

—Recordad: llevamos la Special Bike a la puerta de la comisaría. Andrés y yo empezamos a discutir, pero sin pegar de verdad, fingiendo, ¿eh? —repasó Gabi el plan, mirando por encima de las gafas a nuestro común amigo, quien sonrió maliciosamente—. Daniel, un par de minutos después entrarás en la comisaría y alertarás a los polis. Aprovecha la confusión para colarte en las oficinas. Aquí tienes un kit de ganzúas, una linterna en miniatura con pilas nuevas y guantes de látex para no dejar huellas. Póntelos en cuanto des la voz de alarma. Tendrás solo unos minutos —añadió, y un escalofrío me recorrió la espalda al imaginar lo que estaba a punto de hacer—. Nosotros te cubriremos. Si vemos que las cosas se ponen feas, alargaremos el espectáculo. Pero tendrás que darte mucha prisa. ¡Ah! Aquí tienes el plano de la comisaría, cortesía de un colega que me debía un favor… no preguntéis quién, ¿de acuerdo? Es solo un croquis, pero al menos sabrás a dónde tienes que dirigirte.

—¿Con qué clase de gente te relacionas, Gabi? —preguntó Andrés—. Aparte de nosotros, claro.

—No seas tan exagerado. Solo os diré que es un tipo que ha pasado por la comisaría unas cuantas veces por… problemas informáticos. Nada grave, hombre. Lo importante es que sabemos dónde se guardan las pruebas.

—Pero si me pillan con las manos en la masa…

—Alegaremos trastorno mental o algo así, por lo de tu padre. En cualquier caso, eres menor de edad. Insisto, no hay problema. Si sale bien dispondremos de la prueba principal para investigar quién y por qué intentaron asesinar a tu padre. Si sale mal, nos sentaremos a esperar a que el Cerilla lo solucione.

Conforme lo planteaba Gabriel todo parecía sencillo, pero las dudas y los nervios seguían dominándome. Al fin y al cabo, a pesar de que creíamos que nuestra acción estaba justificada, ya que estábamos convencidos de que la policía y el inspector Delagua iban a ser incapaces de esclarecer aquel crimen, nos disponíamos a infringir la ley.

La noche ya dominaba el cielo y una enorme luna pálida fue testigo de nuestra sigilosa marcha hacia el centro. Avanzábamos despacio, sin llamar la atención. Aunque no había mucha gente por la calle, era la hora habitual para sacar la basura, pasear el perro o, simplemente, tomar algo en alguna de las terrazas de verano que surgían por toda la ciudad a partir de mediados de mayo.

Aparcamos a un par de manzanas de la comisaría y descargamos la bicicleta. Como había algunas personas por allí, decidimos esperar un rato en un parque cercano. Al rato, nos separamos, fingiendo que cada uno se iba a su casa. Gabi se encaminó hacia la comisaría arrastrando la bicicleta, yo di la vuelta a la manzana y Andrés fue hasta la avenida para alcanzarnos después de dar un pequeño rodeo.

Poco después nos reunimos en el lugar convenido, ocultos tras unos coches. Aunque Andrés se retrasó y eso nos puso más nerviosos.

—¡Venga, Andrés! —exclamé en susurros cuando apareció al fin—. ¿Dónde estabas?

—Perdonad chicos, es que me he quedado viendo las noticias en una tienda de teles. Estaban retransmitiendo desde el Tíbet el entierro de un buda.

—Bueno —interrumpió Gabi sin hacer mucho caso al joven, ya que permanecía atento al edificio—, basta de charlas. Es la hora. Vamos, Andrés, nos toca. Daniel, calma y rapidez, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —le respondí con un nudo en la garganta.

—¿Cuál habías dicho que es la pena por atracar la comisaría? —preguntó Andrés en un último intento por hacernos desistir.

—Quién sabe. Diez o veinte años… pero para los mayores. Nosotros, nada —insistió Gabi, exasperado, estirando de su compañero de pantomima hacia la puerta de la comisaría.

A una distancia prudencial de la puerta principal, y tras mirar a su alrededor para comprobar que nadie los había visto colocarse en el improvisado escenario en el que iban a dar su pequeña representación, comenzaron a discutir, primero en voz alta, y después más acaloradamente, fingiendo que se pegaban. Tras los primeros gritos, que llamaron la atención de la gente que pasaba por allí, entré corriendo en la comisaría y alerté a los agentes de que había una pelea.

Tres policías salieron y otros tres se asomaron a mirar. Yo me deslicé hacia un lado intentando pasar desapercibido. Me arrinconé junto a la máquina de café y aproveché esos primeros instantes de confusión para echar un vistazo a la comisaría. Tal y como aparecía en el plano del colega de Gabi, había una gran sala principal, que era donde yo me encontraba. Allí estaban los agentes de guardia, varios escritorios donde se tomaba declaración a los detenidos, un par de bancos corridos contra la pared para que los delincuentes esperasen a ser interrogados y, detrás de un biombo, varias sillas de plástico dispuestas en forma de U para el resto de la ciudadanía. Al fondo de la gran sala había tres puertas, tal y como señalaba el croquis. La de la izquierda era el aseo, y así lo indicaba un cartel con las siglas *WC*; la puerta del medio conducía a los calabozos y al garaje; y la de la derecha daba acceso a las oficinas y al almacén de pruebas. Tuve suerte: aquella era la puerta menos visible, aunque de vez en cuando entraba o salía alguien. Decidí acercarme poco a poco, aunque para ello tendría que atravesar toda la sala.

Gabriel y Andrés entraron dando voces cogidos por los brazos por varios agentes. Seguían porfiando sobre la bicicleta siniestrada. Un policía transportaba la Special Bike. Los sentaron en los bancos destinados a los detenidos y, como ellos seguían gritando e insultándose como si fueran enemigos acérrimos de verdad, el personal administrativo se acercó a ver qué ocurría. Yo aproveché la distracción general para ir directamente hacia el baño, pero no llegué a entrar. Con la espalda contra la puerta, me saqué los guantes del bolsillo del pantalón y me los puse mientras sentía la sangre martillearme las sienes. Miré a mi alrededor. Los agentes y los demás funcionarios se reían de mis amigos y no perdían detalle de la discusión que representaban magistralmente. Andrés me miraba de vez en cuando y si

notaba que la gente perdía curiosidad lanzaba otra arenga contra Gabi, quien, con el rostro enrojecido y las venas del cuello hinchadas, trataba de seguirle el juego. Supe que era el momento. La distracción era absoluta. Tenía vía libre. Solo me separaban cuatro pasos de aquella puerta. Luego tenía que recorrer un pasillo y atravesar la puerta del fondo, a mano derecha. Pan comido.

Avancé decidido, pero cuando iba a entrar, la puerta se abrió. Un policía de unos cuarenta años, uniformado, salía murmurando: «¡¿Qué demonios pasa esta noche?!». Metí las manos en los bolsillos mientras sentía que la cara se me ponía roja. El agente se me quedó mirando, escrutándome como solo los policías hacen. Por el rabillo del ojo vi una fuente de agua, de esas que lanzan un chorrito cuando se pulsa un pedal. Sin vacilar me acerqué hasta ella y me puse a beber, esperando que aquel tipo dejase de observarme. El policía, que aún me miró un poco más, se alejó por fin, interesado en la bronca que divertía a todo el mundo.

Entonces me abalancé hacia la puerta, la abrí, entré, la cerré con cuidado y me quedé apoyado en ella un segundo para recuperar el resuello. No me extrañó que aquel policía hubiera salido a ver qué ocurría, los gritos se escuchaban perfectamente desde allí dentro. Avancé con paso firme hacia el fondo del pasillo creyendo que lo peor ya había pasado. Sin embargo, las dificultades no habían hecho más que empezar. La puerta del almacén estaba cerrada con llave.

—¡Maldita sea! —protesté en voz baja.

Saqué la ganzúa del bolsillo y empecé a manipular la cerradura. No era un cerrojo de seguridad, pero yo no forzaba puertas habitualmente, así que, pese a que Gabi me había explicado cómo se hacía —de pequeño solía colarse en la biblioteca los fines de semana para leer libros exentos de préstamo—, aquella cerradura se me resistía.

—Vamos, vamos, ¡ábrete!… —rogaba en susurros sin dejar de mirar al fondo del pasillo, consciente de que la sala principal estaba repleta de agentes de policía.

—Vuelvo a la oficina, aquí no hay más que gentuza —escuché decir a alguien al otro lado de la puerta.

El corazón me latía a mil por hora. Seguía manipulando la ganzúa con todas mis fuerzas, pero sin éxito. En apenas unos segundos la puerta del fondo se abriría y me pillarían con las manos en la masa. Allanamiento, robo con violencia, premeditación, ocultación de pruebas, obstrucción a la justicia… Estaba perdido, por muy menor de edad que fuese. Estaba acabado.

De repente escuché un clac y la puerta se abrió.

En un instante me colé en la sala del archivo de pruebas y cerré tras de mí. Me agazapé en un rincón y entonces escuché claramente el rumor que llegaba de la comisaría, ya que alguien había abierto la puerta del fondo y caminaba pasillo arriba. Deseé con todas mis fuerzas que quien quiera que fuese no se dirigiera al almacén. Oí una puerta que se abría y que se cerraba. Otra vez silencio. Respiré profundamente y poco a poco mi corazón se calmó.

Me puse en pie y encendí la pequeña linterna de bolsillo tras guardar las ganzúas; no podía dejar pruebas de mi incursión. Aquella habitación estaba llena de armarios y archivadores de metal pintados de un amarillo que en la penumbra parecía crema. Estaban ordenados alfabéticamente, así que no fue muy difícil encontrar el que buscaba.

—¡Aquí está! —exclamé tratando de contener la emoción—. De la L a la O —susurré y lancé un suspiro al comprobar que por fortuna los archivadores no estaban cerrados con llave. Abrí y comencé a leer los diferentes ficheros, que estaban etiquetados por apellidos—… Lacalle, … Lamarca, … López, … Luna, … Madinier, … Martínez, … Menéndez, … ¡Eureka! —exclamé—. Monreal, Eduardo Monreal; aquí está.

Sustraje la carpeta, la abrí y saqué el informe y la bolsa de plástico donde estaba la flecha, aún manchada de sangre. Me quedé en silencio durante un instante, observando aquel dardo ensangrentado que había estado a punto de matar a mi padre. Dudé una vez más, tal vez estábamos cometiendo un gravísimo error. Solo éramos adolescentes; quizá debería confiar más en la policía y en sus investigadores… Pero recordé las palabras de Gabi y me decidí. Enrollé la bolsa de plástico con la flecha en su interior y me la guardé en el bolsillo trasero del pantalón. Devolví el informe a su lugar y cerré el archivador.

Salir de allí tampoco iba a ser tarea fácil. Tendría que ser rápido. Repasé mentalmente el recorrido que me esperaba: salir de aquella habitación, caminar pasillo abajo hasta la puerta que daba a la sala principal de la comisaría, abrirla y disimular con la máquina de agua, con el baño o con lo que fuera. Después, abandonar la comisaría como si no pasara nada.

Me saqué la camiseta del pantalón para cubrir el trozo de flecha que sobresalía del bolsillo. Me acerqué a la puerta e inspiré profundamente. Me disponía a abrirla cuando, de repente, escuché una voz en el despacho contiguo que decía: «Señorita Delagua, vaya por favor al archivo de pruebas y tráigame el expediente número… 20 234/2B, con nombre… García Torres, Amparo García Torres».

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Miré a mi alrededor buscando una salida. Me pregunté por qué no habíamos tenido en cuenta que podía haber gente en las oficinas aunque fuese de noche, ya que la policía no duerme nunca. Decidí que no volvería a hacer caso a Gabriel y que le cantaría las cuarenta. Bueno, tal vez no esa noche, sino cuando saliera de prisión, en mi vejez, después de toda la vida entre rejas pagando por los delitos que había cometido en los últimos minutos.

Escuché la puerta de la oficina abriéndose y unos pasos que se dirigían hacia el archivo. Escruté otra vez aquella sala buscando un escondite. Si al menos pudiera ocultarme a la vista… aquella oficinista entraría, buscaría su expediente y se marcharía. En dos minutos todo habría acabado. Estaba a punto de entrar y yo seguía sin encontrar dónde ocultarme. La sala de archivos no tenía más mobiliario que varias decenas de archivadores colocados contra sus cuatro paredes. Ni mesas ni rincones escondidos. La secretaria abrió la puerta. Vi una mano que se deslizaba por la pared buscando el interruptor. ¿Qué podía hacer? La puerta se abrió del todo y la oficinista entró, pero no me vio porque en el último instante me había colado detrás de la puerta, confiando en que la dejara abierta tras de sí.

Me quedé inmóvil conteniendo incluso la respiración. Escuché a aquella mujer caminar hasta el fondo de la habitación, abrir un archivador y el ruido metálico de los raíles según desplazaba las carpetas. No sé cuánto tiempo tardó, pero se me hizo eterno. Por fin oí el cajón cerrándose con un golpe seco. De nuevo los pasos. Un silencio desconcertante. ¿Por qué no se marchaba ya? De repente la puerta se movía, mi escondrijo se evaporaba. Deseé que apagara ya la luz y se marchara: el peligro habría pasado. Pero no fue así. La puerta se cerró, pero ella no se fue. En vez de eso la vi frente a mí, observándome con una mirada reprobatoria.

—¡No digas nada! —le pedí con la voz temblorosa—. ¡No grites, por favor! ¡No voy a hacerte daño!

—No creo que pudieras. ¿Quién eres? —preguntó, sin ni siquiera una pizca de temor en su voz.

—¡No grites, por favor! ¡No voy a hacerte daño! —repetía yo de forma estúpida.

—No voy a gritar, pero esto tenemos que solucionarlo de alguna manera —propuso ella en un tono de voz muy suave que actuó como un bálsamo sobre mis nervios—. Mira, te propongo una cosa. Vamos a salir juntos y les vas a explicar a mis compañeros qué hacías aquí. Seguro que hay una explicación lógica…

No sé qué se me pasó por la cabeza. Pero debió de ser algo parecido a eso que llaman instinto de supervivencia. Salté hacia ella y la empujé. Cayó al suelo y yo salí corriendo de aquella habitación sin pensar en nada que no fuera escapar de allí. En unos segundos llegué a la puerta que daba a la sala principal de la comisaría. La abrí, no sin antes quitarme los guantes de látex, que guardé en mi bolsillo junto a la ganzúa y la linterna, y la atravesé. Por fortuna mis amigos seguían con su *numerito*, aunque el *show* había perdido interés para muchos, que ya habían regresado a sus puestos de trabajo. Me acerqué a la máquina de agua para disimular. Después, tratando de mantener los nervios a raya, caminé hacia la salida, sin mirar a nadie, con seguridad fingida. Aquella chica tardaría un par de segundos en dar la voz de alarma. Tenía que salir de allí. Me había visto la cara; ya no podría volver nunca a la ciudad. ¿Qué podía hacer? Gabi tendría alguna idea para ayudarme. Buscaría un cirujano que me operara la cara o me conseguiría documentación falsa para empezar una nueva vida lejos de casa. No podía pensar en eso. Lo prioritario era salir de allí antes de que la oficinista apareciera gritando y apuntándome con el dedo. Caminé hacia la entrada principal. Mis amigos me vieron y siguieron actuando, discutiendo sobre quién tenía la culpa del destrozo de la bicicleta. Dos agentes trataban de calmarlos. Ya tenía un pie en la puerta, estaba prácticamente a salvo. Sentía en la cara el aire fresco de la noche. Ya me creía libre cuando una robusta mano me agarró del brazo.

—¡Eh, chaval! —dijo una voz severa, y al volverme descubrí que pertenecía al mismo agente con el que me había tropezado unos minutos antes.

—¿Sí? —musité, muerto de miedo.

—¿Has sido tú el que ha avisado de la pelea entre esos dos?

—¿Eh? Sí, sí. Bueno, yo pasaba por ahí y los he visto discutir…

—Ya podías haberte quedado calladito. Menuda noche que nos están dando. La policía tiene cosas más serias de las que ocuparse.

—Lo siento. No pretendía molestar. ¿Puedo irme ya? —pregunté con la voz trémula sin dejar de mirar la puerta que llevaba a los archivos y sin entender por qué no aparecía ya aquella chica.

—¿Por qué tienes tanta prisa? Oye, ¿tú no eres el que he visto hace un rato allá, junto a la máquina de agua?

—Yo, bueno, yo… —El agente me escrutaba con sus pequeños ojos marrones—. Tenía sed.

—¡Pérez! —lo llamó entonces otro agente, desde detrás de una mesa—, tienes una llamada: tu mujer.

—Recuerda que me he quedado con tu cara… No vuelvas por aquí si no es grave, ¿me entiendes?

—No, señor, digo ¡sí, señor! No volverá a pasar.

El agente Pérez me soltó el brazo y se fue hacia el teléfono. Yo me di media vuelta y salí a la calle. Rodeé el edificio con paso firme pero disimulando la prisa y, cuando me encontraba a cierta distancia, eché a correr. Corrí lo más rápidamente que pude hasta que por fin llegué al coche. Me senté en el asiento del conductor y me quedé en silencio, respirando con dificultad y sin saber qué hacer.

Capítulo Cinco

LOS PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS

No sé cuánto tiempo estuve allí sentado, solo y en silencio. Necesitaba calmarme. Por mi mente pasaban una y otra vez las imágenes que había vivido durante los angustiosos minutos en la comisaría. No podía quitarme de la cabeza la idea de que aquella secretaria me había visto, de que podía denunciarme, y de que, sin embargo, no había salido tras de mí, gritando y acusándome. De repente la puerta del copiloto se abrió y yo solté un alarido, asustado.

—Cálmate, Dani, somos nosotros —dijo Andrés, esbozando una sonrisa—. Ha salido todo como lo habíamos planeado, ¿verdad?

—¿Qué tal, Daniel? —preguntó Gabi montando en el asiento trasero tras colocar la bicicleta en la parte descubierta del todoterreno—. ¿Cómo te ha ido? ¡Menuda cara llevabas cuando has salido!

—¿Vosotros estáis bien? —pregunté en un susurro.

—Sí, sí, nosotros bien. Cuando te hemos visto salir nos hemos *reconciliado* y nos hemos disculpado. Así que nos han dejado marchar.

—¿Ah, sí? ¡Qué fácil! —ironicé—. Pues a mí no me ha ido tan bien.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gabi con preocupación—. ¿No has conseguido la flecha?

—¡Aquí tienes la maldita flecha! —exclamé lanzando al asiento trasero la bolsa de plástico donde la guardaba—. Será mejor que nos larguemos —añadí arrancando el motor.

—¿Qué te ha pasado? Cuéntanoslo —me pidió Andrés.

Mientras conducía hacia el Cuartel General les expliqué lo sucedido en el archivo de pruebas. Gabi se quedó pensativo y Andrés comenzó a lamentarse porque ya se veía entre rejas como cómplice del delito que yo había cometido.

—Daniel, comprueba si nos sigue alguien —me pidió Gabi.

—¿Seguirnos? —pregunté sintiendo que los nervios volvían a apoderarse de mí—. Creo que no —respondí tras escrutar por los espejos retrovisores la carretera que quedaba a nuestras espaldas y comprobar que estaba

despejada—. ¿Por qué no me ha delatado? ¿Por qué no ha salido dando la voz de alarma? —me pregunté en voz alta, descargando mi temor sobre el volante en un golpe.

—A lo mejor la has empujado tan fuerte que la has matado —aventuró Andrés provocando una estruendosa carcajada en Gabi y poniéndome aún más nervioso—. Lo digo totalmente en serio, chicos. A ver, Dani, ¿la viste levantarse?

—No, pero…

—¡Ay, madre mía! —exclamó Andres—. ¡Somos asesinos! ¡La has matado!

—¡¿Qué dices?! —protesté a punto de caer en la histeria—. No, ¡no! No la he empujado tan fuerte… Yo…

—Ha podido golpearse la cabeza con un archivador… —imaginó un Andrés desesperado.

—¡Basta! ¡Basta ya! —chilló Gabi tratando de evitar que cundiese el pánico—. No le hagas, caso, Daniel. No has matado a nadie —intentó tranquilizarme Gabi al tiempo que me apretaba el hombro para que sintiera un alivio que no lograba vislumbrar—. Ya nos enteraremos de qué ha ocurrido. Es solo cuestión de tiempo —insistió mi amigo tratando de mantener la calma en aquel coche que atravesaba la noche a toda velocidad.

Llegamos al Cuartel General en unos minutos. Rápidamente y en silencio, guardamos la flecha en la caja fuerte, dejamos la Special Bike en el laboratorio y escondimos los guantes, la linterna y las ganzúas en el fondo de un cajón. Gabi decidió quedarse a dormir en el cuarto de arriba y, como yo seguía muy alterado, le pedí a Andrés que viniera a dormir a mi casa. Aquella noche necesitaba sentirme protegido, y la compañía de mi amigo siempre me había calmado.

Al filo de la medianoche aparqué frente a mi porche. Entramos en silencio y, sin apenas hablar, cosa harto complicada tras la aventura vivida, nos fuimos a dormir. Sacamos la cama supletoria que había bajo la mía. Andrés se durmió enseguida. Yo no conseguía conciliar el sueño, así que, tras dar varias vueltas y obsesionarme con el silbido que producía la respiración de mi amigo, que dormía plácidamente, me levanté y bajé a la cocina para beberme un vaso de leche caliente. Lo tomé en silencio, incapaz de deshacerme de aquel desasosiego que me torturaba. Sentía una extraña presión en el pecho, una corazonada que me impedía pensar con claridad. Pero, sobre todo, me acechaban las preguntas sin respuesta: quién había disparado a mi padre, por qué habían intentado matarlo y qué había detrás de todo eso.

A la mañana siguiente me desperté bastante tarde. Un ruido me sacó del sueño. Salté de la cama sobresaltado. Agucé el oído y me tranquilicé al distinguir las voces de Andrés y de mi madre, que habría vuelto del hospital y se habría encontrado a mi amigo atiborrándose en la cocina. Aquellas voces familiares me calmaron, así que decidí darme una ducha antes de bajar a desayunar. Cuando entré a la cocina, tuve que inventarme una historia que explicase por qué Andrés se había quedado a dormir. Le conté a mi madre que habíamos salido a dar una vuelta la noche anterior, que se había hecho tarde, que Andrés me había acompañado a casa y que, como vio que lo estaba pasando muy mal por lo de mi padre, no había querido dejarme solo. Mi amigo asentía rítmicamente sin dejar de comer las magdalenas que había encontrado en un armario. Mi madre le dio las gracias y le animó a comer una más, cosa que hizo encantado.

Por fin, cuando se acabaron las magdalenas, nos marchamos, no sin antes llamar a casa de Andrés para tranquilizar a sus padres. Caminamos hasta el Cuartel General. Yo no tenía muchas ganas de hablar, en cambio, Andrés no callaba. Me explicó que había ideado un plan para huir del país y empezar una nueva vida en Sudamérica trabajando en un chiringuito de alguna playa tropical. Viviríamos preparando cócteles y tocando música con unos instrumentos hechos de cocos. Yo asentía a todas sus rocambolescas ideas deseando llegar cuanto antes a nuestro refugio. Eran más de las doce cuando divisamos la cabaña. Gabi estaba junto a la entrada, enfrascado en la reparación de mi bicicleta.

—¡Hola, dormilones!

—Perdona, Gabi, necesitábamos descansar y pasear.

—Y desayunar bien —añadió Andrés.

—Pues yo he estado toda la mañana investigando —nos informó poniéndose en pie, limpiándose las manos con un trapo e invitándonos a acompañarlo dentro con un gesto de la mano—. Ya verás la Special Bike cuando la acabe; le estoy instalando nuevos dispositivos, incluso un radar.

—¿Un radar? —preguntó Andrés—. ¿Para qué necesita Dani un radar? ¿Por si le disparan misiles?

—¡Qué exagerado eres! —protestó Gabi y, centrándose en el tema que lo ocupaba, continuó—: Dani, la aventura de anoche ha resultado ser vital para resolver el misterio. Verás, resulta que…

—Un momento —lo interrumpí—, lo que hicimos anoche es grave. Estoy preocupado por aquella oficinista. Si está bien y me denuncia, mal, pero si le hice algún daño, será mucho peor.

—Si no te ha denunciado ya es que está fiambre —dijo Andrés.

—¿Quieres parar de decir eso? No puede estar muerta. No la empujé tan fuerte —insistí—. No soy tan bestia como tú.

—Tranquilizaos, chicos. Tengo información. Si me prestáis atención os la cuento.

—Está bien, Gabi; te escuchamos —suspiré.

—Por lo que he podido averiguar —prosiguió mi amigo—, no se ha denunciado ningún crimen en la comisaría, ni ningún ataque violento; así que nadie ha muerto ni ha resultado herido —remarcó mirando a Andrés por encima de sus gafas—. Sin embargo, se ha descubierto que alguien entró en los archivos y se llevó la prueba de un intento de asesinato. Deduzco que aquella secretaria no te delató a propósito. Sus razones son aún un misterio.

—¿Cómo te has enterado de todo eso? ¿Has pirateado la frecuencia de la policía?

—Ha sido más simple que eso; lo han dicho en la radio. En las noticias han hablado de un robo en la comisaría, pero no se sabe cuántas personas intervinieron en él. El inspector Delagua ha dicho en antena que él personalmente se encargará de la investigación del robo.

—¡¿El Cerilla?! ¡Bien! —exclamó Andrés aliviado—. Entonces ya no tenemos de qué preocuparnos: el astuto y sagaz inspector no nos descubrirá jamás. Casi me da pena. Me hacía ilusión lo del chiringuito en el trópico —ironizó.

Aunque aquellas noticias me tranquilizaron en parte, continuaba preocupado por los motivos de la providencial complicidad que nos había brindado la secretaria de la comisaría. Algo en mi interior me decía que tendríamos que pagar un alto precio por su silencio. Me disponía a sentarme en uno de los sillones para reflexionar sobre aquel asunto cuando me fijé en algo que había visto de reojo al entrar al Cuartel General. Junto a las butacas había una mesa de *camping* repleta de libros abiertos y de folios escritos. Me acerqué para observarlos con atención. Andrés, que se había sentado, o más bien tumbado, en el sofá, me miraba sonriendo porque sabía lo que iba a ocurrir a continuación. Gabi se me adelantó y se colocó delante de la mesa, mirándonos al tiempo que su rostro se iluminaba con una enorme sonrisa. Colocó sus manos abiertas sobre los libros, inspiró profundamente y, acto seguido, me miró y borró la sonrisa de su cara.

—Como veis, amigos míos, madrugar tiene sus ventajas. Aparte de enterarme de todo el asuntillo de la comisaría y de ponerme manos a la obra con la bicicleta, también he pasado por la biblioteca y he tomado prestados

unos tomos de las enciclopedias y diversos volúmenes sobre el sudeste asiático: India, Tailandia, Laos, Vietnam, Camboya, China, etc. He encontrado ciertos datos que me han parecido interesantes —alardeó mostrándonos unos folios escritos—, y que después os explicaré. Lo primero que debéis saber es que la flecha en cuestión está limpia, no tiene ni una sola huella. Los asesinos eran profesionales.

—¿Qué más has descubierto? —pregunté con ansiedad interrumpiendo a mi amigo, que amenazaba con extenderse en tecnicismos.

—Siéntate, Dani —me pidió Andrés—. ¿Abro una bolsa de patatas? Esto va para largo —me advirtió mientras me sentaba a su lado, acercándome una bolsa recién abierta, que rechacé preguntándome cómo podía seguir comiendo después de acabarse todas las magdalenas de mi casa.

—Si me lo permitís —dijo Gabi, contrariado por las interrupciones—, continuaré. He estado estudiando los símbolos labrados en la flecha, y coinciden exactamente con los que hay dibujados en los bordes del papel que estaba enrollado en ella. En otras palabras: son idénticos.

—Sí, pero ¿qué son? —interrumpió Andrés, con la boca llena de patatas.

—Y ¿qué significan? —añadí.

—Esperad, esperad. Ya llegaremos a eso. Lo primero es lo primero —dijo Gabi haciéndose el interesante, consciente de que había conseguido nuestra atención—. Y lo primero es saber por qué atacaron a tu padre.

La ansiedad que bullía en mi interior aumentaba por momentos: tenía la extraña sensación de que nos acercábamos a algo grande; la misma sensación que había experimentado la noche anterior.

—¡¡Sí!! —bramó Andrés—. ¿Por qué le dispararían a tu padre? ¿Qué relación hay entre esos símbolos, la flecha, el mensaje y él? —preguntó esperando que Gabi le respondiera.

Pero todos nos quedamos en silencio mirándonos. Comprendimos que eso era lo más extraño de todo, la relación de mi padre con los autores del intento de asesinato.

—Es extraño —dije rompiendo el silencio, exteriorizando mis pensamientos, con la mirada perdida en ninguna parte—, pero juraría que todo esto ha empezado en su último viaje.

—¡Claro que sí! Fue a Oriente, ¿verdad? —preguntó entusiasmado Gabi.

—No, no —mascullé—, fue a Italia.

—¿Como que a Italia? —cuestionó mi amigo, contrariado, sintiendo que su seguridad se resquebrajaba, contagiándonos a todos su decepción.

—Sí, a Italia. Pero ¿por qué creías que había ido a Oriente? ¿Tiene que ver con la inscripción? ¿Sabes lo que dice? —insistí recordando sus libros.

Sin contestar, Gabi se quitó las gafas, las limpió con la bata, se las volvió a poner, ajustándoselas cuidadosamente, y comenzó a revolver los papeles que tenía sobre la mesa. Mientras ponía todos los apuntes patas arriba, farfullaba palabras que ni Andrés ni yo fuimos capaces de entender.

—¡Aquí está! —exclamó mientras sostenía una hoja en alto—. ¡Bien, Daniel! —la satisfacción regresó a su rostro. Se aclaró la garganta y me miró—. Esto que os voy a desvelar es, como tú dirías, alucinante. Para empezar, anoche, como no podía conciliar el sueño, estuve examinando la nota un buen rato. Pese a que está escrita en caracteres orientales, me dio la sensación de que los trazos eran muy violentos, además de ese extraño color granate, así que esta mañana se lo he enseñado a Matilde, la bibliotecaria, que además de una excelente estudiante y colega, es grafóloga titulada. Ella no sabe lo que dice, pero me pudo asegurar que lo escribió una persona zurda y que la tinta no es tinta normal y corriente. Haría falta un análisis para corroborarlo, pero ella opina que es sangre.

—¡¿Sangre?! —preguntamos Andrés y yo incorporándonos al momento.

—Exacto. Matilde no pudo determinar nada más, así que me marché al gimnasio de artes marciales.

—Gabi, ¿a qué hora te has levantado? —preguntó Andrés.

—¿A qué hora os habéis levantado vosotros, perezosos? —Andrés y yo nos miramos y luego lo miramos a él sin decir nada más. Viendo la curiosidad dibujada en nuestros rostros, continuó relatando sus descubrimientos—. El monitor, a quien di clases de inglés el año pasado, es chino. Cuando le mostré la inscripción, se sorprendió mucho.

—¡¿Y?! —pregunté impaciente.

—Y no supo contestarme… —Andrés y yo nos lamentamos, decepcionados. Andrés le lanzó a Gabi la bolsa de patatas y yo me eché las manos a la cabeza temiendo estar en un callejón sin salida—. ¡Al principio no supo contestarme! —exclamó entonces captando de nuevo nuestra atención—. Veréis, ya me marchaba cuando me llamó y me pidió que entrara en su oficina. Me dijo que esos caracteres le resultaban familiares. Me pidió que lo acompañara a su casa. Vive cerca, así que fuimos andando. Al llegar se puso a buscar entre sus cosas hasta que dio con un libro bastante antiguo, un libro que le había regalado su abuelo cuando era niño y que él releía de vez en cuando. Un libro de cuentos, fábulas y leyendas. Pasó adelante y atrás sus páginas hasta que dio con algo. Una de las notas a pie de página estaba escrita

en los mismos caracteres que nuestro papelito —y mostrándonos el papel en cuestión, exclamó—: ¡La nota que acompañaba a la flecha está escrita en magadhí!

Andrés y yo nos miramos, compartiendo la misma sensación de ignorancia.

—¿Magadhí? ¿Qué idioma es ese? —le pregunté con ciertas dudas acerca de la verosimilitud de aquella información.

—Cierto es que la ignorancia es atrevida —constató Gabi con una mezcla de ironía y altivez en su tono de voz, mientras arqueaba la ceja izquierda—. Magadhí, querido amigo, es el idioma que se hablaba hace unos dos mil quinientos años en una amplia zona entre el Himalaya y la India, más o menos el área que hoy ocupan el Tíbet meridional y Nepal —nos explicó mientras paseaba de un lado al otro de la estancia—. El mismísimo Buda lo utilizaba para predicar.

Andrés me miraba como queriendo preguntarme si nuestro amigo estaba loco, y a continuación le dijo:

—Vamos, Gabi, no te pases.

—Es la verdad; no me estoy inventando nada —protestó y, alzando con ambas manos uno de los tomos de las enciclopedias que había consultado, exclamó—: Daniel, tu padre ha estado en la cuna de civilizaciones milenarias, ¿no es cierto? Por lo tanto, no es ninguna locura pensar que haya tenido algo que ver con alguien que aún hable magadhí y que haya tenido problemas con quien sea que conoció en el Himalaya, ¿no?

Nos quedamos en silencio. La hipótesis de Gabi era verosímil. No era la primera vez, ni la segunda, que Eduardo Monreal había tenido que salir corriendo de algún lugar perdido, perseguido por ladrones, fanáticos religiosos, terroristas o policías. Incluso, una vez, lo persiguió el ejército entero de un pequeño reino gobernado por un sátrapa.

—Bien, supongamos que tienes razón, ¿qué dice la inscripción? ¿Has podido traducirla? —le pregunté a mi amigo.

—Está bien, vayamos por partes —nos rogó Gabi, ajustándose otra vez las gafas—. Este idioma es magadhí, o más exactamente, ardhamagadhí, la lengua de Buda. Mi amigo Lin, el del gimnasio, es budista y tiene un libro con sus enseñanzas, el *Canon Pali* —explicó acercándose a la mesa y pasando hacia delante y hacia atrás las páginas de un libro, buscando algo que lo ayudase en su exposición—. Hace un par de años Lin asistió a unas conferencias en las que un maestro budista explicaba el *Canon Pali* y, entre otras cosas, aprendió que el pali, el idioma en el que está escrito el *Canon*, no

es el idioma en el que Buda predicó; es decir, que el *Canon Pali* es en realidad una traducción del texto budista original, una traducción de las enseñanzas escritas en magadhí, o sea, una traducción del *Canon Magadhí* —concluyó Gabi extendiendo los brazos, sonriendo satisfecho.

Andrés y yo lo mirábamos incrédulos.

—¿Y? —pregunté por fin.

—Sí, todo eso qué nos importa, ¿eh? —espetó Andrés, recuperando la bolsa de patatas y dejándose caer de nuevo en el sofá.

—Pues que les enseñaron algo de magadhí por si alguna vez encontraban textos en ese idioma.

—Y ¿cuándo iban a encontrarlos? ¿Al ir al súper? ¿En un cartón de leche caducado hace dos mil quinientos años? —se burló Andrés, y rompimos a reír.

—No, idiota —protestó Gabi, contrariado, lanzándole a Andrés una mirada centelleante—; en sus futuros estudios sobre Buda.

—Bueno —intervine para reconducir la cuestión—, ¿al final te supo decir lo que pone en la nota?

—Sí. Aunque hace tiempo que lo estudió, todavía recuerda lo suficiente para decirme más o menos qué pone —aseveró cogiendo el manuscrito con una mano y un folio en la otra—. Insisto en que no es una eminencia, pero, poco más o menos, viene a decir algo así. Os leo su traducción:

Olvide la Fuente. Sus aguas pertenecen
al destino y al sueño de la gran
Nindún-Rinpoché.
Son para su amor Eterno.
Olvídela o morirá.

—Bueno, hay amores que matan —bromeó Andrés.

—Entonces —dije recapacitando—, no querían matarlo. ¡Era una advertencia! —exclamé.

—¡Exactamente! —apostilló Gabi—. Imagina qué puntería hay que tener para dispararle al corazón para que parezca que querían matarlo y fallar adrede.

—Yo ya me lo imaginaba. ¿Para que mandarle una nota al tío que vas a matar? ¡No va a poder leerla! ¡Es de cajón! —explicó Andrés mientras se sacudía los restos de patatas fritas de la camiseta haciendo que Gabi y yo cayéramos solo entonces en aquella perogrullada. Y rompiendo el silencio que se había adueñado de la habitación añadió—: ¿Y a qué Fuente se refiere la nota? ¿Qué misión? ¿Quién es Nindún-no-sé-qué? ¿Qué quiere decir todo eso?

—Paciencia. Si la nota os parece un sinsentido esperad a saber lo demás —anunció Gabi despertando de nuevo nuestra curiosidad.

—¿Hay más? ¿Qué más? —pregunté con temor al ver el gesto que ponía.

—Daniel, recuerdas que en el hospital nos llamaron mucho la atención los dibujos que rodean el mensaje, ¿verdad?

—¡Sí! Sí, claro, los símbolos en los bordes del papel. Cada vez que pienso en ellos me entran escalofríos. Sí, sí, los recuerdo perfectamente —insistí cuando Gabi me entregó la nota y vi otra vez aquellas aterradoras figuras.

—Bueno, he investigado esta iconografía —explicó buscando algo en la mesa; enseguida cogió un libro y se sentó frente a nosotros abriéndolo por donde había puesto un marcapáginas—. Mirad, estos símbolos reciben el nombre de *mandalas*. En esencia, un mandala es la representación alegórica del universo, de las fuerzas que lo rigen y lo ordenan. En la mística tibetana, según el autor de este libro, son dogmas esenciales. Se utilizan en rituales, en reuniones sociales y, en definitiva, en casi todos los aspectos de la vida tibetana. Lo importante y esencial —añadió bajando la voz, como si temiera que alguien pudiera escucharnos—, es lo que está dibujado. Este libro explica que todos los mandalas simbolizan algo o representan alguna fuerza. Es decir, que son como mensajes subliminales. Estos ideogramas —continuó mientras acariciaba con las yemas de sus dedos los dibujos del libro— son inductivos. Transmiten energía positiva si representan a deidades apacibles o negativa si muestran a dioses malvados. El conjunto que forman los dibujos geométricos y los símbolos provoca bienestar o malestar en quien los observa. Normalmente se utilizan para ayudar a la concentración, para alcanzar la sabiduría, el Nirvana o lo que sea. Pero también se pueden usar para hacer el mal, para causar dolor o sufrimiento —concluyó cerrando el libro de un golpe que nos asustó.

Andrés y yo nos recostamos en el sofá con una extraña sensación en el cuerpo. Gabi nos había impresionado con su explicación.

—No me extraña que me diesen escalofríos —dije levantándome y frotándome las manos—; incluso ahora estoy destemplado.

—Eso es, captaste su frialdad. Lograron transmitirte el mensaje del mal que llevan implícitos —me aclaró.

El silencio se apoderó del Cuartel General. Y los nervios me dominaron otra vez. Me dirigí a las escaleras. Me senté, agarrando con fuerza los barrotes de la barandilla, con la mirada perdida más allá de la cabaña. Aún sentía la frialdad de aquellos terribles símbolos. Me preguntaba por el porqué de toda

aquella trama de muerte, amenazas y sangre. Andrés también se lo preguntaba, pero él lo hizo en voz alta.

—Mi padre nos lo explicará. Tiene que hacerlo —resolví con determinación sin dejar de mirar aquella nota maldita que descansaba sobre las rodillas de mi amigo, aquel mensaje en apariencia inocente, pero que escondía una amenaza que ya nos alcanzaba a todos.

Capítulo Seis

CONFESIONES EN EL HOSPITAL

Antes de marcharnos, recogimos los libros y guardamos la flecha y la enigmática y amenazadora nota en la caja fuerte. Gabi me pidió diez minutos de paciencia, ya que tenía que terminar los últimos ajustes en la Special Bike. Tras ese espacio de tiempo, con puntualidad británica, mi amigo anunció que mi bicicleta estaba lista para la acción. Sin más demora, tras cerrar con llave el Cuartel General, nos marchamos a la ciudad.

Llegamos al hospital enseguida. Al principio no nos querían dejar entrar, pero supimos convencer a la enfermera que nos impedía el paso de que se trataba de un recado importante, y de que no tardaríamos mucho. Dudó bastante porque era la hora de las comidas y el hospital era muy severo en cuanto a las visitas. Finalmente, tras la convincente intervención de Andrés, que era todo un maestro de la elocuencia, nos dieron permiso. Subimos a la cuarta planta, avanzamos por el pasillo, impregnado por el característico olor a medicamentos, aunque mezclado con el aroma de la comida que ya habían servido a los enfermos, y llegamos a la habitación de mi padre.

La puerta estaba entreabierta; todas lo estaban porque se buscaba que corriera el aire para hacer más soportable el calor, que se colaba en el edificio pese al incansable esfuerzo del aire acondicionado. Entramos y cerramos la puerta para poder hablar sin que nos escucharan. Mi padre estaba comiendo; le habían quitado el suero a primera hora de la mañana, tras la visita de la doctora Estevil.

—¡Hola, papá! ¿Cómo estás? —le pregunté tras darle un beso.

—Bien, hijo, mucho mejor. Hola, chicos. ¿Cómo habéis conseguido entrar?

—Bueno —balbució Andrés, delatándose culpable—, tuve que convencer a la enfermera de que necesitábamos pasar.

—Ya entiendo —dijo sonriendo mi padre—. Bueno, y ¿qué hacéis aquí? Tu madre, la tía y Óliver se han ido hace rato a comer. Me han dicho que

habíais dormido en casa y que habéis salido a media mañana. ¿No has pasado por casa?

—No, todavía no. Hemos estado en la cabaña… investigando —dije esperando su reacción.

—¿Investigando? ¿En qué andáis metidos ahora? —preguntó sin darle la importancia que yo esperaba.

Las dudas nos invadieron. Por un instante nos pareció que mi padre no tenía ni idea de nada. Nuestras miradas se cruzaron intentando comprender qué era lo que ocurría. Intuí que debíamos seguir adelante, porque él debía de conocer las respuestas a aquel misterio que nos tenía en ascuas.

—Papá, verás, queremos que nos lo cuentes todo. Sabemos que estás metido en un lío. No nos mientas, por favor. Dinos qué es la *Fuente* —le pedí con el corazón en un puño.

—¿Quién es Nindún-Rinpoché? ¿Cuál es su misión? —añadió Gabi, visiblemente impaciente.

—No tengo ni idea de lo que estáis hablando —contestó, tratando de disimular los nervios que lo habían dominado de repente.

—¡No es verdad! —exclamé apoyándome en la cama con ambas manos y mirándole a los ojos fijamente—. Encontramos un papel enrollado en la flecha que te dispararon —le revelé y, bajando la voz, añadí—: Yo mismo robé anoche la flecha del archivo de la comisaría. Hemos visto los símbolos, los mandalas. Además, en la nota hay una amenaza escrita en magadhí. Papá, lo hemos traducido y sabemos que te advierten que no te acerques a la *Fuente*. Pone que el agua es para el destino de Nindún-Rinpoché. Y te amenazan de muerte. ¿No te das cuenta? —añadí alzando la voz—. Quien te disparó la flecha no quería matarte, sino advertirte. Era un aviso, pero ¡¿por qué?!

El silencio se apoderó de la habitación. Mi padre me miraba fijamente y pude sentir su temor, su miedo; o más bien, su terror. Gabi y Andrés permanecían en silencio, observando, esperando con ansiedad alguna respuesta que arrojara luz sobre aquel misterio.

—Hijo, ¿cómo se te ha ocurrido hacer semejante barbaridad? ¿Robar pruebas?

—Tenía que hacerlo para averiguar quién quiere hacerte daño —le expliqué mirándolo a los ojos, queriendo que viera en mí la mirada de un adulto, los actos de un hombre, en vez de los de un niño.

—De acuerdo. Mira, te mentí, hijo —admitió por fin, dando a su confesión un profundo tono de culpabilidad—. Os mentí a todos, a tu madre, a mi tía, a Óliver, a todos —se lamentó desde el fondo de su alma mientras yo

me sentaba a los pies de la cama, sorprendido, nervioso, inquieto; y mis amigos se acercaban para no perderse el más mínimo detalle de aquella reveladora explicación—. ¿Recuerdas mi último viaje? No fui a Italia como os dije. Estuve en Asia, en el Tíbet.

—¡Lo sabía! —exclamó Gabi, quien se tapó enseguida la boca y recibió un codazo de Andrés, para que se callara.

—Sois muy listos, chicos —dijo mi padre, esbozando una sonrisa que no encajaba con el gesto de dolor de su rostro—. Pues sí, fui al Tíbet en busca de…

—¡¿De qué?! ¡En busca ¿de qué?! —inquirí.

Justo en el momento en el que mi padre iba a contestar a la pregunta que nos mantenía nerviosísimos y cuya respuesta nos sacaría de aquel mar de incertidumbre, la puerta de la habitación se abrió y apareció el odioso inspector Delagua, ataviado con su gabardina beis, su cabello rojo y su desagradable y barbuda cara de muy pocos amigos. El Cerilla nos miró con rostro ceñudo mientras mascaba un regaliz de palo. Todos guardamos silencio, lo miramos con inquietud, pugnando con los nervios que podían traicionarnos en cualquier momento. El inspector cerró la puerta tras de sí, empujándola con el pie.

—Buenas tardes, inspector —saludó mi padre, rompiendo el hielo—. ¿Cómo ha conseguido que le dejasen entrar? Estamos en horario de comidas —preguntó sonriendo.

—Supongo que con enseñar la placa bastó. La mayoría de la gente respeta a la policía —añadió con ironía mientras nos lanzaba una mirada de desprecio—. Buenos días, muchachos. Me alegro de que estéis aquí; os andaba buscando.

—¿A nosotros? —pregunté confiando en que no me castañetearan los dientes a causa del pánico que me iba dominando por momentos.

—A vosotros, claro. Sois famosos en la comisaría —masculló, lanzando cada palabra como si fueran balas—. Pero antes de explicaros por qué, quiero informarle, señor Monreal —dijo a mi padre, antes de darle otra chupada al repugnante dulce—, de que la flecha con la que usted resultó herido fue sustraída anoche del almacén de pruebas de la comisaría.

—¿Cómo es eso posible? ¿Qué clase de vigilancia tienen ustedes? Me parece que ha habido una negligencia imperdonable.

—Cálmese. Estamos investigando quién o quiénes han perpetrado ese execrable delito —dijo sin quitarnos la vista de encima a mis amigos y a mí.

—¿Nos está acusando, inspector? —preguntó Gabi tras tragar saliva.

—Ufff… Estas cosas son lentas, pero es grave, ¿sabéis? Alguien se coló en el archivo, sustrajo el arma de un crimen e intimidó a una de las trabajadoras de la comisaría. Y como ayer insististeis en ver la flecha, pues se me ha ocurrido que…

—Inspector, está usted equivocado —protestó mi padre visiblemente irritado, consciente del peligro en que nos encontrábamos—. Los chicos estuvieron en mi casa. Durmieron allí.

—¿Cómo puede saberlo con seguridad si usted estaba aquí?

—Espero que no esté dudando de mi palabra. Le recuerdo que yo soy la víctima de ese crimen. Pero llame a mi mujer si lo que insinúa es que miento —le instó mi padre ofreciéndole el auricular del teléfono que había sobre la mesilla, junto a su cama, apostando a esa carta nuestra coartada.

—No, no, por supuesto que no dudo de usted —claudicó el Cerilla—. Discúlpeme, no pretendía insinuar algo así. Verá, señor Monreal —continuó el inspector, hablando lentamente, mientras saboreaba su regaliz—, ayer hubo una extraña algarabía en la comisaría entre dos muchachos que se peleaban por una bicicleta. Justo en ese momento, aprovechando la distracción de los agentes que estaban de servicio, un tercer individuo se coló en el archivo y sustrajo la prueba. Una secretaria lo sorprendió, pero el intruso, que llevaba la cara tapada, la empujó y salió corriendo sin decir ni una palabra —explicó, provocando que mis amigos y yo nos mirásemos de manera significativa—. Es un delito muy grave, ¿sabe? Pero lo curioso del tema es que los muchachos que llevaban media hora discutiendo acaloradamente por una bicicleta rota, de repente, se reconciliaron y desaparecieron sin haberse identificado. Bueno, esto es achacable a mis hombres, lo admito —masculló mientras se pasaba la mano por aquella mata frondosa de cabellos anaranjados—. El caso es que la descripción de los gamberros coincide con la vuestra —espetó teatralmente, apuntando alternativamente con el regaliz de palo a Gabi y Andrés, quienes dieron un salto hacia atrás, espantados—. Solo por eso me preguntaba si sabíais quién puede ser el sujeto que se coló en las dependencias policiales mientras esos chicos tan parecidos a vosotros discutían tan acaloradamente como rápidamente se reconciliaron después y desaparecieron de la escena del crimen que…

—Mire, inspector —le interrumpió mi padre haciendo ademán de levantarse, con el rostro cruzado por el dolor—, no voy a consentir que acuse a mi hijo y a sus amigos de un delito que fue cometido con seguridad por los mismos que me dejaron aquí postrado. Hay delincuentes y asesinos sueltos por las calles de nuestra ciudad y usted se dedica a interrogar a niños y a

acusarlos de delitos deplorables. No merece usted mi respeto, inspector. Creo que el dinero del contribuyente debería ser utilizado para perseguir y detener a los culpables de los hechos, no para molestar y acusar a unos menores de algo que de sobra sabe que no es cierto. Así que le agradecería que se fuese a buscar a los verdaderos criminales y que dejase tranquilos a estos chicos que solamente pretendían colaborar con la justicia cuando le pidieron ver la maldita flecha.

—Claro, perdóneme, no era mi intención ofenderlo. Disculpad, chicos, comprendo vuestras intenciones y perdonadme si os he molestado —se disculpó el inspector, impresionado, caminando marcha atrás hacia la puerta—. En cualquier caso —añadió justo antes de salir—, si recordáis algo que pueda resultarnos útil, por favor, acercaos a la comisaría.

—No se preocupe, señor inspector —dijo Andrés burlonamente—, así lo haremos. Por lo demás, sabemos que está usted sometido a mucha presión, ya sabe, ladrones, asesinos, violadores, estafadores, corruptos, y un sinfín de problemas que atenazan su dura existencia. No lo sienta, inspector, un error lo comete cualquiera, ¿verdad?

El Cerilla no contestó. Se disculpó otra vez con mi padre y se marchó. Cuando hubo salido, nuestro semblante serio se trocó en gestos de alivio. Agradecimos a mi padre su excelente actuación y que nos encubriera.

—Chicos, lo que habéis hecho no está bien. El inspector tiene razón. Son hechos graves. No puedo defender lo que hicisteis, sin embargo, sé por qué lo hicisteis y os lo agradezco. También soy consciente de que nuestro amigo el inspector no suele estar muy afinado en sus investigaciones. Así que, por esta vez, y sin que sirva de precedente, no le diré la verdad. Lo que sí os exijo es que devolváis la flecha y la nota a la policía. Hacedlo de manera anónima, pero hacedlo. La policía se encargará de las investigaciones y, con suerte, vuestra participación quedará olvidada y archivada.

—Señor Monreal, ¿cree de verdad que la policía descubrirá algo? —preguntó Gabi.

—Bueno, la verdad es que no lo sé. Lo único que tengo claro es que no quiero que os pase nada. Prometedme que devolveréis las pruebas —insistió.

—De acuerdo, lo haremos —dije tras un momento de silencio durante el cual mis amigos y yo nos miramos con intensidad—. Pero, papá, tienes que saber que el mensaje, la advertencia, está escrita con sangre —añadí.

—Razón de más para que la devolváis. Ellos la analizarán. Quizá haya otras víctimas de las que no sabemos nada. Es un asunto muy peligroso —aseguró mi padre intentando concluir la conversación—. Bueno chicos, ya

sabéis lo que tenéis que hacer. Ahora marchaos; van a venir a hacerme la cura.

—¡No! —protesté—. No nos iremos hasta que acabes de contarnos lo que ibas a decir cuando entró el inspector. Continúa, por favor.

Mi padre bajó la mirada. Daba la sensación de que tenía miedo, miedo de hablar, de revelarnos aquel secreto, el verdadero motivo oculto tras el atentado, tras su viaje, tras sus mentiras. Me miró, luego a Andrés y a Gabi. Parecía no decidirse a hablar. Nos volvió a mirar, escudriñando nuestros rostros, debatiéndose entre decirnos una verdad que nos iba a empujar hacia peligros inimaginables o mentirnos para tratar de alejarnos de un riesgo que tarde o temprano nos alcanzaría. Nuestra expectación se dibujaba en el rostro. Finalmente, cuando comprendió que persistiríamos hasta conocer la verdad, se decidió a hablar.

—De acuerdo —comenzó—, ¿habéis oído hablar de la Fuente de la Eterna Juventud?

Capítulo Siete

MÁS SORPRESAS

Nos quedamos perplejos. No podíamos asimilar lo que nos acababa de revelar mi padre. Él nos miraba sonriendo y en silencio, aliviado en cierto modo. Con la mirada todavía perdida, me senté en la silla que había junto a la cama, tanteándola con los dedos, sin verla. Gabi movía las manos como si estuviese palpando algo con la punta de los dedos; miraba hacia abajo, con la mirada extraviada y balbucía palabras sueltas, ininteligibles. Finalmente, comenzó a dar pequeños pasos en círculo hasta que se volvió hacia mi padre y, con los ojos abiertos como platos, con la misma mirada alegre y triunfal que ponía cada vez que inventaba algo, rompió el silencio exclamando:

—¡¡La Fuente de la Juventud!! ¡El elixir de la vida eterna, de la eterna juventud! El tesoro más buscado de la historia de la humanidad, el objeto más codiciado por reyes, emperadores, faraones, caudillos y por todos los dignatarios y poderosos del mundo… Pero ¿no estaba en la Atlántida? —preguntó recordando viejos conocimientos adquiridos en sus largas estancias en la biblioteca.

—Eso pensaba yo —contestó mi padre, contagiado de repente por la excitación que nos embargaba—. Todas las referencias históricas, literarias y mitológicas la situaban en el continente legendario de la Atlántida. Sin embargo, está en el Tíbet. Yo la vi. ¡La vi con mis propios ojos! —exclamó.

—¡¿Dónde?! ¡¿Dónde?! —preguntamos los tres a coro—. ¡¿Dónde está?!

—No lo sé. No recuerdo el lugar exacto —admitió, derrumbándose en su cama—. Sé que era un templo, o un monasterio, pero he olvidado casi todo.

—¡¿Cómo que no lo sabes?! —pregunté sorprendido y frustrado—. Eso no se puede olvidar. Una cosa así no se puede olvidar. ¡Es imposible!

—Veréis —dijo lacónicamente tratando de darnos una explicación—, apenas la recuerdo, pero sé que justo después de verla, cuando todavía la tenía ante mí, alguien me golpeó en la cabeza. Caí al suelo aturdido y acto seguido me obligaron a beber algo que debe de haberme hecho olvidarlo todo: dónde está, cómo llegar hasta allí, las pistas que seguí, con quién hablé, todo

—repitió, y vi la angustia que le producía bucear en la sima oscura en que se había convertido su memoria.

—Pero, entonces, ¿por qué le advierten que no busque la Fuente si lo ha olvidado todo? —preguntó oportunamente Andrés.

—Bueno, no llegué solo hasta la Fuente de la Juventud. Me acompañaba un muchacho tibetano. Cuando recobramos el sentido, embarcados en un vuelo rumbo a Occidente, me contó que a él también le habían hecho beber algo que había nublado su memoria. Aunque parece que no bebió lo suficiente para olvidarlo todo, y me contó lo que recordaba. Me ayudó a rescatar imágenes sueltas, fragmentos del viaje. Como me dolía mucho la cabeza, no sé si por el golpe que me dieron o si debido al brebaje que me hicieron ingerir —prosiguió narrando mi padre—, decidí dormir un rato. Cuando desperté, mi amigo había desaparecido. Quizá los mismos que nos golpearon junto a la Fuente volaban con nosotros para vigilarnos y lo secuestraron. No lo sé. Una vez de vuelta en casa me puse a investigar. Tenía que dar con ese muchacho y, sobre todo, tenía que encontrar la Fuente de la Juventud. Supongo que me vigilaban también y que de ahí proviene la advertencia.

—No lo comprendo —dijo Andrés verbalizando sus pensamientos—. Si esas personas poseen la Fuente de la Juventud, ¿por qué no quieren compartirla con todo el mundo?

—Es obvio —señaló Gabi—. Si la gente se entera de que en el Tíbet está la Fuente de la Eterna Juventud cundirá el caos. Imaginad cómo reaccionarían los gobiernos del mundo, empezando por el chino. Se destruiría todo lo que hay allí. Construirían hoteles, balnearios, tiendas… Estallarían guerras. Por no hablar de las repercusiones económicas que ello tendría: ¿cuánto pagaríais por ser eternamente jóvenes? ¿Quién tendría acceso al elixir?

Por un momento guardamos silencio intentando comprender la magnitud del descubrimiento y la importancia que tenía guardar el secreto que acabábamos de conocer. Gabi tenía razón; debíamos ser muy cuidadosos.

—Dígame, señor Monreal —dijo Andrés—, ¿cómo es la Fuente? ¿Es un caño que brota de la montaña? ¿O algo enorme tipo la Fontana di Trevi?

—Ojalá lo recordara —respondió entristecido mi padre—, pero apenas me quedan imágenes en la mente. Por eso quería encontrar a Lang Ching, el chico tibetano que me ayudó a encontrarla.

—¡Bien! —exclamé animado— Entonces hablaremos con él.

—Por desgracia —se lamentó cabizbajo mi padre—, como os he dicho, desapareció. Y no he podido encontrarlo. Desde que regresé he estado haciendo llamadas, pero ha sido inútil. Es como si nunca hubiera existido. Tal

vez sea mejor así. Es muy peligroso; esa gente no se anda con bromas. No quiero que lo busquéis —nos ordenó—. Lo mejor es dejarlo así. Vais a devolver la flecha y la nota, y os iréis a jugar a cosas de vuestra edad —concluyó de manera categórica.

—No, señor, lo siento pero no —resolvió Gabi, y los demás asentimos—. Aunque como científico me cuesta creer en estas cosas, deseo conocer la verdad.

—Chicos…

—Papá, ¿crees en serio que se van a detener ahí? Si te han estado siguiendo ya sabrán que la flecha ha sido robada. Y si son un poco más eficientes que el Cerilla, ya habrán averiguado que la tenemos nosotros.

—Y que tenemos la nota también. Seguro que estaban vigilando cerca del lago —observó Gabi.

—Y que hemos traducido el mensaje —añadió Andrés.

Mi padre nos miró alternativamente, viendo la determinación en nuestros ojos, en nuestros rostros, y la voluntad inquebrantable que nos movía.

—Hay otra persona. Alguien que puede ayudaros. Fue quien me habló de la Fuente por primera vez. Recuerdo que me puso en contacto con Lang.

—¿Quién es? —preguntó Andrés, impaciente.

—Casi no la recuerdo. Es una mujer, una mujer con el cabello largo y claro… —dijo con los ojos cerrados, presionándose las sienes, con una voz vacilante, rescatando de su mente retazos de memoria, vislumbrando la imagen borrosa de aquella mujer, una imagen sin rostro y sin nombre.

—No se preocupe —dijo Andrés, decepcionado, aunque tratando de consolarlo—, tal vez recuerde algo más dentro de unos días.

De nuevo, el silencio invadió la habitación. Nos sentíamos impotentes, en un callejón sin salida. Acabábamos de conocer que la legendaria Fuente de la Juventud era real, no una quimera. Y la única persona que la había visto no recordaba más que jirones de una realidad que se deshilacharía en su memoria con el tiempo. El secreto de la vida y la juventud eternas estaba en la cabeza de mi padre, perdido en algún recoveco de su mente. Y mis amigos y yo no sabíamos cómo llegar hasta esos recodos de su memoria.

De improviso, la doctora Estevil entró en la habitación acompañada por un enfermero. Sorprendida al encontrarnos allí, quiso saber cómo nos habíamos colado durante el horario de comidas. Le respondimos que habíamos pasado un momento para ver cómo estaba mi padre, pero que ya nos marchábamos. Se mostró comprensiva, aunque nos reconvino a respetar

los horarios de visitas. Nos pidió que la dejásemos a solas con mi padre para poder hacerle la revisión y la cura y, tras despedirnos, nos marchamos.

Caminábamos en dirección al ascensor, avanzando por un largo y frío pasillo blanco. Avanzábamos despacio, en silencio, cabizbajos, pensando en aquella reveladora aunque no muy fructífera conversación. De vez en cuando nos cruzábamos con alguna enfermera, con algún enfermo y, poco después, con el carrito de la comida, que ya iba recogiendo las bandejas vacías por todas las habitaciones. De repente, algo me vino a la cabeza. Un pensamiento se me fijó en la mente; era una duda, un dilema, una pregunta que precisaba urgentemente de una respuesta para poder colocar otra pieza en aquel rompecabezas. Pedí a mis amigos que me esperasen y regresé a la habitación de mi padre. La doctora Estevil aún no había acabado su visita, así que esperé escondido tras una columna del pasillo hasta que salió. En cuanto el pasillo quedó despejado, entré. Mi padre, recostado en su cama, se sorprendió al verme de nuevo.

—Papá, dime la verdad —le insté en tono cariñoso—. Estamos solos. Puedes hablar con sinceridad. Creo que nos has ocultado algo. ¿Por qué fuiste a buscar la Fuente de la Juventud? ¿Fue un encargo? ¿Por qué nos mentiste y dijiste que ibas a unas excavaciones en Pompeya? ¿Qué es lo que pasa en realidad? Vamos, papá, dímelo, confía en mí —le rogué.

Me miró y pude ver que estaba sorprendido. No respondió de inmediato, simplemente miró al horizonte a través de la ventana, me hizo un gesto con la mano para que me sentara a su lado, suspiró, me miró fijamente y comenzó a hablar.

—Está bien; veo que no te puedo engañar. Ya eres un hombre, Dani, y te mereces saber la verdad. Tienes razón, hay algo que os he ocultado. Es algo muy importante —confesó en voz baja antes de inspirar profundamente y cerrar los ojos durante un momento—. Quiero que sepas que esto no lo sabe nadie, ni siquiera tu madre, y así debe seguir, al menos de momento —me advirtió antes de hacer otra breve pausa. Cogió un vaso de agua de la mesilla y tras darle un sorbito, continuó—. Solo te pido una cosa, que no me interrumpas. Ya me preguntarás lo que quieras después —dijo e hizo otra pausa; volvió a beber—. Hijo, estoy enfermo, gravemente enfermo. Tengo una enfermedad que va a acabar conmigo. El verano pasado me hice un chequeo general al volver del Amazonas y encontraron algo extraño en la sangre. Tras varios análisis me diagnosticaron un grave trastorno degenerativo. Es una enfermedad muy rara: apenas se registran al año media docena de casos en todo el mundo. Por lo visto se transmite por la picadura de

un insecto de la selva —explicó y guardó silencio durante un momento; miró de nuevo por la ventana y prosiguió—. No me preguntes cómo se llama, porque se asemeja mucho a un apellido noruego pronunciado en latín clásico —bromeó, esbozando una leve sonrisa que me esforcé por corresponder—. El caso es que me debilita, mina mis reflejos, me afecta a los movimientos, a la fuerza muscular, produce envejecimiento prematuro de las células y aniquila mi estado de ánimo haciéndolo descender hasta el mismísimo infierno —añadió con un hilo de voz. Le cogí una mano, sin decirle nada, solo para recordarle que estaba a su lado y que contaba conmigo—. Hijo, soy un aventurero, un enamorado de mi trabajo y de la vida —añadió, emocionándose—. Aún soy joven, acabo de pasar la barrera de los cuarenta. Tengo mucha vida por delante, muchos viajes que hacer, muchas aventuras que vivir. Quiero veros crecer a tu hermano y a ti, quiero hacerme viejo junto a tu madre, quiero saber cómo será el mundo dentro de veinte o treinta años. —Tuvo que detenerse; la emoción lo vencía. Le acerqué el vaso de agua, bebió y continuó su estremecedor relato—: Los médicos me dijeron que en unos dos años no me podré mover de la cama, y que en otros dos, moriré, envejecido, débil, frágil, destruido —explicó y me miró; ambos teníamos los ojos rebosantes de lágrimas. Al poco continuó—. ¿Te imaginas lo que supuso escuchar eso? No podía creérmelo. Me puse a investigar, consulté con los mejores especialistas del mundo en microbiología, en infecciones, en virus, pero todos me contestaron lo mismo: no existe ningún remedio contra esta enfermedad, ni siquiera hay droga alguna que retrase sus efectos; nada, es incurable. Pero ya me conoces; no me di por vencido. El tiempo corría y no encontraba ninguna solución, hasta aquel día —añadió de manera misteriosa. Inspiró con fuerza, casi suspirando—. Estaba leyendo el periódico cuando me topé con el anuncio de una exposición arqueológica sobre el Tíbet en el Museo Metropolitano. Me pareció interesante y me venía bien distraerme, así que fui a verla. La verdad es que no era muy original: collares, trajes, utensilios del hogar, en fin, una muestra etnográfica sobre la vida en el Himalaya. Pero algo me llamó la atención. Y es justo en este punto donde empiezan las lagunas de memoria. Recuerdo que vi una vasija, un cántaro o un ánfora para transportar agua o leche; nada extraordinario. Sin embargo la iconografía que la decoraba era única. Los dibujos, en bandas horizontales, mostraban a un hombre que recogía agua de un manantial, después se la daba a una anciana y en la siguiente escena aparecía el mismo hombre junto a una bella joven. Aquello excitó mi curiosidad. Busqué a la comisaria de la exposición y le pedí que me hablara sobre aquella ánfora. Me dijo que la

arqueóloga que la había conseguido y que la había donado al museo —la misma de la que solo recuerdo los rasgos— le había asegurado que se la había comprado a una anciana que juraba ser la muchacha del dibujo, y que tenía ciento cuarenta años tras haber rejuvenecido y vuelto a envejecer. Sé por experiencia que los mitos y las leyendas siempre encuentran una base factual real. Por lo que vislumbré un rayo de esperanza. Pensé que si aquella fuente otorga la juventud, y si realmente existía, tal vez podría curarme. Conseguí que la comisaria me facilitara el contacto de la mujer que había donado el ánfora y después ella me puso en contacto con Lang Ching y… A partir de aquí los recuerdos se disipan como si se apagara la luz dentro de mi cabeza. Sé que llegamos hasta el templo, Dani, sé que estuve delante de la Fuente, que iba a beber de ella —me dijo con una impotencia que se le salía por los ojos—. Existe de verdad. Y puede curarme.

—Gracias, papá —le dije conteniendo la emoción, antes de abrazarlo, darle un beso y marcharme rápidamente.

Andrés me invitó a comer a su casa para que sus padres no se enfadaran con él, ya que cada vez que faltaba a dormir imaginaban mil y una mentiras de su hijo y, como confiaban en mí más que en él, mi testimonio fue su coartada. Desde casa de Andrés llamé a mi madre para decirle dónde estaba y que ya había pasado a ver a papá. Mi madre se sintió contrariada porque en aquellas circunstancias quería que pasara más tiempo con ella y con mi hermano. Sin embargo, lo que estábamos haciendo era demasiado importante, ya que, a fin de cuentas, la vida de mi padre estaba en juego.

Después de comer nos dirigimos al Cuartel General. En el cruce de los Tres Robles nos reunimos con Gabi. Minutos después, protegidos y aliviados del calor por la sombra de los árboles de la colina, llegamos a nuestro destino. El paisaje era precioso; los sonidos de la naturaleza me ayudaban a relajarme y, en parte, a olvidar el horror que había invadido mi existencia y la de mi familia. Sin embargo, aquella calma iba a durar poco. Al acercarnos a la cabaña nos percatamos de que la puerta estaba abierta.

Capítulo Ocho

SUSANA

No había señales de que hubieran forzado la entrada, pero estábamos seguros de que la habíamos cerrado con llave. La cabaña albergaba pruebas demasiado importantes como para arriesgarnos a que cualquier curioso que pasara por allí diera con ellas. Después de la conversación con mi padre, y conscientes de que sus enemigos se habían convertido en nuestros enemigos, nos escondimos tras unos matorrales, asustados de verdad.

—¿Por qué no entramos y nos enfrentamos a ellos? Les daremos una sorpresa —propuso Andrés, envalentonado por la ansiedad, blandiendo un palo que había cogido del suelo.

—Estoy de acuerdo. Sea quien sea debemos entrar y enfrentarnos a él. Somos tres y Andrés vale por dos, así que es como si fuésemos cuatro —me avine.

—Habrá más de uno, y seguramente tendrán armas —repuso Gabi, diciendo en voz alta algo que ya habíamos pensado los tres.

Durante unos instantes cruzamos nuestras miradas nerviosas. El miedo a enfrentarnos a aquellos que habían atacado a mi padre nos mantuvo ocupados un rato, haciendo conjeturas acerca de la identidad de los allanadores de nuestra cabaña. Gabi propuso volver a la ciudad y avisar a la policía. Andrés replicó que si pedíamos ayuda nos arriesgábamos a que los intrusos se marcharan mientras íbamos y volvíamos, y que, además, era probable que la policía registrara el Cuartel General y hallara la flecha y la nota ensangrentada. Tenía razón: no podíamos avisar a nadie. Debíamos encarar aquella situación nosotros solos.

Cogimos sendas ramas a modo de bate y, sigilosamente, nos dirigimos hacia la puerta principal. Caminamos deprisa, de puntillas, avanzando de árbol en árbol, para aproximarnos sin ser vistos. Andrés iba en primer lugar porque su tamaño infundía más respeto. Desde un viejo olivo, muy cerca de la puerta, corrimos hasta la cabaña. Andrés y yo nos pusimos de espaldas a la pared, a la derecha de la puerta, y Gabi hizo lo propio, en el lado izquierdo.

Con gestos y sin hacer un solo ruido, conté hasta tres y, entonces, mi musculoso amigo dio una violenta patada a la puerta, como las que solía dar en sus entrenamientos de artes marciales, abriéndola de golpe hasta atrás. Andrés entró gritando a la cabaña, enarbolando el palo con ambas manos, dispuesto a aporrear a cualquiera que se encontrase en su camino. Un segundo después, Gabi y yo lo seguimos.

Nos encontrábamos en medio de la habitación principal, blandiendo nuestras ramas, sin resuello y esperando que nos atacaran en cualquier momento. Entonces, envueltos en el más absoluto silencio, descubrimos que todo estaba en orden. Gabi comprobó que su laboratorio estaba como él lo había dejado.

—Chicos —dijo Andrés, aliviado—, aquí no hay nadie.

—¡Hola! —saludó alguien desde lo alto de las escaleras.

Los tres gritamos dando un salto hacia atrás.

—Vaya unos miedosos que estáis hechos —dijo la misma voz femenina mientras descendía lentamente, peldaño a peldaño, las escaleras de caracol.

La cabaña quedó en silencio. Solamente se oía el crujir de los escalones conforme descendía aquella desconocida de la que solo alcanzábamos a ver las piernas. En unos segundos, se detuvo al pie de la escalera sonriéndonos.

—¿A que jamás hubieras imaginado encontrarme aquí? —me preguntó con aquella voz angelical que se me había quedado grabada en la mente desde la noche anterior.

—¡Dani! —exclamó Andrés—. ¿Es, es, es la…?

—¡Calla! —grité tapándole la boca a mi amigo—. No digáis nada.

—Vamos, entre amigos no tenemos secretos. Efectivamente, grandullón, soy la secretaria que pilló a vuestro amigo Daniel Monreal en la sala de archivos de la comisaría, anoche, hacia las diez y cuarto —dijo aquella chica mirándome a los ojos—. Y vosotros dos debéis de ser los cómplices del señorito *guantes de látex*. Sí, los que representasteis ese espectáculo tan divertido que distrajo a todos los agentes mientras Daniel se colaba en el almacén —añadió, y mis amigos y yo nos miramos con el corazón en un puño—. Entre los tres robasteis el arma de un crimen; ¿no sabéis que eso es un delito? —preguntó en tono jocoso pero amenazante.

No fuimos capaces de articular ni una sola palabra. La secretaria hablaba con una gran seguridad en sí misma. Nos observaba en silencio, con las manos en jarra y la cadera algo ladeada, apoyando todo su cuerpo en la pierna izquierda, mientras mantenía la derecha relajada. Vestía un pantalón vaquero corto, una blusa blanca y calzaba unas zapatillas deportivas tan blancas como

la nieve. No era muy alta y estaba en forma. Su rostro me pareció tan digno de un ángel como su voz. Tenía los ojos grandes, expresivos, del color de la miel. Su piel era clara, cuajada de pecas, y su cabello, cobrizo, liso, no muy largo. Dejé caer el palo al suelo. El estruendo hizo que mis amigos reaccionaran.

—No puede ser, ¡no puede ser! —exclamó Andrés—. ¿Cómo has dado con nosotros?

—Calla, Andrés. No tiene pruebas de nada —aconsejó Gabi, desafiándola.

—¿Queréis calmaros, por favor? —nos pidió, acercándose a uno de los sillones y sentándose en el apoyabrazos—. Puedo daros una explicación —comenzó despertando nuestro interés e invitándonos a tomar asiento con una señal; cosa que hicimos sin rechistar—. Veréis, en primer lugar no necesito tener pruebas materiales de que él —dijo señalándome— fuera quien entró en el archivo. Estoy segura de que si mis colegas registran vuestra… —añadió mirando a su alrededor— casita, encontrarán la flecha que robasteis anoche. Y quién sabe qué más. En segundo lugar, cuando me enteré de que se trataba de la misteriosa saeta que casi mata al eminente estudioso Eduardo Monreal, pensé que aquel muchacho asustado que se había colado en la comisaría tenía que ser el mismo que se la había pedido con insistencia al comisario. Llevo toda la vida rodeada de delincuentes de la peor calaña y los distingo a la legua. Y tú, cariño, no eres uno de ellos. Lo vi claro, anoche; por eso no te delaté —explicó mirándome con una ternura que me sorprendió—. Así que esta mañana he hecho algunas averiguaciones, unas llamadas y he descubierto este refugio infantil —relató con una mueca divertida que contrastaba con el enfado que dominaba a Gabi, con el pánico que se estaba apoderando de Andrés, y con las sensaciones contradictorias que se habían adueñado de mí—. Y en tercer lugar, no sois los únicos que sabéis forzar cerraduras —concluyó sonriendo, enseñándonos un juego de ganzúas.

—No nos denuncies, por favor. No sabes de qué va todo esto ni lo que está en juego —le pedí finalmente cuando fui capaz de reaccionar.

—No pensaba hacerlo, de momento —matizó—. Siento curiosidad. Quiero saber qué se os pasó por la cabeza para hacer la estupidez de anoche.

—Y yo quiero saber por qué le mentiste a la policía —le dije, recordando lo que nos había contado el inspector—. No llevaba puesta ninguna máscara.

—¡Vaya! —exclamó sorprendida—. Eso parece una confesión.

—Dejémonos de juegos. ¿Qué quieres de nosotros? —la desafié.

—Poca cosa —respondió tras ponerse en pie, caminando de forma distraída por la cabaña—. Quiero que me contéis lo que está pasando.

—Nada. Robamos la flecha porque pensábamos investigar por nuestra cuenta. El inspector Delagua es un incompetente —le espetó Andrés tratando de evitar que se enterase del misterio en el que estábamos involucrados.

—Mientes muy mal, grandullón —dijo dirigiéndose al lugar donde teníamos escondida la caja fuerte—. ¡A mí no me la dais! Así que no pasa nada, ¿eh? Entonces, explicadme por qué tenéis todos estos papeles escritos con extraños mensajes, con datos sobre el Tíbet, con leyendas mágicas…

—¡Será…! —exclamó Andrés.

Gabi corrió hasta la caja fuerte y comprobó atónito que la puerta había sido abierta usando la clave. De rodillas, ante la joven y nosotros, la miró con rabia.

—¿Cómo es posible que en tan poco tiempo hayas descifrado la combinación? ¿Sabes cuál es la probabilidad de acertarla? Teniendo en cuenta… —iba a explicar Gabi cuando fue interrumpido.

—Teniendo en cuenta que son cinco ruedas con diez números cada una, la probabilidad es de una cada 100 000. Pero este modelo de caja fuerte no permite repetir números, de manera que la probabilidad se reduce a una entre 30 240. Finalmente, me decanté por combinaciones sencillas, poniendo fechas conmemorativas. Por vuestra edad decidí poner en primer lugar el mes y luego el año de nacimiento, 1972 o 1973. Al no acertar, deduje que esta caja había sido programada por alguien con un poco más de mollera. Me fijé en el retrato de Albert Einstein —añadió señalando hacia el laboratorio—, probé la fecha de nacimiento del físico, marzo de 1879, es decir, 3, 1, 8, 7 y 9, y ¡bingo! —explicó la joven.

—Me dejas alucinado —le confesé, admirado.

—Bueno, la verdad es que mis resultados académicos son bastantes buenos, pero si te refieres a las deducciones y a lo de la caja fuerte, te recuerdo que he crecido entre chorizos y ladronzuelos. Sé más que nadie sobre pistas y delitos. Lo llevo en la sangre, mi padre es policía, un gran policía —aseveró—. Es el inspector Delagua.

La sonrisa se nos borró de la cara. Aquella chica era la hija del ser más despreciable que había conocido jamás. Se lo acabábamos de decir. Y lo peor de todo era que, en aquel momento, me di cuenta de que ella me gustaba mucho.

—¡¿Eres hija del Cerilla?! —preguntó Andrés sin poder contenerse.

Le di un codazo, pero era demasiado tarde. Gabi, que aún seguía de rodillas junto a la caja, se levantó y se colocó a nuestro lado.

—Pues sí, soy la hija mayor del inspector Delagua, del Cerilla. Me llamo Susana. Encantada de conoceros. Daniel —dijo mirándome, y a continuación se fijó en mis amigos—, y vosotros Andrés y Gabriel, ¿verdad?

Asentimos acompañando el gesto de un ruido que no llegaba a ser ni un sí ni un hola ni nada con sentido, solo un sonido que decía todo y nada, que nos rendía ante Susana Delagua.

—Escuchadme, sé que mi padre no ha tenido muchos éxitos últimamente, pero debéis saber que fue condecorado con la medalla de oro al mérito policial hace doce años. Gracias a él conozco al dedillo el mundo criminal —dijo para ayudarnos a sobrellevar la vergüenza que sentíamos en aquel momento—. Un día seré inspectora. Se me da bien esto, por eso creo que os vendría bien mi ayuda. Quiero unirme a vuestra investigación.

—Pero ¿cuántos años tienes? —preguntó Gabi.

—Dieciocho. Y medio.

—Encima mayor de edad —suspiró Andrés. Todos le oímos, pero ninguno le hicimos caso, ni siquiera ella.

—Hagamos un trato. Vosotros salís impunes de vuestro pequeño delito, y yo le demuestro a mi padre que ser mujer no me impide ser tan buena investigadora como cualquiera de sus hombres. Todos ganamos. ¿Qué decís? —preguntó ofreciéndonos la mano extendida.

Mis amigos y yo intercambiamos unas miradas y, sin decir palabra, acordamos aceptar su ofrecimiento. Por un lado nos sentíamos obligados a trabajar con ella, pese a que se nos haría raro que alguien extraño anduviera por allí. Sin embargo, por otro lado, me hizo muy feliz saber que íbamos a vernos a menudo.

—Está bien —dije dando un paso al frente y cogiendo su mano, que sacudimos con energía al mismo tiempo—, bienvenida al Cuartel General.

Había que ponerla en antecedentes. Gabi se ofreció para contarle toda la historia. Se sentaron en los sillones y él le explicó lo que sabíamos hasta ese momento. Ella escuchaba atentamente. Andrés y yo nos apartamos al laboratorio, desde donde los mirábamos mientras hacíamos como que poníamos en orden la mesa de trabajo. En realidad era Andrés quien la ordenaba, porque yo me quedé ensimismado observando a Susana. Me encantaba su forma de moverse y gesticular mientras escuchaba el fantástico relato, su manera de tocarse el pelo y atusárselo, su sonrisa, pero sobre todo, su mirada inteligente, despierta y vital…

—Dani —dijo mi amigo dándome un pequeño codazo que me sacó del encantamiento—, ¿ya te has enamorado?

—No, no —disimulé—, pero es que es muy guapa.

—El amor… —suspiró mi amigo—. Siempre llega en el momento más inoportuno. Olvídate de ella. Es mayor que tú, y una *pitagorina*, como Gabi. No es tu tipo, para nada.

—¡Andrés! Que no es nada de eso. Es una chica lista y guapa. Me parece interesante, nada más. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

—Vas a hacerme llorar. Mentiroso. Veo corazoncitos revoloteando a tu alrededor —se burló mi amigo haciendo como que atrapaba pequeños corazones sobre mi cabeza.

—Bueno, vale ya —dije dándole un empujón amistoso, sin poder evitar que una sonrisa bobalicona se me dibujara en el rostro—. Sigamos a lo nuestro, que nos va a oír.

Mientras acabábamos de ordenar el laboratorio, Gabi terminó de contarle lo que nos había revelado mi padre en el hospital. Después nos reunimos de nuevo los cuatro.

—Y ¿bien? Dinos, Susana, ¿qué te parece el lío en el que estamos metidos? —le pregunté esperando que no tuviera respuesta.

—La verdad es que todo es muy raro, pero estoy intrigada y me muero de ganas por averiguar más. Debemos centrarnos en encontrar a ese Lang Ching y que nos haga un mapa para llegar a la Fuente. Quizá en la base de datos de la comisaría haya algo —dijo volviendo a sorprendernos—. Vamos, chicos, la información está ahí fuera, solo hay que salir a buscarla.

—Las enciclopedias solo mencionan la Fuente de la Juventud como mito. Hablan de las leyendas y de los poemas que se escribieron sobre ella —señaló Gabi, pensativo.

—Si el padre de Dani pudiera recordar… —suspiró Andrés.

—Tal vez pueda… —sugirió Susana de forma enigmática, llamando nuestra atención—. Veréis, a mí siempre me ha despertado la curiosidad todo lo relacionado con la parapsicología y el esoterismo. Da la casualidad de que hace unos meses asistí a un curso sobre estos temas. Hice amistad con la profesora; una gran profesional de lo paranormal y una mujer extraordinaria. Sabe muchísimo sobre ocultismo, nigromancia, videncia… En resumen: es una bruja; pero una bruja buena. Se llama Úrsula. Y lo más importante, es maestra en hipnotismo. Estoy segura de que podrá hacerle recordar algo a tu padre.

—Eso no son más que bobadas y supercherías —espetó Gabi con vehemencia—. Como científico no puedo aceptar las artes del ocultismo: para

mí son solo cuentos de hadas.

—No dirás eso cuando Úrsula te muestre sus poderes. De todas formas, creo que no se pierde nada por probar, ¿no estáis de acuerdo?

Decidimos intentarlo, aunque puse como condición que pasásemos primero por el hospital para preguntarle a mi padre si estaba dispuesto a someterse a una sesión de hipnosis. Todos estuvieron de acuerdo. Así que guardamos de nuevo la flecha, el mensaje y los papeles en la caja fuerte y salimos hacia el hospital. Susana iba en una motocicleta azul que había dejado escondida detrás del Cuartel General.

Ya bajábamos la colina cuando me percaté de algo extraño.

Capítulo Nueve

EL CAZADOR NEGRO

Era media tarde. Estábamos bajando de la colina donde se ocultaba el Cuartel General. La carretera no era muy ancha y estaba en mal estado, con un asfalto antiguo por cuyas grietas despuntaba la hierba. No íbamos muy deprisa; el paseo hasta el hospital era largo aunque muy agradable: amigos, buen tiempo, un hermoso paisaje y juventud. Circulábamos en parejas: Susana y Gabi, delante; Andrés y yo, detrás, a unos metros. Recordé que Gabi me había dicho que había instalado nuevos dispositivos en la Special Bike. Presioné un botón verde e inmediatamente se iluminó una pequeña pantalla esférica. Era el nuevo radar. Junto al punto central, que era mi bicicleta, aparecieron tres puntitos blancos, que debían de ser mis amigos. Pero entonces vi otra cosa que me preocupó.

—¡Gabi! Creo que viene alguien siguiéndonos. Hay una luz detrás de nosotros y viene más o menos a la misma velocidad. Se mantiene constante —le informé, sin quitar ojo de la quinta lucecita.

—Lo comprobaremos aminorando y viendo si el que viene detrás lo hace también —propuso el inventor.

Redujimos la velocidad y enseguida comprobamos, después de una curva que nos ocultó a la vista de nuestro perseguidor, que una enorme limusina de color negro metalizado, con los cristales tintados y sin matrícula, nos seguía a poca velocidad. Debido a la curva, no se percató de nuestra maniobra y se vio descubierta. Lejos de intentar disimular, el coche aceleró de improviso y se lanzó hacia nosotros.

—¡¡Corred!! —gritó Susana acelerando.

Huimos lo más rápido que pudimos de las fauces de aquel cazador negro que amenazaba con arrojarnos colina abajo o arrollarnos con su enorme cuerpo metálico. Susana, que iba en cabeza, le exigía a su motocicleta un esfuerzo para el que no estaba diseñada. Detrás de ella, pedaleando como si nos persiguiera el diablo, Andrés y yo, casi a la par, y en último lugar, mirando a la limusina cada pocos segundos, Gabi. A nuestro favor teníamos

la estrechez de la carretera y las numerosas curvas que obligaban a nuestro perseguidor, un vehículo demasiado largo, a frenar para no salirse de la calzada. Las bicicletas y la moto eran más lentas pero más ágiles y manejables, lo que nos daba ventaja mientras siguiéramos en la colina. Sin embargo, tras numerosas curvas, llegamos a una zona llana. Al enfilar una recta, el coche aceleró y se acercó peligrosamente, rozando la rueda trasera de Gabi, lo que le hizo tambalearse hasta casi perder el equilibrio. Un poco más adelante había un tramo repleto de curvas en forma de *S* y eso nos permitió ganar ventaja. No quedaba mucho para llegar a la periferia de la ciudad y confiábamos en que en zona urbana y en pleno día, nuestro perseguidor desistiera en su empeño. Enseguida llegamos a otro tramo de rectas. La limusina se nos abalanzó de nuevo. Por el espejo retrovisor de mi bicicleta contemplé horrorizado que la ventanilla del copiloto se abría y aparecían unos brazos blandiendo una ametralladora. Avisé a mis amigos del peligro mortal. Aceleramos justo en el momento en que empezaron a dispararnos. La primera de las ráfagas pasó muy cerca de Gabi. Estábamos muy asustados, no podíamos parar y ya no éramos capaces de pedalear más rápido. Comenzamos a ir de un lado a otro de la carretera, tratando de esquivar las balas que, como rugidos de un dragón, se lanzaban sobre nosotros cada pocos segundos. Una de ellas alcanzó la motocicleta de Susana, aunque, por fortuna, no afectó al motor ni al depósito.

—¡¡Seguidme!! —gritó Andrés, que se había colocado en primer lugar, levantando el brazo—. ¡¡Por el atajo del río!! —nos indicó abandonando la calzada y adentrándose en la frondosidad del bosque.

Lo seguimos sin rechistar. Avanzamos rápidamente entre encinas, pinos y viejos olivos, alejándonos de la carretera y despistando a los asesinos. No obstante, el terreno se volvió muy accidentado y peligroso. Había muchas piedras, hoyos, peñascos, ramas caídas, raíces superficiales y arbustos que dificultaban mucho nuestro camino.

—¡¡Volvamos a la carretera!! —gritó Susana— ¡No puedo seguir por aquí con la moto!

—¡Tenemos que cruzar el río! ¡Si volvemos a la carretera nos alcanzará enseguida! ¡Hay que pasar al otro lado! —le indicó Andrés.

Poco después el camino se volvió más transitable. La frondosidad del bosque dio paso a un claro. Tras sortear dos rocas de considerable tamaño, alcanzamos el río. No era un cauce muy profundo, pero la abundancia de rápidos impedía cruzarlo por aquel lugar. Andrés frenó y se quedó mirado el caudal.

—¡Maldita sea! —gritó— ¡Nos hemos desviado!

Tras unos momentos de incertidumbre, nos ordenó seguirlo y nos dirigimos río arriba por la orilla. Enseguida vislumbramos un viejo puente de madera que cruzamos sin pararnos a pensar en las pésimas condiciones que presentaba. Volvimos a adentrarnos en el bosque. Doscientos o trescientos metros más allá dimos a parar a la carretera. Nos detuvimos para recuperar el aliento.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Andrés, jadeando.

—Sí —respondimos casi a la vez, con el corazón en un puño.

—¡Daniel, el radar! —me indicó Gabi.

Inmediatamente, fijé la mirada en la pequeña pantalla. Mis amigos, nerviosos, asustados y exhaustos, aguardaban mis palabras. Les dije en apenas un susurro que nuestro cazador se aproximaba a gran velocidad, que no debía de estar a más de doscientos metros, quizás tras aquella curva que Gabi miraba.

—Vámonos ya. Hay que llegar a la ciudad —dijo el genio señalando la curva por la que vimos aparecer la limusina.

—¡Rápido! ¡¡Corred!! —grité.

Susana aceleró al máximo. Su moto rugió con rabia dejando a sus espaldas una nube de humo gris que se disolvió enseguida. La seguimos pedaleando tan rápido como nos fue posible. Por el retrovisor, sin embargo, vi con pavor que la limusina se acercaba a gran velocidad dispuesta a arrollarnos. Un miedo helado me recorrió la espalda y, pese al esfuerzo, sentí que el final era inminente.

—¡¡La tenemos encima!! —gritó Susana.

—¡¡Corred todo lo que podáis!! —les grité a mis amigos justo antes de frenar en seco, derrapando sobre el asfalto y haciéndoles señas para que siguieran sin mí—. Yo me encargo de estos malnacidos —me dije a mí mismo dispuesto a proteger a mis amigos de aquel peligro, harto, enfadado y cansado, pero consciente de que aquello había dejado de ser un juego de niños, una interesante investigación, una aventura de verano. Era muy real, tan real como el atentado contra mi padre y como las balas que nos acababan de disparar. Decidí enfrentarme al peligro, decidí salvar a mis amigos, aunque para ello tuviera que pagar un precio inasumible. Tomé conciencia de ello y decidí quitarme la máscara de niño que juega en su jardín a superhéroes, de muchacho que fantasea con volar más allá de su imaginación. Aquello era real, nuestra vida estaba en juego: debía luchar y demostrar que era capaz de enfrentarme y vencer mis miedos.

Mis amigos ya se habían alejado bastante y la limusina se acercaba de forma imparable. Entonces presioné un botón del cuadro de mandos al tiempo que pedaleaba a toda velocidad haciendo eses. De un depósito cilíndrico de la parte trasera de la Special Bike comenzó a fluir aceite de motor. Me moví en zigzag para cubrir toda la calzada. Cuando la limusina llegó a la zona mojada, perdió el control y comenzó a dar violentos virajes. El coche resbalaba y derrapaba, fuera de control, acercándose al terraplén. Al final, se estrelló contra un muro de contención, a un lado de la carretera, quedando empotrado y fuera de combate.

Sin perder un instante me reuní con mis amigos, que me esperaban un poco más abajo, desde donde habían visto todo. Me sonreían y prorrumpieron en aplausos y vítores.

—¡¡*Yujuuu*!! —grité victorioso al alcanzarlos frenando con un elegante derrape.

—¡¡Olé!! —exclamó Andrés, aplaudiendo.

—Muy bien hecho, Daniel —me dijo Susana regalándome una sonrisa benefactora que borró toda preocupación de mi mente.

—Estaba convencido de que el sistema de propulsión de aceite te sería de utilidad, aunque no creí que lo sería tan pronto —dijo Gabi estrechándome la mano—. ¡Ah! Creo que es muy posible que el coche explote; deberíamos alejarnos más —añadió, señalando el humo que ascendía desde el motor de la malograda limusina.

—Sí, o que salgan esos tipos con sus ametralladoras —apuntó Andrés.

En efecto, vimos con sorpresa que unos encapuchados armados con ametralladoras salían del coche y caminaban cojeando hacia nosotros. Cuando nos disponíamos a salir corriendo, la limusina explotó. Una gran bola de fuego la envolvió y la onda expansiva nos dio una bofetada de calor. Nuestros perseguidores, que se encontraban en la zona de la carretera impregnada de aceite, no se dieron cuenta de que una lengua de fuego corría hacia ellos. En un instante los alcanzó y, envueltos en llamas, los vimos saltar ladera abajo. Sin perder un segundo nos marchamos a toda velocidad, mientras una columna de humo se alzaba hacia el cielo, siendo visible a varios kilómetros a la redonda.

Al entrar a la ciudad, nos cruzamos con un camión de bomberos, dos coches de policía y una ambulancia que se dirigían hacia la colina. En lugar de ir directamente al hospital, decidimos pasar por mi casa para comer algo y reponernos del susto. A llegar, más tranquilos porque estábamos en un entorno conocido y seguro, aparcamos en el porche.

—¡Dani, mira! —exclamó Andrés, señalando una ventana rota a través de la cual pudimos ver mi casa revuelta.

Capítulo Diez

COMIENZA LA GUERRA

Sentí como si un puñal hubiese atravesado mi piel. Un dolor agudo, en el pecho, en el corazón. Era mi casa lo que esta vez había sido violentado: mi hogar, el hogar de mi familia. Fuese lo que fuese, el horror me invadió, el solo hecho de pensar en mi madre y en mi hermano, solos, a merced de quien había planeado tan siniestro misterio, me causaba escalofríos. Fue como una visión, por aquella ventana, pude contemplar, desesperado, el desastre. Era como si todo en lo que había creído se derrumbase de repente. Nada volvería a ser igual, nunca.

El miedo me paralizó. Andrés fue hacia la puerta, que estaba entornada. Gabi me puso una mano en el hombro. Solo entonces reaccioné. Susana me cogió de la mano y echamos a correr hacia la casa. Todo estaba revuelto, muebles, adornos, libros y discos. Parecía que un terremoto hubiera sacudido el salón.

—¡¡Mamá!! ¡¡Óliver!! —grité una y otra vez, sin recibir respuesta, recorriendo desesperado toda la casa.

—¡Un momento! —nos alertó Susana en el pasillo de arriba, pidiéndonos con un gesto que guardásemos silencio—. Me ha parecido oír algo —explicó justo antes de que se escuchase un sollozo que procedía del dormitorio de mis padres.

Traté de abrir la puerta, pero estaba cerrada con pestillo. Ni siquiera lo pensé, me lancé con todas mis fuerzas y el cerrojo saltó por los aires.

—¡¡Mamá!! ¡¡Óliver!! ¡Soy yo, Dani! —grité al encontrar la habitación vacía.

—¡Espera! —indicó Susana, señalándome el vestidor.

Ante la mirada nerviosa de mis amigos, me acerqué y lo abrí de golpe. En un rincón, acurrucado entre la ropa, encontré a mi hermano pequeño. Sollozaba desconsoladamente, temblando, con la mirada perdida y muerto de miedo. Me asusté mucho; jamás había visto aquella expresión en su cara. Sin saber muy bien qué hacer, pronuncié su nombre. Ni se inmutó. Lo repetí más

fuerte, pero seguía sin reaccionar. Me asusté. Lo agarré por los brazos y lo obligué a mirarme. Grité su nombre una y otra vez, sacudiendo su pequeño cuerpo, hasta que reaccionó. Al reconocerme, me abrazó con todas sus fuerzas rompiendo a llorar.

—Tranquilo, Óliver —le susurré al oído mientras le acariciaba el pelo—, ya estoy aquí. No temas, nada malo te va a pasar —le repetía al tiempo que volví al dormitorio. Mi hermano me abrazaba con todas sus fuerzas. Pude sentir el terror que lo dominaba. Me senté en la cama, con él sobre mi regazo—. Tienes que contarme lo que ha pasado —le pedí sin obtener respuesta—. Cuéntamelo, por favor. ¿Dónde está mamá? —le pregunté tratando de que mis nervios no alteraran el tono de voz sosegado que mi hermano necesitaba.

Como lloraba sin parar, balbuciendo palabras ininteligibles, mientras le castañeteaban los dientes, Susana se acercó, se acuclilló delante de nosotros y lo acarició. Sacó un pañuelo de su bolsillo y le enjugó las lágrimas mientras le decía con un tono dulce y relajante que era un chico muy valiente. Mi hermano la miró con curiosidad. Yo también me sumí en la candidez de su rostro y me dejé mecer por su voz. Susana le pidió que le contara qué recordaba. Tras unos segundos, Óliver comenzó a musitar palabras que poco a poco cobraron sentido. Sin dejar de sollozar, pero visiblemente más calmado, nos explicó que cuando estaba merendando, después de los dibujos, alguien había llamado a la puerta. Dijo que mi madre fue a abrir después de reñirle por ver la tele tan de cerca. De repente, escuchó un golpe, un alboroto, y entonces vio a unos hombres extraños irrumpiendo en casa. Arrojaron a mi madre al suelo, junto a él. Mi hermano dijo que mamá lo abrazó fuerte para protegerlo. Aquellos señores preguntaban por mí y por una flecha. Óliver se quedó callado un momento, recordando, y entonces dijo algo extraño. Nos explicó que aquellos hombres hablaban de una forma muy rara. Suponiendo que eran los tibetanos que habían seguido a mi padre, le preguntamos si eran chinos —término con el cual mi hermano englobaba a todos los orientales—. Para nuestra sorpresa, dijo que no. Al referirse a la rareza del habla, la comparó con el de una mofeta que salía en unos dibujos animados muy populares.

—¿Una mofeta…? —preguntó Susana, desconcertada.

—¡Franceses! —exclamó Andrés— Óliver, ¿te refieres a esa mofeta que siempre persigue a una gata negra que tiene una franja blanca pintada en el lomo? ¿Una mofeta que dice «Oh, la, la, mi *queguida señoguita*, es usted *magavillosa*», y cosas así, pronunciado de esa forma las erres?

Mi hermano escuchó atentamente y a los pocos segundos, asintió.

—¿Franceses? Eso no tiene sentido —aseveró Gabi, pensativo.

—Continúa, Óliver —le pedí.

Mi hermano retomó su relato contándonos que los hombres, muy furiosos, habían empezado a destrozar toda la casa buscando la flecha. Sus ojos volvieron a reflejar el pavor cuando nos contó que, al no encontrarla, habían empezado a abofetear a mi madre preguntándole por mí. Óliver se esforzaba en contener las lágrimas, aunque su voz se quebró cuando dijo que ella no había dicho nada. A continuación, tras una larga pausa, explicó que se la habían llevado y que vio por la ventana que la habían obligado a montar en un coche negro muy largo.

—¡¡No puede ser!! —grité— ¡¡La limusina!!

—Seguro que la dejaron en algún sitio antes de ir al Cuartel General —dijo Andrés sin estar convencido de ello.

—¿Qué he hecho? —me reproché con la voz rota recordando la bola de fuego que envolvió el vehículo que nos había perseguido.

—Y otro coche igual se fue hacia la plaza —dijo entonces Óliver, provocando nuestro desconcierto.

—¿Otro? ¿Había otra limusina? —le pregunté desesperado, casi gritando.

—Sí, había dos coches negros, muy largos. Los vi por la ventana. En el que metieron a mamá fue hacia la derecha y el otro a la izquierda.

—¿Dos coches? ¡Dos! —exclamé sonriendo, aliviado de repente, feliz por saber que el coche que había explotado seguramente no era el mismo que el que se había llevado a mi madre, ya que había partido en dirección opuesta a la que llevaba hacia la colina.

Una angustia insoportable se había trocado en un alivio contenido. Abracé de nuevo a mi hermano que, de repente, pareció recordar algo más. Rebuscó en los bolsillos de su pantalón hasta que, tras registrarlos todos, encontró lo que afanosamente buscaba.

—Cuando los hombres malos se fueron… y se llevaron a mamá, me quedé llorando. No sabía qué hacer. Entonces oí algo. Me asomé a la ventana y vi uno de los coches grandes. Había venido otra vez. Pensé que volvían a por mí. Subí corriendo y me escondí en el armario de mamá. Tenía miedo, no quería que me metiesen en el coche grande —explicó de forma entrecortada mi hermano, con el terror reflejado en sus ojitos—. El hombre malo me encontró, Dani. Grité, cerré los ojos y grité. Le pegué y le di patadas, pero no le hice daño. El hombre malo me dio una bofetada y luego me dijo que tenía

algo para ti, y me dio esto. Después se fue —dijo entregándome un papel arrugado que reconocí enseguida.

—¡Es un mensaje! ¡Es idéntico al de la flecha! —exclamé contemplando los símbolos que orlaban el papel.

Gabi cogió la nota y la observó con detenimiento. La escudriñó en silencio, estudiándola. Al momento nos miró con gravedad, preocupado. Su mirada me asustó; sentí un estremecimiento. Sin decir una sola palabra, extendió su mano hacia mí y me devolvió el mensaje. Yo miraba aquel trozo de papel como si me fuera a morder, como si quemara, como si fuera a electrocutarme. El mensaje, en tinta roja, estaba escrito en nuestro idioma. La caligrafía era torpe y descuidada, como si lo hubieran redactado en movimiento, con prisas, sin esmero. Aunque también rezumaba maldad, odio, y horror.

Mientras mi hermano lloriqueaba apoyado en mi hombro y mis amigos me miraban, leí en voz alta aquellas líneas.

> Daniel Monreal, esta nota está escrita con sangre de la mano diestra de su madre. Si no quiere leer otra que esté escrita con sangre de su corazón, deje de buscar el Manantial Sagrado, la Fuente de Eternidad. Olvide a su madre, ella ya no pertenece a su mundo. Ahora ella tiene una misión y un destino unidos a la gloria de la Luz de Nindún-Rinpoché.

El silencio se adueñó de la habitación cuando terminé de leer. Mis amigos, mi hermano y Susana me habían escuchado conteniendo a dura penas las lágrimas, observando el vacío que inundaba aquel dormitorio, hasta hacía tan poco, núcleo de un hogar feliz.

—¡¡Malditos!! —rugí al fin, exteriorizando una rabia infinita—. No saben quién soy si se piensan que esto se va a quedar así, si creen que no voy a salvarla. ¡Malditos sean! —grité mientras reducía aquel mensaje a una bola en la que condensé mi ira.

Cerré los ojos con todas mis fuerzas. El silencio reinante solo era perturbado por los sollozos de Óliver. Instantes después me puse en pie, me enjugué las lágrimas con el dorso de la mano y miré fijamente a mi hermano.

—Óliver, haz la maleta —dije con determinación—. Te vas a pasar unos días con la tía. Mis amigos y yo —añadí mirando a Susana y a los chicos, que asintieron— vamos a rescatar a mamá.

—Dani, tengo mucho miedo. ¿Mamá va a morir? ¿Nos van a matar los hombres malos? —me preguntó, volviendo a deshacerse en lágrimas.

—No, Óliver, no va a morir. Puedes estar tranquilo. Nadie va a morir. Voy a rescatarla. Tienes que prometerme que vas a ser fuerte, porque seguramente estaré fuera de casa unos días. Pero muy pronto volveremos a

estar todos juntos, como siempre. —Y tras una pausa en la que Susana se me acercó y me puso su mano sobre el hombro, dándome apoyo, concluí—: Vamos a salvar a los dos, a mamá y a papá.

Capítulo Once

LA MANSIÓN FANTASMA

—Pero, Daniel, mi niño, lo que no llego a comprender es por qué tu madre no me ha llamado para decirme que os vais de viaje —me interrogó mi tía mientras colocaba sobre la mesa de su sala de estar una bandeja de cristal con cinco tazas de leche, una jarrita de café y un recipiente con cacao en polvo, además de un plato de galletas—. No tiene sentido, y menos ahora, con tu padre ingresado. Además, habíamos quedado para ir esta tarde al hospital.

—Tía —respondí intentando mantener la calma y ser lo más convincente posible—, ya te he explicado que el viaje ha surgido de manera imprevista. Una vieja amiga de mis padres —mentí—, Chiara Lorenzetti, una prestigiosa arqueóloga italiana, está en problemas: su marido la ha abandonado y se ha llevado a sus trillizos, Alessandro, Vittorio y Paolo. El marido, un tal Al Ca… —dudé por un instante—, ¡Albano Capinetti!, eso, resulta que es un importante mafioso y la pobre Chiara no lo ha sabido hasta ahora —concluí sudando a causa de los nervios, luchando conmigo mismo para no perder la paciencia y sin poder dejar de pensar en mi madre—. Y bueno, como papá está mucho mejor y no le importa que vayamos a echarle una mano a esta amiga… En fin, que ha tenido que marcharse a toda prisa. Me ha pedido que me disculpe por no haberte llamado, y te asegura que Óliver no te dará problemas.

—Ya sé que el niño no causa problemas. Es un encanto y muy bueno. Pero todo esto es tan extraño, Daniel. ¿No hay un número de teléfono donde localizaros?

—No, tía. Según me ha dicho, vamos a estar en una casa de campo, sin teléfono. Creo que hay uno en el pueblo, pero no estoy seguro. Estaremos incomunicados, seguramente. Por seguridad; lo entiendes, ¿verdad?

Una terrible sensación de pérdida de tiempo me invadía por momentos. El silencio se apoderó de la habitación. El majestuoso péndulo del reloj de pared era lo único que rasgaba el sosiego con su interminable tic-tac, tic-tac. Mi tía sorbió un poco de leche. Tenía la mirada perdida; intentaba creerse la película

que le acababa de contar. Apoyó la taza sobre su rodilla y dijo con un profundo sentimiento maternal:

—Pobrecita niña. Casada con un malhechor y con tres preciosas criaturas desaparecidas… ¡una pena! —Otra vez acercó la leche caliente a sus labios y tomó un poco. Respiré aliviado; se lo había creído—. Hijo, ¿y qué vais a hacer allí? —inquirió mientras mi corazón se me disparaba—. ¿No será peligroso?

—¡No! En absoluto —aseveré, y tras una pausa en la que pensé cómo salir de aquel atolladero, dije—: Verás, el mafioso, Al… bano Casporetti…

—¡Capinetti! —me corrigió Susana inmediatamente.

—Sí, bueno, ese; ya sabes que todos los italianos tienen nombres parecidos… Resulta que Ca… pinetti ya está en la cárcel. Y todo su clan detenido. No hay peligro, pero…

—¡¿Qué?! —preguntó mi tía nerviosa, derramando un poco de leche.

—Los trillizos —intervino Andrés—, han desaparecido.

A mi tía se le humedecieron los ojos: sufría de verdad por aquellos niños.

—En eso es en lo que mamá y yo podemos ayudar —expliqué, inventando una historia sobre la marcha—. Chiara vive en el campo, en la Toscana, y tiene cincuenta perros, incontables gatos y treinta gallinas. Necesita que alguien la ayude con los animales mientras ella busca a los pequeños Alessandro, Vittorio y Paolo.

—¿Seguro que a tu padre no le importa que os vayáis? —insistió mi anciana tía, afectadísima por el trágico destino de los trillizos.

—Seguro. Papá ya está mucho mejor. Estará unos días más en observación y después, a casa. Pero Óliver no puede venir. No podemos cuidar de él también. Solo será una semana, tía. Puede quedarse contigo, ¿verdad? —insistí a modo de conclusión, haciendo ademán de levantarme del sofá.

—Por supuesto que sí. Pero es todo muy extraño, mucho. Hablaré con tu madre cuando vuelva. Esto es poco formal. Hala, hijo, dame un beso.

Nos despedimos. Fui a ver a mi hermano una vez más. Estaba durmiendo en el cuarto de invitados. Necesitaba verlo porque temía que fuese la última vez. Los peligros a los que nos disponíamos a enfrentarnos eran letales e inmisericordes. Abrí la puerta con cuidado. La luz del pasillo iluminó la estancia. Óliver estaba en la cama, boca arriba, tapado hasta el cuello, pero no dormía. Tenía los ojos abiertos. No miraba a ningún sitio. Temí que el trauma fuese grave. Me acerqué a él, le di un beso en la frente y le prometí que volvería pronto, con mamá. Cuando me dirigía hacia la puerta, Óliver me

llamó. Volví a su lado. Me cogió las manos, las apretó con fuerza y en un susurro me dijo:

—Ten mucho cuidado.

—Lo tendré. Y tú pórtate bien con la tía; y, sobre todo, no digas nada a nadie de lo que ha pasado, ¿de acuerdo? —Mi hermano asintió. Una lágrima resbaló por su mejilla mientras trataba de sonreír—. Confía en mí, cabezón —bromeé revolviéndole el pelo, intentando no ponerme a llorar yo también.

—Te quiero mucho, melón —me dijo esbozando una breve sonrisa e incorporándose para abrazarme con todas sus fuerzas.

Al salir cerré la puerta tras de mí y me quedé apoyado en ella, pensando que tal vez no volvería. Me sequé los ojos y volví a la sala de estar. Antes de abandonar la casa, le di las gracias a mi tía por todo y le pedí que cuidase bien de Óliver. Nos abrazamos y nos dijimos adiós.

—Bueno —dijo Andrés cuando nos hubimos alejado lo suficiente—, creo que ya va siendo hora de entrar en acción, ¿no?

—Sí. Andrés tiene razón. Susana, te toca a ti. ¿Puedes llevarnos hasta el hogar de tu misteriosa y poderosa amiga la bruja? —le pidió Gabi irónicamente, sin creer, como científico que era, en los presuntos poderes de Úrsula.

—De acuerdo. Seguidme —dijo al tiempo que arrancaba su motocicleta.

El crepúsculo era hermoso. En el horizonte, fundiéndose con las montañas, tras las cuales el sol se había ocultado unos minutos antes, una franja de fuego brillaba intensamente, aunque a medida que avanzábamos, su fulgor se iba extinguiendo, apagándose, y sus colores cambiaban, desde un naranja intenso, hasta un pálido violeta. Una brisa fresca se había levantado y jugueteaba con nuestro pelo. Me fijé en Susana. Su cabello al viento me recordó a la cola de fuego de un cometa. De repente me alegré de que ella estuviera con nosotros, a mi lado. Sentí unas ganas locas de abrazarla y tuve que sacudir la cabeza para volver a concentrarme en la carretera y en el peligro que se cernía sobre mi familia. En el horizonte, reducido el poder del sol a una tenue claridad, Venus brillaba con descaro. Sin quererlo, aunque más bien deseándolo, retorné la mirada hacia Susana. De alguna forma sintió mis ojos en su nuca, porque, de improviso, me miró, y entonces entendí qué me pasaba, porque mi corazón dio un vuelco en mi interior.

Sin apenas darnos cuenta abandonamos la ciudad. Los barrios residenciales dieron paso a los suburbios, estos a los polígonos y después apareció el campo y los bosques. Comenzamos a ascender una colina que se levantaba justo en frente a la que albergaba nuestro Cuartel General. El cielo

estaba totalmente poblado de estrellas y la luna, envuelta en unas suaves nubes como si de un abrigo ligero se tratase, nos seguía incesantemente, testigo privilegiado de nuestro peregrinaje hacia algún lugar desconocido, oculto y misterioso: la morada de Úrsula.

Nadie hablaba. Las luces de las bicicletas y de la moto se entrecruzaban sobre el camino, que se había trocado en un sendero bastante irregular y sin asfaltar. Unos minutos después, cuando un espeso bosque de pinos nos flanqueaba, Susana giró a la izquierda y se adentró entre los árboles por una senda estrecha y tortuosa. Antes de continuar, mis amigos y yo nos detuvimos un instante, nos miramos y, sin pronunciar palabra, intercambiamos temores, nervios y preguntas. Susana se detuvo.

—¡Vamos! ¿Qué hacéis ahí parados? ¡Ya falta poco! —nos aseguró.

Sin poder disimular nuestra común preocupación, la seguimos. Poco después, el camino se inclinó en dirección al acantilado.

—Un momento —nos alertó Gabi estirando de un frágil hilo de sus recuerdos que se le había aparecido en la mente al reconocer el paraje en el que nos encontrábamos—. Conozco este lugar. Sí, este es el camino que conduce a…

No pudo concluir la frase ya que, en ese preciso momento, la espesura del bosque dio lugar a la visión de algo que nos dejó perplejos.

—¡La mansión fantasma! —exclamó Andrés, palideciendo de golpe—. ¿Por qué nos has traído aquí? —preguntó enfadado a Susana.

—Esta es la casa de Úrsula —explicó la joven, sonriendo.

—¿Tu amiga vive aquí? ¿En la mansión fantasma? —inquirí sin esperar respuesta mientras observaba el caserón.

Efectivamente, la casa era enorme. Se asentaba al borde del acantilado, asomándose con descaro al mar Mediterráneo. Era una construcción levantada con enormes sillares de piedra granítica que, aunque tallados de forma regular, habían ido sucumbiendo al paso de los años y a la erosión de los elementos. Tendría de tres a cuatro plantas y posiblemente un enorme sótano lleno de telarañas. Las ventanas no eran muy grandes y le daban un aspecto frío. Sobresalía un torreón octogonal cuyo tejado estaba derruido. En una de sus ventanas se veían los jirones de unas antiguas cortinas amarillentas que el viento sacudía a su antojo. El resto de la mansión parecía intacto, aunque estaba a oscuras. Siempre la habíamos visto sumida en la más completa oscuridad. La verja que rodeaba la propiedad, hecha con barrotes de hierro coronados por flechas afiladas, estaba oxidada, y la puerta chirriaba sin cesar mecida por la brisa del mar. El jardín llevaba años sin que nadie lo cuidara y

su aspecto no invitaba a visitarlo. No había árboles, a excepción de un viejo limonero cuyas ramas, casi desnudas, sostenían algunos frutos con mal aspecto que se habían empeñado en brotar. La casa, construida seguramente a principios del siglo XX por un terrateniente con aires de grandeza, llevaba años abandonada. O al menos eso habíamos creído nosotros toda la vida, acostumbrados a verla con aquel aspecto tétrico, fantasmagórico y desolado. Nos sorprendió mucho saber que la amiga de Susana vivía allí, aunque al fin y al cabo, si alguien podía habitarla tenía que ser una bruja.

—¡Susana! —exclamó Gabi—. Supongo que esto se trata de una broma. Es imposible que un ser humano sobreviva en estas ruinas, aunque se trate de una extravagante pitonisa.

—¡Ay! ¡Hombres de poca fe! Seguidme y veréis.

Dejamos la moto y las bicis junto a la verja y nos adentramos en aquel jardín asilvestrado. Mientras Andrés y Gabi discutían, yo me acerqué a Susana.

—De pequeños vinimos un par de veces a ver esta casa. Al principio no me acordaba, pero es que nos dio tanto miedo que nunca más volvimos —le expliqué. Ella me miró sorprendida y me pidió que continuase. Estábamos cerca de la puerta principal, que presentaba un aspecto tan destartalado como todo lo demás—. Pues verás, acabábamos de salir del cine, de ver una película de miedo: *Zombi, el amanecer de los muertos vivientes*. Nos habíamos colado, claro. El caso es que, imagínate, teníamos ocho o nueve años y nos aventuramos durante una tormenta, una tarde de verano, a investigar los fantasmas de esta casa. Total que un amigo de la escuela, Samuel, entró haciéndose el valiente y enseguida salió llorando. Dijo que había visto un fantasma. Nos fuimos corriendo, pero al día siguiente volvimos. Entonces me tocó a mí. Tenías que haberme visto. Me planté en la entrada con mi gorro de explorador, mi linterna y mis aires de machote. Sin pensármelo dos veces, empujé la puerta y entré. No se veía nada. Recuerdo que estaba *demasiado* oscuro para ser media tarde. El miedo me invadió, se me cayó la linterna y, de repente, te juro que me pareció ver algo luminoso delante de mí, flotando en el aire. Bueno, ya sabes cómo es la imaginación de los niños. Salí gritando, llorando, y pedaleamos lo más rápido que pudimos hacia la ciudad. Y ya no volvimos nunca más.

—Quizá sí viste lo que crees —dijo entonces Susana de forma enigmática, guiñándome un ojo antes de adelantarse hacia la casa a través de los matorrales.

Mi amiga subió los cinco escalones de madera que daban al porche y estos crujieron como si fueran a ceder y a engullirla. A continuación se colocó delante de la puerta sonriendo. Alzó su mano y mientras nosotros nos sentábamos en las mecedoras de mimbre que había en el porche, llenas de telarañas, agarró la aldaba metálica con forma de calavera y llamó tres veces, a intervalos de varios segundos, dando fuertes y sonoros golpes con el cráneo de metal. Después esperó, como si aguardara a que un espíritu saliera a recibirla. Nosotros la mirábamos sonriendo, aunque, por dentro, estábamos asustados. Los miedos infantiles suelen permanecer en nuestro interior por muchos años que pasen. Tras varios segundos de espera, era obvio que allí no había nadie. Justo cuando me iba a levantar para marcharme, se encendió una luz que se derramó por el porche a través de los polvorientos cristales que había sobre la puerta principal. Un escalofrío me obligó a sentarme de nuevo en la mecedora, que sonó como si fuera a deshacerse en pedazos. Nuestros ojos se abrieron como platos. Gabi me agarró del brazo y Andrés trataba de decir algo, pero solo mascullaba sílabas ininteligibles. La puerta principal comenzó a abrirse despacio, chirriando lastimosamente sobre sus goznes. Parecía que nunca iba a terminar de abrirse del todo. Nos pusimos de pie de un salto, alejándonos poco a poco de aquella puerta que tanto habíamos temido de niños. Nos preguntábamos quién aparecería tras ella. La luz del interior nos bañó, cegándonos de repente. Entorné los ojos para protegerme de la claridad. Entonces una figura humana se colocó en el umbral, cubriendo la luz con su cuerpo. Era enorme, pero nosotros solo acertábamos a distinguir una silueta a contraluz. Segundos después, aquella figura oscura, avanzó dos o tres pasos y salió de la penumbra para dejarse ver.

No sobrepasaba la estatura media. Aquella mujer era robusta, voluminosa y oronda. Vestía una túnica de seda de color verde esmeralda con detalles áureos bordados que le hacía aparentar un volumen mayor. Rondaría el medio siglo de edad. Tenía un rostro redondo que conservaba gran parte de la belleza que sin duda lució en su juventud. No pudimos verle el cabello porque lo llevaba oculto bajo un turbante glauco, a juego con la túnica. Poseía la elegancia natural de la que muy pocas personas hacen gala. Pese a que su indumentaria podía ser calificada de extravagante y su cuerpo no era precisamente esbelto, resultaba muy elegante. Iba bien maquillada: los labios carnosos resaltaban gracias a un lila suave; los pómulos, sombreados, trataban de estilizar su rostro; y una línea negra enmarcaba sus preciosos y enormes ojos violeta enfatizando una mirada penetrante sobre la que llevaba sombra de ojos en tonos morados. Las cejas, finas, bien depiladas, que vistas en conjunto

adquirían forma de V, aunque bastante distantes entre sí, conferían a su expresión un toque maligno que, como pronto descubrimos, era solo una pose, ya que Úrsula era muy buena persona.

Por unos instantes guardó silencio escrutándonos con la mirada. Después, su expresión inquisitiva se mitigó y una enorme sonrisa iluminó su rostro. Abrió los brazos en cruz, extendiendo lo pliegues de las mangas, como si de una capa se tratase, y avanzó. Se dirigió a nuestra amiga que la aguardaba en silencio, y exclamó con una grave y profunda, aunque dulce, voz:

—¡Suuusaaanaa! ¡Cariiiño! ¡¿Cómo estás, mi niña querida?!

—Hola, Úrsula. Muy bien. Muy contenta de verte —saludó nuestra amiga mientras se fundían en un abrazo similar al de una madre con su hija.

—¡Vaaaya! —exclamó de nuevo la pitonisa fijando su mirada penetrante en nosotros tres, que aún la observábamos desde la barandilla, junto a los escalones, donde nos habíamos colocado prestos a salir corriendo de aquella mansión encantada—. Así que estos jovencitos son los que están metidos en problemas, ¿eh? Veamos lo que puedo hacer por vosotros… ¡Aaahh! Veo un aura muy intensa a tu alrededor —dijo señalándome con su mano izquierda, llena de anillos, apuntándome con el dedo índice, en cuyo extremo sobresalía, como si de un arpón se tratara, una uña larguísima pintada de negro—. Muchos sentimientos entremezclados. ¡Hmmm! —exclamó entrecerrando los ojos, escrutándonos—. Bueno, será mejor que entremos. Hay demasiadas vibraciones entremezcladas. Me marean. Dentro, en la placidez de mi hogar, vislumbraré mejor todo lo que está ocurriendo. Seguidme —ordenó con su voz de trueno y con un gesto de la mano.

Giró sobre sí misma ciento ochenta grados, haciendo que su traje de seda se desplegase como si tuviese alas. Sin decir una palabra, se adentró en la casa. Susana sonrió ante nuestra perenne mirada de sorpresa y, a continuación, siguió los pasos de su amiga. Ninguno de los tres nos movimos durante un instante. Gabi fue el primero en reaccionar.

—¿Pero, de verdad os vais a creer todo lo que diga esta señora? —nos preguntó con su habitual escepticismo ante cualquier tema que no se demostrase empíricamente de forma irrefutable—. Dani, esa señora es una charlatana. Puede que sea buena actriz, vale, pero ni auras, ni visiones, ni nada. ¡Cuentos!

Por un instante me quedé pensando, reflexionando. Tal vez mi amigo y su escrupuloso rigor científico tuvieran razón, pero ninguna fórmula matemática iba a arrancar a mi madre de las garras de sus secuestradores. Ese era mi único pensamiento y mi objetivo primordial. No me importaba cómo, lo que

quería era salvarla. Además, estaba claro que en aquel asunto había algo especial, algo extraño, algo sobrenatural. Mi padre creía en la Fuente de la Juventud. La medicina basada en la ciencia lo había desahuciado. Y él se había agarrado a aquella leyenda como a un clavo ardiendo. No tenía opciones. Y yo tampoco. La alternativa era llamar a la policía y sentarnos a esperar que el Cerilla tuviese un día bueno. No, no podía abandonar a mi madre a su suerte. No iba a hacerlo.

—Bueno, tal vez —le respondí a mi amigo, que me miraba expectante—. Pero voy a darle una oportunidad. Quizá nos pueda ayudar.

Entré en la mansión. El techo del recibidor era muy alto. Las paredes eran de piedra y estaban cubiertas de polvo y telarañas. Era un lugar mohoso, frío y tenebroso. Recordé mi incursión infantil. Me asaltaron las dudas. Pero en ese momento mis amigos me alcanzaron.

—¿No decías que eran cuentos? —le pregunté a Gabi.

—No te íbamos a dejar solo aquí. Además, tengo curiosidad. Quiero descubrir los trucos de esa farsante y desenmascararla —añadió sonriendo.

Apretamos el paso para alcanzar a las mujeres, que se alejaban hacia el otro lado de la casa por un ancho corredor. Del techo colgaban muchos cables en cuyos extremos brillaban otras tantas bombillas, cubiertas de polvo, que arrojaban una luz mortecina sobre nuestras cabezas.

—¡Vaya! —exclamó Susana cuando las alcanzamos—. Pensaba que os habíais rajado.

—Sabía que vendríais —aseveró a su vez Úrsula cruzando los dedos y dejando ver sus largas y negras uñas.

—¿Y, ahora? —preguntó con sorna Gabi cuando el pasillo por el que íbamos desembocó en una sólida pared de piedra sin salida—. ¿Acaso va a abrir un pasadizo mágico que nos traslade a otra dimensión?

Úrsula sonrió. No respondió a mi amigo. Se volvió hacia el muro y apoyó sus manos en dos piedras, presionando ligeramente sobre ellas. Se escuchó un chasquido seguido de un rugido sordo, e inmediatamente después, un trozo de muro se desplazó, abriéndose un vano que la hechicera atravesó seguida por nosotros.

Andrés fue el último en cruzar aquel umbral. Nada más atravesarlo, el muro volvió a su lugar, cerrándose así la única salida conocida. No pude evitar sentir un nudo en el estómago. Sin embargo, ante nosotros apareció una estancia totalmente diferente a lo que habíamos visto hasta entonces.

—Perdonad el desorden —se disculpó la médium avanzando de forma ágil por la habitación—. Aunque sabía que ibais a venir, no estaba segura de

la hora exacta. A veces la bola de cristal se niega a dar explicaciones y detalles —añadió con total naturalidad.

—Susana, le dijiste que íbamos a venir, ¿verdad? —preguntó Andrés.

—No, os lo juro —se limitó a responder, aunque no la creímos.

La habitación donde nos encontrábamos era muy amplia y estaba totalmente alicatada. Las baldosas del suelo eran de color gris y las paredes, de color amarillo pastel con reflejos que dibujaban la silueta de aves en pleno vuelo. La sala estaba iluminada por lámparas fluorescentes y tenía como único mobiliario un sofá de cuero negro y una moderna mesa de cristal en la que descansaba un reloj clásico. Aquella habitación me recordó al recibidor de un dentista.

—Este es el vestíbulo. Elegante y sobrio, ¿no os parece? Pero para mis amigos es mucho mejor la salita del té. Es más acogedora, más cálida —dijo sonriéndonos mientras abría una gran puerta que nos condujo a dicho salón.

La nueva estancia era amplia, espaciosa pero muy acogedora. Todo estaba enmoquetado en tonos burdeos y rematado en azabache. El mobiliario, sillas, mesas, armarios y estanterías, eran de madera de nogal y todos ellos de un marcado estilo clásico. Una gran chimenea, que estaba encendida pese a la muy aceptable temperatura de las noches de verano, dividía en dos la enorme librería en la que descansaban cientos de tomos que abarrotaban los anaqueles desde el suelo hasta el techo, de escayola y decorado con una talla muy recargada. Aquellos libros, inmunes al paso del tiempo, rezumaban eternidad y sabiduría. Úrsula, siempre amable, nos rogó que tomásemos asiento en unos cómodos sillones y nos ofreció algo de beber. Mientras nos explicaba que sabía de nuestra visita desde hacía ya algún tiempo, salió del salón. No se fue muy lejos, ya que seguíamos escuchando su poderosa voz. Enseguida volvió con dos bandejas, una con vasos y tazas y otra con pastas y galletas. Las dejó sobre la mesita que teníamos delante y se sentó frente a nosotros, en un enorme y cómodo sillón orejero de terciopelo rojo.

—Bien, sé que me vais a meter en problemas —dijo con voz firme, sin dilación—. Es algo relacionado con los monjes budistas fallecidos recientemente. También sé que algún familiar vuestro está en peligro. En resumen, tenéis problemas y os debo ayudar —sentenció antes de darle un sorbo a una infusión que no era ni café ni té, y que tenía un extraño y refulgente color verdoso.

—¡¿Cómo ha sabido todo eso?! —le preguntó Andrés, muy sorprendido.

—Hijiiito, lo primero, te prohíbo que me trates de usted, que tampoco soy tan mayor. Lo segundo, es que a estas alturas deberíais saber que soy adivina,

clarividente, hechicera, médium, pitonisa… en fin, lo que se dice una brujita.

—Verá, señora —intervino Gabi poniéndose en pie, tras carraspear—, sin ánimo de ofenderla, debo decirle que no creo en nada de eso. Como científico, solo creo en aquello que se puede comprobar a través de la demostración empírica. Por eso no puedo aceptar la existencia de la magia y demás cuentos de hadas…

—¡¿Cuentos de hadas?! —bramó Úrsula, visiblemente molesta—. ¡Ah! Tú debes de ser el jovenzuelo escéptico al que tengo que dar una lección.

Todos observábamos en silencio aquel improvisado duelo entre ciencia y magia, entre modernidad y tradición, entre la razón y la creencia. Susana me miró y me di cuenta de que aquella situación la incomodaba. A fin de cuentas, ella era amiga de Úrsula y la hechicera se había ofrecido a ayudarnos.

—Gabi, por favor… —dije incorporándome, tratando de devolver las aguas a su cauce, sin que ninguno de los dos me hiciera el menor caso, ya que seguían de pie, uno frente al otro, fijándose con la mirada, ciencia *versus* magia.

—Lo siento —dijo mi amigo, y por un momento respiré aliviado, aunque la tranquilidad duró poco—, pero no alcanzo a comprender cómo alguien puede creer que existan poderes sobrenaturales, el genio de la lámpara o el hada madrina de la Cenicienta —concluyó.

—¡Oh! ¡Por todos los dioses! —exclamó Úrsula con su voz de trueno—. Yo no estoy hablando de esa magia, querido. La magia a la que tú te refieres es prácticamente imposible de alcanzar. Esos poderes solo se reservan a las grandes figuras de lo paranormal. Hablas de divinidades o de ficción. En la vida real, muchacho, ese tipo de poderes solo han sido dominados por grandes e ilustres maestros como el mago Merlín —dijo y, al escucharla, Gabi se dejó caer en el sillón, haciendo gestos de incredulidad—. La verdadera magia hay que aprenderla y *aprehenderla* —explicó la bruja bajando la voz—. Es como el aire que respiramos. Está por todas partes, a nuestro alrededor. Solo debemos aprender a cogerla y a utilizarla para nuestros propósitos. —Guardó silencio y miró a Gabi con ojos penetrantes—. Veo que no te convenzo con palabras. ¡Está bien! Usaré tu método. Ahora, observa —le ordenó al tiempo que alzaba sus brazos hacia lo alto, como si invocara a alguien o a algo.

Inmediatamente después, cerró los ojos y comenzó a recitar una especie de conjuro del que no pudimos entender absolutamente nada. Giraba sobre sí misma, movía sus manos rápidamente, como si hilara, y repetía aquella ininteligible retahíla. De pronto se detuvo frente a Gabi, que la miraba incrédulo y divertido. Úrsula extendió sus brazos hacia él y con una voz firme

y profunda, casi gutural, recitó otra retahíla, una especie de salmo, con un marcado sentido solemne.

En aquel momento, sentimos una corriente de aire, algo extraño que hizo que la atmósfera de la habitación deviniera espesa. Las luces parpadearon. Mirábamos hacia las lámparas cuando escuchamos los gritos de Gabi. Al volver la vista hacia él, vimos que el cerebral y escéptico científico flotaba a unos setenta centímetros sobre el sillón en el que había estado sentado y desde el que había defendido a ultranza la inexistencia de la magia.

Capítulo Doce

LOS PODERES DE ÚRSULA

—¡¡¡Socorro!!! —gritaba Gabi flotando en el aire, en el salón de la hechicera.

—Úrsula, por favor… —le rogó Susana a su amiga, quien aún mantenía sus brazos extendidos hacia nuestro amigo.

—Está bien. Creo que ya es suficiente —dijo a la vez que bajaba los brazos y Gabi se precipitaba sobre el sillón, libre de la mágica sujeción.

Andrés y yo lo ayudamos a levantarse. Mientras se colocaba bien las gafas, miraba con odio y temor a Úrsula, quien decidió poner fin a la tensa situación acercándose a mi amigo en son de paz.

—Muchacho —le dijo con ternura, casi en un tono maternal—, he hecho esto para abrirte los ojos a un nuevo mundo. Creo en la ciencia, la admiro y la respeto, pero la magia también existe, es real. Es un hecho probado. Lo acabas de ver.

—No…, no puede ser —se empeñó Gabi buscando a su alrededor, bajo el cojín del sillón y en lo alto, algún mecanismo que lo hubiera hecho levitar—. ¿Es electromagnetismo? Es eso, ¿verdad?

—Es magia, Gabriel, energía mística que cualquiera, con el entrenamiento adecuado, puede utilizar.

Tras estas palabras, Úrsula se sentó de nuevo en su sillón y después de animarnos a comer algo, nos pidió que le contásemos todo lo que había ocurrido hasta aquel momento. Insistió en la veracidad de sus visiones, aunque aclaró que la bola de cristal a veces no resultaba demasiado nítida. Las interferencias se agudizaban cuando nos acercábamos al plenilunio, como ocurría aquellos días. Andrés se ofreció a narrarle la historia y lo hizo desplegando todos sus recursos dialécticos, es decir, con pelos y señales. Úrsula se tomó en serio el problema y no dejó ni por un instante de escuchar con atención el relato. Mientras tanto, Susana tomaba café con galletas y observaba a su amiga sonriendo. Gabi permanecía sentado en su sillón, inmóvil, aferrado a la butaca y aterrorizado. Toda su lógica acababa de

derrumbarse de un golpe, como un castillo de arena. No hallaba explicación lógica para lo que acababa de experimentar, y eso lo paralizaba. Yo, por mi parte, no dejaba de pensar en el paradero de mi madre, en la enfermedad incurable de mi padre, y en cómo mi vida, en apariencia perfecta, se había puesto patas arriba en unos pocos días. Para distraer mi mente de aquellas preocupaciones, me dediqué a observar la habitación. Sobre una mesa oval, al fondo del salón, junto a los ventanales por los que entraba la pálida luz de la luna y el sordo gemir de las olas del mar al impactar contra el acantilado donde rompían y se reducían a jirones de espuma, pude observar el misterioso brillo de una perfecta esfera de cristal. Era hermosa. Sus enigmáticos destellos luminosos me atraparon y me entregué a su contemplación. Durante aquel momento de abstracción en el que me vi sumido, quizá por el efecto sobrenatural del brillo de la bola de cristal, solo lograba escuchar el continuo embate de las olas. Me atraía su hermosura, me hechizaba su misterioso encanto como si tuviera vida propia y me quisiera envolver en una vertiginosa hipnosis…

—¡No la mires así! —me alertó Úrsula sacudiéndome por los hombros, rescatándome del encantamiento—. Esa bola es como una rosa, bella pero peligrosa. Tiene conciencia propia y puede hechizarte si lo desea. Solamente yo puedo dominarla —explicó dejándonos en un mar de dudas y de mágico misterio, levantándose y colocando sobre la esfera un trozo de seda negra que eclipsó su influjo sobre los no iniciados.

Al cabo de un rato, mientras Andrés continuaba la narración y yo disfrutaba de una galleta de chocolate, Susana me llamó con disimulo y señaló un cuadro en la pared. Quería que observara el retrato de una mujer muy hermosa. El marco, recargado con adornos de pan de oro, remarcaba la importancia de aquella dama que, aunque se le parecía, no era nuestra anfitriona. Poseía, eso sí, los mismos misteriosos ojos de color violeta y la misma mirada profunda y enigmática.

—Es mi abuela Morgana —dijo la hechicera cuando Andrés hubo terminado su relato, tras percatarse de que llevábamos un rato admirando el cuadro—. La mujer más guapa e inteligente que haya existido. Ella me enseñó todo lo que sé.

—¿Por qué todas las brujas tienen nombres como Morgana, Endora, Serena…? —preguntó Gabi con cierta timidez.

—Bueno, para serte sincera, casi nadie nos llamamos así. Son… nombres artísticos —confesó despertando nuestra curiosidad—. Es cierto que las grandes brujas de la historia tuvieron nombres rimbombantes y muy

evocadores, pero nosotras, simples aficionadas, nos cambiamos el nombre de pila por uno más… interesante y misterioso. Yo, por ejemplo, me llamo… Bueno, no tiene importancia. Pero es un nombre muy corriente, y no sería nada comercial un anuncio que dijera: «La bruja… María», por ejemplo, ¿verdad? En cambio, «Úrsula, la hechicera» resulta mucho más atractivo. Me gustaría tener una consulta, algo modesto para ayudar a los demás y desarrollar mis poderes. Y para eso se necesita un nombre exótico que evoque un pasado mágico, misterioso y oculto.

—Ojalá lo consigas —le deseó Susana de todo corazón.

—Pero ¿para qué quiere trabajar? ¿No es usted rica? —preguntó Andrés.

—Si lo dices por esta casa, te equivocas. Es cierto que heredé un dinero de mi abuela, pero lo invertí todo en las obras de la mansión. En realidad la casa me costó cuatro duros, pero reconstruirla fue caro. Y eso a pesar de que solo restauré la mitad oriental de la casa, la parte que da al mar; preciosas vistas y ninguna visita molesta —explicó y, observando nuestra expresión de sorpresa, aclaró—. Toda la parte de la casa que mira al sendero se dejó en ruinas a propósito, para que la gente creyese que aquí no hay nadie; como mucho, algunos fantasmas traviesos. —Úrsula prorrumpió en una sonora carcajada y luego añadió—: Veréis, para evitar visitas no deseadas, hice instalar un sistema de video que proyecta imágenes en tres dimensiones: fantasmas y apariciones, para ser exactos.

—¡¡Fantasmas!! —exclamé—. ¿Está diciendo que lo que vi de niño y me traumatizó solo eran… hologramas?

—Me costó un dineral. El humo, el sistema de sonido, los proyectores, los detectores de movimiento… ¿Un trauma? ¡No será para tanto! —exclamó riendo.

No podía creerlo. Me dejé caer en el sofá, abrumado. Aquellos recuerdos tan vívidos y terribles de mi infancia eran en realidad un espectáculo de fuegos artificiales para asustar a los intrusos. Me sentí como un tonto, pero, tras intercambiar miradas con mis amigos, nos echamos a reír. Sentimos que nos acabábamos de quitar un peso de encima y que, de alguna forma, nos habíamos liberado de un injustificado miedo infantil.

—La leyenda que rodea esta casa me permite trabajar sin interrupciones. Siento el susto que te di, jovencito, pero el dominio de la magia requiere soledad.

Después de beber un poco más de té frío con limón, retomamos el tema que nos había llevado hasta allí.

—Ahora que lo pienso detenidamente, me parece increíble —dijo a modo de conclusión, tras recapitular lo que Andrés le había contado—. Sabía *grosso modo* lo que ocurría, pero no imaginaba que se tratara de la Fuente de la Juventud. ¡Oh! —exclamó entrelazando los dedos— Es el mito de los mitos, la vida eterna…

—Jamás encontraremos la Fuente ni salvaremos a los padres de Daniel si el señor Monreal no recupera la memoria. Necesitamos que le hagas recordar, Úrsula —dijo Susana.

—¿De verdad puede ayudar a mi padre? —le pregunté a la hechicera con el corazón en un puño.

—¡Pero, muchacho! —exclamó Úrsula—. Subestimas mis poderes. ¿No os ha quedado claro que no soy una charlatana? —preguntó frotándose las manos.

—¡¡Sí, sí!! ¡Clarísimo! —se apresuró a contestar Gabi, aferrándose al sillón.

—Me alegro. Desbloquear los recuerdos de tu padre no será difícil. Aunque hay algo que me preocupa —añadió frunciendo el ceño—. Ese nombre, Nindún-Rinpoché. Me suena, lo he oído en alguna parte…, no logro acordarme… —insistió Úrsula cerrando los ojos, esforzándose por recordar—. Bueno, me vendrá a la memoria cuando menos me lo espere. Ahora debemos ponernos en marcha. El tiempo es oro y creo que a tu madre no le queda demasiado —me dijo poniéndose en pie y ofreciéndome su mano.

Volvimos al recibidor. Caminábamos despacio, cabizbajos, preocupados. De repente, Úrsula pasó como una exhalación a nuestro lado diciendo:

—Quiero ver esos mensajes, necesito ver los símbolos. Iremos en mi automóvil; es más rápido. Esperad en la puerta.

Nos dirigimos hasta la pared por donde habíamos accedido. A simple vista, nada hacía sospechar que aquellos sólidos muros se desplazaran, pero así era. Susana presionó uno de los azulejos y la compuerta se abrió. Como había ocurrido al entrar, nada más cruzar, el muro volvió a su lugar y el acceso a la vivienda desapareció. Salimos al exterior y nos acercamos a nuestras bicicletas. Miré otra vez hacia el caserón y sentí un escalofrío. Tuve que admitir que la bruja había hecho un milagro con la vieja mansión.

Al cabo de un minuto escuchamos el rugido de un motor. El suelo empezó a crujir y después se abrió. Nos apartamos asustados. Creímos que se trataba de un terremoto. Entonces vimos como una especie de cubierta se alzaba lentamente. La hierba, la tierra y algunas piedras cayeron hacia el interior de aquella gruta que había aparecido de la nada. Después se escuchó un golpe

seco y la compuerta se detuvo. De nuevo oímos un motor, de un coche en esa ocasión. Venía hacia nosotros a gran velocidad. Unos potentes haces de luz brotaron de la cueva. Nos alejamos corriendo de lo que en realidad resultó ser un garaje subterráneo, y al momento vimos aparecer un magnífico 4×4 negro, enorme y con una parte descubierta que recordaba a una camioneta.

—¡Rápido! ¡Subid! —nos mandó Úrsula mientras, sacando la mano por la ventanilla, presionaba el botón de un mando a distancia para que el portón se cerrara—. Colocad las bicis en la parte de atrás y montad de una vez.

Sin perder tiempo, hicimos lo que nos indicó y, en cuanto estuvimos en el coche, la pitonisa pisó a fondo el acelerador. Susana, cuya motocicleta se quedó en el caserón, iba en el asiento del copiloto; mis amigos y yo, en el asiento trasero. Nos sujetábamos tan bien como podíamos mientras intentábamos abrocharnos los cinturones de seguridad.

—Al volante de uno de estos no hace falta saber magia para sentirse poderosa, ¿verdad? —dijo exultante, guiñándonos un ojo por el retrovisor.

En un abrir y cerrar de ojos atravesamos el bosque y llegamos a la carretera principal, la que iba a la ciudad, para dirigirnos sin dilación al hospital.

—Disculpad que os haya hecho esperar. Me había olvidado de mis instrumentos de trabajo —explicó señalando un gran bolso dorado que parecía una bandolera y que llevaba entre los dos asientos delanteros.

—Úrsula, has dicho que te gustaría ver esos símbolos ¿no? —pregunté, obteniendo como respuesta que tenía una necesidad vital de verlos para confirmar o disipar sus temores—. Bien, la flecha y la primera nota están en el Cuartel General, pero aquí tengo la carta que dejaron los secuestradores de mi madre —dije sacando del bolsillo de mi vaquero el papel arrugado que me diera mi hermano.

Susana lo cogió, lo alisó sobre su pierna y se lo mostró a la conductora que, sin apartar demasiado la vista de la calzada, le echó un rápido vistazo. Miró a la carretera y lo volvió a mirar. Después, guardó silencio.

—¡¿Y bien?! —pregunté reconcomido por la ansiedad.

—Me temo que mis predicciones se cumplen… —se limitó a responder, mirándome fugazmente por el espejo retrovisor.

—¿Eso qué significa? ¿Qué ocurre? ¡¿Qué va a pasar?! —le preguntamos todos muy alarmados por sus enigmáticas y aterradoras palabras.

—Os lo explicaré luego. Ya estamos llegando.

Las luces de la ciudad nos envolvieron. La avenida principal fue testigo de nuestro silencio, de nuestro nerviosismo y de nuestro temor. Un giro a la

izquierda, otro a la derecha, y en unos minutos llegamos al hospital. Era casi medianoche.

Había sido un día muy largo y mi estómago me exigía una bien merecida recompensa. Tal vez por telepatía o tal vez por el no muy cortés rugido de mi estómago hambriento, mis amigos también expresaron su necesidad de comer algo. Estaba diciendo que podríamos comprar un sándwich en la cafetería del hospital, cuando vimos varios coches patrulla aparcados en la puerta.

—¡La policía! —exclamé como si presintiera una mala noticia.

—¡Es el coche de mi padre! —dijo Susana bajándose del 4×4.

—Se ha cumplido —susurró la pitonisa, sujetando el volante con la resignación dibujada en su rostro—. Tal y como lo predije…

Capítulo Trece

EDUARDO MONREAL RECUERDA

Ante la puerta del hospital había tres coches patrulla aparcados de cualquier forma. Un cuarto vehículo, de color gris claro, con una luz de emergencias portátil sobre su techo, era el del padre de Susana, el Cerilla.

Entramos al hospital a la carrera. Yo iba delante con mis inseparables amigos; Susana y Úrsula venían detrás, a unos metros de distancia. Parecía que todo se había confabulado para entorpecernos el camino. Hasta llegar al ascensor tuvimos que salvar numerosos obstáculos: sillas de ruedas, camillas, personal sanitario, etc. Por fin pulsé el botón de llamada y mientras esperábamos, tiempo que me pareció eterno, las chicas nos alcanzaron.

—¡¡Vamos, vamos!! —mascullaba mordiéndome el labio inferior.

Por fin las puertas se abrieron. Entramos, pulsé el botón y el ascensor se cerró. Durante un instante nos cruzamos las miradas: preocupación, miedo, inquietud. Sonó una campanilla que anunciaba que habíamos llegado. Ya salía cuando Andrés me cogió del brazo impidiéndome avanzar. Lo miré sin comprender. Aunque enseguida lo entendí: aquella no era la planta donde estaba ingresado mi padre. Un hombre alto quería entrar, aunque al vernos, decidió esperar. Pulsé con rabia los botones. Las puertas se volvieron a cerrar. Dos plantas más. Al llegar, salí corriendo en dirección a la habitación de mi padre. Conforme me acercaba, distinguí que había varias personas en la puerta: la doctora Estevil, unos agentes uniformados y el inspector Delagua.

—¡¿Qué estás haciendo aquí?! —me increpó el Cerilla cortándome el paso.

—¡¿Qué le ha pasado a mi padre?! —pregunté muy exaltado mientras dos agentes me sujetaban por los brazos—. ¡Déjenme entrar! ¡Quiero verlo! —grité.

—Cierra la boca o te encerraré por obstrucción a la justicia. Admito que lo estoy deseando. Dame un motivo, Daniel —me retó esbozando una estúpida sonrisa, mientras mordisqueaba uno de sus repugnantes regalices de palo.

—Debería repasar las leyes, inspector —dijo Úrsula con su potente chorro de voz, alcanzándonos en ese momento—. ¿En cuál de ellas se dice que un hijo no puede visitar a su padre enfermo?

—Papá, déjalo en paz —le pidió Susana.

—¡¿Susi?! —exclamó el inspector dejando caer el regaliz—. ¡¿Qué haces aquí?! ¡¿Estás con estos?! —preguntó entre sorprendido y enfadado señalándonos despectivamente.

—Sí. Son mis amigos. Además, ya soy mayorcita para ir con quien yo quiera. Ordénales a tus hombres que suelten a Daniel —le exigió la joven.

Delagua rezongó entre dientes y con un gesto apenas perceptible, ordenó que me soltasen. Entré a la habitación de inmediato. La doctora Estevil me siguió.

—¿Qué ha pasado, doctora? —pregunté acercándome a la cama donde encontré a mi padre con los ojos abiertos y la mirada perdida.

—Bueno —balbució mientras le tomaba el pulso—, no lo sabemos con seguridad…

—¿Qué quiere decir? ¿Y por qué ha venido la policía? —inquirí—. Papá, ¿estás bien? —pregunté mirándole a los ojos, que para mi sorpresa estaban cubiertos por una fina capa de bruma.

—Sí —respondió con una voz sepulcral, sin mirarme.

—Tu padre responde a los estímulos y a las preguntas. Pero nada más. Aparentemente está bien, sus constantes son buenas, sigue recuperándose con normalidad de la operación —apuntó la doctora—, pero su comportamiento no es normal. Por eso hemos llamado al inspector. Verás, todo iba bien; lo he visitado esta mañana y lo he encontrado mejor. Incluso ha bromeado —dijo y se me dibujó una sonrisa mientras le acariciaba el pelo, recordando su habitual sentido del humor—. Por lo visto esta tarde ha recibido la visita de unos desconocidos que han estado con él unos veinte minutos. Nadie ha oído nada raro, sin embargo, cuando le han traído la cena, su comportamiento había cambiado. Estaba ausente y parecía sufrir los efectos de alguna droga. Le hemos hecho pruebas. Las analíticas no muestran restos de químicos diferentes a los que le administramos aquí. Ni drogas ni veneno —explicó la doctora, visiblemente abochornada—. La verdad es que estoy perpleja.

—A mi padre lo intentaron matar. Por eso ingresó. Entonces, ¡¿cómo es posible que dejasen entrar a unos desconocidos?! —le pregunté, indignado.

—La verdad es que esas precauciones son competencia de la policía, no del hospital. Nosotros no tenemos medios ni podemos identificar a las visitas.

La doctora tenía razón. De nuevo la ineptitud del Cerilla nos causaba problemas. Habría salido a darle un puñetazo, pero era el padre de Susana. De repente no lo podía odiar. Me incliné sobre la cama y miré a mi padre. Lo llamé una y otra vez sin obtener respuesta. Lo abofeteé, pero ni se inmutó.

—¿Quién estaba en el mostrador de enfermería esta tarde? —pregunté mientras me dirigía a la puerta de la habitación.

—La jefa de enfermería es Laura Campos, aunque ahora mismo está en oncología, en la segunda planta —me contestó con complicidad.

Al salir de la habitación me acerqué a mis amigos, que estaban con el inspector y los agentes. Estaba furioso, muy enfadado, pero no podía descargar sobre el inspector aquel dolor.

—Úrsula, por favor, ¿podrías entrar y echarle un vistazo? Yo vuelvo enseguida —dije conteniendo las lágrimas.

—No te vuelvas a entrometer en el trabajo de la policía, chaval —me advirtió el inspector cuando ya me alejaba del grupo.

Estuve a punto de decirle que no lo haría si él hiciese su trabajo, pero no dije nada. Miré a Susana y ella a mí. Nos entendimos sin pronunciar una palabra. Salí corriendo pasillo arriba. Como el ascensor tardaba mucho y yo estaba muy nervioso, decidí bajar por las escaleras. En el mostrador de enfermería no encontré a nadie. Me asomé por encima y vi muchos papeles. Comencé a revisarlos buscando algo que me indicase dónde podría estar la enfermera Campos.

—¡Eh, chaval! ¡¿Qué haces?! —me inquirió malhumorada una enorme enfermera con cara de pocos amigos que apareció de la nada—. Fuera de ahí. No puedes estar aquí. ¿Qué buscas? No son horas de visita.

—Disculpe, yo… —balbucí sin acertar a decir lo que quería preguntar.

—Si entras a la habitación con esta gente, no vuelvas a casa. Ya que dices que eres mayor para tomar tus propias decisiones, tendrás que aceptar las consecuencias de tus actos —me explicaron más tarde que le dijo el inspector Delagua a Susana.

—Su hija es una excelente persona, una mujer muy inteligente y mucho más capaz de lo que usted piensa, inspector. Susana es honesta y empática, está ayudando a alguien que tiene problemas, está ayudando a sus amigos. Eso debería ser motivo de orgullo, no de censura —medió Úrsula.

—Señora, usted no se meta en esto. Ya sé cómo educar a mi hija —replicó con soberbia el inspector.

—Déjalo, Úrsula —dijo la joven—, mi padre aún no se ha dado cuenta de que ya no soy una niña, de que si soy adulta para trabajar en la comisaría, lo

soy también para elegir a mis amigos.

—¡Estos críos son unos metomentodo que no respetan nada! —gritó enfadado el inspector.

—Creo que está muy alterado —intervino la doctora Estevil—. Le debo pedir por favor que se marche. Mis pacientes necesitan dormir. Y si tienen que llevar a cabo más pesquisas, le ruego encarecidamente que lo hagan en silencio.

—Por supuesto, doctora. Le pido disculpas. He perdido los papeles —masculló atusándose el pelo, rojo como una llamarada. La doctora se fue pasillo arriba y el inspector se acercó a su hija—. Susana, vamos a casa. Allí hablaremos.

—No, papá. No voy a ir contigo. Me quedo aquí, donde me aprecian y valoran por quien soy, y donde me tratan como lo que soy, una adulta —le espetó y, dándose media vuelta, entró en la habitación conteniendo el llanto.

La enfermera, enfadada, esperaba una explicación. Sus ojos encendidos me decían que pensaba que era un ladrón. Estaba a punto de escapar corriendo cuando, por el otro pasillo, apareció otra enfermera en cuya solapa pude leer las iniciales L. C. «*Laura Campos*», pensé.

—¿Es usted la enfermera Campos? —pregunté y ella asintió.

Sonreí, salí de detrás del mostrador y me acerqué a ella evitando a la otra mujer, que me miraba inquisitivamente. Cogí a Laura del brazo y la aparté unos metros de la que me miraba con recelo. Entonces, sin perder tiempo, le pregunté por los extraños visitantes que habían estado con mi padre.

—Altos, vestidos de negro, franceses, muy amables —respondió sin dudar, corroborando mis sospechas—. ¿Eres tú el policía que tenía que interrogarme? ¡Qué joven!

Sonreí sin saber qué contestarle. Me limité a darle las gracias y volví a la habitación de mi padre. Cuando llegué ya no había ningún agente en el pasillo. Y del Cerilla, por suerte, ni rastro. Vi a mis amigos alrededor de la cama. Me acerqué en silencio y, con un gesto, pregunté si habían averiguado algo. Me miraron sin contestar. Mi padre seguía igual, inmóvil, con la mirada perdida y en silencio. Me senté a su lado y le cogí una mano. Acerqué mi cara a su oído y le pregunté suavemente qué había ocurrido.

—Vinieron los esbirros de Nindún-Rinpoché… Me preguntaron por mi hijo mayor… Les hablé de la cabaña de mi hijo en el bosque… —contestó mi padre, exhausto, con un hilo de voz y sin cambiar un ápice aquella mirada vacua.

Su respuesta y su forma de expresarse nos sorprendieron y nos angustiaron. Parecía distante, frío, inhumano. Gabi se acercó a la cabecera y tras ajustarse las gafas, preguntó tal como lo haría un profesor:

—A ver, dígame, ¿quién descubrió la penicilina?

—… Alexander Fleming… —contestó el enfermo con la misma frialdad.

—¿Cuál es la velocidad del sonido?

—… Trescientos cuarenta metros por segundo…

—¿La capital de Egipto? —intervino Úrsula.

—¿La raíz cuadrada de cuarenta y nueve? —preguntó casi a la vez Susana.

—… El Cairo… Siete… —respondió como un autómata.

—Daniel —me susurró Gabi al oído— está claro que tu padre está bajo los efectos de un suero de la verdad. Desconozco la fórmula, ya que todos los existentes hubieran sido detectados en los análisis. No sé, será algo nuevo…

Mi padre comenzó a mover la cabeza de izquierda a derecha y a gemir. Balbució algo que no logramos entender, siguió sacudiendo la cabeza y después cerró los ojos.

—Si dice la verdad a todo lo que preguntemos, ¿por qué no aprovechamos para preguntarle por su amigo el tibetano y por todo lo demás? —propuso Andrés.

—Cierto; ya no es preciso hipnotizarlo —apuntó Gabi—. Úrsula no podrá demostrarnos cuán poderosa es —añadió con sarcasmo sin que la hechicera se ofendiera, aunque le lanzó una sonrisa que heló la sangre de mi amigo—. Tenemos que darnos prisa. Creo que los efectos del suero comienzan a remitir —advirtió.

—De acuerdo —dije—. Papá, ¿dónde está la Fuente de la Juventud?

No contestó, movió los labios, pero se quedó callado. Insistí. Comenzó a sacudir la cabeza y de sus ojos brotaron lágrimas. Inmediatamente después intentó hablar. Los efectos del suero remitían rápidamente y seguía sin contestar.

Un péndulo comenzó a oscilar delante de sus ojos.

Úrsula, consciente de que íbamos a perder la oportunidad de conocer la verdad, había decido intervenir. Había sacado de su bolso dorado una cadena de plata de cuyo extremo colgaba una piedra de cuarzo rosa. En cuanto logró atrapar su mirada comenzó a canturrear una especie de conjuro del que no pudimos entender más que el nombre de mi padre. Nosotros, siempre atentos a las artes de la médium, optamos por apartarnos de la cama para no

estorbarla. Segundos después mi padre exclamó algo en aquel mágico dialecto. Tenía los ojos muy abiertos y la mirada fija en el péndulo.

—Eduardo Monreal —dijo Úrsula, con solemnidad—, ahora estás bajo mi poder y vas a hacer todo lo que te ordene, ¿comprendes?

—… Sí… —murmuró—. Haré lo que me ordenes…

—Vas a responder a unas preguntas.

—… Responderé a todo lo que me preguntes… —afirmó de forma sumisa.

Úrsula nos miró y le guiñó un ojo a Gabi, que bajó la mirada avergonzado.

—¡Contéstame! ¿Dónde está la Fuente de la Juventud?

—… La Fuente de la… Juventud… está… en… en… el Tíbet…

—¡Vaya una novedad! —exclamó Andrés—. Eso ya lo sabíamos. ¡Que concrete!

Con el mismo tono firme Úrsula le preguntó por el lugar exacto.

—… No lo sé… No puedo recordarlo… —gimió.

—Puedes y lo harás. ¡Recuérdalo! ¡Te lo ordeno!

—Un… un patio…, un jardín…, hay unas niñas…, están tristes…, muchas niñas tristes…, ¡los tejados son de oro! —exclamó maravillado, como si lo estuviera viendo de verdad—. ¡La cúpula de la pirámide!… ¡La gran sala del trono!… ¡Puertas!… ¡Hombres de oro!… Sonríen… —describió muy inquieto, alargando los brazos, intentando alcanzar aquellas maravillas que veía en sus recuerdos. Fue alzando la voz a la vez que en sus ojos advertíamos un brillo especial, un delirio excesivo, una emoción peligrosa para su dedicada salud.

—¡Úrsula, detenlo!

Inmediatamente, la maga le ordenó que se calmara y que dejara la mente en blanco. El rostro de mi padre se relajó y recuperó su aspecto habitual. Nos tranquilizamos, aunque intentábamos darle sentido a sus extrañas palabras. Estaba a punto de pedirle a Úrsula que lo sacara de la hipnosis, cuando Gabi intervino:

—¡Su amigo! Pregúntale por su amigo, el hombre que lo ayudó a llegar hasta la Fuente de la Juventud.

—Ehhh… Sí, ¿cómo se llamaba?

—¡Ching! —exclamó Andrés—. ¡Lang Ching!

Úrsula le preguntó por el misterioso oriental.

—Desapareció —contestó entristecido—. Cuando nos descubrieron los esbirros de Nindún-Rinpoché —explicó con gran lucidez—, nos dieron de

beber algo. Perdí el conocimiento. Al recobrarlo estaba en un avión, con Lang. Tenía un fuerte dolor de cabeza y me dormí. Cuando me desperté, él había desaparecido. Debió de bajarse en París, durante la escala.

A nuestra mágica amiga se le iluminaron los ojos. Durante unos segundos, permaneció quieta, en silencio, con la mirada perdida y con una enigmática sonrisa en sus labios. Estaba tan abstraída, que el péndulo llegó casi a pararse.

—¡Úrsula! —exclamó Susana, sacándola de su ensimismamiento.

—¡Ah!… Sí. Perdón. ¿Por dónde íbamos? —preguntó desorientada.

—Pregúntale por la mujer que encontró aquel jarrón del que me habló, el que vio en una exposición y que le dio la pista sobre la Fuente de la Juventud.

Al principio mi padre no contestó. Se quedó callado, como al principio. La hechicera balanceó más rápidamente el péndulo y volvió a preguntarle por la arqueóloga. Mi padre parpadeó, estaba recordando.

—La vi una vez, en una cafetería. La comisaria de la exposición nos presentó. Me reveló lo que sabía sobre la Fuente. Le dije que necesitaba encontrarla. Me dijo que la única persona que podría ayudarme era Lang Ching. Me dio su teléfono. Lo llamé. Hablamos. Organizamos la expedición.

Nos volvimos a quedar en silencio, pensé en preguntarle el paradero de la misteriosa arqueóloga, pero Gabi se me adelantó.

—¿Y quién es Nindún-Rinpoché?

—… Nindún-Rinpoché… —murmuró, intentando recordar— ¡Es la Luz de un Nuevo Mundo! —chilló de repente— ¡Es la esperanza de la humanidad! ¡Es…

Alertada por los gritos de mi padre, la doctora Estevil entró en la habitación. Úrsula escondió el péndulo y con una sola palabra, que pronunció antes de que la doctora pudiera oírla, despertó a mi padre, quien cerró los ojos y los volvió a abrir, como si acabara de despertar de un profundo y reparador sueño. La doctora nos miró frunciendo el entrecejo y nos preguntó por qué estábamos todavía allí. Andrés se puso en pie y se le acercó. Le explicó que aquella misma tarde yo había recibido una notificación de la universidad más prestigiosa del país. Había sido admitido y mi padre se había vuelto loco de alegría al enterarse. La doctora, que se tragó aquel cuento de principio a fin, me felicitó e incluso nos dio una explicación médica para el comportamiento errático de mi padre.

—Chicos, se hace tarde, dejemos dormir al señor Monreal —dijo Úrsula abriendo la puerta para salir, tras estrechar la mano a la doctora.

Todos abandonaron la habitación, aunque yo me quedé rezagado, observando a mi padre, que miraba a su alrededor sin lograr entender nada de

lo que había ocurrido.

—Doctora, permítame quedarme un par de minutos más. Me voy a ir de viaje y quiero despedirme. Ya sabe, eso de la universidad…

Estevil me miró con seriedad. Luego sonrió y me pidió que fuera breve, que mi padre necesitaba mucho reposo.

—Dani, ¿qué ha pasado? —me preguntó mi padre totalmente desorientado cuando nos quedamos solos.

—Tranquilo —le susurré intentando calmarlo—, todo está bien.

—Recuerdo a unos hombres vestidos con trajes negros…, luego…, nada.

—Te drogaron, no sabemos con qué; una especie de suero de la verdad. Te preguntaron por mí y tú les hablaste del Cuartel General. Nos han hecho una visita esta tarde, pero les hemos dado una lección.

—Dani, dejadlos en paz —me pidió, agarrándome de la camiseta y acercándome a él—. ¡Son peligrosos! ¡Olvídate ya de este tema! No quiero que esto os perjudique aún más. Si he de morir, moriré.

—No —dije a la vez que negaba con la cabeza—. ¡No! ¡Ya sabes que haré lo imposible! Además, ha pasado algo más —añadí, sin poder evitar que las lágrimas inundasen mis ojos.

—¿Algo más? ¡¿Qué?!

—¡Mamá! —exclamé—. Se la han llevado. Fueron a casa y la raptaron. No sé qué quieren de ella. Tengo que encontrarla. La rescataré —le prometí limpiándome los ojos con el dorso de la mano.

—¡No! ¡Estela, no! —se lamentó mi padre con el semblante destrozado—. ¡¿Y Óliver?!

—Está bien, lo he dejado con la tía. Ella os cuidará hasta que yo vuelva.

—¡Hijo, es una locura! No vayas, o al menos no vayas tú solo. Espera que me restablezca, dame un par de días…

—No, no hay tiempo. Mamá no puede esperar. Además, no voy solo. Gabi y Andrés vienen. Susana también. Es una amiga, es muy valiente y… es policía —añadí exagerando la realidad—. Y Úrsula se ha unido a nosotros. Es una bruja de verdad. Hace magia. Tiene poderes. Lo he visto, papá. Y quiere ayudarnos.

Mi padre me miró en silencio. Sabía que no me haría desistir y que no podría acompañarme en el peligroso viaje que estaba a punto de emprender. Le dolía en el alma que yo tuviera que asumir aquella responsabilidad siendo tan joven.

—Escucha papá, ahora debo irme. Tú estarás bien, la doctora Estevil te mantendrá sano hasta que volvamos. Intentaré traerte lo que necesitas.

Me abrazó con fuerza rompiendo a llorar. Me pidió que tuviese mucho cuidado. Le costó, pero poco a poco me fue soltando y al final, me dejó ir.

—¡Ah! Si la doctora te comenta algo sobre una universidad en la que me han becado, síguele la corriente —le dije desde la puerta de la habitación, arrancándole una sonrisa.

Mis amigos me esperaban en el coche. En el poco tiempo que habíamos estado en el hospital, se había nublado por completo y había empezado a llover.

—Vámonos —dije, y Úrsula arrancó.

—¿Por qué no le has dicho al inspector lo de tu madre? —me preguntó Andrés.

—No serviría de nada —intervino Gabi—. Sin ánimo de ofender —añadió dirigiéndose a Susana.

—Tranquilo —contestó la chica, dolida—, tenéis razón. Una vez fue un buen poli, pero hace mucho de eso. No pienso volver a esa casa.

—Ya hablaremos de eso. Por el momento, vendrás a la mía —resolvió la bruja—. Y tú también —añadió mirándome—. Mi casa es grande; hay mucho sitio. Vosotros podéis quedaros si queréis. Sería mejor que os quedaseis todos a dormir. Tenemos mucho trabajo que hacer. Y mañana hay que coger un avión.

—¡¿Un avión?! —preguntaron mis amigos al unísono.

—No puedo irme de viaje sin más. ¿Qué voy a decir en casa? —se quejó Andrés.

—Si queréis ayudarme tendréis que inventar alguna excusa —les dije.

—Claro que queremos, Dani, pero ¿qué crees que dirán nuestros padres si les decimos que nos vamos al Tíbet? —preguntó Gabi—. Y ¿cómo se supone que vamos a pagarlo?

—Está bien, entonces ¡quedaos aquí! No os necesito —protesté.

—¡De acuerdo! —exclamó Andrés—. ¡Para el coche!

Úrsula frenó en seco en medio de la avenida. El 4×4 derrapó debido a la lluvia y se quedó parado, al bies. La hechicera nos miró entonces con el semblante muy serio. Solo el tamborilear de la lluvia sobre el techo del coche y el chirriar de los limpiaparabrisas turbaban el silencio reinante.

—Mirad, chicos, esto no es cosa de broma —dijo imprimiendo gravedad a sus palabras—. Nos enfrentamos a fuerzas muy poderosas y terriblemente maléficas. Para luchar contra ellas y para intentar vencerlas, debemos estar unidos, ¡debemos ser una piña! —exclamó sobresaltándonos—. Solo así nuestro poder será efectivo. El mayor y más fuerte de todos los poderes que

existen es el amor, y sé que aquí hay amor, que existen lazos de amor dentro de este coche. Esa es nuestra mejor arma, y debemos usarla con total intensidad. Solo así tendremos alguna posibilidad. —Por un momento enmudeció, sin dejar de mirarnos—. Respecto a vuestras familias —prosiguió dirigiéndose a Gabi y Andrés—, inventaremos algo para que se queden tranquilas; y en cuanto a los gastos del viaje no os preocupéis, dejadlo de mi cuenta. Pero hay que darse prisa porque a tu madre —añadió mirándome, con un tono de tristeza que le embargaba la voz— no le queda mucho tiempo.

Capítulo Catorce

LA BIBLIOTECA

Tras abandonar la ciudad y atravesar los tortuosos caminos enfangados a causa de la tormenta que se había desencadenado de repente, el todoterreno nos dejó frente la fantasmagórica fachada del caserón.

—Te has portado, muchacho —felicitó la bruja al coche, dando palmaditas sobre el volante.

A continuación echó mano a su bolso dorado y sacó un pequeño mando a distancia. Pulsó un botón y el portón del aparcamiento se abrió. Junto con el coche, gran cantidad de agua embarrada cayó por la rampa, siendo engullida por la alcantarilla que impedía que el sótano se inundase. El aparcamiento, de hormigón, rezumaba humedad. Cada pocos metros, una lámpara arrojaba su luz mortecina creando una atmósfera poco acogedora. Úrsula detuvo el coche y apuntó con el mando hacia la puerta, cuyo vano era iluminado desde el exterior por los relámpagos que, perseguidos por sus correspondientes truenos, estaban haciendo de la noche algo siniestro y desapacible. La compuerta comenzó a descender hasta que se cerró con un estruendo metálico. El coche avanzó unos metros. En aquel *parking* no había nada a excepción de un par de estanterías metálicas en cuyas baldas descansaban cajas de cartón precintadas que, tal vez, custodiaran instrumentos mágicos o frascos de pociones. Por fin, el 4×4 se detuvo. Lo que hasta entonces no había sido más que un corredor ancho, dio paso a una estancia rectangular bastante grande. La pared frontal no era de hormigón, sino que estaba formada por la roca del acantilado. En una de las paredes laterales, frente a la cual Úrsula estacionó, estaba la puerta de acceso a la mansión.

La hechicera nos pidió que descargásemos las bicicletas y las dejásemos allí mismo. Nuestra anfitriona sacó del bolso un llavero, en forma de pirámide de cristal, del que colgaban unas veinte llaves. De manera instintiva, eligió una y abrió aquella puerta. Fuimos a parar a una especie de descansillo, muy bonito, pequeño pero acogedor, enmoquetado en verde, como su túnica. Allí nos esperaba un ascensor.

—Lamento que haya tanta humedad —observó la hechicera refiriéndose a las manchas que se apreciaban en los rincones del descansillo—, pero el mar está detrás de esas rocas. Tampoco pensaba servir el café aquí —añadió bromeando.

Segundos después, las puertas del ascensor se abrieron. Los botones tenían los nombres de las diferentes estancias de la casa: Parking, Desván, Biblioteca, Dormitorios, y Salón. Úrsula pulsó este último.

—Bien chicos, sé que estáis cansados —observó—, pero no podemos perder tiempo. Lo primero que debemos hacer es solucionar el tema de vuestras familias —dijo mirando a Andrés y Gabi.

—Yo me encargo de eso —aseguré.

—De acuerdo. Los demás, acompañadme a la biblioteca. Hay trabajo que hacer. Después cenaremos algo y a la cama.

Todos asentimos. El ascensor se detuvo en la planta del salón y el recibidor por el que habíamos entrado unas horas antes al caserón.

—Espera —dijo Susana agarrándome del brazo—, te acompaño. Quizá necesites una voz femenina en la historia que te vas a inventar —añadió sonriendo.

—De acuerdo, os esperamos en la biblioteca. Está dos pisos más arriba —explicó Úrsula mientras presionaba el botón correspondiente.

Antes de que el ascensor se cerrara, Andrés me suplicó que tuviera cuidado con lo que le decía a su madre. Me rogó que le contara algo verosímil, algo que no se saliese de la realidad, algo… Las puertas metálicas evitaron que mi amigo siguiese haciéndome recomendaciones por un período indefinido de tiempo.

Nos quedamos quietos por un instante. Susana seguía asida a mi brazo y no parecía que tuviera intención de soltarlo; al contrario, se aferró más a él. Sin saber bien por qué, los nervios me invadieron y comencé a andar muy deprisa, obligándola a soltarme. Entré en el salón. Las luces estaban encendidas y la ventana abierta. Corrí a cerrarla porque estaba entrando la lluvia. Las cortinas dejaron de danzar al son del viento y volvieron a reposar. Susana estaba destemplada y se acercó a la chimenea, que permanecía encendida. Se sentó en el suelo y extendió sus manos hacia el fuego. Yo la observaba pensativo. «¿Por qué me ha tocado así? ¿Le habrá disgustado mi reacción? ¿Por qué he hecho que me suelte?», me preguntaba para mis adentros una y otra vez.

—En el garaje hacía frío —me dijo cuando se dio cuenta de que la estaba mirando—. Ven, Dani, siéntate junto al fuego; entrarás en calor.

—No…, no tengo frío. Estoy bien —contesté, arrepintiéndome de inmediato.

—Bueno, pues hazme compañía al menos —insistió.

No pude negarme. Caminé despacio hacia ella y me senté a su lado con las piernas cruzadas en la postura del loto. Me quedé en silencio, observando las llamas, las pavesas revoloteando sobre el fuego y el crepitar de la madera. Los nervios se habían apoderado de mí. Mi corazón latía muy deprisa y, pese al calor del hogar, sentí un escalofrío subiéndome por la espalda. De repente, Susana suspiró y apoyó su cabeza en mi hombro. Me quedé inmóvil. Solo me atreví a mover los ojos, mirando hacia todos lados. Ella volvió a suspirar y, en un tono muy dulce, me dijo que estaba muy apenada por lo de mis padres, que le había afectado mucho lo de mi hermano y que contase con ella para siempre. A la vez que decía la palabra *siempre*, se incorporó y me miró fijamente a los ojos.

—Te lo digo en serio, Dani —insistió mientras colocaba su mano derecha sobre mi rodilla izquierda, contacto que desencadenó una descarga eléctrica que me hizo dar un salto involuntario.

—Perdóname, yo… —balbucí nervioso, casi temblando, poniéndome de pie y apartándome una y otra vez el pelo de la cara—. Todo esto me está superando. Estoy muy nervioso por la que está cayendo. No me refiero a la tormenta, claro, si no a lo de mi padre, el secuestro de mi madre, a lo del Tíbet…

—Tranquilo. Estás tenso. Es normal —dijo incorporándose y acercándose—. Ahora mismo no hay nada que puedas hacer. Úrsula y los chicos están trabajando en ello y tú estás asumiendo mucha responsabilidad sobre tus hombros. Tienes que calmarte para poder pensar con claridad y actuar de forma eficaz. Ven, siéntate.

Obedecí. Me dejé llevar hasta el sillón de Úrsula. Me senté. Susana se puso detrás de la butaca, a mi espalda y, de repente, sentí sus manos acercándose a mis hombros hasta que, finalmente, hundió sus dedos en mi piel, colándolos por el cuello de mi camiseta. Un escalofrío placentero me recorrió todo el cuerpo. Susana presionaba con sus pulgares mis omoplatos, sumiéndome en una sensación de bienestar que me reconfortó. Cerré los ojos y me limité a sentir. Deslizó sus manos hacia arriba pasando por los hombros y llegando al cuello. Me preguntó en un susurro si me sentía más relajado. No respondí. No recuerdo cómo lo hice, qué pensé, pero en un rápido movimiento la agarré de la mano y la senté sobre mi regazo. Me miró sonriendo. Apartó el pelo de mi cara, con suavidad, echándolo hacia atrás.

Nuestras miradas se entrelazaron, sumergiéndonos en pozos de miel. La leña crepitaba en la chimenea, e idéntico fulgor dominaba mi corazón, que batía desbocado. Le acaricié el rostro, deslizando mis dedos por su mejilla, suave como la seda. Se acercaba a mí, lentamente. Nuestras caras estaban muy cerca, cada vez más. Cerré los ojos, ella también. Seguimos aproximándonos, a ciegas. Aquella minúscula distancia se me antojó kilométrica. Así que, cuando por fin nuestros labios se rozaron, la dicha fue sublime. Su tacto era como el de un pétalo de rosa, como el agua fresca en las tardes de verano, como el viento de primavera, como el sabor de la fruta, como…

El timbre del teléfono rompió aquel embrujo, rasgando nuestro beso apasionado y obligándonos a separar nuestros labios, deshaciendo el abrazo en el que nos habíamos sumido. Susana se levantó y corrió a contestar.

—Hola, ¿está Lourdes? —preguntó una voz al otro lado de la línea.

Al principio no supo qué responder. Se preguntó si ese sería el auténtico nombre de la hechicera, hasta que reaccionó y le preguntó a su interlocutor qué quería. Aquella información aclaró el enigma: se habían equivocado de número.

—¿Qué querrá a estas horas de esa Lourdes? —le pregunté desde el sillón mientras Susana venía hacia mí, dispuesta a retomar aquel beso de hidromiel.

—Pues sí, mira que llamar a estas horas… ¡Los padres de Andrés y Gabi! —exclamó entonces, recordando lo que habíamos ido a hacer.

Me levanté de un salto. El encantamiento se había roto definitivamente. Los besos y las caricias tendrían que esperar. Aquel abrazo me había borrado la memoria y, por un momento, creí que era el adolescente despreocupado, enamoradizo y que vivía los primeros besos de un amor de verano. Sin embargo, la realidad era bien distinta. Me acerqué al mueble donde reposaba el teléfono y me puse a buscar la guía telefónica. Susana me miró extrañada y me preguntó si no me sabía de memoria los números de mis mejores amigos.

—No…, ¡digo, sí! No es eso lo que busco. Necesito una excusa creíble… —le expliqué, pasando rápidamente las hojas del enorme libro—. ¡Eureka! —exclamé descolgando el auricular.

Dejé el listín abierto sobre una mesita auxiliar y le señalé a Susana un anuncio que ocupaba un cuarto de página y en el que se podía leer: «Centro de ayuda para personas sin hogar. La mano de Dios y de su hijo Jesucristo. Abierto todos los días del año. Ayudar al prójimo tiene premio en el cielo».

—¡Estás loco! —exclamó Susana cuando le ofrecí el auricular para que hablase ella, ya que los padres de mis amigos reconocerían mi voz—. No puedo…

—Diles que eres la directora del centro, que esta tarde aparecimos allí los tres con un mendigo enfermo y que nos hemos quedado a ayudar. Que sientes llamar tan tarde, pero que a causa de la tormenta el centro se ha llenado de indigentes a última hora. Y que nos quedaremos a dormir.

—Dani, pero esto está a veinte kilómetros de aquí —me advirtió Susana justo cuando la madre de mi amigo descolgó.

—¡Diga! ¡Andrés! ¿Eres tú? —inquirió una voz angustiada.

—Buenas noches, disculpe que la moleste tan tarde. Soy… la hermana Aurora María Pérez de Tomelloso, la directora del albergue para personas sin hogar La mano de Dios y de su hijo Jesucristo. Verá, telefoneo porque su hijo Andrés y sus amigos Gabriel y Daniel están aquí, en el centro, ayudándonos… —Hizo una pausa porque la madre de Andrés le estaba preguntando por el paradero de su hijo; hablaba tan alto que la oía sin problemas a medio metro—. ¡No! No es ninguna broma. —El grito que dio hizo que Susana se apartara del oído el auricular—. Sí, sí, el hogar para los sin techo, eso es, aunque nosotros preferimos llamarlos personas sin hogar. Tranquila, señora. Verá, su hijo y sus amigos han ayudado a un hombre esta tarde. Lo han encontrado en la ciudad y nos lo han traído. Son unos ángeles del cielo. Tiene que estar muy orgullosa de Andrés —añadió guiñándome un ojo—. Como están de vacaciones escolares he pensado que podrían quedarse con nosotras un par de días… Sí, a ayudarnos… Sí, somos monjas… Descalzas, sí. —No pude contener la risa y tuve que apartarme para que no se me oyera—. Claro, mañana por la mañana la llamará. Ahora ya se han acostado. Sí, me pidió hace rato que llamara. Lo siento. Se me olvidó con el jaleo que tenemos hoy en el centro, ya sabe, la lluvia… El señor riega el mundo, pero los pobres sin casa se mojan y necesitan que los acojamos. Descuide, señora, se lo diré. Muy amable. Muchas gracias. Buenas noches. Que Dios la bendiga. Adiós, adiós.

—¡Eres maravillosa! —exclamé cuando hubo colgado, estrechándola entre mis brazos y dándole un beso que me supo a néctar—. Ahora, la casa de Gabi —dije deteniéndome, cuando mi mente se asomaba al delicioso abismo de amor y deseo.

Repetimos la operación, aunque en esa ocasión tuvo que tratar con el padre de nuestro amigo, un hombre muy estricto y anticlerical. Pretendía coger su coche e ir a buscarnos, porque le parecía extraño que no telefoneara directamente su hijo. No obstante, Susana supo desenvolverse muy bien y evitó lo que hubiera sido un desastre. Consiguió convencerlo tras prometerle que Gabriel llamaría a casa a primera hora de la mañana.

—¡Perfecto! Hemos ganado un par de días —dije tomándole la mano.

—Sí, pero mañana tendrán que llamar ellos, si no, estaremos en un buen lío. Sus padres podrían llamar a la policía y el mío movilizaría a todos sus hombres.

—Mañana —repetí como el eco mientras la atraía de nuevo hacia mí, sin rastro de la vergüenza que había sentido antes, embriagado por una energía y una extraña complicidad que me hacían sentirme seguro—. Ahora sigamos donde lo habíamos dejado cuando ha sonado el teléfono…

La biblioteca era enorme. Se ubicaba en la torre de la mansión, por lo que su planta era circular. Sobre unos muros de quince metros de alto se alzaba una colosal cúpula que parecía no tener fin. Estaba recubierta por un enorme y precioso mosaico que trazaba una perfecta espiral azul y blanca. Uno podía incluso marearse si la observaba durante mucho tiempo. La habitación tenía solo cuatro ventanas, estrechas, de arco apuntado y sin cortinas. A ambos lados de cada ventana, lucían sendos faroles. Las ventanas, que se orientaban hacia los cuatro puntos cardinales, dividían la habitación en cuatro segmentos idénticos. Bajo la ventana norte estaba la puerta, y al pie de la que miraba al sur, una chimenea de piedra. En los espacios entre ventana y ventana, se alzaban cuatro enormes librerías de madera curvada que seguían la pared circular de la torre, con incontables estantes sobre los que reposaban infinidad de volúmenes alineados a la perfección. Los anaqueles partían desde el suelo y alcanzaban la cúpula. En el centro de la sala, sobre una alfombra redonda de color marfil, reinaba una mesa en la que descansaba un ordenador, una impresora y un teléfono. Alrededor de ella estaban mis amigos flanqueando a Úrsula, quien, sentada frente a la computadora y con unas gafas de cristales estrechos apoyadas en la punta de la nariz, tecleaba. Sobre la mesa también había, abiertos y en aparente desorden, algunos libros.

—¡¿Qué tal?! ¡¿Qué han dicho?! —preguntó Andrés cuando Susana y yo llegamos por fin, un buen rato más tarde.

—Habéis tardado demasiado —señaló Gabi frunciendo el entrecejo.

—Había que inventar una buena historia. Felicitad a Susana, porque ha estado maravillosa. La excusa es perfecta. —Andrés me miró asustado—. Chicos, somos voluntarios del centro de ayuda para personas sin hogar.

—La mano de Dios y de su hijo Jesucristo, nada menos —añadió Susana.

—Sí, y estamos cuidando a personas sin hogar. Ayudamos a las monjas —dije sin poder reprimir una carcajada.

—¡¿Cómo has podido hacer eso?! ¡Mis padres son ateos! —exclamó Gabi.

—Tranquilos. Se lo han creído todo —les informó Susana.

—Yo no estaría tan seguro… —murmuró Andrés.

—Que sí, hombre. Pero mañana por la mañana tenéis que llamar a casa y explicarles que nos hemos hecho voluntarios para toda la semana, o algo así. Necesitamos ganar tiempo —les recordé, y ambos asintieron.

—Bueno, ahora prestadme atención —dijo Úrsula, mientras leía algo en la pantalla del ordenador. Me acerqué para ver qué era. Se trataba de un listado de libros—. Ya he encontrado lo que buscamos. Pensaba que no tendría estos títulos, pero mi abuela Morgana jamás se deshizo de ningún libro, así que por algún lado tenían que estar. ¡En fin! —continuó poniéndose en pie y frotándose las manos—. Mirad, estos son los volúmenes que debemos consultar —añadió accionando la impresora, que empezó a escribir con estruendo sobre un rollo de papel continuo que la hechicera arrancó cuando la máquina hubo finalizado—. Fijaos bien: a la izquierda veréis el título; en medio, la balda en la que descansa; y a la derecha, la librería, Tierra, Fuego, Agua y Aire, los cuatro elementos —explicó señalando la cumbre de las librerías, en las que pudimos ver unos iconos tallados que representaban dichos componentes de la naturaleza—. El número de las estanterías se cuenta de abajo hacia arriba. Ahí tenéis escaleras. ¡A buscar se ha dicho! —ordenó repartiendo las hojas y dando una sonora palmada.

Como si de un concurso se tratara, nos dirigimos corriendo a las estanterías. Andrés se acercó a la de Fuego; Gabi, a la de Agua; Susana, a la de Tierra; y yo, a la de Aire. Úrsula volvió a sentarse frente al ordenador y siguió tecleando. El primer anaquel en el que tenía que buscar era el veintisiete. Resoplé. Comencé a subir sosteniendo entre los dientes la hoja de papel. Según ascendía, iba contando las baldas en voz baja. Había libros de todos los colores y tamaños. Muchos de ellos tenían las hojas amarillentas por el paso de los años y casi todos estaban cubiertos por una considerable capa de polvo. Si esos libros pertenecieron a Morgana antes que a ella, habría tomos de más de cien años. Por fin llegué a la balda indicada. Metí un brazo por la escalera para asegurarme bien y evitar una caída fatal y cogí la hoja con la otra mano. Leí el título: *Bön Pos en el Tíbet*. Ladeé la cabeza y comencé a leer en voz queda los títulos de aquellos libros olvidados. Todos los ejemplares de aquel estante versaban sobre leyendas milenarias, magia hindú, africana, australiana, española, vasca… Todo tipo de leyendas se daban cita en aquellas polvorientas estanterías. No obstante, el que yo buscaba no aparecía. Repasé de nuevo los títulos que tenía delante y, efectivamente, el que buscaba no estaba. Cada balda medía como mínimo cinco metros de largo

y la escalera estaba situada más o menos a la mitad de esa longitud. Así que por mucho que me estirara hacia ambos lados, había libros cuyo título no alcanzaba a leer fácilmente. A pesar de todo, agucé la vista todo lo que pude y traté de distinguir las letras de los volúmenes más lejanos.

—… *Mitos y leyen*… No, …*Magia en siete días*… ¡Tampoco! … Eeehhh…, *Bön*… ¡*Bön Pos en el Tíbet*! ¡Te encontré!

Sin embargo, aquel escurridizo libro estaba demasiado lejos. Volví a morder el papel y estiré el brazo tratando de alcanzarlo, pero no llegaba. Miré hacia abajo, una decena de metros me separaban del suelo. No me apetecía bajar, desplazar la escalera y volver a subir, así que intenté estirarme todo lo posible para alcanzarlo.

—Úrsula, ¿cuántos libros tienes? —preguntó Andrés desde su escalera.

—No lo sé —contestó la bruja desde el ordenador—, cuando los revisé para hacer el fichero, no me molesté en contarlos, pero a bulto… Quizá veinte mil —agregó distraída.

Subí dos peldaños y me deslicé apoyando el pie derecho en una balda.

—Calculémoslo —propuso Gabi desde lo alto de su escalera—. En cada estante debe de haber, más o menos, unos doscientos libros. Depende del grosor, pero calculemos a ojo. Hay… eeehhh… —Contó rápidamente los anaqueles—. Hay treinta baldas en cada librería.

Mientras escuchaba sus elucubraciones, seguí peleando por alcanzar el libro que la hechicera me había pedido. Me había estirado todo lo que podía, agarrándome en los estantes, que crujían debido a la presión. Sin ser del todo consciente, fui pasando el peso de mi cuerpo a la estantería a la vez que apoyaba en la escalera la punta del pie.

—Eso nos da un total de seis mil libros por estantería.

Solamente me quedaban unos centímetros para lograrlo, casi lo tocaba.

—Y hay cuatro librerías, lo que nos da un total de…

Grité con todas mis fuerzas. Justo cuando había logrado alcanzar el libro, me estiré un poco más impulsándome con el pie que tenía apoyado en la escalera y esta debió resbalar por la presión a la que la tenía sometida, ya que se deslizó unos centímetros hacia atrás, haciéndome perder el equilibrio y caer al vacío.

—¡¡Dani!! —gritó Susana.

Mis rápidos reflejos me permitieron, en el último segundo, agarrarme a una de las baldas, aunque al haber muy poco espacio entre los libros y el extremo de la misma, apenas podía sujetarme. La escalera se había apartado demasiado de mí, o yo de ella y, pese a que intenté alcanzarla con el pie, fue

inútil. No podía mirar hacia abajo, aunque era consciente de que una caída así no iba a ser precisamente agradable. Mis amigos bajaban rápidamente sus escaleras para acudir en mi ayuda cuando la madera del estante comenzó a crujir y la balda, quizá carcomida, cedió. Un crujido seco partió por la mitad la balda. Sentí que me precipitaba y la librería se vino abajo conmigo mientras empezaban a llover cientos de libros. Cerré los ojos, sentí el vértigo en el estómago mientras caía, envuelto en aquella peculiar literatura. De manera instintiva, me protegí la cabeza con los brazos mientras escuchaba los gritos de mis amigos. Con una asombrosa frialdad acepté que me iba a estrellar contra el suelo de piedra. Lamenté profundamente no poder salvar a mis padres, no poder crecer junto a mi hermano y mis amigos ni vivir el amor naciente con Susana. Entonces, sobre los gritos angustiados que llenaban aquel torreón, se alzó una poderosa voz que reconocí al instante: Úrsula.

Capítulo Quince

MÁS MAGIA

Comencé a sentir una especie de brisa densa que envolvía mi cuerpo, acariciándolo, sosteniéndolo. Tenía los ojos cerrados y los brazos sobre la cabeza, tratando de protegerme de los impactos de los libros que me golpeaban al caer. Algo raro sucedió de repente. Dejé de sentir aquel extraño soplo a mi alrededor, aunque tampoco me había estrellado contra el suelo de la biblioteca. No oía gritos, no oía nada, ni siquiera el sonido de los libros al precipitarse revoloteando a mi alrededor ni el de la tormenta que arreciaba en el exterior. Tampoco sentía mi cuerpo apoyado sobre ninguna superficie. Lo único que notaba era una especie de vacío a mi alrededor que me recordaba a la sensación de estar bajo el agua, cuando los movimientos son lentos y parece que se haya vuelto al seno materno.

—¡Estoy muerto! —exclamé con honda tristeza, apretando los ojos, encogiéndome sobre mí mismo, tratando de hacerme a la idea de que había atravesado la última frontera sin haber salvado a mis padres.

Entonces estallaron las carcajadas. Confuso, abrí los ojos, convencido de que iba a encontrar una corte de angelitos, o de diablos, dándome la bienvenida al más allá. Para mi sorpresa, me encontré con la librería. Estaba inclinada sobre mí, vacía. Las risas continuaron. Giré con la misma facilidad con la que lo hubiera hecho bajo el agua, y vi a mis amigos a unos metros, abajo, mirándome, riendo con una mezcla de alivio y nervios. A sus pies, en un montón caótico, descansaban los seis mil libros que se habían precipitado desde la librería. No entendía nada. Miré a mi alrededor y, para mi sorpresa, me vi flotando a varios metros del suelo, ¡flotando!

Entonces recordé que Gabi había experimentado lo mismo a media tarde, en el salón de té. Dirigí la mirada al centro de la biblioteca y encontré a la hechicera, sonriendo, con los brazos extendidos hacia a mí. Ella me sostenía en el aire; su magia me había salvado envolviéndome con un manto sobrenatural, como una burbuja. Entonces, la maga comenzó a bajar los brazos y, al mismo tiempo, descendí hacia el suelo. Enseguida lo toqué con la

punta de los pies y antes de que la magia me abandonara sentí una vez más aquel soplo tan extraño como relajante. Después corrí hacia mis amigos para abrazarlos.

—Daniel, te va a costar toda la noche ordenar este desastre —bromeó Gabi.

—Lo peor será buscar el dichoso libro en medio de este desastre. Casi lo tenía cuando se rompió la balda —recordé riendo y llorando al mismo tiempo.

De improviso, escuchamos un crujido a nuestra espalda. Levantamos la vista y sin tiempo para reaccionar, vimos como la librería, que se había mantenido inclinada en un equilibrio precario, se abalanzaba sobre nosotros. De nuevo sentí aquel soplo de magia, aunque esta vez pasó de largo. La enorme librería se nos venía encima y nuestra reacción instintiva fue la de agacharnos. Sin embargo, el golpe no llegó. Miramos hacia arriba y contemplamos la librería en una posición imposible. Quieta en el aire, sin caer, desafiando todas las leyes de la física. A continuación, empezó a enderezarse hasta volver a su lugar.

—Menudo día llevamos —protestó la hechicera con los brazos cruzados.

—Lo siento, Úrsula —me disculpé acercándome a ella y abrazándola—. Gracias, gracias por salvarme, gracias por salvarnos.

—Vaaamos, no ha sido nada —dijo sonriendo y acariciándome el pelo—. Tranquilo, hijo, tranquiiilo, cááálmate —añadió en tono maternal.

—¡Vamos a estar hasta mañana ordenando todo esto! —exclamó Andrés al tiempo que empezaba a colocar los libros en las baldas.

—¡Espera, hijo! —lo interrumpió la bruja colocándose frente a la librería—. Ya puestos, acabaré el *show* como debe ser. ¡Apartaos! —ordenó remangándose y abriendo los brazos en cruz.

Inspiró profundamente, avanzó unos pasos y se colocó en medio de los libros revueltos que descansaban en el suelo. Guardó silencio durante un instante, en el que nos alejamos lo suficiente para no estorbar y para ver con claridad el espectáculo que estaba a punto de comenzar.

—¡*Salím*! —clamó con solemnidad, como si invocase a alguien, al tiempo que movía rítmicamente las manos—. ¡*Saturhem kinkes broparem*! —El soplo de aire reapareció y las hojas de los libros que estaban abiertos empezaron a pasar con rapidez—. *¡¡Varilecom kusertenim optimerún!!* —El aire se transformó en un vendaval. Úrsula empezó a dar vueltas sobre sí misma y los libros comenzaron a moverse, a saltar, a volar—. ¡*Latineris liburuk semtuleten*! —rugió la maga alzando sus brazos, al mismo tiempo que los libros se elevaban a su alrededor como si los arrastrara un tornado.

—¡Úrsula, separa el libro *Bön Pos en el Tíbet*! —le pedí a voces.

Todos los libros estaban en el aire, volando en círculos alrededor de la bruja. Levantó los brazos e, inmediatamente después, los volúmenes comenzaron a ascender hasta que alcanzaron la última de las baldas; entonces empezaron a colocarse en su lugar, tal y como estaban antes, ordenados a la perfección.

—*¡Denbuhelenes casticernór* Bön Pos en el Tíbet *delestopiérteris!* —ordenó.

Nada más decirlo uno de los tomos se desgajó del torbellino. Mientras los demás libros continuaban aterrizando en perfecto orden sobre las baldas, aquel atravesó la biblioteca levitando lentamente, hacia nosotros. Levanté mi brazo y, en unos segundos, se posó sobre mi mano. Sentí como la magia lo liberaba y recuperaba su peso normal. Gabi, que aún era escéptico, me lo arrebató y lo examinó a conciencia, en busca de algún mecanismo oculto. Su rostro denotaba sorpresa e incomprensión. Cuando se dio por vencido me lo devolvió.

Durante un par de minutos disfrutamos de una demostración de magia, de magia verdadera. Cuando el último de los volúmenes retornó a su lugar, la hechicera bajó los brazos y, tras inspirar profundamente, se volvió hacia nosotros.

—¡¡Bravo!! ¡¡Magnífico!! —gritamos aplaudiendo y vitoreando.

—¡Oh! ¡Vaaamos! —exclamó con un ademán de modestia—. ¡No me lo merezco! Lo único que hago es tomar la magia que nos rodea y manipularla. ¡Cualquiera podría hacerlo! —aclaró acercándose.

—¡Úrsula! —exclamó con entusiasmo Gabi adelantándose y tomándole las manos—. Ahora creo. Durante años he permanecido hermético a la fantasía. Ahora sé que todo eso existe, que es real. Ahora lo sé —repitió quitándose las gafas y dejándolas sobre la mesa—. He visto que no solo de ciencia se compone el conocimiento, que el universo es algo más que partículas subatómicas, energía o moléculas. Ahora me doy cuenta de lo ciego que he estado a la verdadera naturaleza de las cosas —añadió con los ojos cubiertos de lágrimas—. ¡Enséñame! ¡Quiero aprender magia! Deseo conocer sus secretos. ¡Enséñame! Por favor.

Úrsula lo abrazó.

—Tranquilo, hijo. Me alegro de que hayas visto la realidad. Te enseñaré, pero has de tener paciencia. Tú mejor que nadie sabes que todo aprendizaje requiere su tiempo.

—Sí, lo sé. Vaciaré mi cabeza de todo de lo que he aprendido hasta ahora, tanta ciencia y tantas teorías…

—¡¡No!! —exclamó la bruja agarrándolo con fuerza por los hombros. Gabi la miró sorprendido—. Gabriel, tú tienes algo que muchos brujos no han poseído: inteligencia, conocimiento y curiosidad. —Él la miró perplejo—. El universo se compone de los elementos que la ciencia estudia y que tú conoces bien. Pero además está la magia, que es otro tipo de energía. Quien conozca ambas caras de la misma moneda estará en la cumbre del conocimiento. Será una persona afortunada y poderosa. Podrás manejar la magia y la ciencia, por separado o conjuntamente. La magia funcionará mejor conjugándola con las leyes de la naturaleza, usando la ciencia como aliada. Estoy segura de que el mundo mejorará gracias a ti, tal vez mucho o tal vez un poco nada más, pero no permitas que nadie te acuse de no haberlo intentado —concluyó, y le dio un beso.

—Tus hijos tienen que estar orgullosos de ti, Úrsula —le dije, emocionado.

—No tengo hijos, Daniel. —Un velo de tristeza eclipsó por un momento su mirada—. Sacrifiqué mi juventud por la magia y ese fue el precio que tuve que pagar por aprender a hacer estas cosas. —Rodeó la mesa y se sentó en su silla—. No obstante, no tener hijos propios me ha permitido ser un poco la madre de muchas personas que he conocido a lo largo de mi vida. Como vosotros, ahora.

Sus ojos violeta se humedecieron. La hechicera se contuvo y dando dos enérgicas palmadas sobre la mesa, dijo con su potente voz:

—Ya está bien de sentimentalismos. Es hora de irse a dormir. Mañana nos espera un día muy duro. Tenemos que salvar a los padres de Daniel.

—Pero ¿y los libros? ¿No los estudiamos? —preguntó Gabi desconcertado.

—Yo los leeré. Duermo apenas tres horas para estar en plena forma. Cuanto más vieja me hago, menos duermo; ley de vida. Venga, todos a la cama —ordenó.

Úrsula nos acompañó a los dormitorios. Tuvimos que bajar un piso, ya que las habitaciones se encontraban justo debajo de la biblioteca. Al salir del ascensor nos encontramos con un largo pasillo enmoquetado. Del techo colgaban unas lámparas de latón y las paredes estaban decoradas con viejos cuadros de paisajes y de ciudades desaparecidas. El silencio reinaba y solamente el parpadeo de los relámpagos, cuyo fulgor penetraba por dos

ventanas estrechas que se intercalaban con los cuadros, alteraba la sensación de estar contemplando una fotografía.

Caminamos pasillo arriba. Cada tres o cuatro metros, una puerta de color nogal interrumpía la pared. El pasillo giró hacia la derecha y al fondo vimos una ventana de arco ojival, sin cortinas, por cuyos cristales correteaban las incesantes gotas de lluvia. A ambos lados del pasillo encontramos sendas habitaciones.

—Chicos, vosotros en esta, es la más grande —señaló Úrsula, abriendo el dormitorio de la izquierda—. Hay tres camas y un cuarto de baño. Y tú, cariño, en esta. Ya la conoces —le dijo a Susana abriendo la puerta de enfrente.

No tardamos en acostarnos. Al poco de apagar la luz y cuando escuché que la respiración de mis amigos se tornaba suave y regular, me levanté. Salí de la habitación evitando hacer ruido y llamé suavemente al cuarto de Susana.

—Dani, ¿qué pasa? —me preguntó al verme—. No creo que sea buena idea —añadió con una sonrisa, pensando que quería entrar a su dormitorio.

—No, no. No he venido por eso —dije, aunque en el fondo quisiera haber sido invitado a entrar—. Solo quería darte las gracias por tu ayuda, por presentarnos a Úrsula, por acompañarme en este viaje.

—Qué tonto eres —dijo ella acariciándome la cara, antes de besarme—. Es mejor que nos vayamos a dormir. Mañana será un día duro.

—Tienes razón —me avine luchando conmigo mismo para volver a mi habitación—. Buenas noches.

Me acurruqué en mi cama y luché con mis pensamientos, con los recuerdos de aquel día, hasta que, poco a poco, me sumí en un sueño profundo y reparador. Tuve una ensoñación. Estaba en un jardín. Me movía de un lado a otro, subía y bajaba, pero yo estaba quieto. Alguien me sostenía. Entonces me abrazó y me dio un beso repleto de ternura. Miré a esa persona y al instante la reconocí: era mi madre. Estaba más joven y yo era un bebé. Me sonrió y me acarició el pelo. Se acercó a mi oído y me susurró: «Ayúdame».

Capítulo Dieciséis

UNA VERDAD TERRIBLE

Mientras todos dormíamos, Úrsula, en la biblioteca, leía los libros que había seleccionado la víspera, apenas media docena de títulos, pese a que su colección era excelente. Había pasado la noche en vela, leyendo. Página tras página había repasado la vida de Buda y las distintas escuelas, ramas y sectas que surgieron a lo largo de los siglos partiendo del budismo original. Estudió el arte budista, los mandalas, los ideogramas e iconografía, o la expansión del budismo por el mundo. Sin embargo, no halló ninguna referencia a Nindún-Rinpoché ni a la Fuente de la Juventud.

El reloj tocó las siete de la mañana. El sol se alzaba por oriente e inundaba con su luz el torreón donde la bruja trataba de dar con alguna pista que nos fuera de utilidad. Deslizaba su mirada violeta a través de los estrechos cristales de sus gafas doradas apoyadas en la punta de la nariz. Estaba leyendo el libro por el cual casi me había matado la noche anterior: *Bön pos en el Tíbet*. La hechicera pasaba las hojas maquinalmente, sin encontrar nada interesante. Entonces vio algo que llamó su atención. Una de las páginas estaba marcada. En el margen superior había una palabra escrita a mano en grandes letras de trazos enérgicos. Era una indicación, una orden urgente:

¡¡LEE!!

Junto a aquel imperativo, una flecha señalaba el segundo párrafo de la página. Úrsula no podía creerlo. La mayor parte de sus libros, incluido aquel, habían sido de Morgana. Se preguntó quién habría escrito aquella indicación y, sobre todo, a quién iba dirigida. Devoró con ansia los renglones señalados. Al cabo de un rato, cuando la luz del día se precipitaba ya sobre la mesa, una potente exclamación surgió de su garganta haciendo incluso vibrar los cristales de las ventanas.

—¡¡Por todos los misterios de los dioses!! ¡¿Qué es esto?!

Los primeros rayos de sol habían penetrado por la ventana del dormitorio que compartía con mis amigos y me habían rescatado del sueño. Pese a las pocas horas de descanso, me sentía bien y desvelado. Me levanté y sacudí la pereza con una ducha fresca. Después, desperté a Gabi y a Andrés y subí a la biblioteca.

—¿Qué pasa? —pregunté a Úrsula al salir del ascensor, desde donde había escuchado sus voces.

—¡Daniel! Me alegra verte despierto. Así podrás decirme si estoy loca.

—¿Qué pasa Úrsula? ¿De qué hablas? —volví a preguntarle.

—Lee esto —musitó, después de llevar su mirada desde aquella página hasta mis ojos, señalándome uno de los márgenes.

Cogí el libro y vi unas líneas escritas a mano. La anotación parecía antigua. Eran unas pocas palabras pero, para mi sorpresa, estaban dirigidas a Úrsula.

Querida nieta, cuando
leas esto, ya te llamarás
Úrsula y serás una gran
hechicera. Este libro no
te dará las respuestas que
estás buscando. Cuando
llegue el momento
búscalas en mí.
Te quiere, tu abuela.
Katmandú, 14-7-1941

—¡¡Hace casi cincuenta años!! —exclamé sorprendido.

—Sí —constató, aún consternada—. ¿Te das cuenta? Mi abuela supo de esta búsqueda hace décadas. Era una gran bruja —reconoció orgullosa.

—De todas formas no ayuda mucho. Parece un acertijo. ¿Qué significa?

—No lo sé, querido —reconoció dejándose caer de nuevo en su sillón—. Tal vez me pide que la invoque. Si se trata de eso, puede que tengamos un problema. Morgana lleva muerta veintisiete años y nunca he podido contactar con su espíritu.

En ese momento, Andrés, Gabi y Susana llegaron a la biblioteca.

—¿Por qué no lo intentas? —sugirió Susana después de que les contásemos las últimas y misteriosas novedades.

—La verdad es que no creo que funcione —confesó, y ante nuestra cara de asombro, agregó—: Veréis, mi abuela está en un nivel del más allá al que es imposible llegar desde nuestro plano físico. Las personas que han profundizado tanto como ella en el estudio, comprensión y manejo de la magia, ascienden a un plano espiritual que es inaccesible para una médium.

Solo si ella quiere contactar podríamos hablar. Y hasta ahora no ha acudido a mis llamadas.

—¿Y cómo sabes que no quiere contactar? —preguntó Andrés.

—Bueno, eso se sabe, se intuye. Y ahora no percibo nada de nada.

Todos nos quedamos en silencio. Sentíamos que aquello era un callejón sin salida. Morgana parecía ser la única que tenía respuestas, y estaba más allá de nuestro alcance. Tendríamos que ir en busca de mi madre a ciegas. Y eso reducía mucho las posibilidades de éxito. La maga se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa. Entonces Gabi dio un respingo. Tenía en los ojos la mirada del científico que ha descubierto el valor de la X.

—¡El retrato! —exclamó— ¡El cuadro de Morgana, el del salón! Úrsula, tu abuela te dice que busques las respuestas en ella. Si supo hace tantos años que íbamos a investigar hoy y no otro día, tuvo que saber que ella iba a estar muerta. Por lo tanto, tuvo que hacer algo para que encontrásemos las respuestas. Creo que cuando dice que busques en ella, intenta sugerir que busques en su retrato.

Nos miramos durante un instante los unos a los otros. La lógica de mi amigo era sólida. Corrimos hacia el salón. Los nervios hicieron que nos equivocásemos de botón y que bajásemos al garaje. Volvimos y, sin perder un instante, descolgamos el cuadro. Lo pusimos boca abajo sobre la mesa. Tenía que haber algo debajo de la plancha de madera que protegía el lienzo. No vimos tornillos, ni enganches, ni clips. La tablilla estaba pegada; habría que romperla. Úrsula buscó un destornillador y un par de cuchillos para hacer palanca y despegar la tabla del marco.

—Qué lista eras, abuela —decía Úrsula emocionada—. Este cuadro lo mandó pintar tras regresar de un viaje alrededor del mundo, después de la II Guerra Mundial. Me lo explicó siendo yo una niña —nos contaba justo en el momento en el que la tabla se despegó del marco.

Con mucho cuidado, como si se tratara de una reliquia, la hechicera levantó la hoja de madera. La dejó sobre el sofá y lanzamos nuestras miradas al interior del cuadro. Únicamente vimos el lienzo, nada más. La decepción fue tan grande que la sala se llenó de suspiros.

—Lo siento mucho —lamentó Gabi—. Pensé que era una deducción lógica.

El silencio que sigue al fracaso lo inundó todo. Úrsula se quedó contemplando el lienzo, Gabi y Andrés retrocedieron, cabizbajos. Yo me acerqué a la ventana, pensando en mi madre y en su llamada de socorro en mi

sueño, que martilleaba mi mente y que temía no poder responder. Susana fue a sentarse en el sofá y para hacerlo cogió la tabla del cuadro.

—¡Y lo era, amigo! —dijo mostrándonos el lado interior de la madera, donde vimos un sobre pegado en el que se podía leer en grandes letras: «Úrsula».

La pitonisa despegó el sobre, lo abrió y extrajo de él una carta de varios folios y un mapa. Se sentó junto a Susana, se puso las gafas y leyó en voz alta:

> *Katmandú, 7 de julio de 1941.*
>
> *Querida nieta, te escribo porque sé que ya has comenzado la búsqueda de la Fuente de la Juventud. Antes de nada, quiero decirte que si no te hablé en vida de estos hechos fue porque era preciso no alterar los acontecimientos antes de tiempo. Como sabes, ver el futuro es un don ambiguo, ya que el destino no es inamovible.*
>
> *Quiero saludar a Daniel y a sus amigos, Gabriel, Andrés y Susana: compañeros fuertes, leales y valientes.*

Nos miramos sorprendidos, parecía que estaba en la habitación, con nosotros. Úrsula carraspeó y continuó:

> *Sé que vuestra prioridad es rescatar a la madre de Daniel y salvar la vida a su padre, sin embargo, tengo que explicaros que hay mucho más en riesgo. Si Nindún-Rinpoché triunfa, la vida de todos los habitantes del mundo estará en peligro. No sé si recordarás, querida nieta, que un día de lluvia, tras salir el arco iris, te eché las cartas en la biblioteca. Aquella tarde vi que estás destinada a hacer algo que afectará a toda la humanidad. Preocupada por el vaticinio, aquella noche lancé el conjuro del conocimiento futuro y me adentré en el laberinto del provenir. Fue fatigoso, pero encontré las respuestas que buscaba. Supe entonces que era mejor no revelarte nada por el momento, investigar por mi cuenta y escribirte esta carta.*
>
> *Has pasado la noche leyendo sobre el budismo. Sé que tienes la cabeza llena de relatos, leyendas y pistas. Como el tiempo apremia, os he elaborado un resumen: El budismo llegó al Tíbet en el siglo VII de nuestra era. Por aquel entonces, la religión dominante en esas tierras se llamaba* Bön *y los iniciados en sus ritos eran los* bön-pos*, que eran hechiceros que practicaban la magia igual que nosotras. Como hubo resistencia a adoptar la nueva religión, un erudito budista llamado Santiraksita pidió ayuda a un mago nepalí, el cual derrotó a los* bön-pos*, logrando que la llamada Buena Ley conquistara el techo del mundo. El brujo se llamaba Padmasambhava, aunque las gentes del Nepal lo llamaban Gurú-Rinpoché.*

La sorpresa se dibujó en nuestros rostros, Rinpoché era el segundo nombre de Nindún, a quien adoraban los atacantes de mi familia. Nos miramos y nos preguntamos qué relación tendría Nindún con Gurú. Úrsula nos pidió que guardásemos calma y que continuásemos escuchándola.

> *Sí, Gurú y Nindún están relacionados, pero tened paciencia. Una vez asentado el budismo en el Tíbet, Gurú-Rinpoché fundó su propia escuela religiosa: la* Nyingmapa*, que se apoderó de los secretos mágicos de la derrotada religión* Bön*. Todo esto está en los libros, pero hay algo que la historia oficial desconoce: uno de los discípulos de Gurú-Rinpoché no era un muchacho, como ordenaba la ley, sino una chica que se hizo pasar por hombre afeitándose la*

cabeza y disimulando su cuerpo con hábitos amplios. Esta muchacha, que era la hermana del líder, se llamaba Nindún-Rinpoché.

—¡Madre mía! —exclamé imaginándome lo que enseguida descubrimos.

Veréis, Nindún envidiaba a su hermano y lo menospreciaba. Ella anhelaba dirigir la secta y, para ello, aprendió todo lo que pudo y acumuló todos los poderes y conjuros que encontró. Se cuenta que torturaba a los ancianos bön-pos para que le revelaran sus secretos. Fue cruel, discreta y paciente. Nadie conoció sus planes hasta que se sintió preparada para vencer a su hermano.

Tras asesinar a Gurú-Rinpoché, fundó su propia secta y se ocultó en un plano paralelo de existencia, es decir, en otra dimensión. Nindún había desentrañado uno de los secretos más fascinantes del budismo: cómo llegar al reino de las deidades menores. Para abrir el portal mágico utilizó la Llave de Tara y el Tarín Dorado.

Úrsula se detuvo un momento y nos miró con preocupación, luego continuó.

Tras viajar a la otra dimensión, Nindún entró en el Templo de Tara, la diosa buena del budismo y guardiana del Nirvana. Luchó con ella y, tras una dura batalla, la mató con el objetivo de arrancarle sus poderes y acceder al paraíso del budismo, de donde anhelaba absorber magia ilimitada que la convertiría en una divinidad. Pero, antes de morir, Tara repartió sus dones entre sus veintiuna hijas y las convirtió en fuentes para protegerlas de la bruja. El agua que emana de esas fuentes está formada por las lágrimas de las hijas de Tara, que lloran por su madre y la añoran.

—¡Mi padre habló de unas niñas tristes en un patio! —exclamé.

—Cierto. Por lo tanto estuvo en el Templo de Tara —dedujo Úrsula.

—¿En otra dimensión? —cuestionó Andrés—. Y ¿cómo fue hasta allí?

—Es obvio, usando la Llave de Tara y el Tarín Dorado —contestó Gabi.

—Tal vez, pero Morgana no dice nada más sobre esos objetos mágicos —apuntó la maga, visiblemente preocupada.

—Puede que también exista un hechizo para entrar. Seguro que tu abuela lo encontró. Sigue leyendo —le pidió Susana atrapada por la curiosidad.

Úrsula asintió con la cabeza y prosiguió la lectura.

Tara evitó que Nindún se hiciera con sus poderes, aunque puede usarlos de forma temporal bebiendo de las fuentes. Esa treta ha retrasado durante siglos los planes de la bruja. Su objetivo es penetrar en el Nirvana y convertirse en un ser todopoderoso que sometería a la humanidad en un imperio de terror eterno.

Durante mil trescientos años, con paciencia y manteniéndose viva a base del Elixir de la Juventud, Nindún ha ido acumulando poderes que ha robado a los maestros del budismo, a quienes encierra y tortura hasta arrancarles sus capacidades. Así pretende sortear el impedimento que fraguó Tara. Dentro de poco, en vuestro tiempo, se producirá un hecho cósmico que solo sucede cada mil años en la dimensión de Tara. La luz de la luna llena incidirá sobre el trono de la diosa, multiplicando los poderes de quien ocupe ese sitial. Nindún espera ser, así, tan fuerte que, sin el poder de las fuentes, sea capaz de acceder al Nirvana.

Vuestro destino, queridos míos, es tratar de impedir que consiga sus propósitos. Si consigue la magia del Nirvana, destruirá las fuentes y absorberá los poderes de las hijas de Tara: La Vida, la Muerte, la Bondad, la Maldad, la Sabiduría, la Ignorancia, la Alegría, la Tristeza, la Belleza, la Fealdad, la Fuerza, la Debilidad, el Amor, el Odio, la Memoria, el Olvido, la Suerte, la Desdicha, la Riqueza, la Pobreza y el Elixir de la Juventud. Con toda esa magia a su disposición, creará el Nuevo Mundo, un reino de esclavitud eterno. No obstante, Nindún tiene un punto débil: como ha estado bebiendo de la Fuente de la Juventud durante trece siglos, su cuerpo está tan habituado al Elixir que ya apenas le hace efecto. Cada vez que lo toma rejuvenece menos y envejece más deprisa. Se siente débil e incapaz de afrontar el acceso al Nirvana con su deteriorado cuerpo. Por esta razón ha secuestrado a tu madre, Daniel.

Un estremecimiento se apoderó de mí. Sentí deseos de salir corriendo, de negar una verdad que me laceraba por dentro, de despertar de una pesadilla que cada día empeoraba y que, sin embargo, era real.

Nindún necesita un cuerpo joven y fuerte que soporte el proceso de conversión en diosa. Y, en lugar de elegir a cualquiera de sus esclavas, se ha encaprichado con la madre de Daniel. Pretende intercambiar ambos cuerpos en un rito mágico durante el cual será vulnerable. Debéis aprovechar ese momento para destruirla. Durante unos segundos será frágil. Tenéis que acabar con ella, a cualquier precio. Siento deciros que no hay otra opción. Si ella vence, será el fin. Vuestro viaje hasta el Templo de Tara estará repleto de peligros. Nindún sabe que intentaréis derrotarla. Sus esbirros, miles por todo el mundo, no os darán tregua. Debéis ser muy cautelosos. Infinidad de ojos os vigilan e intentarán destruiros.

Recordad, el tiempo apremia.

Por favor, manteneos unidos y firmes frente a Nindún: esa es la única forma de enfrentarse a ella y de tener una oportunidad de vencerla. Y una cosa más: llevad en vuestro corazón todo el Amor posible; ese es un poder inmune a las fuerzas del mal.

Úrsula, querida nieta, eres valiente y poderosa. Deberás usar todos tus conocimientos mágicos para superar las pruebas que os aguardan en este viaje. Sin embargo, no te enfrentarás a ellas sola. Recuerda que siempre estaré contigo.

Te quiere,

tu abuela Morgana.

P. D.: El mapa que adjunto lo he elaborado con los datos que he ido encontrando en los manuscritos milenarios del Tíbet. Confío en que os guíe hasta la dimensión donde hallaréis el Templo de Tara.

Úrsula cogió el mapa y lo estudió unos segundos, luego se lo pasó a Susana y esta me lo dio a mí. El punto de partida estaba en la parte de abajo de la hoja, el sureste en la realidad. Una línea de puntos avanzaba hacia el norte haciendo unas eses que estaban salpicadas con nombres de lugares que me resultaron totalmente desconocidos. El final del recorrido se hallaba en la parte superior. Según la escala, la distancia a recorrer era de unos doce kilómetros. Lo observé con detenimiento y después se lo entregué a Gabi.

—Es muy rudimentario —reconoció mi amigo tras el primer vistazo—. La escala parece que está bien hecha. Wampa-Singh, El Bosque Azul…, La Colina Estrella… —leyó en voz alta los topónimos que había escrito Morgana, enarcando una ceja, gesto que en mi amigo denotaba

escepticismo—, y se parte desde el Dado Invisible en Wampa-Singh. ¿Creéis de verdad que este mapa nos va a llevar a algún sitio? Úrsula, te lo digo como científico: tu abuela era una vidente excepcional, pero de cartografía —añadió—, me temo que nada de nada.

—Pues no tenemos otro remedio que confiar en ella. Morgana se pasó años siguiendo las pistas de Nindún. Estuvo en esos lugares. No era cartógrafa, es cierto, pero no nos enviaría allí si no supiera que podemos llegar al Templo de Tara —replicó la bruja, convencida de la veracidad del relato de su abuela.

—Mirad —intervine al ver que cundía el desánimo, y señalando el retrato dije—: esa mujer arriesgó su vida para darnos esta información. Creo que se merece un voto de confianza. Así que —añadí levantándome y cogiendo el mapa de manos de Gabi— seguiremos este mapa, encontraremos el Templo de Tara y derrotaremos a Nindún-Rinpoché.

Capítulo Diecisiete

EN MARCHA

Salimos hacia la ciudad en el todoterreno. Dejamos las bicis y la moto en el garaje de Úrsula, donde, si regresábamos, nos estarían esperando. Teníamos que pasar por mi casa en primer lugar para preparar el equipaje. Gabi y yo usábamos la misma talla, pero Andrés era más grande y alto. Como colarnos en su casa era inviable, ya que su madre estaría allí y debíamos mantener el pretexto del voluntariado en el albergue de las monjas, decidimos coger ropa deportiva de mi padre, que era más alto y robusto que yo. Mi amigo no protestó porque le encantó la idea de usar ropa que él no podía permitirse. Susana, por su parte, prefirió comprarse cuatro prendas en una tienda antes que pasar por su casa. Y Úrsula había metido algunas túnicas y mudas en su bandolera multiusos. De modo que, mientras los chicos y yo preparábamos una bolsa en mi casa, ellas fueron a comprar. Una hora después nos recogieron y nos dirigimos al hospital.

Mientras la hechicera conducía, la observé. Me sentía seguro a su lado. Había hecho suya aquella causa que, por avatares del destino, la esperaba pacientemente desde hacía décadas. Por eso se había preparado a conciencia. Antes de salir de la mansión, había estado unos minutos en su aposento para coger las pócimas y amuletos que consideró imprescindibles para aquella odisea. También se había cambiado de ropa. Vestía una túnica color violeta con detalles dorados, a juego con su enorme bolso. El turbante, en cambio, era negro.

Mis amigos habían llamado a sus casas, tal y como habíamos quedado la noche anterior. Sus respectivas familias se tranquilizaron, aunque no acababan de entender que sin previo aviso se hubiera organizado una estancia de varios días en aquel centro de ayuda a personas sin hogar. Los chicos convencieron a sus padres de que había sido una casualidad y de que, como estaban de vacaciones, no pensaron que fuera algo reprobable. Tuvieron que prometerles que llamarían una vez al día. Susana, sin embargo, no quiso telefonear a su casa. Le pedí que lo pensara, pero estaba muy dolida. Me

contó que no tenía madre, que había fallecido varios años antes a causa de un cáncer. Creo que en aquel momento empecé a comprender un poco mejor al Cerilla, su dolor, su carácter y su desidia. Respeté la decisión de Susana y no se lo volví a recordar.

Durante el trayecto hacia el hospital, Úrsula nos contó que Morgana había viajado por todo el mundo y que, en sus viajes, había aprendido una gran variedad de conocimientos mágicos de los diferentes pueblos del planeta. Aquella sabiduría era la que más tarde le fue revelando a ella. Una de las cosas más interesantes de su relato sobre los periplos de su abuela fue la experiencia con los chamanes nativos americanos, quienes le enseñaron el arte de la manipulación de la magia usando gestos rituales. Tal como pudimos comprobar más tarde, si se movían las manos de una determinada manera era posible inducir el control manual de la magia. Es decir, era posible *coger* la magia y hacer con ella la propia voluntad.

Unos minutos después llegamos al hospital. Para no llamar mucho la atención y no molestar en exceso a mi padre, entramos solo Úrsula y yo.

—Hola, papá —saludé al abrir.

Pero mi padre no estaba en su cama.

—Hijo, ¿qué haces aquí tan pronto? —me preguntó saliendo del baño, sentado en una silla de ruedas.

—¡Vaaaya! —exclamó Úrsula, regalándole una gran sonrisa—. Qué bien que ya se levante de la cama, señor Monreal.

—No se lo digáis a nadie. La doctora me lo tiene prohibido, pero ya estaba harto de estar inmovilizado todo el día. Pero ¿quién es usted? No tengo el honor —preguntó a Úrsula al tiempo que ponía los frenos a la silla e intentaba ponerse en pie para saludarla.

—¡No, papá! —lo reñí, evitando que se levantara—. A ver si te vas a caer. Ven, métete en la cama hasta que te digan lo contrario —le dije, ayudándolo a acostarse—. Ella es Úrsula, una buena amiga. Nos está ayudando con lo de la Fuente. ¿No la recuerdas? Ayer estuvo aquí. Te hizo recordar tu viaje por el Tíbet.

Lo arropé y giré la manivela del somier para incorporarlo un poco.

—Ayer pasaron muchas cosas, hijo. Creo que me hablaste de una mujer que os ayudaba, pero mi memoria está comenzando a fallar. Discúlpeme, señora. Normalmente recordaría a una mujer tan guapa y elegante como usted.

—No se preocupe, aunque me temo que tendrá que ponerse gafas —añadió arrancándole una carcajada a mi padre.

—En absoluto. Es usted una belleza, Úrsula —insistió con su habitual caballerosidad, haciendo que la hechicera se ruborizara—. Daniel, ¿has tenido alguna noticia de tu madre? ¿Han pedido algún rescate? —preguntó mi padre cambiando de tema y recuperando el semblante serio.

Respiré hondo y miré a la bruja. Ella asintió de forma casi imperceptible.

—Papá, los tipos que se la llevaron dejaron una nota —le expliqué, y mi padre me suplicó con la mirada que continuase—. Dicen que tenemos que olvidarnos de ella, que pertenece a Nindún-Rinpoché. —Mi padre se cubrió la cara con las manos, transido de dolor. Úrsula le tocó un hombro intentando darle ánimos—. No te preocupes, vamos a rescatarla. La traeré de vuelta. —Mi padre me miró con los ojos llorosos, agradeciéndome la intención, pero resignado a perderla—. Lo conseguiré, papá, no lo dudes. Necesito que me digas el nombre del museo donde conociste a aquella mujer, la que te habló de la Fuente de la Juventud.

—No, hijo. Ya has visto que esa gente no bromea. Casi me mataron, os atacaron a vosotros y se han llevado a tu madre. No puedes hacer nada. Tenemos que avisar a la policía. Ellos tienen medios, gente y armas.

—Entiendo su preocupación —intervino la hechicera—. Pero tiene un hijo que es un tesoro. Tiene fuerza de voluntad, determinación y valor. Y no está solo. Tiene dos fieles amigos, una amiga valerosa y también me tiene a mí que, aunque ya peino canas, aún guardo unos cuantos ases en la manga. Verá, informar a la policía no nos ayudaría porque este problema no es tan simple como puede parecer a simple vista. No se trata de una venganza contra usted. Hemos descubierto que no solo su mujer está en peligro; todo el planeta lo está.

Úrsula le contó brevemente lo que nos había revelado Morgana a través de su carta. Mi padre conocía parte de la leyenda de Nindún-Rinpoché y comprendió la magnitud del peligro. Por fin, tras aquellas revelaciones, desistió de sus intentos de persuadirme para que no emprendiera la búsqueda.

—Está bien, te ayudaré en lo que pueda, hijo.

—Muchas gracias —le dijo la hechicera.

—La exposición sobre el Tíbet estuvo en el Museo Arqueológico y de las Ciencias Sociales, el M. A. C. S., en la avenida del Reino de Cerdeña.

—Gracias, papá —dije tomándole la mano—. Escucha —añadí en voz queda—, no sé cuándo volveremos, o si lo lograremos, pero te juro que haré lo imposible para salvar a mamá, traerte la cura que necesitas y acabar con Nindún-Rinpoché.

—Estoy seguro de ello, hijo mío.

—Una cosa más —añadí cuando la maga me hacía señas para indicarme que se hacía tarde—. Es muy importante que no le cuentes a nadie nada de esto. Nadie puede saber a dónde nos dirigimos, ¡nadie! —insistí.

Mi padre asintió. Luego le estrechó la mano a Úrsula, quien acto seguido salió de la habitación. Una vez a solas, me abrazó a modo de despedida. No me dijo nada: sobraban las palabras, solamente me sonrió. Y así lo vi al marcharme, así me lo llevé en la memoria.

—Chicos —dije al subir al coche, tras enjugarme las lágrimas que la despedida me había arrancado—, ¿preparados para el viaje?

Todos asintieron con una mezcla de entusiasmo y preocupación.

—Entonces en marcha. Primera parada: el M. A. C. S.

Aunque nuestra ciudad no era muy grande en aquella época, siempre había destacado por su oferta cultural, siendo sede de varios museos. Nuestra situación costera ya nos proporcionaba dos: el Marítimo, que albergaba una excelente muestra de maquetas de barcos de pesca, aparejos y técnicas de captura, y el Museo Oceanográfico, repleto de acuarios que eran el hogar de peces de todos los colores y tamaños imaginables, provenientes de todo el mundo. Además, disfrutábamos del Museo de Artes Figurativas; del Etnográfico, que recogía una exposición de folclore del Mediterráneo; de otro llamado La Galería, que era un museo con una filosofía de puertas abiertas donde autores locales y de las ciudades vecinas exponían sus cuadros, fotografías y esculturas; y por fin, el Museo Arqueológico y de las Ciencias Sociales, el M. A. C. S., la joya de la corona.

No tardamos mucho en llegar a la avenida del Reino de Cerdeña y, al final de la misma, haciendo esquina con el paseo de las Ferias, encontramos el museo. El edificio, admirado por muchos pero denostado por otros tantos, se asemejaba a un templo maya, a una especie de pirámide escalonada que recordaba mucho a los zigurats babilónicos. Toda la superficie de la fachada se había recubierto con losas de piedra arenisca que imitaban la forma de los sillares. Su posición esquinera hacía que desde el paseo marítimo adquiriera proporciones majestuosas. La gente le había puesto motes divertidos como el más obvio de La pirámide, u otros como Gizeh, La torre de Babel, o el más irónico: Las Vegas. El edificio se dividía en salas repartidas por los diferentes pisos de la pirámide. Cada una albergaba una civilización y estaba decorada con objetos y paneles que reproducían paisajes propios de la cultura que exponía. Visitarlas era como viajar en el tiempo y en el espacio. Había una sala dedicada al antiguo Egipto con sarcófagos, reproducciones gigantescas del *Libro de los Muertos*, e incluso, una maqueta del conjunto de Gizeh.

También estaban las salas del Neolítico y el Paleolítico, la dedicada a la Grecia clásica, la del Imperio Romano, otra sobre la Edad Media europea, una sobre las culturas americanas precolombinas, otra dedicada al Islam de época califal, y otra que se centraba en los reinos del lejano Oriente y del África negra.

El plano del edificio, que se encontraba en el vestíbulo, indicaba que las oficinas de administración ocupaban la última planta, la cúspide. Los ascensores estaban en el centro, dentro de sendos cilindros de cristal, desde los que se podía vislumbrar de un vistazo todos los tesoros que albergaba el M. A. C. S. Subimos en uno de ellos y, cuando se abrieron las puertas, nos encontramos ante un ancho pasillo de paredes color pastel jalonadas por varias puertas de madera. Al fondo, había una de doble hoja. A su lado, en una placa dorada, leímos:

Andrea H. PRECIADO
Directora del M. A. C. S.

Pegué el oído a la puerta y escuché la voz de una mujer. Al no oír al interlocutor, supuse que hablaba por teléfono. Propuse aguardar un poco. Cuando dejé de oír la voz, llamé a la puerta.

—¡Adelante!

El despacho que nos encontramos era enorme y la decoración era una mezcla de clasicismo y de modernidad, algo curioso aunque bonito. Sin embargo, lo increíble era que la pared del fondo, tras el enorme escritorio de metal y cristal, formaba, con las paredes laterales y con parte del techo, una semicúpula de vidrio. Las vistas eran, sin duda, las mejores de la ciudad: el puerto, el mar y las colinas.

—Buenos días —la saludé estrechándole la mano, que me ofreció sin levantarse de su sillón—. Me llamo Toni González, soy el presidente del laboratorio de estudios de Historia del Instituto de Bachillerato Dolores Ibárruri. Estos son mis compañeros: Ricardo —dije señalando a Gabi—, Rogelio —en referencia a Andrés—, y Laura. Y ella es la señora Aurora Blanqui, nuestra profesora del próximo curso y jefa del seminario de Historia, y tiene algo que decirle —añadí cediéndole la palabra a Úrsula, quien le tendió la mano a la señora Preciado.

—Encantada. Conozco el instituto Dolores Ibárruri; es un centro con buena fama. Vienen muchos grupos de estudiantes a ver el museo, pero su

cara no me suena. ¿Es usted nueva en el instituto? ¿La han trasladado recientemente?

—No, bueno, es que yo enseño Historia Contemporánea y Geografía, por eso no he venido en otras ocasiones, pero el curso que viene dirigiré el laboratorio y claro, como estos alumnos tan encantadores y aplicados van a pasar a C. O. U. y me han propuesto un proyecto muy interesante, no he podido negarme. En fin, aquí estoy, algo perdida, lo confieso, pero no me lo tenga en cuenta —bromeó Úrsula, totalmente metida en su papel de profesora de instituto.

—Muy interesante. Pues yo quería que mi hijo Miguel estudiase allí, pero su padre se ha empeñado en que vaya al privado y, bueno, por no discutir con él, porque verá, durante nuestro matrimonio discutíamos a diario y el divorcio fue un calvario, así que me cansé y le dije: «Oye, decide tú, pero el instituto público es muy bueno y tiene profesores magníficos». Y ahora descubro que tienen hasta un laboratorio de Historia Antigua. Qué interesante… —Andrea H. Preciado se perdió en sus pensamientos; de repente, regresó—. Dígame, ¿esa túnica se debe a que profesa usted alguna fe?

—¡Oh, no! —rio Úrsula tratando de no tener en cuenta aquel comentario—. Entre usted y yo —y acercándose a Andrea, susurró—: esto arrasará la primavera próxima. Suelo viajar a París todos los años con mis alumnos y siempre me escapo un rato para darme un capricho; allí nos llevan un año de ventaja en cuanto a modas. —La directora del museo asintió sorprendida y Úrsula le guiñó un ojo—. Bueno, verá —continuó la maga reconduciendo la conversación—; los muchachos quieren organizar a principios del curso que viene una exposición sobre civilizaciones antiguas que llamaremos «La Semana de Oriente». Muy comercial, como ve, con gancho. —Ambas mujeres rieron a carcajada limpia—. Estamos interesados en que algún profesional nos aconseje. Me refiero a algún arqueólogo que haya visitado aquellos países. Los chicos están preocupados porque es la primera exposición que organizan y todo el centro está pendiente de ellos. Además, la nota que saquen hará media con el examen final. Tengo entendido que el año pasado albergaron aquí una exposición sobre el Tíbet y que una eminente doctora trajo muchos de los objetos expuestos, ¿es correcto?

—Sí, así es. Usted se refiere a la doctora Bibiana Barqueiro. Una mujer excepcional pero ilocalizable, me temo. Precisamente la semana pasada estuve telefoneando a su oficina en Santiago de Compostela y me dijeron que lleva varias semanas de viaje, en Oriente Medio o por ahí, ¿quién sabe? Por lo visto, la doctora es una arqueóloga muy inquieta —apostilló la directora a

modo de cotilleo, aunque lejos de divertirnos nos sentimos decepcionados, cosa de la que Andrea se percató—. De todos modos, viendo el interés que tenéis en ella, creo que es mejor que la llaméis vosotros mismos. Seguro que os hacen más caso que a mí —añadió riendo, anotando un teléfono en una de las libretas de colores que tenía sobre la mesa.

—Muchísimas gracias por su ayuda, señora Preciado. No la molestamos más. Es usted muy amable y tiene un despacho que para mí lo quisiera. Si viera el cuchitril en el que celebramos las reuniones del claustro… —bromeó Úrsula.

—Espero que esa semana cultural sea un éxito, chicos. Un placer, señora Blanqui, cuente con nosotros para lo que sea —dijo la directora del museo desde detrás de su mesa antes de que le diésemos las gracias por última vez y cerrásemos la puerta.

Salimos del museo con una mezcla de alivio y de desasosiego. La actuación había salido bien, pese a los nervios, pero el resultado era exiguo. Teníamos el nombre de la arqueóloga, un número de teléfono y muy pocas opciones de localizarla. No obstante, no nos íbamos a rendir. En la esquina había una cabina y decidimos llamar e intentar dar con la enigmática doctora Bibiana Barqueiro.

—Úrsula, es una conferencia —dijo Andrés—. ¿Tienes suficientes monedas? Si quieres te dejo algunas, siempre llevo los bolsillos llenos de chatarra, no es mucho, pero bueno, para una llamada cortita…

La hechicera no respondió a mi amigo, cosa que hizo que pensásemos que se había molestado por algo. Luego se volvió hacia nosotros y abrió el bolso. Introdujo la mano y extrajo un monedero de cuero marrón que parecía muy antiguo. Lo sujetaba con delicadeza, como si se fuese a romper.

—Ha llegado la hora de que os revele uno de mis más grandes secretos. Debéis jurar que no lo contaréis jamás. Vamos, juradlo.

—Lo juramos —dijimos al unísono.

—Bien —comenzó tras inspirar profundamente—. Sé que os habéis preguntado cómo me sustento, cómo me gano la vida si no tengo un empleo y si invertí la herencia de Morgana en la mansión. La realidad es que aquella fortuna no era tan grande como se podría pensar ni tampoco duró tanto. Es cierto que de vez en cuando doy algún cursillo de hipnosis, de artes ocultas o de tarot, pero la mayor parte del tiempo no tengo empleo. Aun así, vivo con holgura. Pues bien, el secreto reside en este viejo monedero finlandés —nos confesó mostrándonoslo con cautela al tiempo que hacíamos un corro a su alrededor para que nadie viera aquel tesoro—. Es un objeto mágico, tiene el

poder de darte el dinero que desees, y en cualquier moneda del mundo. Un viejo mago sami se lo regaló a Morgana. Parece que fueron más que amigos —explicó esbozando una sonrisa—. Os enseñaré cómo funciona —añadió abriendo el monedero, del cual emanó un pálido fulgor rosado—. Quiero diez dólares de los Estados Unidos —le pidió al portamonedas mágico.

A continuación rebuscó dentro del monedero que, aunque cabía en la palma de la mano, parecía mucho mayor por dentro que por fuera. Vimos con asombro que introducía medio brazo en él. Entonces sonrió y sacó el billete solicitado.

—¡Es increíble! ¡Podrías ser rica! —exclamé sin acabar de dar crédito a lo que acababa de ver.

—Bueno, en realidad es una ilusión. Veréis, Andrés, saca todo el dinero que lleves encima y sostenlo en una mano. ¿Cuánto hay?

Andrés rebuscó en sus bolsillos y sacó muchas monedas que sumaban la pequeña fortuna de 437 pesetas. A continuación, Úrsula le dijo que le iba a dar mil pesetas más, y así lo hizo, repitiendo el procedimiento anterior. Sacó unas monedas y las puso en la mano de Andrés, junto con el resto del dinero.

—Ahora, cuéntalo —le pidió la hechicera tras dejar pasar unos segundos.

Andrés, seguro de tener 1437 pesetas, lo contó. Pero sin comprender cómo, solo disponía de lo original. Volvió a contar y comprobó confuso que solo tenía la cantidad que había sacado de sus bolsillos.

—¿Os dais cuenta? El dinero se ve, se toca y se siente, pero solo es una ilusión: cuando se mezcla con el de verdad, simplemente, desaparece.

—Ahora echaré unas monedas a la cabina, pero cuando la vacíen no lo encontrarán porque, sencillamente, jamás habrá estado ahí, aunque durante unos segundos se haya producido la ilusión contraria —explicó la bruja.

Úrsula sacó unas monedas del monedero mágico y las introdujo en la cabina. Marcó y esperó unos segundos. Por fin alguien descolgó, la máquina empezó a tragarse el dinero. La hechicera habló con alguien que no era la arqueóloga. Nos acercamos al auricular, pero apenas se oía nada. Entonces colgó.

—La doctora Barqueiro lleva varias semanas de viaje. El último contacto fue hace cuatro días y se encontraba en la frontera soviética. Tampoco saben cuándo piensa volver —nos informó Úrsula, contrariada.

—¿Tu monedero no puede hacer aparecer personas? —bromeó Andrés tratando de suavizar la decepción que sentíamos.

—¡Maldita sea! —exclamé frustrado—. Estamos en una vía muerta, en un callejón sin salida.

—¡No! —dijo Gabi—. Te equivocas. ¿Te has olvidado de Lang Ching?

—El chico tibetano, ¡claro! —recordé viendo de nuevo una luz en aquellas tinieblas que se cernían sobre mi vida—. Debe de estar en París. Eso dijo mi padre.

—Pero París es enorme, ¿habéis estado alguna vez allí? —preguntó Susana.

—Sí, es cierto, es una ciudad colosal, aunque sé exactamente por dónde tenemos que empezar a buscar —dijo la maga de forma enigmática dirigiéndose al coche—. ¿Recordáis lo que dijo mi abuela? Hay miles de esbirros de Nindún por el mundo.

—Sí, ¿y? —inquirió Andrés.

—París es una ciudad con una larga tradición en sectas, sociedades secretas y conciliábulos; al menos desde la época anterior a la Revolución. —La maga abrió el coche y montamos—. Supongo que los seguidores de Nindún estarán organizados en una secta con un nombre que nos llame la atención —aventuró mientras sacaba de la guantera la nota de los secuestradores de mi madre.

—Es verdad —dije intentando recordar—. Tu abuela decía en su carta que Nindún pretende crear un «Nuevo Mundo».

—Y en la nota que te dejaron dice que Nindún es la Luz —leyó Úrsula.

—Entonces la secta se llamará… —empezó Andrés.

—¡La Luz del Nuevo Mundo! —exclamó Susana—. O algo parecido.

—De todas formas, no sé cómo encontraremos a Lang Ching. Estará escondido o muerto. O peor, en manos de Nindún-Rinpoché —apuntó Andrés.

—Seamos un poco más optimistas, ¿de acuerdo? —sugirió Susana.

—Sí, Susana tiene razón. Vamos a encontrar a Lang Ching —afirmé con seguridad mientras me abrochaba el cinturón.

—Tal vez sea él quien nos encuentre a nosotros —agregó Úrsula, sonriendo y mirándome con una luz especial en los ojos que me hizo sentirme eufórico.

—En marcha —dije—, tenemos que coger un avión.

Capítulo Dieciocho

AL AEROPUERTO

El todoterreno rugió y dejó tras de sí, marcadas en el pavimento, las huellas de los neumáticos. Había una hora de camino hasta el aeropuerto y después tendríamos que esperar algún vuelo con plazas libres. Dependíamos demasiado del azar; no obstante, Úrsula insistía en que la suerte estaba de nuestro lado. Decía que su abuela Morgana nos acompañaba y que todo saldría bien.

Tras incorporarnos a la autopista, Úrsula pisó a fondo. El coche era muy potente y no pude evitar pensar que la bruja estaba siendo imprudente. Aunque confiábamos de una forma instintiva en ella, sus dotes al volante no eran tan buenas como con la magia. La carretera atravesaba una zona montañosa, árida y muy poco transitada. La maga conducía en un estado de absoluta concentración, con las gafas sobre la punta de la nariz y el volante agarrado con firmeza por ambas manos. Todo iba bien. Aun así, me sentía inquieto.

Al cabo de media hora el motor comenzó a hacer ruidos extraños. La hechicera, sin apartar la vista de la carretera, nos dijo que era normal al ir tan deprisa. Sin embargo, empezamos a preocuparnos. Circulábamos por una recta de la que no se atisbaba el final. Úrsula aceleró más. El motor sonaba cada vez peor y, de improviso, se escuchó una explosión. El capó salió volando y pasó sobre nuestras cabezas. Dio varias vueltas en el aire y acabó estrellándose en medio del campo. Entonces la maga perdió el control y el coche empezó a dar bandazos. Una columna de humo salía del motor y nos impedía ver la carretera. Íbamos a ciegas. Trató de frenar, pero los frenos no respondían. El vehículo no se detenía. Seguía a toda velocidad y derrapando sin que la hechicera pudiese detenerlo. El pánico nos había inmovilizado. No éramos capaces ni de gritar. Úrsula giraba el volante, pero la dirección tampoco respondía. Viajábamos dentro de un coche con voluntad propia o, mejor dicho, sin control.

—¡Chicos, agarraos con fuerza! ¡No consigo controlar el coche! ¡No funciona nada! —gritó la hechicera.

—¿Qué está pasando? —pregunté yo, desde el asiento del copiloto, sujetándome como podía para no salir volando.

—¡Creo que alguien lo ha saboteado!

—¡¿Cómo?! ¡¿Cuándo?! —preguntaron mis amigos desde el asiento trasero.

—¡La sombra de Nindún-Rinpoché nos alcanza! —dijo Úrsula.

—¡Usa la magia! ¡Haz algo! ¡No quiero morir! —gritó Andrés.

La pitonisa estaba demasiado ocupada tratando de recuperar el control del todoterreno como para ponerse a pensar en encantamientos. En uno de los bandazos, la columna de humo se desplazó a un lado y pude ver que unos quinientos metros más adelante nos esperaba una curva bastante cerrada a la derecha. La única buena noticia era que no había nada de tráfico. Lo que me aterraba era que si no tomábamos esa curva, chocaríamos contra el quitamiedos y, con toda probabilidad, saldríamos volando y caeríamos por uno de los acantilados que se asomaban directamente al mar.

—¡¡Úrsula, ¿por qué no se para?!! —grité.

—He apagado el motor, pero no aminora; vamos cuesta abajo. El volante tampoco responde. Un sabotaje en toda regla —me explicó con una calma que me heló la sangre.

—¡¿Qué vamos a hacer?! —le inquirió Susana desde atrás.

—Lo siento, no se me ocurre ningún hechizo para detener el coche sin que salgamos heridos —le contestó soltando el volante ante nuestra sorpresa.

Apenas quedaban doscientos metros para el acantilado y el todoterreno circulaba sin frenos en línea recta. Casi no salía humo del motor y un extraño silencio lo inundó todo. Unos pocos segundos nos separaban de la curva, del quitamiedos y del precipicio por el que caeríamos sin remedio.

—¡¡¡Úrsula!!! —gritaron los chicos, viendo con pavor nuestro inevitable destino.

—¡Tomad! —dijo la hechicera, dándonos a cada uno un chicle de color azul que sacó del bolso—. ¡Mascad deprisa! Y que los dioses nos amparen.

Sin perder un instante la obedecimos. Aquellos chicles tenían un extraño sabor a jarabe, aunque no era desagradable. No sabíamos para qué servían, pero seguimos sus instrucciones. La situación me superaba y no podía conformarme con esperar a salir volando por aquel precipicio, pese a la terrorífica tranquilidad que mostraba la hechicera. Sin pensar en las consecuencias, accioné el freno de mano. El todoterreno viró violentamente y

comenzó a dar vueltas de campana. Por fortuna nos habíamos abrochado los cinturones de seguridad y el coche era un modelo caro que disponía de los más modernos sistemas de seguridad. Los airbags saltaron en la parte frontal y sobre las ventanillas laterales. En un instante el 4×4 se convirtió en un gran colchón rodante. Cada nueva vuelta que daba nos acercaba más al precipicio. Parecía que no iba a detenerse. La robusta carrocería evitó que nos convirtiésemos en carne picada, aunque la sensación que teníamos era la de estar en el interior de una cápsula espacial que hubiera perdido el control.

Apenas quedaban unos metros para el precipicio. El coche seguía dando vueltas. Llegamos a la barrera quitamiedos y esta cedió ante el embate del todoterreno como papel de aluminio. El vehículo se elevó en el aire y cayó justo en el borde del precipicio, parándose ante las apacibles aguas del Mediterráneo.

El coche había caído sobre un lecho de piedras. Todo se llenó de polvo. El 4×4 había quedado volcado sobre su lateral derecho y todas las ventanillas se habían roto en el accidente, aunque, por fortuna, ninguno sufrimos cortes gracias a los airbags, que ya se habían deshinchado. Todo quedó en el más absoluto de los silencios. Poco después, los gemidos de los chicos devolvieron la vida a aquellos solitarios parajes. Muy despacio, llenos de dolor, nos fuimos incorporando. Yo tenía la boca llena de tierra y notaba sobre mí un peso inmenso. Al abrir los ojos, me percaté de que se trataba de Úrsula. Su cinturón de seguridad había cedido y su cuerpo había caído sobre el mío. Estaba inconsciente. Yo no había perdido el conocimiento, pero me resultaba imposible hablar o moverme. Una sensación de asfixia me embargó. Tuve que esperar a que mis amigos se dieran cuenta de mi situación y a que levantasen a la bruja para poder liberarme.

Úrsula no tardó en reponerse. Al fin y al cabo, había caído en blando. Estaba aturdida pero tranquila. Andrés abrió la puerta trasera izquierda de una patada y, apoyándose en Gabi, salió y se sentó sobre la magullada carrocería. Después nos ayudó a los demás; unos salimos por la puerta del conductor y los otros por detrás. Susana tenía un par de rasguños y se quejaba de una pierna. A Gabi le dolía una muñeca. Y a mí me costaba identificar alguna parte de mi cuerpo que no me doliera. Andrés, con algunas raspaduras en la cara, no se quejaba. Cuando puso a los demás a salvo, abordamos el problema de liberar a Úrsula. Era una mujer torpe y pesaba mucho. Andrés y Gabi estiraron de los brazos y yo la empujé desde el interior. Por fin logramos sacarla del amasijo de metal. Nos sentamos a unos metros del todoterreno, que presentaba un aspecto lamentable. No temíamos que explotase ya que

Úrsula había apagado el motor antes del accidente. Nos miramos los unos a los otros para corroborar que estábamos bien. Entonces caímos en la cuenta de que haber sobrevivido a semejante accidente era poco menos que un milagro. Los rasguños y dolores desaparecieron en pocos minutos, las magulladuras se encogían por momentos y cada vez nos sentíamos mejor. Algo no cuadraba. Sabíamos que todos los días y, sobre todo, los fines de semana, había accidentes que segaban la vida de muchas personas. Y sabíamos que, aunque muchas iban a la misma velocidad que nosotros, la mayoría de los fallecidos circulaban más despacio. El 4×4 era un buen coche, robusto y seguro, pero había quedado para el desguace y nosotros habíamos salido ilesos.

—Creo que estamos muertos. Somos fantasmas que no asumimos la triste realidad. Vagaremos por el mundo hasta que alguien nos libere —aseveró Andrés.

—No estamos muertos. A mí me duele la muñeca, pero me duele menos que hace un minuto —replicó Gabi.

—¿De qué están hechos estos chicles, Úrsula? —preguntó Susana, tras comprobar que sus rozaduras desaparecían por momentos.

—No los tiréis aún. El efecto dura varias horas —se limitó a farfullar la maga, arreglándose el turbante.

—¿Pero son mágicos? —insistió Susana.

—Son concentrados de salud. Una antigua fórmula de los incas. Me la enseñó Morgana. Es lo único que se me ocurrió ante lo inevitable.

—¿Por qué no le diste uno de estos a mi padre? —le pregunté.

—Porque los efectos son pasajeros. Para un accidente resultan útiles, ya que el concentrado de salud repara cualquier daño momentáneo y ayuda a regenerar las células; pero lo de tu padre es incurable. Le habría sucedido lo mismo que a Nindún-Rinpoché con el agua de la juventud.

—Aun así habría agradecido que me lo dijeras. Quizá podría habernos acompañado. Él está habituado a este tipo de situaciones. Y conoce a Lang Ching, por no hablar de que ya ha estado en el Templo de Tara una vez.

—Su destino no es volver al Templo de Tara; el tuyo sí.

—Si conoces tan bien nuestro destino, ¿por qué no viste que el coche había sido saboteado? —le reproché para sorpresa de mis amigos—. Podríamos habernos matado.

—Ver el futuro no es como ver la televisión. Visualizo escenas sueltas, momentos aislados, probabilidades futuras. La adivinación no es una ciencia exacta. Nos he visto en París. Sé que llegaremos todos, sin embargo, las cosas

pueden cambiar. El futuro no está escrito. Por eso no vi el sabotaje. Los esbirros de Nindún son sigilosos y letales. Deberemos ser mucho más cautos desde ahora.

—Pero ¿cuándo lo han hecho? ¿Cómo han sabido que Úrsula nos ayudaba? —se preguntó Andrés.

—Es probable que la propia Nindún-Rinpoché lo supiera incluso antes que yo misma, quién sabe. Mi abuela lo supo hace décadas. Nos enfrentamos a poderes que sobrepasan mi entendimiento.

—Está bien —admití apartando la mirada—. Lo importante es que estamos todos bien. Perdóname, Úrsula. Siento haber dudado de ti —añadí.

—No te preocupes, hijo. Te entiendo. Disculpas aceptadas. Me gustaría aprovechar esta conversación para recordaros a todos que la duda, la desconfianza, el miedo y la resignación son las armas que utiliza nuestro enemigo para debilitarnos —añadió Úrsula, recordando el consejo de Morgana.

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Cómo llegaremos al aeropuerto? —preguntó Susana algo desanimada.

—Bien —dijo Gabi mientras limpiaba sus gafas, que habían salido completamente ilesas del accidente, aunque un poco torcidas—, estamos en medio de la autopista más desértica del país. La ratio de vehículos por hora es de las más bajas de Europa y…

—Llegará un autobús —le interrumpió Úrsula, sacudiéndose el polvo de la ropa mientras se ponía en pie—. Como he dicho, conozco retales del futuro; vi un autobús en una autopista solitaria. Aquí mismo. Recuerdo esa roca. No tardará en llegar —aseveró.

—¿Estamos predestinados a llegar al Templo de Tara? —preguntó Susana.

—¿Y a salir con vida de él? —añadí.

—Eso ya no lo sé. La clarividencia respecto a esta aventura aparece velada por un poder superior. Más allá de París no he visto más que brumas —nos reveló la hechicera fijando su mirada en el horizonte.

Volvimos a guardar silencio. De repente, Úrsula retrocedió y corrió hacia el 4×4. Nos quedamos perplejos cuando la vimos encaramarse al coche e introducir medio cuerpo por la ventanilla del conductor. Instantes después, salió con algo en la mano. De nuevo, alegre y risueña, se acercó a nosotros sosteniendo en alto su bolso dorado.

—No podía olvidar mis instrumentos de trabajo, mi ropa, la carta y el mapa de mi abuela —añadió volviendo a la carretera, escrutando el horizonte

mientras hacía visera con una mano. Poco después exclamó apuntando a lo lejos:

—¡¡Mirad!! ¡¿Qué os había dicho?!

En la lejanía, donde la autopista se fundía con las áridas tierras mediterráneas, surgiendo del espejismo que nos hacía vislumbrar un lago, distinguimos un objeto anaranjado. Parecía una roca más, rojiza y enorme. Luego, conforme aguzamos la vista, nos percatamos de que se trataba de un autobús. Comenzamos a saltar y a vitorear para llamar la atención del conductor. Sin embargo, aunque enseguida se acercó a nuestra posición, no redujo la velocidad.

—Solo he dicho que vi un autobús, no que fuera a detenerse —se disculpó Úrsula al ver que la mirábamos de manera significativa.

—Ya estoy más que harta de que todo nos salga al revés —protestó Susana caminando con determinación hacia la calzada y poniéndose en medio de la carretera, decidida a detener el autobús.

Este se dirigía hacia ella a toda velocidad y parecía no verla, ya que no aminoró. Susana permanecía inmóvil, con un brazo extendido en señal de *stop*.

—¡¡Susana!! —gritamos aterrorizados, viendo que la iba a arrollar.

El chirriar de los frenos fue ensordecedor. Dio un par de bandazos antes de detenerse por completo justo ante ella, que no se había movido ni un centímetro de su sitio. El conductor, un joven de unos veinticinco años, en pantalones cortos, camiseta de tirantes, gafas de sol y una gorra de béisbol puesta con la visera hacia atrás, bajo la cual le sobresalían largos mechones de pelo negro, la miró aterrorizado desde su asiento.

Gabi golpeó la puerta. Volviendo en sí, el joven accionó el botón que la abría. Subimos al vehículo antes de que pudiera reaccionar. Me acerqué a él.

—No la vi, de verdad. No la he visto, iba muy distraído, ¡Lo siento! No llaméis a la poli, por favor, que necesito el curro…

—Tranquilo, no ha pasado nada —le dije—. Verás, hemos tenido un… percance con nuestro coche y nos hemos quedado tirados. Necesitamos tu ayuda.

—¿Os llevo al hospital? —masculló con la sorpresa dibujada en su rostro al contemplar los restos del todoterreno.

—No, gracias. Estamos bien —respondí—. ¿Puedes llevarnos al aeropuerto? Tenemos un poco de prisa.

—¡Claro, tronco! Precisamente voy para allá. Tengo que recoger a unos turistas alemanes y ya llego tarde. Por eso iba *acelerao* —me explicó el joven.

Le di dos palmaditas en la espalda y le pedí que se pusiera en marcha. Sonrió, arrancó y pisó a fondo. El autobús iba vacío. Nos sentamos en la parte central. Andrés, en cambio, se quedó junto al conductor y le dio conversación. Naturalmente, cuando el chófer le preguntó sobre nuestros motivos para ir tan urgentemente al aeropuerto, Andrés le contó una historia bastante interesante pero más falsa que las monedas mágicas de Úrsula. Me senté junto a Susana. Quería estar a su lado.

—Eso que has hecho ha sido una estupidez. Casi te atropella. Ha faltado poco —le dije cogiéndole una mano, sintiendo que no soportaría perderla.

—No pensé eso ni por un momento —respondió con calma, sonriéndome de manera cómplice—. Estaba segura de que iba a frenar.

—Pero Úrsula dijo que no sabía si iba a parar —replicó Gabi, que iba sentado justo detrás de nosotros.

—Es verdad, pero también dijo que todos vamos a llegar a París. Así que pensé que no me podía pasar nada —concluyó sonriendo y guiñándole un ojo a la hechicera, que nos escuchaba desde el otro lado del pasillo.

—Úrsula, Susana tiene fe ciega en tus poderes.

—Gracias, cariño. Pero recordad que el futuro puede cambiar —insistió, y sus palabras nos sumieron en un silencio reflexivo durante un rato.

El camino se nos hizo corto, pese a soportar una temperatura de unos treinta y cinco grados, ya que el aire acondicionado estaba estropeado. Gabi se acomodó en su butaca y estuvo escribiendo en su libreta de notas. Úrsula canturreaba una bonita melodía mientras contemplaba el paisaje. Susana dormitaba sobre mi hombro, y yo, sin soltarle la mano, me dejé llevar por mis pensamientos, mecido por el ronroneo del autobús que, deslizándose suavemente, se acercaba al aeropuerto. Entonces presté atención a la melodía que Úrsula seguía cantando. La poderosa voz de la hechicera se había tornado dulce y protectora. La canción me recordaba una de las nanas que mi madre le cantaba a Óliver de pequeño, en noches de tormenta, cuando no podía dormir.

—Es muy bonita —le dije.

—Sí, lo es. Es una vieja canción de cuna que me cantaba Morgana cuando era niña. Ella se la inventó para mí. Me la solía cantar cuando me veía triste. No sé por qué, pero en cuanto escuchaba una estrofa dejaba de llorar automáticamente.

—A lo mejor es una nana mágica —sugerí, al tiempo que me levantaba.

Me fui a la parte de atrás del autobús. Me recosté en la última fila y traté de dormir. Poco después noté que me besaban. Abrí los ojos y me encontré con la dulce sonrisa de Susana.

—Estamos llegando.

Me incorporé y ella se sentó a mi lado. Le acaricié la mejilla con el dorso de la mano y nos besamos con ternura.

Tras agradecerle al conductor su ayuda nos encaminamos hacia la terminal de salidas. Fuimos a la ventanilla de la compañía aérea más importante para preguntar por el primer vuelo a París. La fortuna se puso de nuestra parte, porque el avión que acababa de llegar proveniente de la República Federal de Alemania y que había traído a los turistas que tenía que recoger nuestro amigo del autobús, volaba a la ciudad del Sena una hora y media después. Además, tenía plazas libres. Sin dudarlo pedimos cinco billetes de ida.

—Son… —nos informó aquella señorita tecleando en el ordenador— 600 000 pesetas. Necesito sus pasaportes. Ah, y si los muchachos son menores, el DNI de sus padres o tutores —añadió con una sempiterna sonrisa falsa dibujada en la cara.

Úrsula abrió su enorme bolso y extrajo su pasaporte. A continuación nos miró y al ver nuestras caras se le borró la sonrisa.

—No se nos ocurrió —musité maldiciéndome por el imperdonable descuido.

—El mío está en casa de mi padre. Lo siento —se lamentó Susana.

Nos miramos consternados. Úrsula guardó su pasaporte y, tras pedirle a aquella señorita que esperara un momento, nos alejó del mostrador.

—¡¿Qué hacemos?! —pregunté contrariado.

—Desde luego, ¿cómo es posible que a nadie se le haya ocurrido que necesitaríamos los pasaportes para salir del país? —se preguntó Andrés en voz alta, mirando a Gabi, que disimuló limpiando las gafas.

—Ahora es inútil lamentarse. No nos da tiempo a volver a casa; perderemos el vuelo. Tendremos que posponer el viaje a mañana —dijo mi amigo tras ponerse las lentes.

—Ni hablar —intervine—. Mi madre no tiene tanto tiempo.

—Úrsula, ¿no puedes teletransportarnos a casa? —sugirió Andrés.

—¡Qué tontería! —exclamé desesperado—. Si pudiera hacer eso, nos llevaría directamente al Templo de Tara.

—Espera un momento —intervino la bruja con la mirada perdida en sus pensamientos—. No puedo teletransportaros, efectivamente. Eso requiere un gran poder que yo no tengo, pero a lo mejor puedo hacer unas *telefotocopias* —propuso de manera enigmática—. Seguidme.

Nos dirigimos a los baños, entramos al de mujeres y, tras asegurarnos de que no había nadie, nos encerramos echando el pestillo. La maga nos pidió que nos sentásemos en el suelo en círculo y que nos cogiéramos de la mano.

—Bien, quiero que os concentréis en vuestro pasaporte. Debéis visualizar el lugar exacto donde esté y el documento con todo detalle, la fotografía, los datos, las fechas…, ¿de acuerdo? —nos explicó mientras colocaba el monedero y su pasaporte juntos, en el centro del círculo que habíamos formado.

—De paso, ¿podrías cambiar nuestras fechas de nacimiento para que seamos mayores de edad? —le pedí, consciente de las ventajas que no depender de un permiso de nuestros padres nos daría en aquel viaje.

—Pero ¿cómo? ¿No lo sois? —Se sorprendió la hechicera.

—Nos faltan unos meses —dijo Andrés, provocándonos la risa a Gabi y a mí.

—Un poco más, en realidad —admití—, pero podemos pasar por mayores.

—No creo. Sois unos pipiolos —bromeó Susana pellizcándome la mejilla.

—Está bien. Cambiaré las fechas. Pero que conste que acabáis de hacerme responsable de todo lo que os pase —se quejó Úrsula—. Venga, ahora a concentrarse. Dejadme a mí los detalles.

Asentimos. Guardamos silencio y cerramos los ojos. Visualicé mi casa y la puerta de entrada. La abrí mentalmente. Crucé el salón y subí al piso de arriba. Me deslicé hasta el cuarto de mis padres y busqué en su cómoda, donde guardaban los pasaportes de toda la familia. Cogí el mío, lo abrí y lo observé: mis datos, mi fotografía, el sello del ministerio… Mis amigos debieron de hacer lo mismo. Por suerte, todos teníamos pasaportes en vigor. Los chicos y yo nos lo habíamos sacado el año anterior, cuando se estaba organizando un viaje de estudios a Egipto que al final no hicimos. Susana, por su parte, lo tenía desde hacía un par de años.

Úrsula comenzó a recitar un hechizo. Su voz sonaba gutural y solemne. Sentí que el monedero desprendía una luz más intensa de la habitual, la misma luz rosada aunque más poderosa e incluso cálida. La voz de la hechicera rebotaba en las paredes y producía un eco cavernoso que impresionaba. Tras la retahíla de palabras sin sentido, guardó silencio. Entonces nos soltó. Abrimos los ojos. Junto a su pasaporte y al monedero, cuyo fulgor volvía a ser un tenue resplandor rosa, habían aparecido cuatro documentos más.

—¡Es increíble! —exclamé cogiéndolos para comprobar que eran de verdad—. Mi pasaporte, los vuestros —dije entregándoselos a mis amigos— y el tuyo, Susana. ¡Fantástico!

—¿Crees que se lo tragarán? —le preguntó esta tras comprobar los detalles en los que un policía se fijaría.

—Por supuesto. Son copias perfectas —dijo Úrsula poniéndose en pie—. Esperemos que no desaparezcan como el dinero. He incluido un parche en el conjuro para evitarlo, pero todo puede pasar —nos explicó.

—¡Vamos! Ya iremos solucionando los inconvenientes por el camino. ¡Rápido! Solo quedan unos minutos para que cierren el mostrador —alertó Gabi.

Salimos corriendo del baño, tras cuya puerta se había formado una pequeña cola de turistas que nos miraron malhumoradas. Al aproximarnos a la ventanilla vimos que ya estaban bajando la persiana. Me lancé hacia el mostrador en el último segundo, metiendo las manos bajo la persiana.

—Está cerrado —me informó la señorita, contrariada.

—Aún no —le dije entregándole los pasaportes.

Inmediatamente después llegó Úrsula con el monedero en la mano. Durante un momento, aquella señorita nos miró con antipatía. Luego, se sentó y examinó los documentos. Algo debió de llamarle la atención. Los escudriñaba entrecerrando los ojos. De improviso, se dio la vuelta.

—Laura —llamó a alguien a su espalda, haciendo que nos entrara un sudor frío—. ¿Dónde has puesto mis gafas?

—*Zolum, caranum, zolum, desdre, opticum*… es todo una ilusión —recitó Úrsula, mirando fijamente a la señorita de la oficina.

Finalmente apareció aquella tal Laura con las gafas de la señorita que tenía en su mano permitirnos volar o no. Úrsula repitió aquella cantinela con un tono hipnótico que por un momento nos afectó incluso a nosotros. Sin dejar de repetir el conjuro, Úrsula metió la mano en el monedero y sacó las 600 000 pesetas que costaban los billetes.

—Bueno, parece que todo está en regla… —masculló al fin. A continuación contó el dinero, tecleó un rato en el ordenador y finalmente nos sonrió de nuevo—. Bien, aquí están sus billetes y los pasaportes. Tienen que pasar por el mostrador número quince para facturar su equipaje y recoger las tarjetas de embarque —dijo señalando el fondo del aeropuerto—. Que tengan un buen viaje.

Corrimos hacia el mostrador indicado. Otra señorita nos canjeó los billetes por cinco tarjetas de embarque. Nos preguntó si teníamos equipaje para

facturar y, como íbamos con lo puesto, ya que nuestras cosas se habían quedado en el todoterreno, nos indicó que nos dirigiéramos a la puerta de embarque número veintidós. Antes tuvimos que pasar por el detector de metales. Al llegar a la puerta de embarque nos sellaron las tarjetas y una asistente de la compañía aérea nos acompañó hasta el avión. La aeronave era gigantesca. Nuestros pasajes eran de clase turista y tuvimos que caminar pasillo arriba hasta nuestros asientos, que estaban casi en la cola. Susana, Úrsula y yo nos acomodamos en tres butacas laterales, junto a la ventanilla; Andrés y Gabi se sentaron en la fila central, al otro lado del pasillo. Aunque durante el viaje nos cambiamos de sitio varias veces.

El comandante Sanmartín dio la bienvenida a los pasajeros a través de los altavoces y anunció el inminente despegue. Después de que dos asistentes de vuelo explicaran las medidas de seguridad, los motores empezaron a rugir.

Capítulo Diecinueve

C’EST PARIS

Cuando quisimos darnos cuenta ya sobrevolábamos pueblos y aldeas a gran altura. Las casas se veían diminutas en medio de inabarcables campos de cultivo, olivares y terrenos áridos. Al otro lado, el mar se extendía como una alfombra azul fundiéndose con el cielo en la lejanía. En pocos minutos el avión se elevó tanto que los pueblos no eran ya sino pequeñas manchas irregulares en medio de la tierra ocre; las carreteras, cintas grises que cruzaban el campo; y los vehículos, hormigas correteando por ellas. La aeronave se adentró intrépida en el cielo, rumbo a París.

Cuando el aparato alcanzó la altitud de vuelo, la señal luminosa que indicaba que debíamos llevar abrochados los cinturones de seguridad se apagó. Un repiqueteo de hebillas colmó el silencio que durante el despegue había imperado. Algunos pasajeros se levantaron para pasear o para visitar alguna de las dos minúsculas cabinas que alojaban los baños; otros se acomodaron con la intención de echar una cabezadita; había quien trataba de distraerse hojeando revistas, escuchando música en sus *walkmans*, leyendo una novela o escudriñando el mundo a través de la ventanilla, como si fuesen antiguos dioses que contemplan desde sus mullidas nubes las vidas de los simples mortales. Me faltaban ojos para abarcar aquel espléndido paisaje. La costa se delineaba perfectamente en el horizonte, y casi podía distinguir las formas que estaba acostumbrado a ver en los mapas escolares: los cabos, los golfos, las llanuras, las sierras o las cordilleras. El color que dominaba el paisaje iba mutando conforme avanzábamos hacia el norte. El árido mediterráneo fue dando paso a montañas y valles cada vez más verdes y frondosos. En seguida sobrevolaríamos la cordillera pirenaica y después las planicies del sur de Francia, sus macizos y, poco a poco, llegaríamos a la llanura atlántica, verde y esplendorosa que envuelve París.

—¿Dani? ¿Estás con nosotros? —me preguntó Susana.

—Estaba admirando el paisaje —dije al cabo de unos instantes sin dejar de mirar por la ventana—. Realmente este planeta es hermoso.

—Sí, es verdad —se avino recostándose sobre mi hombro—. ¿No habías volado nunca?

—Bueno, te parecerá mentira teniendo el padre que tengo, que se pasa media vida metido en un avión, o en un helicóptero o en cualquier cosa que vuele; pero no. La única vez que volé fue en mi jardín. Me lancé desde la ventana del desván con un par de alas en los brazos que yo mismo había construido. —Susana sonrió—. El armazón estaba hecho con palos de escobas unidos entre sí con cinta aislante y, a falta de lona, destrocé unos vestidos de seda de mi madre —expliqué arrancándole a mi amiga una carcajada—. Imagina la bronca que me echaron. Aunque, como acabé en el hospital con un brazo roto, no fueron muy duros. Solo me rebajaron la paga semanal a la mitad durante un año.

—No es verdad —farfulló Susana entre sonoras carcajadas—. No me lo creo. Me estás tomando el pelo.

—Te lo juro —insistí—. Pregúntale a Gabi; él diseñó las alas.

—Pero ¿cuántos años tenías? —me preguntó.

—Diez —respondí sonrojándome.

Susana se desternilló de risa durante un rato.

El comandante Sanmartín informó entonces por los altavoces que el vuelo duraría dos horas y media, que el tiempo era bueno y que no se preveían turbulencias. Úrsula nos recomendó dormir un ratito, o al menos cerrar los ojos y descansar, porque teníamos un camino por delante plagado de incógnitas. Intentamos acomodarnos en aquellas estrecheces y descansar. Andrés y Gabi se recostaron el uno en el otro como dos gatitos y Susana se durmió abrazada a mí. Yo traté de dormir algo, pero todos mis intentos resultaron infructuosos. Por un lado me resultaba imposible conciliar el sueño en cualquier cosa que se moviera, aunque el movimiento fuera imperceptible, como era el caso del avión. Pero lo que realmente no me permitía relajarme eran los pensamientos que colmaban mi mente: la vida de mis padres, el riesgo que asumían mis amigos y los tiránicos planes de Nindún-Rinpoché. Sentía que todos dependían de mí y eso me provocaba un enorme desasosiego.

Hacia la una del mediodía comenzaron a repartir el almuerzo. Nos sirvieron pollo con patatas fritas, una ensalada de tomate y un flan. Para beber elegimos refrescos y agua. Todo era *mini*. Los platos mini, los cubiertos de plástico mini, los vasos mini y también los refrescos. Úrsula nos aconsejó que no dejásemos nada porque en un viaje tan impredecible como el nuestro,

nunca sabríamos cuándo, cómo y dónde tendríamos la oportunidad de poder volver a comer algo.

Luego pusieron una película que podíamos escuchar a través de unos auriculares que había debajo de cada asiento. Pese a que había media docena de monitores para poder visionar el film desde cualquier asiento de la cabina, nuestras butacas estaban tan atrás que no se veía bien, así que no le presté atención. Gabi y Andrés querían verla y le pidieron permiso a una azafata para sentarse en unos asientos vacíos que había más adelante. Ella los acompañó.

Úrsula y Susana sí lograron conciliar el sueño. La hechicera roncaba ligeramente, y Susana respiraba despacio, relajada, como si no nos estuviésemos dirigiendo a una lucha a muerte contra enemigos con poderes místicos. Yo, incapaz de dormir, tampoco podía leer, ya que me había convertido en la almohada de Susana, por lo que no pude hacer otra cosa que mirar a mi alrededor y pensar en lo que nos esperaba en París. Había que idear alguna manera de entrar en contacto con Lang Ching. Tenía la incómoda sensación de que el destino del mundo estaba en manos del azar, de que todo dependía de si lográbamos localizar al señor Ching. Si lo conseguíamos, tendríamos que recuperar lo que quiera que fuesen la Llave de Tara y el Tarín Dorado; si sobrevivíamos a los malignos seguidores de Nindún-Rinpoché, deberíamos volar al Tíbet, seguir el viejo mapa de Morgana, entrar en otra dimensión y destruir a aquella bruja demoníaca y a sus secuaces a tiempo de salvar a mi madre, a mi padre y al resto del mundo. Me sentía abrumado. Pensé que sería mejor ir paso a paso. Lo primero era pensar alguna forma de llamar la atención de Lang sin alertar a los seguidores de Nindún-Rinpoché. Quizá podríamos poner un mensaje en la sección de contactos de algún diario importante. Pero ¿y si Lang Ching no estaba ya en París? ¿Y si no leía el anuncio? ¿Y si no lo entendía o no quería contactar con nosotros por miedo a que fuera una trampa de sus enemigos? Había demasiados peros y eso aumentaba mi angustia. Teníamos que contar con la más que probable posibilidad de que no localizásemos a Lang Ching. ¿Qué haríamos en ese caso? ¿Cómo seguir adelante? Empecé a sentir un fuerte dolor de cabeza. Tal vez se debía al cambio de presión o, probablemente, a los nervios y al miedo a no poder salvar a mi familia. Cerré los ojos y traté de dejar la mente en blanco. Por fortuna, lo conseguí. Aquella repentina paz me ayudó a dormir un rato.

Cuando el avión comenzó el descenso no tardamos en disfrutar de unas vistas incomparables de la capital gala. En la distancia se distinguía la torre

Eiffel, el río Sena, las populosas avenidas en forma de estrella que convergen en el Arco del Triunfo, el *Sacré-Coeur* coronando el barrio de Montmartre y, extendiéndose kilómetros a la redonda, los miles de edificios que forman la capital de Francia.

—*C'est Paris!* —exclamó Susana.

—Señores pasajeros —escuchamos decir al comandante Sanmartín por megafonía—, mantengan sus cinturones de seguridad abrochados. Bienvenidos a París; la temperatura es de veintiocho grados y son las tres menos cuarto de la tarde, hora local. En breves instantes tomaremos tierra.

El aterrizaje fue, si cabe, más suave que el despegue. Los pasajeros prorrumpimos en aplausos y vítores. Poco después desembarcamos. Como no teníamos equipaje que recoger, nos dirigimos directamente a la parada de taxis. Por fortuna, había vehículos de siete plazas, así que montamos en uno de ellos y decidimos en aquel momento dónde alojarnos.

—Chicos —dijo Úrsula con voz melosa—, no quiero que me malinterpretéis, pero ya soy mayorcita para irme a albergues o a pensiones baratas. Creo que si vamos a salvar el mundo, deberíamos cuidarnos bien. Así que, si no tenéis objeción, propongo que nos alojemos en un hotel elegante.

—*Madame* —protestó el taxista, que no sabía hacia dónde dirigirse—, *s'il vous plaît…*

—Este hombre se está impacientando. ¿Estamos todos de acuerdo? —preguntó la hechicera y todos asentimos—. Bien, entonces, *conducteur, à l'hôtel Hilton Paris Opera*.

Al cabo de un rato llegamos al centro de la ciudad. Avanzamos por sus calles y avenidas repletas de pequeños y elegantes cafés donde los visitantes degustaban alguna de sus cremosas y deliciosas especialidades alrededor de las típicas mesas redondas y a la sombra de frondosos árboles que refrescaban la ciudad. No tardamos en llegar al Parque de los Inválidos, desde el cual, a lo lejos, vislumbramos la torre Eiffel. El coche orilló el Sena por el Quai d'Orsey, y lo cruzó por el puente de la Concorde justo en el momento en que por debajo navegaba un Bateaux Mouche, uno de los barcos de paseo turístico, repleto de visitantes que se afanaban en inmortalizar con sus cámaras fotográficas la grandeza y monumentalidad de la ciudad. En la plaza del mismo nombre que el puente, una gigantesca rotonda a fin de cuentas, me quedé boquiabierto al ver el obelisco que ordenara erigir el faraón Ramsés II más de tres mil años antes, cubierto de jeroglíficos con loas a Amón-Ra, para la entrada del templo de Luxor.

Tras rodear la iglesia de la Madeleine, apenas tardamos unos minutos en

llegar a la Rue Saint-Lazare, donde se encontraba el hotel que Úrsula había elegido. Nos quedamos boquiabiertos. Mientras ella pagaba la carrera con francos *mágicos,* salimos del taxi. Un señor, vestido con librea, nos sujetó la puerta y nos saludó con una reverencia. Lo miramos sin saber muy bien cómo comportarnos. La hechicera, en cambio, se desenvolvía con naturalidad. Avanzó con paso firme hacia la puerta del elegante edificio. Lo primero que notamos al entrar fue el aire acondicionado. Enseguida nos sorprendieron las columnas de mármol rosado con capiteles corintios. Jamás habíamos imaginado poder alojarnos en un establecimiento como aquel. Úrsula nos pidió que nos comportásemos de la forma más natural posible porque teníamos que pasar desapercibidos, cosa que nos pareció bastante difícil de conseguir. Aunque se nos escapaban las sonrisas como a niños que visitan por primera vez un parque de atracciones, nos esforzamos por mantener la compostura. En recepción, un caballero con esmoquin, cabello engominado y aire refinado nos saludó y nos regaló una impecable sonrisa. Úrsula nos sorprendió por su dominio del idioma de Proust. Devolvió la sonrisa al recepcionista y le dijo que era la condesa Eloísa Ochoa de Villegas y Mendoza, que estaba de visita en la ciudad con sus sobrinos y herederos, y que necesitábamos dos *suites* de inmediato. Para dar verosimilitud a la representación, la maga repitió el hechizo para alterar los datos de nuestros pasaportes y carnés. Los tomó entre sus manos y, antes de entregárselos al solícito recepcionista, recitó un encantamiento ininteligible que transformó de nuevo nuestra identidad. El elegante caballero iba a llamar a un botones cuando la *comtesse* le indicó que no traíamos equipaje. El recepcionista no disimuló su asombro, ante el cual, Úrsula le dijo, guiñándole un ojo, que habíamos ido a París a renovar vestuario en las mejores *boutiques*. Y aún se sorprendió más cuando le dejó en depósito del pago de la cuenta un fajo de billetes que el recepcionista no se atrevió a contar delante de nosotros. Tras darle las gracias, y con las llaves de nuestras habitaciones en la mano, nos dirigimos al ascensor. Subimos a la cuarta planta. Nuestras *suites* eran la 402 y la 403. Al entrar nos quedamos boquiabiertos otra vez. Eran enormes, muy lujosas y daba reparo hasta sentarse. Cada una tenía tres estancias: un recibidor-sala de estar, el dormitorio —el nuestro con tres camas grandes— y un cuarto de baño. Los chicos y yo no pudimos evitar una risa nerviosa cuando Andrés, al entrar en el baño, exclamó que todo nuestro Cuartel General cabía allí. Úrsula no se mostró sorprendida; nos explicó que cuando daba conferencias sobre magia y ciencias ocultas, se alojaba en hoteles elegantes. Antes de que ella y Susana se marcharan a su habitación, nos pidió

que fuésemos a buscarlas después de asearnos, porque tenía algo importante que decirnos. Nos duchamos y descansamos un rato mientras la ropa, la única que teníamos, se aireaba un poco. Por fortuna, el cuarto de baño era como una gran tienda de productos de higiene personal, con tres cestas de champú y geles, espuma de afeitar, cepillos y pasta de dientes, desodorantes, sobres individuales de perfumes y un sinfín de accesorios que nos permitieron adecentar nuestra imagen y no oler como potros salvajes. Mis amigos aprovecharon para telefonear a sus padres. Junto al teléfono había un cartelito que explicaba cómo marcar para llamar a París, a otra localidad de Francia o al extranjero. La historia del albergue para desfavorecidos cada vez costaba más de mantener, así que les propuse que dijeran que nos íbamos de *camping* y que estaríamos incomunicados durante varios días. La cuestión de no pasar por casa era la más difícil de esquivar, pero, como sabían que estábamos los tres juntos, hecho que les confirmamos pasándonos el teléfono unos a otros para saludarlos, la tranquilidad, pese a lo extraño que sin duda resultaba todo, volvió a los hogares de Gabi y Andrés. Aquella «actitud irresponsable propia de adolescentes inmaduros», en palabras del padre de Gabi, era algo que teníamos que superar, porque nos «faltaba poco para ser mayores de edad», en palabras de su madre. Lo que el padre de mi amigo no sabía era que su hijo estaba luchando contra el peligro más grande al que se había enfrentado el mundo y que aquello era digno de alguien maduro y responsable. Pero eso nunca lo sabrían, porque los héroes y los valientes, como nos dijo Andrés después de colgar, no presumen de sus hazañas.

Mientras mis amigos comprobaban cuántos canales de televisión por satélite se cogían, me recosté en mi cama. Enfrente tenía la ventana, desde la cual se alcanzaba a ver la torre Eiffel. Me sentía relajado y, sin darme cuenta, me atrapó el abrazo de Morfeo. El agua caliente de la ducha y tal vez los efectos calmantes de aquellos geles de tan alta calidad, por no hablar de la comodidad extrema del colchón, me indujeron al sueño. Sin embargo, al otro lado de la vigilia no me esperaba un oasis de tranquilidad. Me encontré cayendo por un pozo, como mi admirada Alicia precipitándose hacia el País de las Maravillas, pero, a diferencia de ella, nunca llegué al destino imaginado por Lewis Carroll. Aquel pozo desapareció y en el tiempo que dura un pensamiento, me vi de pie en un lugar desconocido. Miré a mi alrededor y vi columnas antiguas, bastante deterioradas y erosionadas por el transcurso del tiempo. Me encontraba entre las ruinas de una ciudad abandonada. Hacía mucho calor; el sol me cegaba desde el cénit. Puse la mano en visera y observé aquellos restos. Más lejos descubrí otros edificios derruidos y unas

columnas con forma de mujer que sostenían una techumbre. Intenté caminar hacia allí, pero no lograba moverme. En la distancia descubrí tierras surcadas por caminos que se extendían hasta el horizonte. También había casas y pude distinguir vagamente algún que otro edificio en ruinas entre ellas. Todo lo que alcanzaba a ver estaba situado en un nivel mucho más bajo del de aquella ciudadela en la que me encontraba. Deduje que aquellos edificios destruidos por el tiempo se hallaban en lo alto de una colina. En ese momento mis pies recuperaron la movilidad, así que comencé a andar hacia las misteriosas mujeres de piedra, que me atraían de manera irresistible, como si me llamaran. No tardé en alcanzarlas. Pero entonces noté que lo que me atraía no eran ellas, sino algo que estaba cerca. A la izquierda, encontré una especie de patio excavado en el suelo del que sobresalía la copa de un árbol. La extraña fuerza que me reclamaba estaba allí abajo. Sin dilación me asomé para descubrir de qué se trataba, pero en aquel preciso instante algo me arrastró hacia arriba. Salí volando por los aires, volví al pozo por el que había caído y ascendí en círculos a una velocidad vertiginosa.

—Dani —escuché decir a una voz amiga—, despierta.

—¡Susana! —exclamé abriendo los ojos y viéndola inclinada sobre mí—. ¡Estaba a punto de ver qué era! —le dije con una pena en la voz que la asombró.

—¿Qué era? ¿A qué te refieres? —me preguntó.

—No lo sé. He tenido un sueño muy extraño. Algo me atraía, sentía que me llamaba. Estaba en una ciudadela en ruinas —le describí vagamente—. Pero ¿qué pasa? —le pregunté, dominado por una terrible sensación—. ¿Y los chicos?

—Tranquilízate, Dani, no pasa nada —me dijo acariciándome el pelo, sonriéndome—. Gabi y Andrés están con Úrsula, en nuestra *suite*. Me han dicho que te habías quedado dormido y no he podido resistir la tentación de venir a despertarte. ¿Te ha molestado?

—No, no, es solo que estoy desorientado. Me he quedado dormido después de la ducha… —farfullé, y en ese momento me percaté de que solo llevaba puesto el albornoz. Sentí que me ruborizaba y salté de la cama—. Será mejor que me vista. Si quieres vuelve a tu habitación; yo tardo solo un par de minutos en vestirme… —dije sintiendo una extraña vergüenza que ella captó a la primera.

—Tranquilo, vístete, pero date prisa —me urgió desde la puerta del dormitorio, y entonces vi algo en su mirada que me preocupó.

—Susana, ¿va todo bien? —le pregunté acercándome a ella y tomando sus manos entre las mías. Ella bajó la mirada—. Dímelo, por favor.

—Tengo miedo, Dani. Creo que vamos hacia una muerte segura —confesó.

—Yo también tengo miedo —le susurré estrechándola entre mis brazos, conteniendo la emoción—. Pero tenemos que detener a Nindún. Mi padre dice que cuando se enfrenta a situaciones peligrosa, el miedo le hace pensar con claridad.

—Mi padre también lo dice. Cuando ha ido a detener a algún pez gordo de la droga o gente por el estilo —recordó.

—¿Ves? Todos tenemos miedo, incluso una poli dura como tú —bromeé y conseguí que se riera, abrazada a mí, con la cabeza sobre mi hombro.

Nos besamos de nuevo y, por un lado, solo por uno, agradecimos que Andrés aporreara la puerta de repente. Susana se marchó y, mientras recogía mi ropa y me encerraba a todo correr en el baño, escuché a mi amigo diciendo que se nos estaba haciendo tarde.

Eran algo más de las seis de la tarde cuando toqué a la puerta de la habitación de las mujeres. Me abrió Gabi. Úrsula estaba paseando en círculos por el salón, leyendo y releyendo la carta de su abuela. Andrés y Susana estaban sentados en uno de los sofás observando a la hechicera. Esta se detuvo por fin y nos miró a todos. Se quitó las gafas, que guardó en su bolso junto a la carta, y dijo:

—Muchachos, ahora que tenemos tiempo y un poco de intimidad, he de enseñaros una cosa. Es algo importante que tenéis que aprender bien, por lo que os pido mucha atención y concentración. Veréis, como ya os expliqué en casa, la magia nos rodea, está en todas partes. También os conté que, para usarla, además de las palabras rituales, que muchas veces no tienen más objetivo que autosugestionar al propio hechicero, lo más importante para un mago o maga como yo, con poderes limitados, es el juego de manos, la manipulación de la magia. Creo que os comenté que muchas culturas utilizan la manipulación ritual para dominar las fuerzas mágicas —nos miramos entre nosotros y, a continuación, asentimos—. Puede que, llegado el momento, mi poder no sea suficiente para enfrentarnos a lo que nos esté esperando, así que quiero enseñaros a canalizar magia para que me la entreguéis si la necesito. —Volvimos a mirarnos entre nosotros, sin acabar de comprender—. A ver, me explicaré mejor. Yo puedo canalizar mucha magia, pero solo tengo dos manos. Si tuviera cuatro canalizaría el doble, con seis, el triple, y así sucesivamente. Con vuestra ayuda, mi poder se quintuplicaría.

—¡Vaya! —exclamó Andrés—. Eso es genial. ¿Cómo lo hacemos?

—Practicando un pequeño ejercicio que os voy a enseñar. Es lo más elemental de las artes mágicas, lo primero que me enseñó Morgana. Se llama ejercicio de canalización. Tenéis que hacer lo siguiente —dijo poniéndose en pie y colocándose a una distancia equidistante entre los dos sofás para que la viésemos bien—. Observad con atención.

La bruja juntó las palmas de sus manos dejando los dedos separados, uniendo solo los meñiques y los pulgares de ambas manos. Luego, al tiempo que acercaba todos los demás dedos para unirlos, separaba las manos evitando que llegaran a tocarse. Insistió en que era vital que los dedos no se rozaran siquiera. Después daba dos vueltas de muñeca hacia delante cerrando los puños en escala desde el dedo meñique y estirándolos rápidamente cuando se orientaban hacia la cara. El ejercicio de canalización tenía varios movimientos más, todos igual de fáciles y, a la vez, complicados, ya que para que funcionase, había que mover correctamente cada dedo a su tiempo, porque había algo fundamental: si no se hacían los movimientos en tiempo y forma con una precisión milimétrica, la canalización de la magia no se produciría. Úrsula nos explicó que un buen mago debe practicar esos ejercicios cada día, como quien practica con un instrumento musical o quien se prepara para ser el mejor en una disciplina deportiva o artística. Esa era la razón, dijo la hechicera, para que hubiera tan pocos brujos de verdad en el mundo. Ese arte, como cualquier otro, requiere mucha disciplina.

Durante las siguientes dos horas nos ayudó con la colocación de los dedos, con el movimiento sincronizado de las muñecas, con el ritmo aparejado de brazos y manos… En definitiva, nos enseñó a hacer el ejercicio de canalización de la magia corrigiéndonos cuando veía que nos equivocábamos y demostrando ser una maestra perfeccionista a la vez que comprensiva. Andrés, que, para sorpresa de todos, había permanecido callado durante todo aquel tiempo, finalmente rompió su concentración para preguntar algo que a ninguno se nos había ocurrido. Quiso saber cómo nos daríamos cuenta de que lo estábamos haciendo bien. La hechicera respondió que notaríamos el aire espeso, como si moviésemos las manos dentro del agua. Dijo que ese era solo el primer paso, ya que una vez dominado el movimiento, el ejercicio tenía que repetirse muy rápido, de forma casi imperceptible a la vista. Nos pidió paciencia e insistió en que lo importante era poder manipular la magia. Luego vendría el tema de la velocidad. Así que después de merendar algo que pedimos por teléfono a la recepción, seguimos practicando. Llevábamos casi dos horas repitiendo aquel ejercicio sin

resultados. Estábamos bastante aburridos cuando Gabi gritó como si hubiera visto un fantasma. Los ojos se le salían de las órbitas y sonreía nervioso.

—¡Lo noto, lo noto! Parece que tengo las manos dentro del agua. ¡Es fantástico! —exclamó—. ¡¿Qué hago?! —preguntó sin parar de hacer el ejercicio.

—Bien, Gabriel, sabía que serías el primero —le confesó Úrsula—. Ahora, atiende. Tranquilízate y escucha atentamente sin dejar de mover las manos —le indicó con voz suave y firme—. Una vez que has logrado hacerte con el control de la magia, debes decidir qué hacer con ella. Hagamos un pequeño ejercicio. Lo que un brujo hace al manipular la magia es imprimir en ella su voluntad. Me explico: hay que decirle a la magia qué queremos que haga. Eso se puede hacer mentalmente, una vez que el hechicero domina la canalización, o por medio de palabras sugestivas, que es lo que conocemos por hechizo, conjuro o encantamiento. Esto es lo más difícil, hablarle a la magia —continuó la hechicera—. Mira, Gabriel, si quieres, por ser la primera vez, lo haré por ti. Dime, ¿qué quieres hacer? ¿Qué quieres que la magia haga? —le preguntó, sorprendiéndole.

—Pues… no sé, no se me ocurre nada… —balbució mi amigo sin parar de mover las manos, con una habilidad que parecía innata—. ¡Espera! ¡Ya sé! Una bola de luz. Quiero que aparezca una bola de luz de colores, como una explosión de fuegos artificiales en miniatura —deseó con firmeza.

—Está bien, fuegos artificiales entonces —repitió la bruja, divertida. Los demás observábamos con atención sin dejar de mover las manos, aunque sin lograr invocar la magia—. Cuando yo te lo diga, estiras los brazos hacia delante y hacia arriba, pero sin dejar de hacer el movimiento de canalización. Ahora que la magia se ha despertado no se marchará tan fácilmente; así que, relájate, déjate llevar. *Ella* controla tus movimientos y no dejará que te pares a no ser que lo desees con fuerza. Recordad siempre que la magia es un instrumento a nuestra disposición, pero no es bueno jugar con ella a la ligera. —Tras decir esto, se colocó delante de Gabi y lo miró fijamente a los ojos—. ¿Preparado? —Mi amigo asintió, asustado al tiempo que feliz—. Tres, dos, uno… ¡Ya! —exclamó, y Gabi hizo exactamente lo que ella le había indicado, apareciendo de repente, en medio del salón, una esfera de luz que se deshizo en haces de colores.

—¡Fantástico, Gabi! —le felicitó Andrés, abrazándolo.

—Enhorabuena, Einstein —le dije yo emocionado—. De aquí a Hollywood.

—¡Bravo! —aplaudió Susana.

—¡Tiembla, Copperfield, que llega el gran Gabi! —rió Andrés haciendo ademanes como si leyera un gran cartel.

—Muy bien, Gabriel. Como te dije, tienes madera de brujo —le dijo la hechicera, abrazándolo con una ternura especial—. Chicos, ¿habéis visto? Vosotros también podéis lograrlo. Y tú has de continuar practicando, Gabi, que no se diga que ha sido la suerte del principiante —le dijo guiñándole un ojo.

—¿Podemos dejarlo por hoy? Estamos cansados —preguntó Susana.

—Está bien. Además, ya se ha hecho tarde —se avino la hechicera tras consultar su reloj—. ¿Cenamos en el restaurante?

—Es mejor quedarnos aquí, para no llamar la atención —sugerí, recordando los peligros que nos podían acechar en cualquier sitio.

—Sí, ¿por qué no pedimos unas *pizzas* y nos las comemos viendo una peli? —propuso Andrés, emocionado ante la idea de apropiarse del mando a distancia y recorrer todos los canales de la televisión por satélite al mismo tiempo que se devoraba una *pizza quattro formaggi*.

Media hora más tarde nos dábamos un festín de *pizza*, refrescos y dulces en nuestra *suite*. Úrsula, que había pedido un sándwich de jamón y queso y una taza de leche, arguyendo que se sentía cansada y que le ayudaría a conciliar el sueño, prefirió cenar sola en la *suite* de las chicas y acostarse en seguida. Nos pidió que no nos quedásemos despiertos hasta muy tarde, ya que al día siguiente tendríamos que levantarnos temprano y comenzar la búsqueda de Lang Ching.

Hacia las once de la noche, cansados ya de la televisión y exhaustos por el día tan largo y movido que habíamos vivido, los chicos empezaron a quedarse dormidos delante del televisor. Susana, sentada a mi lado, me dijo que se quería acostar. Apagamos la tele y mientras Gabi y Andrés recogían todo, la acompañé a su habitación.

—Vaya día, ¿eh? —le susurré junto a su puerta, acariciándole el pelo.

—Intenso, y mañana será igual.

—No me importa, si estás conmigo —le dije antes de besarla.

—Será mejor que me acueste. Mañana Úrsula me pedirá explicaciones —dijo sonriendo, aunque sin desearlo de verdad.

—Está bien —dije resignándome a no poder compartir con ella más que aquellos momentos fugaces—. Hasta mañana.

En ese instante se me ocurrió que si leía la carta de Morgana, tal vez, mis sueños cobrarían sentido. Le pedí a Susana que la cogiera del bolso de Úrsula.

Mi amiga se adentró en la habitación y, en un minuto, regresó con el viejo sobre en la mano.

Tras robarle un último beso volví a mi habitación. Los chicos se habían acostado, pero estaban charlando; recordaban el logro de Gabi con la magia, el accidente en la autopista y el autobús que nos llevó al aeropuerto. Les pedí que trataran de descansar. Les di un abrazo a cada uno para agradecerles su ayuda, y me acosté. Leí la carta de Morgana y después, apagué la luz y cerré los ojos. No obstante, no me dormí. Estuve un buen rato pensando. No podía quitarme de la cabeza el sueño que había tenido, la ciudadela en ruinas, las columnas con forma de mujer y el árbol. Le daba vueltas a todo intentando entenderlo. La carta de Morgana no me había ayudado como yo creía. Intenté pensar en aquella ciudad en ruinas para soñarla otra vez. Sin embargo, cuanto más me esforzaba, más borrosas aparecían aquellas imágenes en mi memoria. Finalmente, el sopor del sueño me invadió hasta que me sumí en un profundo descanso sin sobresaltos.

Capítulo Veinte

BUSCANDO A LANG CHING

Cuando Andrés, Gabi y yo bajamos a desayunar, las chicas ya nos estaban esperando al fondo del comedor, en una mesa apartada en la que poder hablar con discreción. Nos habíamos vestido con la ropa nueva que encontramos sobre uno de los sofás del salón de nuestra *suite*. Parecía haber aparecido allí por arte de magia, sin embargo, aquellas bolsas de ropa y calzado con nuestros nombres escritos a bolígrafo verde estaban allí por obra de nuestras amigas, sin que interviniera más magia que la que había permitido pagarlo todo. Úrsula se había levantado a primera hora y había despertado a Susana para irse de compras por las *boutiques* del hotel. Así que, mientras nuestro ciclo de descanso adolescente terminaba, ellas nos dejaron aquellos regalos en nuestra habitación.

—¡Qué guapos estáis! —exclamó la hechicera al vernos aparecer.

—¿Por qué te has molestado? —preguntó Andrés.

—¡Eh! Que yo también he participado —protestó Susana.

—Tú también estás muy guapa —apostillé dándole un beso en la mejilla.

—Recordad que nos hacemos pasar por una familia noble, así que debemos vestir con clase —explicó la maga, a quien le devolví la carta de Morgana—. La ropa del viaje estaba para tirar después del accidente —añadió antes de darle un sorbo a su café—. Venga, chicos, desayunad rápido que tenemos que ponernos manos a la obra; no estamos de vacaciones.

—Bien —comencé tratando de organizar las tareas mientras la leche, el café, los zumos, las infusiones, el azúcar, la miel, los cereales, bollos, *croissants*, tostadas, y mermeladas se desplazaban por toda la mesa, pasando de unas manos a otras—, he estado pensando lo que podríamos hacer. Decidme qué os parece. Pondremos un anuncio en el periódico. Será lo suficientemente claro para que Lang lo entienda, aunque ambiguo para todos los demás. Andrés, Gabriel y yo lo llevaremos al periódico. Mientras tanto, vosotras buscad una agencia de alquiler de coches y elegid uno pequeño y rápido. Contratadlo para tres o cuatro días; lo más probable es que no estemos

tanto, pero mejor no tener que preocuparnos de renovar el alquiler. Después esperaremos en el hotel a que Lang responda.

—¿Cuál será el mensaje del anuncio? —preguntó Susana.

—En el avión se me ocurrió algo. A ver qué opináis —dije y todos asintieron esperando que compartiera con ellos mi propuesta—. Tiene que ser breve y conciso. Solo Lang debe entenderlo —recordé mientras me sacaba un papel doblado en cuatro del bolsillo de mi nuevo pantalón beis—. «Querido L. C. Soy su amigo, el fontanero aventurero —leí—. Tenemos que hablar. Ahora hace más calor que la última vez. Déjeme un mensaje en el Hilton Opera. Suyo eternamente».

—¿El fontanero aventurero? —preguntó Gabi.

—Bueno, sí, por lo de la Fuente de la Juventud —contesté—. ¿Qué os parece? ¿Muy enrevesado?

—¿Y lo del calor? —me interrogó Andrés con la boca llena.

—Quiero decir que mi padre está peor.

—Creo que si lo lee, lo entenderá —opinó Úrsula.

—Y ¿si Lang Ching no está en París o no responde? —preguntó Gabi.

—En ese caso ya no quedará ninguna posibilidad de salvar a mis padres, ni al mundo.

—No seas pesimista, Daniel —me riñó la maga—. Siempre hay una puerta de atrás para solventar un problema en apariencia irresoluble.

—Confiemos en que *sí* esté en París —dijo Susana.

—Entonces, manos a la obra —propuso Andrés poniéndose en pie, con una tostada cubierta por una deliciosa mermelada de violetas en cada mano.

Lo primero que hicimos fue traducir el mensaje al francés y escribir las instrucciones para su publicación. Queríamos que apareciera durante varios días. En recepción averiguamos la dirección de la oficina de admisión de anuncios del diario más leído de la ciudad. Úrsula nos dio dinero para el taxi y para pagar el anuncio, y ellas se marcharon en busca del coche de alquiler. Al salir del hotel nos recibió un luminoso día de verano. Por un momento lamentamos no poder disfrutar de aquella jornada radiante visitando las maravillas que alberga la capital de Francia. Tomamos un taxi y nos dirigimos al periódico. No obstante, a causa de unas obras que impedían el paso, nos bajamos en la calle paralela. Solo teníamos que caminar unos minutos, pero fue suficiente para que las cosas se torcieran.

Debíamos de tener un aspecto demasiado apetecible para los cacos, con nuestra ropa de marca, nuestro deambular despistado y nuestra manera de hablar. Como salidos de la nada, unos tipos nos arrinconaron junto a un

callejón y, amenazándonos con navajas, nos pidieron que les entregásemos todo el dinero. No hizo falta saber francés para comprender que nos estaban atracando. Gabi se puso a temblar y les entregó su cartera, donde llevábamos el dinero para el anuncio. Lo que ocurrió a continuación pasó tan deprisa que casi no nos dimos cuenta. Andrés se abalanzó sobre ellos y con un par de llaves de artes marciales desarmó a uno de los ladrones. Los demás, conscientes de que los gendarmes no tardarían en aparecer, huyeron corriendo. Envalentonados, los perseguimos un trecho, pero los atracadores conocían bien la ciudad y enseguida se escabulleron con nuestro dinero. Solo entonces nos percatamos de que no sabíamos dónde estábamos, porque durante la fallida persecución habíamos cruzado varias calles y doblado demasiadas esquinas. Nuestro conocimiento del idioma era muy limitado y tampoco nos las arreglábamos en inglés. Maldije las horas de clase de francés que me había pasado en la cafetería del instituto y me juré que si salía vivo de aquella aventura, me tomaría más en serio el aprendizaje de idiomas. Tuvimos que consultar un plano de la ciudad en la marquesina de una parada de autobús, y tras dar mil vueltas, casi dos horas después de salir del hotel, por fin encontramos la oficina del periódico. Llegamos justo cuando iban a cerrar la ventanilla de recepción de anuncios para la edición de la tarde. De hecho, la encargada de la oficina no quería atendernos. Sin embargo, tras poner cara de chicos desvalidos y farfullar algo así como «*Sil-vú-plé, mad-mua-sel*», accedió. Le entregamos la nota repitiendo sin parar «*Mer-sí, mer-sí bo-cú*» y regalándole la mejor de nuestras sonrisas. La leyó, pero no entendió nada, aunque tampoco pareció importarle. Nos miró y de forma mecánica nos dijo algo de lo que solo pudimos entender: «*Suasán francs*».

—¿Qué dice? —preguntó Andrés.

—Creo que ha dicho «*Suasán francs*» —respondió Gabi.

—Eso ya lo sé, pero ¿qué significa? —insistió Andrés.

—Creo que sesenta francos —respondió Gabi.

—¡¿Sesenta?! Eso son unas 1400 pesetas —exclamé echándome las manos a la cabeza—. No tenemos tanto dinero. Solo tengo las vueltas del taxi. Lo del anuncio lo llevabas tú —me quejé señalando a Gabi.

—Me amenazaban con una navaja, ¿qué iba a hacer? —se justificó.

—No tendrías que haberles dado la cartera a la primera —espeté sin estar seguro de cuál habría sido mi reacción.

—Si supiera francés la convencería en un santiamén —dijo impotente Andrés.

—¿Convencerla de qué? ¿De que no nos cobre? —pregunté contrariado.

—*Soixante francs, monsieur* —repitió la señorita extendiendo la mano, a punto de perder la paciencia.

—Bueno, a ver qué sale —mascullé acercándome al mostrador—. *Escuse muá. L'argent volé, volé. Notre argent volé* —repetí tratando de hacerle entender que nos habían robado.

La mujer frunció el ceño y, de repente, soltó una retahíla de la que no entendimos más que «*Canailles!*». Acto seguido cerró la ventanilla. Andrés la aporreó. La encargada gritó desde dentro algo de lo que tan solo comprendimos «*La police!*». Después escuchamos un portazo. Ya nos íbamos a marchar cuando la ventanilla volvió a abrirse de improviso. Se trataba de otra señorita, vestida con ropa antigua, una mirada encantadora y una sonrisa que nos resultaba familiar.

—Hola, muchachos —dijo en nuestro idioma—. ¿Puedo ayudaros?

—Eh… —Nos miramos entre nosotros con sorpresa—. Verá, *ma-de-moi-se-lle*, nos han atracado viniendo hacia aquí y no tenemos suficiente dinero para pagar el anuncio. Pero es que es de vital importancia que lo publiquen hoy —dije con auténtica desesperación.

—Veo que es un mensaje un tanto críptico —apuntó la señorita al leerlo—. ¿Seguro que no es un juego?

—No, no, en absoluto. Estamos buscando a un…

—Primo —intervino Andrés.

—Sí, a un primo lejano que vive en París. Bueno, estamos de paso, con nuestra tía… y no sabemos cómo localizarlo. Es urgente, la verdad.

—Está bien, no os preocupéis. Yo me encargo. Pero para la próxima vez, tened más cuidado.

—Gracias, señorita, muchas gracias —le dije sin creerme aún el golpe de suerte.

—De nada, es un placer ayudar a los discípulos de Úrsula —dijo cerrando la ventanilla de golpe.

—¿Qué? —preguntamos los tres al mismo tiempo.

—¿Qué acaba de pasar? ¿Quién era esa mujer? —nos preguntamos.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dije abriendo la puerta que conducía a la oficina. La encargada que nos había atendido en primer lugar vino corriendo hacia nosotros, diciendo algo que no entendimos.

—¿Dónde está la otra señorita, la de los ojos claros? —le preguntamos, pero ella ponía cara de no comprendernos—. *U es la mademoiselle? —insistí.*

—*La outra madam* —añadió Gabi.

—*Il n'y a personne ici sauf moi!* —exclamó asustada, invitándonos a mirar el interior de la oficina. Luego añadió en nuestro idioma—: ¡A casa, *gambegos*!

—No entiendo nada —dije al salir de la oficina.

—Creo que alguien nos ha echado una mano —dijo Gabi, entrecomillando con un gesto la palabra *alguien*.

—Quizá al cuello. Ya veremos —añadió Andrés.

Caminamos por la calle preguntándonos quién sería aquella joven elegante que nos había atendido desapareciendo sin más. No estábamos seguros de si había sido una alucinación o de si realmente el anuncio saldría en la edición vespertina. Habría que esperar. Estábamos deseando llegar al hotel para contarles a las chicas lo que había ocurrido. Como no nos quedaba dinero para otro taxi, tuvimos que volver caminando, consultando los planos de las paradas de metro y autobús. Pasaba ya un rato de la una del mediodía cuando, al doblar una esquina, nos encontramos con el majestuoso edificio del Hilton Opera.

Las chicas estaban esperándonos para comer. No habían sufrido ningún contratiempo para cumplir su cometido y habían alquilado un pequeño coche rojo que descansaba en el garaje del hotel.

—No sé quién puede ser —contesto Úrsula cuando le explicamos lo de la misteriosa mujer del periódico.

—Puede que sea una servidora de Nindún-Rinpoché —aventuró Susana.

—No lo creo. Ha sido muy amable y ha aparecido cuando más nos hacía falta una ayuda. Si quisieran entorpecer nuestra búsqueda bastaba con no haber aparecido. Nos metemos en muchos problemas nosotros solos —lamenté avergonzado mirando a mis amigos.

—Sea quien fuere, me conoce y os conoce —reconoció la hechicera dejándose caer en un sofá de uno de los salones del hotel, donde estábamos esperando a que el comedor se vaciase un poco para entrar a comer.

—¡Morgana! —exclamó Gabi al fijarse en los ojos de Úrsula, abiertos como platos mientras trataba de adivinar quién podía habernos echado una mano—. Sus ojos eran como los tuyos. Me fijé bien.

—Eso es imposible, Gabriel —rechazó la bruja—. Ya os dije que desde que murió no ha habido manera de contactar con ella. No, no puede ser —insistió.

—Pero, Úrsula, ¿y si fuera verdad? A todos nos ha resultado familiar. Y cuanto más lo pienso, más me recuerda al retrato que tienes en el salón de tu

casa —le dije, cada vez más cerca de creérmelo—. Además, vestía con ropa antigua.

—Pero ¿eso se puede hacer? Quiero decir, ¿los muertos pueden intervenir en este mundo? ¿Materializarse y ayudarnos? —preguntó Andrés, confuso.

Úrsula nos miraba sin saber cómo reaccionar. Comprendimos que si se negaba a aceptar la posibilidad de que su abuela se nos hubiera aparecido era más por la rabia que le provocaba que ella nunca hubiera podido contactar con su espíritu que por el hecho de que aquello fuese o no posible.

—En teoría es posible —admitió al fin—. Un espíritu lo suficientemente poderoso podría reunir la magia necesaria para adquirir la forma física durante unos minutos. Hay estudios que hablan sobre el tema —reconoció con voz queda, apagada y triste—. En cualquier caso, lo comprobaremos esta tarde —masculló la hechicera sumida en sus pensamientos. Tras unos instantes se puso en pie, sonrió de nuevo y, cambiando el tono de su voz, dijo—: Toda ayuda es bienvenida, venga de donde venga.

Después de comer subimos a las habitaciones y nos quedamos toda la tarde practicando los ejercicios de canalización. Gabi volvió a sentir el poder entre sus manos y ya no solo logró tocar la magia, sino que, sin ayuda, consiguió crear esferas luminosas y otros efectos visuales sencillos. Lo importante, como nos explicó la hechicera, era que había conseguido *hablar* con la magia. Los demás continuamos con los ejercicios sin lograr apenas resultados. Estaba claro que no todos podríamos ser magos, que había personas tocadas por la varita del destino, y que nuestro amigo era uno de ellos. Sí conseguimos, en cambio, notar cómo el aire se espesaba entre nuestros dedos. Y aunque ese éxito nos había llevado dos tardes enteras, Úrsula nos dio ánimos, ya que había gente que no lo lograba nunca.

Pero no todo fueron alegrías. Estaba preocupado por mi padre, así que llamé al hospital y logré hablar con la doctora Estevil. Y lo que me dijo me sumió en la tristeza. Mi padre había empeorado. Había sufrido una recaída y el virus se había extendido por todo el cuerpo. Habían logrado estabilizarlo, sin embargo, no podía darme un pronóstico optimista. Cuando colgué, me derrumbé. Mis amigos trataron de consolarme, pero las malas noticias no habían hecho más que comenzar. A media tarde un botones del hotel nos subió el periódico, donde esperábamos encontrar el mensaje para Lang Ching. No obstante, no fue así.

—Al final no nos ha ayudado, fuese quien fuese —se quejó Andrés.

—Entonces no era Morgana. Debió de ser alguien de la secta de Nindún —dijo Úrsula, mirando por la ventana.

—Mañana a primera ahora iremos otra vez al periódico. Pondremos un anuncio a toda página. Daniel, no te preocupes, si Lang Ching está en París, lo verá —me consoló Susana al ver que me hundía en el derrotismo.

La tarde declinó entre ejercicios mágicos y ratos de televisión, además de paseos a la cafetería del hotel. La noche llegó y la Ciudad de la luz hizo honor a su nombre iluminándose como un precioso árbol de navidad.

—Ojalá pudiésemos pasear por las avenidas de París —me dijo Susana al oído, mirando la ciudad encendida desde el balcón de su *suite*.

—Cuando todo esto termine, volveremos tú y yo solos, si quieres.

—Eres un romántico, Daniel Monreal —dijo antes de fundirnos en un beso.

Al cabo de un rato pedimos la cena como habíamos hecho la víspera y después nos acostamos temprano. Estaba tan agotado que apenas recuerdo el momento de meterme en la cama. Volví a sumergirme en el sueño de la ciudadela en ruinas. Sin embargo, no estaba solo. A mi lado había una mujer. Era la misma mujer que se nos había aparecido en el periódico, pero algo mayor y con otro peinado, aunque sus ojos eran inconfundibles. Me hablaba, pero no conseguía oírla. De repente me cogió la mano y echamos a volar. Nos dirigimos hacia el edificio del patio excavado y el árbol. Aterrizamos junto al tronco. Era un olivo. Nos arrodillamos. Estábamos cogidos de la mano. Luego me besó en la mejilla. De repente la reconocí. Era Morgana. Vi los tres rostros superpuestos: el de la oficina del periódico, el del retrato y el del sueño. Su cara cambiaba, también su pelo, pero su mirada era la misma. Entonces me hizo mirar al pie del tronco de aquel olivo. Entre la tierra seca y las piedras había nacido una flor. Era hermosa y extraña. Tenía forma de tulipán, brillaba como el oro y sus pétalos parecían de seda. Entonces me percaté de que Morgana había desaparecido. Luego, la nada.

Al despertar vi que ya había amanecido y la luz del día se arrojaba sobre mi cama con descaro, invitándome a levantarme. Estaba solo en el dormitorio; mis amigos debían de haber bajado a desayunar. Me desperecé y remoloneé unos minutos. Me había venido bien descansar. Me encontraba renovado, animado y repleto de energía. Me duché y bajé al comedor. En la misma mesa redonda donde habíamos comido la víspera, encontré a mis amigos. Me miraban sonriendo.

—¿Qué os pasa que os veo tan contentos?

—*Voilà!* —exclamó Gabi alcanzándome el periódico, abierto por la página de anuncios por palabras.

En medio de la página, en un tamaño superior al del resto de anuncios, rodeado por un surco color violeta del pintalabios de Úrsula, vi nuestro anuncio.

—¡Genial! Tenía el presentimiento de que saldría hoy. Aquella mujer era Morgana. La he vuelto a ver —dije, haciendo que enmudecieran de repente.

—Explícate —me rogó la maga.

—Me ha visitado en sueños. Estaba diferente al cuadro y a la señorita del periódico, pero tenía sus mismos ojos. Nos está ayudando.

—Ya lo creo —intervino Gabi—. Mira, Dani, fíjate —dijo mostrándome cuatro periódicos más—. El mensaje aparece en los principales diarios del país, no solo en París, sino en toda Francia.

—Úrsula, ¿qué opinas? —preguntó Susana.

—Morgana era una mujer misteriosa e independiente. Supongo que ahora que es un espíritu no va a cambiar su forma de actuar.

—Estoy segura de que en su momento, también se te aparecerá —le dijo Susana, cogiéndole una mano entre las suyas.

—Ahora no podemos hacer otra cosa que esperar —dije para ahuyentar la melancolía, con la esperanza de que el amigo de mi padre leyera el anuncio.

Todos asintieron con una sonrisa que mostraba su renovada esperanza en que, en poco tiempo, Lang Ching se pusiera en contacto con nosotros.

Cuando acabamos de desayunar fuimos a una de las salas de estar del hotel. Nos acomodamos y pasamos el rato charlando, leyendo y jugando al ajedrez, distrayéndonos para que el tiempo discurriese más deprisa. De repente, en medio de una conversación, se nos ocurrió mirar en el mismo periódico por si había algún anuncio de alguien o algo relacionado con La Luz del Nuevo Mundo, o alguna pista que nos indicara que la secta de Nindún trataba de captar adeptos en París. Susana, que se defendía bien en francés, se puso a leer los anuncios por palabras, mientras Gabi y Andrés jugaban a un videojuego que habían logrado poner en marcha pese al cartel que indicaba que estaba fuera de servicio.

—¿Por qué crees que Morgana se me aparece, Úrsula? —le pregunté tras sentarme a su lado, viendo que estaba sumida en pensamientos que apagaban su mirada.

—Tienes que salvar el mundo, Daniel, ¿te parece poco motivo?

—Pero cualquiera podría detener a Nindún-Rinpoché —objeté bajando la voz—. ¿Por qué yo, por qué nosotros?

—Las razones de la magia no siempre son claras. Pero tranquilo, que seguramente lo sabremos dentro de poco.

La hechicera me pidió que le explicase lo que había soñado, y así lo hice. Le conté los dos sueños, el que me había llevado a mí solo a aquellas ruinas, y el último, en el que me acompañaba Morgana. Le conté todos los detalles, todo lo que vi: las ruinas, los edificios, las mujeres-columna, el olivo, la flor de oro… Me quedé en silencio de repente. Una idea estaba creciendo en mi cabeza. De improviso, como cuando de la nada surge un recuerdo nítido o una buena idea, lo vi claro.

—¡El Tarín Dorado! —exclamé al unir los cabos—. Creo que Morgana me ha enseñado dónde encontrar el Tarín Dorado.

—Es posible, Daniel. Recuerda que en la carta nos decía que más adelante conseguiríamos información sobre la Llave de Tara y el Tarín Dorado. Quizá nos está guiando a través de tus sueños —aventuró la bruja—. Además de echarnos una mano cuando nos bloqueamos. Querido, ¿puedes reconocer esa ciudadela, esas ruinas?

Me quedé pensativo. Estaba seguro de que aquel lugar no me era del todo desconocido, aunque en ese momento no conseguía identificarlo.

—No te preocupes. Cuando menos te lo esperes, te acordarás —me consoló la maga.

Nos quedamos un rato en el sofá dándole vueltas a las pistas que iban surgiendo. De repente, Susana gritó. Se levantó y vino hacia nosotros con el periódico en la mano. Los chicos, alarmados, dejaron su videojuego y se acercaron para ver qué ocurría. Susana estaba paralizada; en su rostro había terror.

—¡¡¿Qué has encontrado?!! —preguntó la hechicera—. ¡¡¿Qué ocurre?!!

—Mirad esto —balbució entregándonos el periódico.

Úrsula tomó el diario. Susana le señaló un anuncio en la sección de «Clasificados», en un apartado denominado «Mensajes variados». Nos miró con el ceño fruncido y empezó a traducir en voz alta:

—«Amigos de la portadora de La Luz del Nuevo Mundo, herederos de la tierra por toda la eternidad. Debemos luchar unidos por el sueño de nuestra señora. Ayudadnos a impedir que sus designios no se cumplan. Debemos detener a sus enemigos. Cinco de ellos han llegado a París. Detengámoslos».

Nos quedamos boquiabiertos. Aquel mensaje encerraba una amenaza de muerte. Sabían que estábamos en la ciudad. Estábamos en peligro.

—No podemos salir del hotel, salvo que sea estrictamente necesario —dije.

—Cualquiera podría ser de esa secta, también los empleados del hotel —advirtió Gabi, horrorizándose al instante de su propia idea.

—Deberíamos irnos a otro sitio —propuso Andrés.

—No podemos. Lang Ching podría enviarnos un mensaje —les recordé.

—Sí, y también podría ser una trampa de Nindún —alertó Susana.

—De eso me encargo yo —dijo Úrsula sin que la entendiéramos—. Captaré las buenas o malas vibraciones del mensaje, sea por carta o por teléfono —aclaró.

—Pero ¿y si Lang piensa que nuestro anuncio es una trampa para él? —sugirió Susana.

—Esperemos que capte nuestras buenas vibraciones y nos responda —dije tratando de ser optimista y maldiciendo para mis adentros que nuestra vida dependiera de captar o no las intenciones detrás de los mensajes.

—Lo hará —concluyó Úrsula convencida—. Será mejor, de todas formas, que no bajemos la guardia. Sugiero que subamos a las habitaciones. Tenéis que practicar la canalización. Cuando nos ataquen, necesitaré toda la magia que podamos reunir.

Los dos siguientes días pasaron con rapidez y, a la vez, con lentitud. Permanecimos encerrados en nuestras *suites*, practicando y luchando contra el aburrimiento. Leíamos libros y revistas, veíamos películas, charlábamos, volvíamos a practicar los ejercicios mágicos y, a ratos, Susana y yo nos escabullíamos para estar a solas. Esos dos días nos ayudaron a conocernos mejor y, al anochecer del segundo, observando desde la terraza del hotel la noche estrellada y la torre Eiffel iluminada emergiendo sobre los tejados de París, nos dimos cuenta de que nos estábamos enamorando. Así, de una manera un tanto atípica, París volvió a ser la ciudad del amor.

Nuestro anuncio seguía apareciendo en todos los rotativos, aunque también empezamos a encontrar en los diferentes diarios los mensajes de nuestros enemigos. Cada hora que pasaba nos sentíamos más atrapados en aquel hotel. Varias veces al día bajábamos a recepción preguntando si había llegado algún recado para el *fontanero aventurero*. Aunque siempre nos decían que no.

La tarde del tercer día resultó ser abrasadora. El aire acondicionado era incapaz de neutralizar la ola de calor que asolaba la ciudad. A las tres y media de la tarde Susana bajó a recepción y preguntó, de nuevo, si había algún mensaje.

—Sí, señorita —le respondió el recepcionista—. Lo han dejado esta mañana.

Capítulo Veintiuno

UNA ENIGMÁTICA CITA

Había tres grandes jardineras que contenían sendas palmeras. Parecía imposible que dentro de un edificio pudieran crecer plantas frondosas, hermosas flores o, menos aún, palmeras. Pero, al fin y al cabo, estábamos en el Hilton Opera. El sistema de vaporización de agua mantenía frescas e hidratadas las plantas. No obstante el alivio momentáneo del calor, la humedad reinante provocaba que se nos pegara la ropa a la piel.

Conforme había transcurrido el tiempo, este pareció dilatarse haciendo que las horas se arrastraran pesadamente por la esfera del reloj, luchando, minuto a minuto, por avanzar, como si el tiempo fuera un campo de batalla en el que, no sin esfuerzo y sacrificios, se ganan solo algunos metros. Así que, cuando Susana se acercó dando gritos de entusiasmo, nos encontró medio dormidos y aturdidos, a partes iguales, por el calor y el aburrimiento.

—¡¡Ha contestado!! ¡Lang Ching ha contestado! ¡Mirad! —exclamó enseñándonos una carta dirigida al *fontanero aventurero*.

La cogí con cautela. Extraje de un sobre blanco, normal y corriente, un folio del mismo color cuidadosamente doblado en tres. La nota era escueta. Estaba escrita a mano con bolígrafo azul. Y decía así:

> *Estimado Eduardo.*
>
> *Me alegro de que hayas vuelto. Te espero esta noche a las nueve y media donde tú ya sabes. Que la fortuna te sea propicia.*
>
> *Lang Ching*

Nos quedamos perplejos. No había ninguna dirección, ni el nombre de un parque, plaza, café o restaurante. Solo aquel enigmático «*donde tú ya sabes*».

—¿Qué significa esto? —pregunté, sacudiendo el papel— ¿Es una broma?

—¿No te han dicho nada más en recepción? —le preguntó en vano Andrés a Susana, quien empezaba a sentirse culpable por no saber qué contestar a las preguntas que ella se había hecho antes que nadie.

Escudriñé a conciencia el sobre para asegurarme de que no había nada más. Decepcionado, me dejé caer en el sofá, resoplé y dirigí la mirada al techo, viendo allá arriba una pequeña cúpula de cristal por la que entraba la luz del día, la cual acariciaba las hojas de las palmeras e iluminaba los pisos del hotel, cuyas balaustradas se asomaban a aquel patio interior y de las cuales colgaban plantas de bellos colores que se enmarañaban entre sí formando cortinas vegetales.

—Me temo que estamos como al principio —observó Susana sentándose a mi lado.

—¡Vamos! —exclamó Gabi—. No es el fin del mundo.

—Lo será como no adivinemos de qué lugar está hablando Lang Ching —les recordé alzando la carta.

—¿Cómo podemos estar seguros de que no es una broma o una trampa? —preguntó Susana.

—Es obvio que no es una broma —aseveró Gabi acercándose a nosotros—, ni una trampa tampoco. Los agentes de Nindún no saben dónde se reunía tu padre con Lang Ching. Parece —continuó deduciendo Gabi— que quiere cerciorarse de que es tu padre quien lo busca; por eso ha sido tan precavido —explicó dirigiéndose a mí—. Si fuera una trampa de la secta de Nindún nos habrían indicado un sitio preciso donde atraparnos. Tampoco puede ser una broma —añadió— porque nadie sabe que la «*L*» y la «*C*» de nuestro anuncio son las iniciales de Lang Ching.

—De todas formas, me quedaré más tranquilo cuando Úrsula examine las vibraciones del mensaje —aseveró Andrés.

—Sabéis que he abierto mi mente a la magia, a la adivinación y a todo lo paranormal —rezongó Gabi—, sin embargo, mi deducción es lógica e irrebatible. No hace falta que Úrsula la certifique. No es una trampa. La nota es de Lang Ching.

—Aun así seguimos sin saber adónde tenemos que ir —apunté.

—A lo mejor Morgana se nos aparece otra vez o te da una pista en sueños —se le ocurrió decir a Andrés, aunque su comentario no nos hizo la gracia que él esperaba.

—Estoy seguro de que podemos deducir cuál es ese lugar que tu padre y Lang Ching conocen en París —afirmó Gabi sentándose a pensar.

Nos quedamos en silencio intentando encontrar alguna salida a aquel nuevo obstáculo en nuestro camino.

—¿Tu padre no mencionó algo que nos pueda ser útil?

—No. Ya os conté todo lo que me dijo —respondí a Andrés.

—Voy a buscar a Úrsula —dijo Susana tras un momento de silencio poniéndose en pie—. Quizá pueda adivinar dónde quiere vernos Lang.

—Vamos contigo —le dije, tirando de mis amigos, que parecían gatos arrellanados en los sofás.

Tuvimos que llamar a la puerta porque Susana se había olvidado su llave dentro. Úrsula no abría, así que insistimos. Al poco, abrió la puerta. Llevaba puesto el albornoz de la ducha y uno de sus característicos turbantes, azul oscuro ribeteado de plata. La habíamos sacado de un reconstituyente baño. No se quejó. Entramos. Descorrió las cortinas para que la luz inundara la sala de estar. Sin que le explicásemos nada, sacó las gafas del bolso; sabía que tendría que leer.

—Dejadme ver esa nota —murmuró.

Nos miramos sorprendidos por su capacidad adivinatoria. Le entregué el sobre. Lo abrió, extrajo el papel y lo sostuvo entre las palmas de sus manos con los ojos cerrados.

—No hay maldad en este mensaje. Preocupación, sí, mucha. También alegría, pero no percibo malos deseos. La nota es del amigo de tu padre —aseguró antes de leerla—. ¡Vaya! —exclamó al cabo de pocos segundos quitándose las lentes—. Esto es realmente desconcertante —dijo mirándonos fijamente.

—Puedes adivinar qué sitio es al que tenemos que ir, ¿verdad? —le pregunté convencido de que tras unos momentos de concentración y, tal vez, pronunciando algún conjuro, a su mente acudiría rauda la imagen de Lang Ching susurrando el nombre del lugar secreto mientras escribía aquellas oscuras palabras: «donde tú ya sabes».

—Me temo que no puedo, cariño. No conozco a ese hombre. Ni siquiera he visto su cara, tampoco he oído su voz. Puedo sentir lo que él experimentaba al escribir estas palabras, pero no en qué pensaba. Para una hechicera hay cosas que no se pueden conseguir sin unos elementos mínimos —dijo arrojando una lona de decepción sobre nosotros.

—Bueno, ¿y por qué no llamas a tu padre y le preguntas qué sitio es? —me preguntó Andrés verbalizando la más lógica de nuestras opciones.

—Tienes razón —dije descolgando el teléfono que reposaba sobre una mesita de madera junto al sofá—. Espero que se encuentre mejor —añadí mientras marcaba los prefijos y el número del hospital, que ya me sabía de memoria.

—¿Estará despierto? —preguntó Andrés.

—Claro, allí es la misma hora que aquí —le informó Gabi.

—Es la hora de visita, así que supongo que mi tía y Óliver estarán con él —respondí mientras escuchaba los tonos de llamada. Al cabo de cinco eternos tonos, alguien descolgó—. ¡¿Sí?! ¡¿Hola?! Quisiera hablar con el señor Monreal, Eduardo Monreal. Habitación 402… Sí, espero —dije y escuché un clic que antecedió a un par de tonos más, tras los cuales alguien descolgó—. ¡¿Papá?! ¡Soy yo! ¡Dani! —exclamé—. ¡Ah! ¿el enfermero? Verá, soy el hijo mayor de Eduardo Monreal, pásemelo, por favor. ¿Qué? —pregunté cambiando el tono de voz, cosa que alarmó a mis amigos—. Sí, claro, hablaré con la doctora Estevil —contesté cuando el enfermero me dijo que mi padre no podía ponerse, pero que la doctora hablaría conmigo. Tras un instante, la voz de la doctora me alcanzó—. Hola, doctora. Sí, sigo fuera de la ciudad. Sí, mi madre también está de viaje, pero… ¿qué ocurre? —La expresión de mi cara debió de ser muy elocuente, porque vi una honda preocupación reflejada en los rostros de mis amigos—. Pero ¿cómo es posible?… Comprendo. Sí, me lo explicó el otro día, aunque me dijo que lo habían estabilizado… No, no puedo volver ahora… Usted no lo entendería… Sí —añadí conteniendo las lágrimas—. Llamaré. Muchas gracias —musité y colgué, derrumbándome en el sofá y rompiendo a llorar.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntaban sin parar.

—Mi padre ha entrado en coma —farfullé cubriéndome la cara—. Perdió la consciencia ayer por la noche. La doctora dice que ya no pueden hacer nada más por él, solo esperar.

Susana me abrazó. Los chicos me dijeron que lo sentían y se sentaron a mi lado, cabizbajos. Úrsula se acercó y me hizo mirarla a los ojos.

—Ahora todo depende de nosotros —me recordó—. Solamente el Agua de la Fuente de la Juventud puede salvarlo.

—Tienes razón —dije enjugándome las lágrimas con el dorso de ambas manos—. Hay que encontrar a Lang.

Me levanté y caminé por la habitación tratando de poner orden en mis pensamientos. Había que razonar con lógica y actuar con rapidez. Le pedí a Gabi que bajara a recepción a por un plano de la ciudad. En un par de minutos estuvo de vuelta. Lo desplegamos sobre la mesa. Nos colocamos alrededor, decididos a dar con el lugar al que se refería Lang Ching. El tiempo pasaba con celeridad, eran las cuatro y media de la tarde. Teníamos menos de cinco horas para adivinar el lugar exacto de la reunión.

—Bien, Gabi, ¿por dónde empezamos? —le pregunté a mi amigo, rogándole con la mirada que pusiera todas sus neuronas a trabajar.

—¿Qué tenían en común tu padre y Lang? —preguntó tras ajustarse las gafas—. Seamos lógicos, tenemos que averiguar a qué se refiere. ¿Qué relación tiene tu padre con París? ¿Había estado aquí antes? —inquirió Gabi.

—Bueno, mi padre es un aventurero, ha viajado por todo el mundo, ya lo sabéis —dije, y entonces me quedé pensativo—. A decir verdad, ha pasado más tiempo viajando que en casa.

—… donde tú ya sabes… —recordó Úrsula, centrando de nuevo el tema—. Tiene que ser un sitio que tenga un significado especial para tu padre. ¿Recuerdas si hizo algún estudio en París? ¿Una excavación arqueológica o algo así?

Traté de recordar. Eduardo Monreal había pasado casi toda su vida buscando tesoros y desenterrando civilizaciones perdidas, pero no recordaba ninguna visita a París. Me estrujé la cabeza intentando rescatar el recuerdo de algún comentario, de alguna frase o palabra que arrojase luz sobre esa incógnita.

—¿Os habéis fijado en la cantidad de cementerios que hay en París? —preguntó Andrés, que en vez de ayudarnos a pensar se entretenía con el plano.

—¡Eso es! —exclamé al vislumbrar la respuesta—. Hace años mi padre estuvo buscando la tumba de un noble que fue guillotinado durante la Revolución francesa. Creo que era un marqués, o un duque. No sé nada más; yo era muy pequeño. Lo recuerdo porque alguna vez volvió a comentarlo, pero no tengo ni idea de dónde lo buscó —lamenté.

—Hay demasiados cementerios en París. Tardaríamos meses en visitar cada tumba. Tú mismo puedes verlo —dijo la maga señalando el plano—. Intenta recordar el nombre. Fíjate en el mapa.

Lo intenté con todas mis fuerzas. Leí los nombres de los cementerios por si alguno me sugería algo, por si me venía a la mente algún recuerdo, pero fue inútil. Úrsula cogió el péndulo y me indujo un estado de hipnosis con la intención de rescatar de mi subconsciente cualquier recuerdo olvidado. Yo era muy pequeño cuando mi padre realizó aquella excavación. Óliver ni siquiera había nacido. La mayor parte de mis recuerdos eran posteriores a aquella época. De aquellos años de mi infancia solo conservaba retales, momentos que me impactaron, imágenes, sensaciones… Nada de lo que la hechicera pudo extraer nos resultó útil.

—Podríamos dividirnos y esperar a Lang —propuso Susana después.

—No es factible —objetó Gabi—. Hay más necrópolis en París que personas en esta habitación.

—Pues debemos averiguarlo antes de las nueve y media —recordó la maga.

—Haremos lo siguiente: iremos a la hemeroteca y buscaremos en los periódicos de 1977 a 1980 cualquier noticia sobre el hallazgo de la tumba de un aristócrata francés —propuso Gabi.

—Seguro que en su día fue una noticia importante —apostilló Andrés.

—Esperemos que estemos siguiendo la pista correcta —añadió Susana, no muy convencida del plan—. Cuando eso ocurrió, tú padre no conocía a Lang, ¿verdad?

—Es cierto, pero si él descubrió aquella tumba, estoy seguro de que lo comentaron. No tenemos nada más. Hay que intentarlo —les recordé.

Salimos rumbo a la hemeroteca confiando en que estuviese abierta. En recepción nos facilitaron la dirección de la más grande de París. Susana se puso al volante. Por fortuna no nos topamos con ningún atasco y llegamos enseguida. Como esperábamos, la hemeroteca estaba abierta, aunque solo disponíamos de una hora hasta el cierre. Nos dirigimos a la señora que atendía el mostrador y le pedimos todos los ejemplares del diario más importante de París de los años 1976, 77, 78, 79, 80 y 81. Decidimos ampliar la búsqueda un par de años por si acaso. La bibliotecaria nos invitó a que la esperásemos en la sala de los visores electrónicos. Había una docena de aquellos aparatos y nos colocamos cada uno en un visor con la intención de ganar tiempo. Después de diez minutos, aquella mujer reapareció empujando un carrito de madera que recordaba a un cochecito de bebé. De su interior extrajo varias cajas repletas de disquetes que contenían los diarios microfilmados. Cada caja correspondía a un año. Y en cada una había doce disquetes, uno por mes. Los disquetes albergaban todos los periódicos del mes. Antes de dejarnos solos, la encargada nos recordó que en tres cuartos de hora tendríamos que recoger y dejar todo sobre la mesa que había en el centro de la sala. Sin perder un instante nos pusimos a trabajar. Los lectores de microfilms resultaban sencillos de manejar. Se introducía el disquete, se encendía el aparato y se iba dando vueltas a una rueda para que pasasen las páginas. Con una especie de ratón de ordenador, se podía elegir una parte de la página y ampliarla.

El tiempo pasó rápido. El calor era sofocante y el silencio solo se veía interrumpido por el crujir de las máquinas al trabajar y por el zumbido de sus motores. Nos repartimos los años entre los cinco, dejando los disquetes de 1981 para el final, ya que era el que parecía menos probable. Enero, febrero, marzo…, los meses pasaban ante nuestros ojos con urgencia, sin embargo, no encontrábamos nada. De improviso, la bibliotecaria se asomó a la sala y nos

dijo que teníamos que ir recogiendo, que era la hora del cierre. El mundo se nos cayó encima. Aceleramos el paso de días y semanas, esforzándonos por leer los titulares. Nuestro dominio del francés era escaso, así que Úrsula nos dijo en qué palabras debíamos fijarnos.

—*Ramassez tout, s'il vous plaît. Il est temps de fermer* —nos urgió la bibliotecaria cinco minutos después, visiblemente molesta.

—¡Lo encontré! —gritó entonces Andrés— ¡Mirad!, dice: «*TROUVÉ LA TOMBE DU DUC*» y viene una foto del ataúd y ¡anda! —exclamó cuando ya estábamos todos a su alrededor, ávidos de una respuesta a aquel enigma, escudriñando la noticia—. Este parece tu padre.

Andrés amplió el cuadrante superior izquierdo de la página y, efectivamente, aquel era mi padre, solo que unos diez años más joven. Aquello había ocurrido en octubre de 1978. Úrsula leyó en voz baja la noticia hasta que comenzó a leer en alto traduciendo simultáneamente.

—… Tras permanecer casi dos siglos desaparecida, la tumba del famoso aristócrata fue encontrada ayer martes. Durante meses se habían seguido pistas que… bla… bla…, gracias a la ayuda del doctor Monreal que, con su trabajo… bla… bla…, para proteger el cuerpo del duque, los monjes del monasterio vecino al ducado… según consta en las cartas de la época, descubiertas por el doctor Monreal. Los religiosos pidieron ayuda al obispado… bla… bla… De esta forma, la última y desconocida morada del noble se ha encontrado bajo el altar de la parisina catedral de… ¡Notre Dame! —exclamó.

—¡¿Notre Dame?! —repetimos al unísono.

—Increíble —dije sorprendido.

—*C'est la dernière fois que je demande. Laisse, s'il te plaît* —insistió enfadada la bibliotecaria, a punto de avisar al personal de seguridad.

Ya teníamos lo que habíamos ido a buscar. Así que, sin perder un minuto, recogimos los disquetes, apagamos los lectores y, dándole las gracias y pidiendo perdón a aquella funcionaria, salimos corriendo. Aún teníamos algo más de una hora, pero debíamos atravesar varios barrios, ya que la hemeroteca estaba en el extremo norte del distrito decimoséptimo y, a esas horas, el tráfico era imposible.

Como suele pasar cuando más prisa se tiene, todos los semáforos estaban en rojo, encontramos peatones en cada paso de cebra, las calles estaban abarrotadas de coches, nos vimos en medio de dos atascos, nos topamos con gendarmes en cada cruce, acabamos en dos calles cortadas por obras, e incluso un perro nos entorpeció el camino al ponerse a hacer sus necesidades

en medio de la calle. Susana estaba a punto de perder los nervios. Gabi iba en el asiento del acompañante. En un cruce en el que dudamos hacia dónde proseguir, mi amigo desplegó el plano sobre el salpicadero. El mapa era enorme, por lo que tapó parte del volante. Susana se enfadó, le gritó y, para acabar de crispar el ambiente, el coche de atrás empezó a tocar el claxon con insistencia. Susana pisó el acelerador sin mirar, golpeando al coche que estaba delante. Un gendarme se acercó tocando el silbato y haciendo ademanes que no auguraban nada bueno. Nos ordenó bajar del coche, pero Susana se mostró tozuda. Como se desenvolvía bastante bien en francés, acabó discutiendo con el policía. Estaba claro que nos habíamos metido en un buen lío. El agente, harto de la insolencia de aquella joven, desenfundó su arma. Entonces Úrsula lo cegó con una bola de luz mientras apremiaba a Susana a que pisara a fondo. Esta dio marcha atrás, retrocedió y en una ágil maniobra enfiló el coche por un callejón que se abría entre dos bloques de apartamentos. La suerte nos acompañó y encontramos el camino despejado.

—Estupendo —ironizó Andrés—; ahora, además, somos prófugos de la justicia. Ya tenemos a los de la secta y a la policía persiguiéndonos.

—Y ni siquiera sabemos con seguridad que Notre Dame sea el lugar de la cita con Lang Ching —dije abrumado por la situación.

—En un concurso de optimismo os darían el primer premio *ex aequo* —nos reprochó Susana sin alzar la vista de la carretera.

—Calma, chicos, por favor. Todo lo que hacemos es por un bien superior —nos recordó la hechicera.

—Es cierto. Vamos a salvar el mundo —dijo Gabi con una extraña luz en su mirada.

Todavía nos costó media hora llegar al puente Notre Dame, uno de los múltiples accesos a la isla en la cual descansa la catedral gótica. Como el acceso a los vehículos estaba restringido, tuvimos que aparcar en un lugar oscuro, ya que era probable que el gendarme hubiese anotado la matrícula y que eso lo condujera hasta nosotros. Unos minutos después, cuando el día declinaba, contemplamos ante nosotros, iluminada con potentes focos, la fachada principal de la catedral de Notre Dame. Entramos por la puerta de la nave principal. El interior estaba en penumbra, iluminado tan solo por las velas que encienden los fieles y por las luces del crucero. No había nadie y el silencio era tal que casi se podían oír nuestros corazones latiendo frenéticamente. Caminamos despacio hacia el altar. Nuestros pasos sonaban rotundos. El eco recorría el templo hasta salir por las vidrieras multicolor que aguardaban la llegada de un nuevo día para lucir con todo su esplendor. De

repente, al fondo, acurrucado en la primera fila, distinguimos la figura de un hombre que, al oírnos, se incorporó. Conforme nos acercábamos lo distinguimos mejor. Estaba de pie, mirándonos, escrutándonos en la penumbra. Segundos después, distinguimos su cara. Era oriental, era Lang Ching.

Capítulo Veintidós

LANG CHING

La trémula luz apenas alcanzaba a iluminar, siquiera un poco, la totalidad de la estancia. Era un espacio cuadrado, amplio, coronado por una cúpula sobre pechinas. Toda la estructura estaba formada por gruesos sillares de piedra grisácea. Hacía bastante frío y, pese a que en cada una de las cuatro esquinas se consumía una antorcha, el ambiente era gélido y húmedo. Un aterrador silencio lo inundaba todo y parecía que se podía escuchar incluso el transcurrir del tiempo, lento pero continuo. La quietud solo se interrumpía a ratos, cuando el sonido de una gota de agua que caía, probablemente fruto de la condensación o de alguna filtración, rasgaba el más absoluto de los silencios. En una de las paredes podía distinguirse el vano de una puerta de madera coronada por un arco de medio punto. Bajo las dovelas de roca la puerta temblaba y tiritaba al compás de las llamas. En un rincón de la sala, en penumbra, había un cubo de madera que hacía las veces de letrina. En el otro extremo de la habitación, en otra esquina, acurrucada en el suelo, aterida y temblando de miedo, sollozaba Estela Romero, mi madre.

Llevaba en aquella habitación varios días; no sabía cuántos, porque no podía distinguir en la oscura soledad de su celda si era de día o de noche. Nadie le había dicho nada, nadie le había explicado qué pasaba. Se habían limitado a encerrarla allí y, una vez al día, a pasarle a través de la rejilla de la puerta una bandeja con un mendrugo de pan, sopa aguada de verduras y una jarrita de agua. Al principio se negó a comer, gritaba y pataleaba, tratando de escaparse o de que alguien la escuchara y viniese a rescatarla. Pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Ni siquiera la mandaron callar. Lo acabó haciendo ella, abatida por el cansancio, por el hambre, por el miedo y la desesperación.

Había un vacío en su mente entre el momento en que se había levantado por la mañana en casa, un cálido día de julio, y el instante en el que despertó en aquella inmunda celda. La desesperación por no saber qué hacía allí la iba a volver loca. Tras dos días de ayuno y apenas sin dormir, exhausta y

consumida por el hambre y la sed, acabó aceptando los alimentos que le ofrecían. El aspecto de aquella comida le resultaba asqueroso. Sin embargo, al probarla, descubrió que su sabor era delicioso. La sopa estaba caliente y con un pequeño cuenco le bastaba para sentirse llena. Mojaba el pan en aquel caldo humeante y comía con fruición, cerrando los ojos, olvidando, de repente, que era una prisionera, que su marido estaba en el hospital y que tenía dos hijos. El agua, por su parte, le sabía a poco; tenía un extraño sabor que le hacía desear más y más. No se dio cuenta, pero conforme bebía, su deseo de libertad y el anhelo por regresar a su hogar iban dejando de formar parte de sus pensamientos. Y esto era así por la sencilla razón de que estaba olvidando su casa, estaba olvidándose de su familia e incluso, estaba olvidando su propia vida. Poco a poco, al deshilacharse el tejido de sus recuerdos, dejó de querer escapar, porque no tenía memoria de adónde ir. Pese a tener que dormir sobre la roca gélida, soportar un frío inhumano y pasar las horas monótonas del día y de la noche casi a oscuras, fue aceptando su nueva situación como si siempre hubiera sido así. Sollozaba porque aún añoraba la comodidad de una cama, de un baño, de ropa limpia, pero cada hora que transcurría encerrada se alejaba más de lo que había sido su vida.

Aquella tarde, porque aunque ella no lo sabía, era por la tarde, dejó de llorar. Puntuales, como tenían por costumbre, sus captores introdujeron por la rejilla otra bandeja que Estela, como si fuera un animalillo asustado, despeinada y sucia, atrapó y consumió con avidez. Una vez hubo terminado, sintió que el sueño se abatía sobre ella. No tenía frío, o se había acostumbrado a soportarlo. De modo que se acurrucó en su rincón y enseguida se durmió. Al despertar, varias horas después, había acabado de olvidar.



Cuando las tenues luces de la catedral de Notre Dame, en París, nos iluminaron lo suficiente como para que Lang Ching nos distinguiera, una mueca de miedo se dibujó en su rostro y salió corriendo hacia el altar. Lo seguimos, aunque cuando quisimos darnos cuenta, había desaparecido. Miramos a nuestro alrededor, pero no estaba. Entonces, escondida tras una de las columnas que separan el deambulatorio del resto de la catedral, distinguí la sombra del asustado oriental. Sin decir una palabra señalé a mis amigos el lugar donde Lang se ocultaba y, con sigilo, separándonos en dos grupos para cortarle el paso si huía, avanzamos hacia él. Gabi, Susana y yo por un lado, Úrsula y Andrés por el otro. No tenía escapatoria. Al verse descubierto echó a correr, pero al toparse con la maga y mi amigo, se detuvo, mirando atrás y

adelante con desesperación. Sabiéndose rodeado, saltó por encima del pretil que nos separaba del altar e intentó encaramarse a este. Andrés lo agarró por un pie mientras Gabi y yo saltábamos al altar evitando que cuando consiguiera escabullirse de Andrés, escapara. El joven Ching se defendía hábilmente ayudado por las artes marciales que dominaba. Le dije que éramos sus amigos, que era el hijo de Eduardo Monreal, pero el miedo le impedía escuchar. Temiendo que lograra escabullírsenos, Susana cogió un candelabro y le atizó en la cabeza, dejándolo inconsciente a los pies del altar.

—¡Buen golpe! —aplaudió Andrés.

—Sí, buenísimo. Lo has dejado K. O. Espero que no le hayas dado demasiado fuerte —añadí cogiéndolo por las piernas mientras Gabi lo hacía de los brazos para tumbarlo sobre el altar.

Por fortuna, Lang Ching solo estaba aturdido, ya que el golpe había sido bastante leve y ni siquiera sangraba. Úrsula se acercó y, tras rebuscar en su bolso, sacó un frasquito de sales contra el mareo. Lo abrió y lo agitó junto a la nariz del joven Ching, al tiempo que le daba palmaditas en la cara. Tras unos instantes, Lang comenzó a reaccionar. Lo sujetamos con fuerza por si acaso. Cuando abrió los ojos nos miró aterrorizado, incapaz de moverse.

—¿Quiénes sois? —preguntó en francés.

—Me llamo Daniel Monreal, soy el hijo de tu amigo Eduardo, con quien fuiste en busca de la Fuente de la Juventud. Nos hemos puesto en contacto contigo porque necesitamos tu ayuda para encontrarla.

Lang me miró sorprendido, pero ya sin miedo en los ojos. Le ofrecí mi mano para ayudarle a levantarse. La aceptó y se incorporó. Nos sentamos en un banco, en la primera fila del templo. Le contamos a Lang todo lo sucedido hasta aquel momento. El joven Ching nos escuchó atentamente y se sorprendió muchísimo cuando conoció los verdaderos planes de Nindún-Rinpoché.

—Siento mucho lo de tu padre. Eduardo es un buen hombre.

—Y lo seguirá siendo si le llevamos el elixir a tiempo —apuntó Úrsula.

Lang nos explicó que en el vuelo de regreso del Tíbet, cuando despertó, recordaba con bastante detalle lo que había visto en el Templo de Tara. Por lo visto, no ingirió cantidad suficiente de agua de la Fuente del Olvido. Nos explicó que, tras la conversación que tuvo con mi padre en el avión, y una vez que este se durmió, estuvo reflexionando sobre la situación. Estaba convencido de que si ayudaba a Eduardo a recordar, querría regresar al templo. Sabía que nada le haría desistir porque había visto en sus ojos la misma determinación que en ese momento veía en los míos. También era

consciente de que si volvían los esbirros de Nindún-Rinpoché sumergirían sus cabezas en la Fuente de la Muerte. Así que decidió desaparecer pensando que así salvaría su vida y la de mi padre. Lo dejaría sumido en la niebla del olvido respecto a la Fuente de la Juventud, el Templo de Tara y todo lo demás. No imaginó que mi padre buscaba el elixir de la vida eterna para salvarse. De modo que, en la escala que el vuelo hizo en París, abandonó a mi padre. En la gran ciudad, una urbe cosmopolita y donde el anonimato está garantizado, podía pasar desapercibido y volverse invisible a los ojos de los seguidores de La Luz del Nuevo Mundo. Eso le resultaba imprescindible porque, aparte de sus recuerdos, Lang se había llevado del templo algo de extraordinario valor: la Llave de Tara.

Como habíamos planeado, cuando leyó el anuncio en el periódico pensó que era un mensaje de mi padre. Durante su viaje juntos habían hablado de aquel hallazgo en Notre Dame. Pensó que, de alguna forma, mi padre había recuperado sus recuerdos y que quería partir de nuevo en busca de la Fuente de la Juventud. Lo que no pudo imaginar, nos confesó, era que se iba a encontrar con cuatro adolescentes y con una señora mayor.

—¡Eh! ¡No soy tan mayor! —protestó Úrsula.

—Disculpe, no pretendía ofenderla —dijo Lang avergonzado.

—No te preocupes. Has dicho que te quedaste con la Llave de Tara, ¿correcto? —recordó Úrsula.

—Sí, así es. Cuando nos capturaron en el templo tuve tiempo de esconderla. Parece que no nos registraron, así que, cuando desperté en el avión, aún la tenía conmigo. Por eso abandoné a tu padre, Daniel, porque Nindún iba a perseguirme. Ella y la Llave están unidas de una forma espiritual. Y cuanto más poder acumule, más nítidamente sentirá dónde se encuentra. La he engañado hasta ahora —añadió—. Escondí la Llave en un lugar con muchas interferencias. Pero ella sabe que está aquí, en París. Aunque es incapaz de localizar el punto exacto, si sigue adquiriendo poderes no tardará en dar con ella —concluyó Lang con preocupación.

—Pero ¿por qué te quedaste con la Llave? —le preguntó Susana.

—No puedes pasarte la vida escondiéndote de Nindún y ocultando la Llave de Tara —apuntó Gabi—. Tiene que ser insoportable vivir así.

—Lo es. Pero algo dentro de mí me dijo que debía conservarla. Al fin y al cabo, es la única manera de entrar en esa dimensión.

—Perfecto —exclamó Andrés frotándose las manos—, dinos dónde está.

—¡No!, amigo. Las paredes oyen, hay que tener mil ojos y ser más astuto que un zorro para sobrevivir —dijo en un susurró—. La Llave —añadió en un

hilo de voz— se encuentra en un lugar seguro, aunque a la vista de todo el mundo. Tranquilo, enseguida iremos a buscarla.

—Eso significa que vienes con nosotros, ¿verdad? —le preguntó Úrsula.

—Naturalmente, os ayudaré. Aunque después de recoger la Llave tendremos que ir a Atenas a buscar el Tarín Dorado.

—¡¡Claro!! ¡¡Las cariátides!! —exclamé de pronto como si viera por fin algo que siempre había tenido delante pero que era incapaz de distinguir—. ¡Las mujeres de piedra que vi en mis sueños eran las cariátides del Erecteion! ¡El Tarín Dorado está en la Acrópolis de Atenas! —les expliqué a carcajada limpia.

Todos me miraron asombrados pensando que me había dado un ataque de locura. Todos excepto Úrsula, que se levantó y me besó en la frente.

—Por fin lo has descifrado —afirmó orgullosa.

Lang me miró estupefacto. Iba a indicarnos el lugar donde se encontraban los Tarines Dorados cuando yo había comenzado a gritar. Me preguntó cómo lo sabía.

—Verás, Morgana, la difunta abuela de Úrsula, y hechicera como ella, me lo reveló en sueños —le expliqué y, de repente, pensé que aquello sonaba bastante inverosímil—. Bueno, sé dónde está: al pie del olivo que hay en el patio de Atenea, el patio del Erecteion, uno de los templos de la Acrópolis de Atenas —dije satisfecho ante la sorpresa de mis amigos.

Lang sonrió y asintió. Después nos contó lo que sabía del Tarín Dorado.

—Según la leyenda, cuando Nindún-Rinpoché mató a Tara, quiso asegurarse de que nadie pudiera perturbar su nueva morada ni molestarla en el proceso de acumulación de poder que iba a llevar a cabo. Para ello, destruyó la única forma que tenemos los mortales de entrar en la dimensión de Tara: el Tarín Dorado. Como ha dicho Daniel, el Tarín es una flor, la Flor, la más bella de cuantas adornan el mundo. De hecho, tiene un origen divino. Sus pétalos son de oro, su fulgor hechiza y la fragancia que desprende derretiría al más insensible de los criminales. Tara lo creó, junto con la Llave, para que algunos humanos, monjes, místicos y sabios, pudieran visitarla y aprender de ella. Pero a Nindún no le agradan las visitas. Ella tiene el suficiente poder para hacer entrar y salir a quien quiera de aquella dimensión. No precisa ni la Llave ni la Flor, por eso las busca, para destruirlas —explicó Lang mirándonos alternativamente a todos, que lo escuchábamos con mucho interés—. La Llave que abre el portal a la dimensión divina también fue obra de Tara. Es un objeto mágico en cuyo interior hay que poner los pétalos de un Tarín Dorado, que se licuan y se convierten en una sustancia de color verde

esmeralda que hay que verter en un lugar preciso del Tíbet, un lugar único, para que se abra el portal de fuego por el que acceder al mundo de Tara. Tu padre y yo lo hicimos así.

—Pero ¿no has dicho que Nindún destruyó todos los Tarines? —objetó Andrés.

—Eso creyó ella durante cientos de años. Resulta que Tara, previendo su trágico final, plantó unas semillas de la Flor en un lugar lejano y floreciente, donde se admiraba la belleza y donde la cuidarían como una reliquia divina. Además, Tara hizo que el Tarín solo pueda germinar al pie del olivo de Atenea. Nadie sabe por qué tomó aquella decisión. Quizá el aura sagrada de la Acrópolis llamó su atención, o tal vez pensó que, plantándolo tan lejos del Himalaya, Nindún no la encontraría. Todo son conjeturas. En cualquier caso, hay algo que debéis saber —nos advirtió—: la Flor solo sobrevive setenta y dos horas tras ser arrancada. Después se marchita y pierde su poder.

—En aquella época era imposible llegar al Tíbet desde Grecia en tres días —señaló Susana—. ¿Por qué hizo eso Tara?

Lang se encogió de hombros.

—Los deseos de una diosa no siempre son comprensibles para los simples mortales —contestó—. Fue la doctora Barqueiro la que nos contó todo esto a Eduardo y a mí. Sin ella no habríamos llegado nunca al templo —continuó, recordando a la enigmática doctora.

—Y ¿la Llave? —preguntó Gabi—. ¿Cómo la encontrasteis? ¿Acaso Nindún no la destruyó?

—¡Oh! No pudo aunque lo intentó —contestó sonriendo—. La Llave es indestructible. Tara la creó a partir de la magia del Nirvana. Solo esa misma magia podría destruirla. Así que Nindún escondió la Llave bajo tierra, muy lejos, en el norte de Inglaterra, pensando que se quedaría allí para toda la eternidad. No obstante, hace doscientos años, durante la primera Revolución Industrial, unos mineros que extraían carbón la encontraron. El dueño de la mina se la regaló al rey Jorge III y la Llave permaneció en manos de la monarquía inglesa hasta que se perdió durante la Segunda Guerra Mundial. —Lang se detuvo y nos miró; nosotros escuchábamos atentamente el increíble relato, deseando conocer el paradero de la Llave que permitía el acceso a la dimensión de Tara—. Tu padre y yo estábamos dispuestos a buscarla, sabíamos cómo era gracias a que aparecía como parte de la decoración en un retrato de la reina Victoria. Pero nuestras pesquisas no fueron necesarias después de todo —apostilló elevando su mirada, esbozando una sonrisa. Luego añadió—: La doctora Barqueiro nos ahorró la búsqueda.

Ella la encontró hará un par de años en manos de un coleccionista privado sudamericano. No sabemos cómo, pero consiguió apoderarse de ella. Y después nos la entregó.

Eso resultaba bastante sorprendente. La enigmática mujer, de la que mi padre solo recordaba la silueta y que Lang admiraba casi con obsesión, era la que en realidad había ido resolviendo el puzle para acceder al Templo de Tara.

—Y ¿por qué no fue esa doctora Barqueiro en busca de la Fuente de la Juventud? —preguntó Gabi—. Ella conocía la leyenda, tenía la Llave, seguro que sabía dónde crece el Tarín Dorado… ¿Y os la regaló sin más?

—Créeme, muchacho —lo interrumpió Lang poniéndole la mano en el hombro—, Bibiana Barqueiro no es solo una magnífica arqueóloga, tiene algo que le falta a Eduardo, e incluso a mí: sentido común. Nos advirtió que ir en busca de la Fuente era una locura o un suicidio, pero tu padre insistió; ahora entiendo por qué —dijo mirándome con pesar.

—¡Bueno! Basta de charla —exclamó Úrsula—. Vamos a buscar la Llave.

En aquel preciso instante, cuando Lang se ponía en pie para salir de Notre Dame, el atronador sonido de un disparo inundó el lugar. Sus rasgados ojos nos miraron, llenos de terror. Se echó las manos al pecho y, enseguida, de entre sus dedos comenzó a brotar su propia sangre. Cayó de rodillas en el momento en que Andrés gritó que nos echáramos al suelo, justo cuando una avalancha de disparos recorrió la catedral. Gabi y Susana volcaron uno de los bancos de la iglesia, que hizo las veces de barrera. Un momento después se hizo el silencio. Agazapados y aterrorizados, escuchamos unos pasos acercándose. Con cuidado me asomé al pasillo y vislumbré a cuatro hombres trajeados que blandían armas automáticas. Avanzaban con paso firme por la nave central. En aquel mismo pasillo, a un metro de mí, Lang Ching agonizaba tendido boca arriba, en medio de un charco de sangre. Lo vi murmurar. Estiré el brazo y pude alcanzar su pierna sin exponerme. Lo arrastré tras el banco.

Aquellos hombres aún estaban a unos veinte metros, pero avanzaban sin detenerse, sin bajar las armas y seguros de darnos caza en unos instantes. La escasa iluminación de la catedral, que tan incómoda se nos había antojado poco antes, de repente se convirtió en nuestra aliada. Los asesinos escudriñaban entre los bancos, luego no sabían exactamente dónde nos habíamos escondido. Sin embargo, eso solo nos daba unos segundos más de tiempo.

Miré a Lang, su rostro había devenido blanco como la cera. Le desabroché la camisa ensangrentada. Apenas gemía y estaba semiinconsciente. Úrsula le daba palmaditas en la cara intentando que reaccionara. La herida seguía sangrando. Era evidente que habían tirado a matar y que iban a lograr su objetivo.

—¡Hay que llevarlo al hospital! —susurró Susana, alterada.

—Es inútil, se está muriendo —sentenció Gabi.

—¿Y una de tus pastillas de salud? —le preguntó Andrés a la hechicera, recordando aquellos chicles que nos salvaron la vida en el accidente de coche.

—Solo surten efecto si los tomas antes de sufrir una herida. Ahora es tarde —explicó la bruja.

—¡Silencio! —exclamé acercando el oído a la boca de Lang—. Parece que quiere decirnos algo.

—Hay que salir de aquí, Dani —me urgió Gabi tocándome el hombro.

—Solo un segundo —dije esforzándome por entender lo que trataba de decir Lang Ching en sus últimos momentos, con sus asesinos a solo unos metros.

Su respiración era débil y entrecortada. Nos miraba con sus menudos ojos negros. Úrsula le acariciaba el pelo, Susana y Gabi no escondían sus lágrimas, Andrés estaba atento al avance de los asesinos y yo intentaba descifrar los últimos gemidos del amigo de mi padre. Lang inspiró profundamente haciendo un evidente esfuerzo. Y dijo antes de expirar:

—La Llave…, la Llave la tiene… la tiene el se… el señor… Eif… el señor Eiffel…

Sus ojos se tornaron blancos. Susana se los cerró.

Oímos una fuerte exclamación seguida del estruendo de más disparos. Úrsula se puso de pie y extendió sus brazos hacia los asesinos. De repente los vimos salir en volandas hacia atrás. Cayeron al suelo con estrépito. Eso nos dio algo más de tiempo. Levantamos el banco y, usándolo a modo de escudo, corrimos hacia el altar. Volvieron a dispararnos. Tuvimos el tiempo justo para saltar tras el ara, y el mármol del que estaba hecha nos protegió.

—Vuélvelo a hacer, Úrsula —le urgí.

—No es lo mismo sosteneros a uno de vosotros, querido Dani, que lanzar por los aires a cuatro hombres corpulentos que corren hacia mí. Estoy agotada.

—Tranquila, lo has hecho genial —le dijo Susana para animarla.

Pero el peligro continuaba, aquellos hombres se acercaban. Andrés y Gabi les arrojaron el banco por encima del altar. Por un instante los disparos

cesaron. Corrimos hacia el fondo del templo. Saltamos el pretil del deambulatorio y nos acurrucamos contra la pared de piedra. Los asesinos corrieron hacia nosotros. Úrsula rebuscaba algo en su bolso y maldecía porque no lo encontraba. Aquellos matones nos rodearon igual que nosotros habíamos hecho con el pobre Lang un rato antes. Nos tenían atrapados. No había escapatoria. Los hombres de Nindún-Rinpoché se acercaban con sus armas preparadas para el fatal desenlace.

En ese momento oímos unos pasos que venían de un lado. Ellos también miraron y apuntaron en aquella dirección. De entre las sombras surgió un anciano calvo y barbudo que se acercaba con los ojos entumecidos por el sueño. La sotana lo delató. Era el viejo párroco que cuidaba de la catedral. Debía de estar durmiendo cuando sonaron los primeros disparos. Preguntó qué estaba pasando. Los hombres rieron. El más gordo, que parecía estar al mando, ordenó con un gesto a sus hombres que lo matasen. Entonces Úrsula arrojó cuatro pequeñas bolas negras a los pies de los asesinos. Cuando chocaron contra el suelo, todo se llenó de humo de colores. En medio de la confusión se oyeron disparos, gritos, toses, maldiciones en varios idiomas y golpes al tropezar con el pretil, las paredes y las columnas. El viejo cura debió de escapar escaleras arriba, hacia su despacho, para pedir ayuda. Entonces sentí que alguien estiraba de mí, arrastrándome a ciegas y medio asfixiado. Corríamos por la nave central, hacia la salida, envueltos por una densa niebla multicolor. Cerca de la puerta, fuera ya de la nube de humo, descubrimos que la maga llevaba puestas unas extrañas gafas que le permitían ver a través de la niebla. Por fin salimos de la catedral. Al cruzar el umbral miré atrás y vislumbré a los cuatro criminales corriendo entre empujones y tropezones. La nube se desvanecía.

La noche había caído y una techumbre de estrellas nos observó durante nuestra huida. A lo lejos se oía un silbido, como una sirena que poco a poco se acercaba. Era la policía. Cruzamos el puente por el que habíamos venido. El Sena reflejaba el fulgor de la luna desdibujándola. Sin parar de correr, giramos a la izquierda, avanzando en paralelo a la barandilla del río, en busca del coche. Sin detenerme miré atrás y vi al otro lado del puente a los cuatro hombres, armas en mano. Cuando lo cruzaron, se detuvieron y nos apuntaron. Aunque estábamos lejos, era seguro que nos alcanzarían. Un grito de impotencia salió de nuestro pecho cuando el primero de los disparos nos adelantó perdiéndose en la noche. Hubo un segundo y un tercero, pero la suerte nos acompañó. Úrsula era la que iba a la cola en nuestra desesperada carrera por salvar la vida. Por un momento pensé que sus poderes hacían que

las balas se desviasen, porque era casi imposible no acertar a aquella enorme mujer vestida con una túnica de color amarillo. Tal vez estaba recitando un conjuro que hizo que las diabólicas armas fallasen. No lo sé. El resultado fue que nadie resultó herido.

Las sirenas de la policía se acercaban y, en seguida, se pudieron ver los destellos de sus coches en la noche parisina. Los asesinos detuvieron su carrera. Vacilaron unos instantes y, finalmente, se dieron a la fuga. Corrieron en sentido opuesto a nosotros, montándose en un elegante coche negro que los esperaba camuflado entre las sombras. A toda velocidad, derrapando y llevándose un par de papeleras por delante, emprendieron la huida. Tres coches patrulla los persiguieron, y un cuarto y un quinto cruzaron el puente en dirección a la catedral. Nosotros nos habíamos detenido en un rincón oscuro, agazapados entre dos coches, en silencio, recuperando el resuello, vigilando a nuestros perseguidores y esperando a que todo se calmase. Cuando los vimos huir y nos sentimos seguros, caminamos por la penumbra de las estrechas calles del centro de París. Poco después llegamos al callejón donde nos aguardaba el pequeño utilitario rojo. Entonces nos dimos cuenta de que nos faltaba Úrsula. Íbamos a volver en su busca, pensando lo peor, cuando la vimos doblar la esquina, apoyándose en la pared, sin aliento. Corrimos hacia ella y nos abrazamos. Después volvimos junto al coche.

—¡Lo han matado! ¡Lo han matado! ¡Le han disparado al corazón, sin miramientos! ¡Y casi nos matan a todos! —repetían mis amigos, fuera de sí, echándose las manos a la cabeza, dando vueltas sobre sí mismos y descargando la ansiedad a base de patear un cubo de basura en una esquina del callejón.

Gabi se derrumbó, hecho un mar de lágrimas. Andrés respiraba con dificultad apoyado en el coche. Susana y Úrsula se quedaron con él mientras yo me acerqué a Gabriel. Me arrodillé a su lado. Quise poner una mano sobre su hombro, pero estaba tan nervioso que no quería que nadie lo tocase. Estaba furioso y asustado. Se levantó y salió corriendo hacia el río. Pedí a los demás que esperasen y fui tras él. Cuando lo alcancé estaba apoyado en la barandilla, llorando y mirando el reflejo de la luna sobre las apacibles aguas del Sena, ajenas a todo lo que ocurría tan cerca de ellas. Me acerqué despacio, entonces me abrazó. Se sorprendió al ver que yo también lloraba. No nos dijimos nada, simplemente lloramos juntos, abrazados.

—Ya pasó. Respira tranquilo —le dije por fin.

—¿Cuándo acabará esto? —me preguntó sin dejar de abrazarme.

—Me temo que acaba de empezar. Gabi, esto es demasiado grande para mí. Me siento como don Quijote enfrentándose a los molinos de viento.

—No voy a dejarte solo, Dani. No pienses eso —dijo entonces, enjugándose las lágrimas y limpiándose las gafas—. Ya estoy mejor. Me ha dominado el pánico. Es una reacción natural, un mecanismo de defensa ancestral —me explicó tratando de sonreír, queriendo justificar algo tan humano como el miedo a morir.

—Me alegra saber que puedo seguir contando contigo —le dije y volví a abrazarlo.

Al rato nos reunimos con los demás. Todos estábamos más tranquilos. Montamos en el coche. Úrsula se puso al volante. Salió despacio del callejón y se incorporó al tráfico.

—¿Y ahora? —preguntó Susana.

—Lang dijo antes de morir que la Llave de Tara la tiene el señor Eiffel —recordé.

—¿El señor Eiffel? ¿A quién se referiría? —preguntó Andrés.

—Quizá a algún descendiente del Eiffel que construyó la torre —sugerí.

—¡No! —exclamó Úrsula de repente—. Ya lo tengo —dijo cambiando de marcha, segura de su próxima parada.

—¿Adónde vamos?

—A la torre Eiffel.

Capítulo Veintitrés

LA LLAVE DE TARA

La hechicera conducía despacio en paralelo al río hasta que pudo cruzar a la otra ribera por uno de los numerosos puentes que unen las dos márgenes de París. En pocos minutos, cual faro luminoso en medio de la noche, divisamos la torre Eiffel. Aunque es un monumento que todo el mundo ha visto en fotos o en el cine, es difícil hacerse a la idea de lo grande que es hasta que se está a su lado. Conforme nos aproximábamos, íbamos apreciando la magnificencia del monumento. Cada una de sus cuatro patas se nos antojó tan alta como un edificio. Por el interior de su cuerpo de metal adivinamos enormes ascensores que subían y bajaban desde la base hasta la primera planta de la torre. Desde ese piso, que semejaría la cintura del monumento, se accede a la segunda planta con elevadores y, por último, otros ascensores conducen al extremo superior, planta en la que se ubica el museo Eiffel. Confiábamos en que Lang Ching se refiriera a eso cuando nos dijo que la Llave de Tara la tenía el señor Eiffel.

Úrsula ya había estado en París. Había visitado la ciudad para asistir a un congreso de brujería y adivinación unos años antes. Nos explicó, mientras nos acercábamos al monumento, que durante aquellas jornadas, tras las conferencias de médiums, tarotistas, brujos y otros expertos en parapsicología, visitó los principales atractivos turísticos y algunos museos. Por supuesto, había subido a la torre y vio el museo que expone las figuras del ingeniero Eiffel y de Thomas Edison. Nunca vaticinó que volvería a aquel lugar para recuperar un objeto místico.

En unos minutos alcanzamos el Campo de Marte, en el cual, desde 1889, se erige la torre. Aparcamos en una calle discreta. Observamos la torre boquiabiertos. Era tan hermosa como impresionante. Nos fijamos en que los ascensores que viajan entre las vigas de hierro forjado eran de dos colores: rojos y amarillos. En lo más alto, rasgando el cielo nocturno, vislumbramos las antenas de radio y televisión que emitían para toda la capital de Francia.

Nos acercamos a la taquilla y leímos en un cartel que el horario de visitas estaba próximo a concluir. Sin perder un instante pagamos las entradas con francos *mágicos* y entramos. Un ascensorista de uniforme aguardaba junto a uno de los gigantescos elevadores rojos que subía al segundo piso. Le dimos la entrada y, tras cerrar enérgicamente la puerta, comenzamos a subir. Entre miles de piezas de metal, vigas y nervaduras donde confluían las diferentes partes que formaban aquella gigantesca tela de araña, fuimos ascendiendo en diagonal. Conforme subíamos, pudimos apreciar un manto de lucecitas anaranjadas que se iba extendiendo en todas direcciones, alcanzando hasta donde lo hacía la vista. El palacio de Chaillot, los Campos Elíseos, los Inválidos, Notre Dame: todo iba quedando allá abajo, silencioso e irreal. Cuando las enormes poleas por las que pasaban los gruesos cables del ascensor se detuvieron, produjeron en algún lugar sobre nuestras cabezas un sordo estruendo metálico. El ascensorista, serio durante todo el recorrido, abrió la puerta, Susana le dio las gracias y, acto seguido, nos dirigimos hacia los otros ascensores, los que nos llevarían a la cima.

Había poca gente en aquella planta. La mayoría de los visitantes estaban en el restaurante, cenando y disfrutando de una vista increíble que se pagaba con precios a su misma altura. Algunos deambulaban y sacaban fotos de la ciudad, o de sus respectivas parejas con París de fondo, o besándose a los pies del último y espigado cuerpo de la torre Eiffel.

Para llegar a los ascensores que nos llevarían hasta lo más alto del monumento, tuvimos que subir unas escaleras. Otro uniformado joven permanecía inmóvil junto a sus puertas. De nuevo las vigas chirriaron, las ruedas dentadas y las gigantescas poleas se pusieron en marcha, y el elevador comenzó a ascender por la columna de metal hasta alcanzar su cumbre, a algo menos de trescientos metros del suelo. Cuando llegamos nos topamos con los últimos turistas que esperaban el ascensor para bajar. Nos intercambiamos saludos y, justo antes de que el muchacho que controlaba los mandos cerrara la puerta de la cabina, lo vimos descolgar el auricular del teléfono que había en el elevador.

Por suerte, aquellos que tomaron el ascensor eran los últimos turistas que quedaban en la última planta. Sin tener, por tanto, que disimular, nos movimos con rapidez. El viento soplaba con fuerza e incluso sentimos escalofríos, aunque no estaba claro si provocados por el aire fresco del noroeste o por los nervios.

El museo consistía en un pequeño habitáculo de metal abierto al exterior a través de ventanales de cristal rectangulares por los que se veía el interior.

Sobre un suelo de moqueta gruesa destacaba un escritorio de estilo decimonónico en el que descansaba un gran libro de planos abierto por la mitad y cuyas páginas mostraban los esquemas de la torre. Delante, un tintero y unas plumas reposaban junto al pisapapeles de mármol negro en forma de busto de mujer de estilo griego clásico, con belleza ideal y el cabello recogido, repleto de rizos esculpidos a trépano. Acariciando las páginas del libro, el ingeniero Gustave Eiffel contemplaba a través de sus ojos de vidrio el horizonte parisino. Estaba sentado en un sillón clásico y ataviado con un traje negro. A su lado posaba otro gran inventor: Thomas Edison. Este tenía ante sí una lámpara con una bombilla, *su* bombilla. Sobre la mesa, para que la gente los distinguiera, había sendas placas con sus nombres.

Tras observarlo todo con detenimiento, nos dimos cuenta de que no había ninguna entrada al habitáculo. Lo rodeamos sin éxito en busca de alguna puerta. Nos preguntamos cómo habrían metido las figuras, los muebles y todos los enseres en aquel museo. Aunque nos preocupaba otra cosa.

—¿Veis la Llave de Tara? —pregunté a mis amigos.

—No. Puede que no esté tan a la vista como el pobre Lang aseguró —apuntó Gabi.

—O que sí esté a la vista, pero de una forma tan descarada que no sea sencillo reparar en ella… —aventuró Susana.

—En cualquier caso hay que entrar, y no hay puertas —señalé.

—Alguna tiene que haber, para los operarios de la torre —apuntó Susana.

—Además Lang Ching entró para esconder la Llave de Tara —recordó la hechicera, escudriñando la estancia a través del cristal.

—Seguramente se desmonte alguna de las paredes, como un panel —aventuró Gabi—. Si tuviera mi caja de herramientas…

—No hay tiempo para bricolaje; habrá que romper una ventana —propuso Andrés, buscando por los alrededores algo contundente con lo que golpear el vidrio.

Todos nos avenimos. Sin embargo, no encontramos nada que nos sirviera para tal fin. Registramos cada rincón en busca de algún objeto que nos permitiera salvar aquel último obstáculo. Fue Gabi quien tuvo la idea.

—Podría desconectar esa antena. Nos serviría como martillo; es muy gruesa, sobre todo en su base —dijo señalando una antena de unos cinco centímetros de diámetro y un metro de largo sobre una plataforma, a dos metros de altura.

—No hay ninguna escalera para subir hasta ahí —advirtió Susana.

—¿Quién necesita escaleras? —replicó Gabi, encaramándose sobre Andrés.

Este lo empujó hasta la base de las antenas. Se impulsó y consiguió sentarse junto al inmenso equipo de radio. Se puso en pie y comenzó el trabajo. El viento soplaba con fuerza y la osadía de mi amigo comenzaba a mostrarse harto peligrosa. Pese a que toda la planta estaba rodeada de altas verjas de seguridad, la caída desde esa altura al suelo sería dolorosa, eso sin contar la posibilidad de una descarga eléctrica.

—¡Gabi, ten cuidado con la corriente! —le advertí.

—Tranquilo, todo mi calzado tiene suelas aislantes. El laboratorio del instituto es más peligroso de lo que pensáis —explicó mientras intentaba aflojar las tuercas con la mano.

—Este chico es una caja de sorpresas —reconoció sonriendo Susana.

—Así no lo conseguirás —le indicó Úrsula—. Ten, prueba con esto —le dijo alcanzándole una pequeña llave inglesa que sacó del bolso. Gabi la cogió al vuelo y siguió trabajando—. Y toma uno de mis chicles de salud, por si acaso —añadió lanzándoselo.

—Esta señora sí que es una *enorme* caja de sorpresas —repitió Andrés, tan sorprendido como nosotros—. ¿Llevas una caja de herramientas en el bolso?

—No, en absoluto, pero la llave inglesa me resulta útil cuando la puerta del garaje se atasca. Además llevo una navaja suiza, una linterna, cerillas, un par de mecheros, un pequeño botiquín, un costurero de viaje, mis frascos de hechizos, una agenda, una libreta con conjuros, el monedero, los chicles de salud, un botellín de agua, un paraguas plegable, las llaves, maquillaje y otras cosas útiles. Soy una mujer práctica —explicó la bruja arrancándonos una carcajada.

De improviso, un fulgor seguido de chispas hizo que nuestro amigo perdiera el equilibrio y cayera de la base de las antenas, quedando colgado de una mano. Nos lanzamos en su ayuda y lo sostuvimos. Nos pidió que lo izáramos de nuevo. Tras unos minutos de esfuerzos, lo consiguió. Se acuclilló con cuidado y nos entregó la antena. Luego se sentó en la base y, dando una palmada de satisfacción, saltó sobre nosotros. Le devolvió la llave inglesa a su dueña y le ofreció la antena a Andrés, que la agarró como si fuera un bate de béisbol. Luego cogió impulso y descargó toda su fuerza sobre el cristal, que estalló en mil pedazos. Susana vigilaba el hueco del ascensor. Andrés pasó la antena por el marco de la ventana para arrancar los trozos de cristal

restantes y evitar que nos cortásemos al saltar al interior del museo. Cuando el paso fue seguro, entré con él.

—*Allô, monsieur Eiffel!* —bromeé mientras registraba el habitáculo.

Buscamos la Llave de Tara por todas partes: en la mesa, debajo de ella, detrás del pisapapeles, pero no encontramos nada. Gabi se estaba impacientando y finalmente dio un salto y entró a ayudarnos. Comenzó a registrar los rincones, los zócalos, las paredes…, sin resultado.

—¿Sabemos cómo es la Llave de Tara? —se cuestionó en voz alta Andrés.

—Es un objeto místico. Lo reconoceremos —respondió Úrsula, inquieta.

—¡Chicos! ¡El ascensor está subiendo! —nos alertó Susana—. ¡Daos prisa!

El estruendo del cristal debía de haber alertado a los vigilantes. El tiempo se agotaba y ya no sabíamos dónde más buscar. El museo era una habitación pequeña, del tamaño de una oficina menuda. No podía ser tan complicado.

—¿Cuáles fueron exactamente las palabras de Lang? —preguntó Úrsula.

—Dijo… —comencé recordando las últimas palabras del amigo de mi padre—: «La Llave la tiene el señor Eiffel».

Nos miramos pensando lo mismo y nos lanzamos a registrar al ingeniero. ¡Eureka! En el bolsillo interior de la chaqueta había un pequeño paquete. Lo saqué y al quitar el envoltorio encontramos la Llave de Tara. Era un objeto hermoso. No era una llave como las que usamos para abrir puertas. Consistía en una suerte de frasco de cristal que desprendía un fulgor irisado, sobrenatural, mágico, místico. Su forma recordaba a la de una bombilla convencional. Estaba formada por dos piezas diferentes: un aro dorado y el recipiente de vidrio en forma de pera. El anillo dorado era plano, como una cinta, excepto en un punto donde se abultaba y tomaba forma triangular, como la boquilla de una jarra, por donde se vierte su contenido. Me fijé en que había un pequeño orificio en la cinta dorada y que, girando el frasco de vidrio, coincidía con otro agujerito de similar tamaño que había en el cristal. Supuse que, una vez que los pétalos del Tarín Dorado se licuaran, habría que verter el líquido mágico a través de aquella abertura. Tanto el cristal como el aro estaban decorados con mandalas, inscripciones y dibujos labrados de un grupo de niñas que debían de representar a las hijas de Tara. Observándola con detenimiento, se podía ver que sobre todo el borde exterior del anillo había una estrechísima línea. Imaginé que la Llave se tenía que abrir por la mitad para poder colocar en su interior los pétalos de la Flor. Al moverla para examinarla, vimos que la luz que reflejaba brillaba de forma extraña, por

decirlo de alguna manera, de forma sobrenatural. Nos resultó fascinante e increíble.

Susana se acercó corriendo y nos advirtió que las visitas estaban a punto de llegar. Salimos del museo y corrimos al otro lado de aquel piso. Nada de lo que pudiésemos inventar nos libraría de una grave acusación. Lo más probable era que acabásemos detenidos. Teníamos que salir de allí. Quizá podríamos colarnos en el ascensor antes de que nadie se diese cuenta. Cuando la puerta del ascensor se abrió nos quedamos boquiabiertos. No se trataba de la vigilancia de la torre Eiffel, del personal del monumento o de la policía. Ni siquiera de un grupo de turistas rezagados, no. Quienes aparecieron fueron los cuatro matones de Notre Dame, los asesinos de Lang Ching. Debían de haber despistado a la policía y nos habían vuelto a encontrar. Por lo visto, aquella llamada de teléfono del ascensorista debió de advertirles de nuestra presencia. Poco importaba cómo habían dado con nosotros en aquel momento. Si en la catedral nos tuvieron acorralados, en el último piso de la torre Eiffel, a casi trescientos metros de altura y rodeados por vallas metálicas por todas partes, estábamos completamente perdidos.

Por un momento nos quedamos paralizados. Aunque no tardamos en reaccionar. Pensábamos defendernos y pelear. Salimos corriendo hacia el museo, saltamos a su interior y nos acurrucamos tras las paredes de metal. Una plancha de hierro forjado era lo único que se interponía entre los matones y nosotros. Aunque era una eficaz barrera para las balas, no dejaba de ser una ratonera. Esperábamos escuchar los disparos en cualquier momento. Sin embargo, para nuestra sorpresa, ni dispararon ni salieron corriendo detrás de nosotros. Simplemente se echaron a reír. Les debió de parecer gracioso nuestro plan. Como estaba claro que lo que querían era la Llave, decidimos que teníamos que ganar tiempo.

—¡Úrsula! Diles que si se acercan tiraremos la Llave al vacío y que se la llevará nuestro amigo, *el que nos espera abajo* —le apremió Gabi con la intención de crear una distracción mientras acababa de urdir un plan para escapar.

—¡No se lo van a creer! —replicó ella.

—¡¡Dilo!! Tengo una idea, pero necesito tiempo. Que no se acerquen —insistió el genio.

La hechicera tradujo las palabras de nuestro amigo. Ellos contestaron a gritos que sabían perfectamente que solo éramos cinco. Úrsula les siguió el juego y les preguntó cómo estaban tan seguros. Enfrascados en aquella absurda discusión pasaron varios minutos que resultaron valiosísimos para

Gabi, quien en un momento nos explicó su plan. Primero recuperamos la barra-antena. Después le pidió a Úrsula su medallón, tras verificar que era de oro. La cadena, que en el cuello de la hechicera daba tres vueltas, alcanzaba una longitud de metro y medio. Gabi comenzó a trabajar en la lámpara de Edison. La desmontó y se hizo con los cables. Salió y ayudado por la navaja suiza de Úrsula, los peló para unirlos entre sí. Luego unió uno de los cables a la antena y el otro a la cadena de la maga. En total teníamos unos tres metros de material conductor de la electricidad.

Los matones de Nindún se estaban cansando de tanta charla y comenzaron a acercarse. El truco de las bolas de humo no les asustaba, pero les había impresionado. Por eso no se abalanzaron sobre nosotros como en Notre Dame, y caminaban con cautela. Necesitábamos más tiempo, así que me levanté, salí del museo y corrí hasta la verja de seguridad extendiendo el brazo por fuera, con la Llave de Tara en la mano. Al verme se detuvieron en seco. Les dije que la tiraría si daban un paso más. Me entendieron, sin duda, porque se quedaron quietos, aunque tras la euforia inicial me di cuenta de la estupidez que acababa de hacer. La Llave de Tara era indestructible, así que si la tiraba, nos matarían y bajarían tranquilamente a buscarla; y si no la tiraba, me matarían, la Llave caería al vacío, matarían a mis amigos y bajarían a recogerla. Ellos ganaban de todas formas. Me agarré a la más débil de mis esperanzas, que era que aquellos matones no supieran que la Llave no se podía destruir. Y ya que estaba en aquella situación, había que perseverar en el órdago y esperar a que Gabi ultimase el famoso plan que nos iba a sacar de allí.

Mientras duraba la negociación, mi amigo le dio a Andrés instrucciones precisas antes de deslizarse fuera del habitáculo y volver a subir a la plataforma de las antenas. Andrés lo empujó y, tras mucho esfuerzo, volvió a encaramarse; esta vez con un extremo de la cadena entre los dientes. Al ver la maniobra, me puse a hablar muy alto con los asesinos, esperando que me miraran solo a mí, de forma que mis amigos pudieran actuar sin ser vistos. Dentro del museo las chicas permanecían acurrucadas bajo el escritorio, invocando magia, por si acaso. Mientras Gabi trabajaba en el cableado, Andrés descamisó a Edison y le arrancó un brazo. Engarzó la antena en su mano y la aseguró haciendo un nudo con la pajarita de Gustave Eiffel. Después, dejó el brazo sobre la mesa y se asomó para comunicarle a Gabi que todo estaba listo. Este, por su parte, había atornillado la cadena a la base de una de las antenas y estaba preparándose para no caer cuando estallara la sacudida. Yo seguía sosteniendo la Llave de Tara sobre el vacío, procurando

que los asesinos no avanzasen ni un solo paso. Me había percatado de los preparativos, pero ignoraba lo que tenía que hacer para salvar mi propia vida. Gabi me llamó desde la plataforma.

—Cuando te de la señal corre y lánzate dentro del museo —me susurró, y entonces tuve la seguridad de que iba a morir. No sabía si electrocutado o acribillado, pero mis posibilidades de salvación eran remotas.

Todo estaba listo. Andrés estaba junto a la ventana para ayudarme a entrar. Susana, que no había logrado canalizar nada de magia, tenía el brazo de Edison cogido con ambas manos, lista para actuar. Úrsula seguía a cubierto repitiendo un hechizo de protección. Gabi estaba listo, sujetándose con el brazo izquierdo envuelto en su camisa a una gruesa antena y sosteniendo en la otra mano el cable que antes le había dado una sacudida y que ahora iba a juntar a la cadena para que hiciera contacto.

—¡¡¡Ahora!!! —gritó.

Al oír a mi amigo salí corriendo hacia el museo aprovechando que los cuatro matones se giraron un momento para averiguar de dónde provenía aquella voz. Entonces sentí una aureola mágica a mi alrededor que desvió las balas que los asesinos me dispararon. Vi a Úrsula apuntando sus manos hacia mí desde el interior del museo y comprendí mi suerte. Seguí corriendo, cogí impulso, cerré los ojos y me arrojé por el ventanal del museo, entrando de cabeza y cayendo sobre Andrés y sobre los restos de Thomas Edison, aunque la burbuja que había invocado la hechicera me protegió de toda magulladura. Susana sacó el brazo del inventor, con la barra en su extremo, y esta toco el suelo de metal. Los asesinos, echaron a correr hacia nosotros, dispuestos a terminar con aquel juego. Gabi, viendo que todos estábamos a salvo, juntó la cadena y el cable.

Se produjo un destello cegador. De manera instantánea, la electricidad bajó por la cadena, de esta pasó al cable, y de este a la antena, que transmitió la corriente al suelo y, extendiéndose por el metal, a las paredes, las verjas, y al resto de la torre. La mano de Edison comenzó a derretirse mientras por todos lados serpenteaban pequeños rayos azulados. Los asesinos comenzaron a gritar y a saltar mientras se convulsionaban todos los músculos de sus cuerpos. Las metralletas se dispararon y las balas volaron por toda la planta, sin blanco definido. Los rayos se intensificaron y lo envolvieron todo. Las verjas brillaban en un azul argentino tan bello como letal. Susana tuvo que soltar el brazo cuando la pared empezó a brillar. Los demás nos ocultamos bajo la mesa del ingeniero, esperando que todo acabase, aislados de la fatal descarga por la moqueta y la madera. Los matones seguían con aquella danza

mortal mientras la torre Eiffel se convertía en una gigantesca bombilla azulada. Un instante después se oyó una explosión y todo quedó a oscuras.

Capítulo Veinticuatro

HUIDA POR EL SENA

Cuando el silencio se adueñó de todo, nos incorporamos lentamente y miramos alrededor. No nos atrevimos a movernos por temor a que las paredes aún estuviesen electrificadas. Poco a poco, nos incorporamos y echamos un vistazo a través de las ventanas del museo. A nuestra derecha, tumbados en el suelo, pese a la oscuridad reinante, distinguimos a los cuatro asesinos, inmóviles y amontonados. Las luces se habían apagado y, por lo que intuíamos, toda la torre se había quedado sin energía. Me asomé evitando rozar siquiera las paredes metálicas y descubrí la antena junto a un amasijo de cera derretida. Algo me llamó entonces la atención a mi izquierda: vislumbré un bulto en la penumbra. No conseguí distinguir qué era, pero el corazón me dio un vuelco, así que, confiando en que el cortocircuito hubiera liberado de electricidad la torre, salté y me acerqué. Horrorizado, comprobé que se trataba de mi amigo Gabi, que yacía inmóvil.

Me arrodillé a su lado e intenté reanimarlo. Gritaba su nombre tratando de despertarlo, pero mi amigo no volvía en sí. Los demás se acercaron de inmediato. Estaba muy nervioso y angustiado. No podría perdonarme nunca que mi amigo hubiese perdido la vida por mi culpa. Sentía una presión en el pecho, un fuerte dolor en la boca del estómago y un nudo en la garganta que me ahogaba. Pegué el oído a su tórax, esperando sentir los latidos poderosos de un adolescente, sin embargo, no lograba escuchar nada. No podía ser cierto, mi amigo Gabi no podía dejarnos de esa manera, no podía creerlo, no quería creerlo. De repente, Gabi empezó a convulsionar entre mis brazos y se puso a toser. Entonces se incorporó y escupió algo de color azul. Abrió los ojos y me miró, esbozando una sonrisa.

—Daniel, el corazón está en el lado izquierdo…

—¡¿Qué?! —pregunté sin comprender, consumido por una mezcla de nervios y alegría—. Gabi, ¡estás vivo!

—Supongo que mis suelas han aguantado bien la descarga —explicó mirando sus zapatos, que aún humeaban.

—Ha sido el chicle —dijo Andrés—, te ha salvado el chicle de salud de Úrsula, porque al caer has tocado el suelo con las manos.

—Tienes razón —admitió Gabi mirándose las palmas que, aunque estaban enrojecidas, iban recuperando su color a gran velocidad—. Deberías patentarlo, se acabarían tus problemas —le propuso a la hechicera mientras se levantaba.

—La magia no es una propiedad privada, queridos. Además, los zapatos de Gabi y sus cálculos le han ahorrado gran parte de la descarga. El chicle mágico solo ha hecho que se recupere más deprisa.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Susana.

—Creo que ha habido una sobrecarga. Probablemente esos cables están conectados con la red de toda la torre, no estoy seguro —aventuró mientras limpiaba sus gafas—. En cualquier caso, la moqueta del museo os ha protegido y el plan ha salido bien, ¿no? —dijo señalando los cuerpos inmóviles de los asesinos.

—¿Están…? —pregunté, sin atreverme a pronunciarlo.

—Si no lo están, será mejor que no estemos aquí cuando vuelvan en sí —contestó Úrsula.

—Espero que la descarga no haya afectado a nadie más —dije entonces, lamentando todo el dolor que aquella búsqueda estaba causando.

—Ha sido en defensa propia, Daniel —me recordó Andrés.

Úrsula comprendió que aquella batalla en la que el mundo se jugaba la libertad comenzaba a ser una carga para nosotros. Nos pidió un momento de atención y nos dijo algo que nos ayudó mucho a partir de aquel momento. Nos explicó, con el tono trascendental que solía utilizar, que Nindún se disponía a esclavizar a todo el mundo, que era un ser cruel y despiadado, que no iba a tener consideración por nadie ni se iba a dejar convencer por sentimentalismos y que lo que habíamos hecho no significaba rebajarnos a su altura. Añadió que no se trataba de algo tan sencillo como morir o matar, o de justificar nuestros actos con el argumento de la legítima defensa. Sino que lo que estábamos viviendo era un suceso trascendental mucho más importante que nuestras propias vidas. Nos dijo que el éxito dependía del espíritu fraternal de colaboración que debía guiarnos, del ánimo de supervivencia y del amor que debía ayudarnos a salvar a toda la humanidad y a vencer al mal que, en esencia, era de lo que se trataba. Después, sonrió y extendió los brazos, envolviéndonos a todos con los pliegues de su túnica, con su cariño y su sabiduría.

El primer problema al que nos enfrentamos cuando nos disponíamos a abandonar el último piso de la torre Eiffel fue que, debido a la descarga eléctrica, el ascensor no funcionaba. Por lo que nos vimos atrapados de nuevo. Sin embargo, no podíamos sentarnos a esperar a que se restableciera la corriente. Había que salir de allí porque la policía no tardaría en llegar. Debía de haber unas escaleras de emergencia o de servicio por alguna parte. Efectivamente, detrás del elevador, tras una pequeña puerta con un cartel que prohibía el paso, encontramos unas escaleras de caracol que, en paralelo al hueco del ascensor, descendían hasta el segundo piso. Utilizando la antena como palanca, Andrés rompió el candado. No sabíamos que nos disponíamos a bajar la friolera de 1927 peldaños. Al cabo de un rato nos detuvimos a descansar. Úrsula estaba agotada y nosotros agradecimos sus súplicas. Nos sentamos mientras recuperábamos el aliento.

—Oye, Úrsula, ¿no puedes hacernos bajar volando? —le preguntó Andrés.

—Si casi no puedo ni hablar —contestó, sin aliento.

—¡Mirad! —exclamé señalando la avenida de Tourville, por la que se acercaba a gran velocidad una docena de coches de policía.

Continuamos el descenso. Prácticamente bajábamos volando, pero no como Andrés había sugerido, sino saltando de tres en tres los escalones. Nos apoyábamos en las barandillas y nos deslizábamos. La fuerza de la gravedad devino nuestra aliada por una vez. Obviamente, quien peor lo pasó fue Úrsula que, aunque trataba de bajar lo más rápido posible, no podía deslizarse como nosotros, ni saltar varios escalones al mismo tiempo. Tardamos unos minutos en llegar a la cintura de la torre. Andrés había decidido llevarse la antena por si nos resultaba útil. Hizo bien, ya que la usó como palanca para hacer saltar otro candado. Tras superar aquel nuevo escollo, buscamos otras escaleras para seguir bajando. Comprobamos con alivio que no quedaba nadie, ni vivo ni muerto ni herido, lo cual significaba que no había habido víctimas más allá de nuestros perseguidores. De repente, las luces se encendieron. Los ascensores comenzaron a funcionar, aunque no podíamos arriesgarnos a cogerlos porque la policía ya había llegado. Los motores rugieron y el mecanismo se puso en marcha. Los enormes montacargas empezaron a ascender. Cuando nos cruzamos con uno de ellos, nos acurrucamos en las escaleras confiando en que nadie nos viera. Dentro del ascensor contamos unos diez policías. Superado el peligro, continuamos nuestro descenso. Por fin llegamos a la primera planta. Nos asomamos a las cuatro patas del edificio para ver por cuál de ellas estaban subiendo los gendarmes. Cuando comprobamos que solo

subían por una de ellas, corrimos hacia la opuesta y bajamos, de nuevo, por las escaleras. Solo restaban unos pocos cientos de peldaños para llegar a tierra firme. Un último obstáculo nos separaba de la libertad que para nosotros suponía salir de aquella jaula de hierro. La puerta estaba asegurada con otro candado. Andrés lo hizo saltar por los aires. Luego, limpiamos las huellas dactilares de la antena y la dejamos abandonada en un rincón. Un ejército de vehículos policiales iluminaba con sus destellos la noche en el Campo de Marte. Por fortuna, la mayor parte de los agentes habían subido a la última planta, así que tras ocultarnos un momento para recuperar el resuello, nos alejamos caminando con toda la naturalidad que fuimos capaces de fingir, esperando pasar desapercibidos, como si fuésemos unos turistas que pasaban por allí. La policía había acordonado toda la zona. Sin embargo, a aquellas horas de la noche, había muy pocos curiosos. De manera que pudimos saltarnos el cerco sin ser vistos. Sintiéndonos libres de aquella pesadilla, corrimos hacia el coche con la Llave de Tara en nuestro poder. Justo cuando lo alcanzamos, unos potentes faros nos cegaron. El terror nos atrapó una vez más cuando comprobamos que se trataba de uno de los elegantes coches que usaban los seguidores de Nindún-Rinpoché. Entonces arrancó y se lanzó hacia nosotros. Sin perder un instante subimos a nuestro utilitario. Susana pisó el acelerador, las ruedas derraparon y el pequeño vehículo rojo escapó de las fauces del cazador negro. En ese instante dos coches patrulla llegaban para reunirse con sus compañeros. Al ver nuestra persecución decidieron seguirnos. Emprendimos una nueva huida. Circulábamos a toda velocidad atravesando numerosas calles que, por suerte, no soportaban mucho tráfico a aquellas horas. El coche de los asesinos nos seguía a poca distancia y detrás, aullando y acercándose a gran velocidad, venían los gendarmes, a los que poco a poco se les fueron uniendo más unidades. Nuestro vehículo era rápido y ágil para la ciudad, pero nuestro siniestro perseguidor, grande y menos maniobrable, era más rápido y potente. No podríamos evitarlos mucho más. Nos embestirían en la primera recta lo suficientemente larga. Además, en cualquier cruce aparecerían más coches de policía para cortarnos el paso. Debíamos despistarlos a todos. Nos habíamos metido en una barriada de edificios de viviendas para evitar las avenidas despejadas. De repente, Susana giró a la izquierda y, pisando a fondo, se dirigió hacia el río. En una rápida maniobra, frenó. Bajamos del coche y corrimos hacia el Sena. Nuestros perseguidores hicieron lo propio y esta vez cinco personas empezaron a dispararnos.

Bajamos unas escaleras de piedra que nos protegieron de las balas y nos encontramos en el embarcadero del Bateaux Mouche. Vimos varios de aquellos barcos atracados, en silencio, esperando una nueva jornada para pasear a los turistas. Uno de ellos aún tenía la pasarela desplegada y, a través de los ventanales, distinguimos en la cabina de mando a su capitán, que revisaba los controles. Sin pensarlo dos veces lo abordamos, replegamos la pasarela y amenazando al patrón con la navaja de Úrsula, lo obligamos a arrancar. El barco se movía lentamente, pero cuando los asesinos alcanzaron el muelle, ya estábamos lo suficientemente lejos de la orilla como para que nos abordasen. Sin pensárselo dos veces, abrieron fuego con sus ametralladoras haciendo añicos todos los ventanales del barco. Nos tiramos al suelo. Cuando pasó el peligro nos incorporamos.

—No podemos llevarlo con nosotros, estaríamos arriesgando su vida —dijo Úrsula señalando al capitán, que temblaba con las manos en alto, farfullando palabras sin sentido.

—Es cierto, pero tampoco podemos parar, así que… —dijo Andrés antes de arrojarlo por la borda—, mejor que se baje.

—¡Andrés! —grité—. ¡Lánzale al menos un salvavidas! —le reproché a mi amigo, arrojando yo mismo uno de los muchos salvavidas anaranjados que estaban enganchados en las barandillas del barco.

—No te preocupes; todos los marineros saben nadar. Toma los mandos del barco tú, Dani, que estás acostumbrado a ir de pesca —me sugirió mi amigo.

—¡Pero en el lago usamos barcas de remos! —exclamé aferrando el timón con ambas manos, examinando los controles como si se trataran de los de una nave espacial, sin saber qué tenía que hacer.

Respiré profundamente y miré de nuevo los mandos. Traté de convencerme de que no tenía que ser muy complicado gobernarlo; a fin de cuentas se deslizaba suavemente sobre las aguas del Sena. Tomé con firmeza el timón. A la derecha había una palanca que se deslizaba adelante y atrás, y que debía de ser el acelerador. Antes de aumentar la velocidad, miré por la ventanilla para asegurarme de que el capitán llegaba a salvo a la orilla.

—Chicos —dijo Susana viniendo de popa con Gabi—, tenemos compañía. Los chicos de Nindún nos persiguen en otro de estos barcos.

—No se rinden —se lamentó Gabi.

—Ni lo harán; son fanáticos. Y, mirad, la policía tampoco se rinde —agregó Úrsula, señalando otros dos barcos que arrojaban destellos azules y que se acercaban a gran velocidad.

—Bueno —dije sin dejar de mirar hacia delante para no chocar contra los pilares de los puentes que tachonan el Sena—, ¿no dicen que de perdidos al río? Pues vamos allá —añadí empujando la palanca del acelerador hasta el fondo.

Sorprendentemente, esos barcos podían correr bastante más de lo que lo hacían cuando transportaban docenas de turistas, y eso nos ayudaba. Íbamos hacia el suroeste. Estábamos a la altura de la torre Eiffel, la cual había recuperado su aspecto habitual, salvo por las luces de los cuerpos de emergencias y de las ambulancias. Nuestras preocupaciones se centraban en los asesinos, que nos seguían a unos doscientos metros de distancia y que, de vez en cuando, disparaban una ráfaga de balas que, por suerte, no nos alcanzaba, aunque sí acertaban en el barco, asustándonos con el estruendo de cristaleras hechas añicos y silbidos en el aire de balas perdidas. El verdadero problema era, sin embargo, la policía, porque crecía en número y se acercaban cada vez más, pese a que entre ellos y nosotros todavía estaban los esbirros de Nindún-Rinpoché. Cuando alcanzamos la Estatua de la Libertad, gemela a la de Nueva York, aunque más pequeña que la norteamericana, llegamos a un punto sin retorno. Las riberas del río se volvían altas e imposibles de escalar. Tampoco podíamos dar marcha atrás. Había que hacer algo, pero no sabíamos qué. Úrsula se puso en pie. La miramos preguntándonos qué se le habría ocurrido.

—Daniel, sigue recto y mantén la velocidad. Vosotros, venid conmigo —ordenó dirigiéndose hacia la parte trasera del barco.

En el extremo de popa, Úrsula se sentó en el suelo. Los chicos hicieron lo propio a ambos lados de la hechicera advirtiéndole que allí eran un blanco fácil. No obstante, obvió las advertencias, ya que tenía algo en mente.

—Ha llegado el momento de poner en práctica la canalización de magia —dijo confiando en que mis amigos pudieran concentrarse lo suficiente para ayudarla a generar mucho más poder del que ella por sí misma era capaz de invocar.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntaron mientras se ponían manos a la obra.

—Voy a provocar un poco de oleaje, un pequeño tsunami —respondió sonriendo; luego, cerró los ojos y se concentró.

Viendo lo que se proponían, traté de guiar aquel barco lo más derecho y rápido posible, aunque me preocupaba que los asesinos dispararan de nuevo, ahora que todos mis amigos estaban a tiro. Mientras los chicos canalizaban la magia tal y como Úrsula nos había enseñado, ella pronunciaba un encantamiento que, por el tono, prometía ser increíble. Al mismo tiempo

movía las manos rítmicamente, atrayendo hacia sí toda la magia que mis amigos iban canalizando. Pronto manejaron tanta magia entre los cuatro que se hizo visible. Era como un gran ovillo de hilos de magia, que rodeaba sus manos y que iba desplazándose hacia la hechicera, brillando cada vez con más intensidad. Úrsula estaba casi lista para lanzar todo aquel poder contra nuestros perseguidores. Cuando la velocidad y la intensidad del hechizo aumentaron hasta ser casi gritos, la maga alzó los brazos, envueltos por una aureola de magia. Con un fuerte impulso los extendió hacia delante. Un extraño viento recorrió la embarcación. Al principio no pasó nada, los chicos seguían canalizando magia y Úrsula permanecía con los brazos extendidos. La aureola se había disipado sobre las aguas, pero, fijándose bien, cualquiera habría visto que de los dedos de la maga salían una suerte de hilos dorados que se perdían en la oscuridad. De repente, sobre la estela que dejaba nuestro barco, cuando una de las lanchas de la policía había adelantado ya a los asesinos y estaba a punto de darnos alcance conminándonos a detenernos a través de un megáfono, el agua comenzó a rizarse. En unos segundos se picó más y más hasta que aparecieron olas que rompían contra nuestros perseguidores. Cuantas más veces repetía el hechizo, más grandes se volvían las olas. Potentes embates de agua y espuma empezaron a estrellarse contra la lancha policial y contra el barco de los asesinos. Empezamos a sacarles distancia. En un minuto el oleaje era tan intenso que, primero los siervos de la secta y luego la policía, se vieron obligados a desviar sus naves y abandonar la persecución. Los vimos retirarse con dificultad hacía las orillas del río, mientras nosotros avanzábamos a toda velocidad por las tranquilas aguas que se extendían ante nosotros. Cuando se aseguraron de que todos nuestros perseguidores se rendían, mis amigos se reunieron conmigo.

—¡¡Fantástico!! ¡¡Ha sido alucinante!! —repetíamos una y otra vez, riendo y chocando nuestras manos eufóricos.

—Es verdad, pero solo hemos ganado tiempo —advirtió la maga con razón.

—Cierto. Seguramente nos esperan más adelante —dije.

—Tenemos que abandonar el barco —propuso Gabi—, y podemos hacerlo allí —añadió señalando una isla que nos aguardaba a pocos metros.

Sin perder tiempo, reduje la velocidad y fijé el timón para que fuera por la derecha de aquella isla hasta que se encallara. Cuando hubieron desembarcado todos, puse de nuevo en marcha el barco y salté a tierra. Poco a poco el Bateaux Mouche se perdió en la oscuridad de la noche parisina. Tras un rato aguardando algún movimiento por parte de nuestros perseguidores,

que con toda probabilidad continuaban persiguiendo el barco, cruzamos por un puente a tierra firme. Después, sacando fuerzas de donde no las había, caminamos en busca de una parada de taxis. Nos planteamos la posibilidad de que volver al hotel quizá no era buena idea. Los esbirros de Nindún-Rinpoché habrían descubierto ya que estábamos alojados allí y, por otro lado, la policía habría dado con la empresa de alquiler de coches mediante la matrícula y, a través de la agencia, con los datos de Úrsula que, aunque lo había alquilado como la condesa Eloísa Ochoa de Villegas y Mendoza, los conduciría igualmente hasta el hotel. Dadas las circunstancias, decidimos no volver al Hilton Opera. Lo único que teníamos allí era nuestra ropa, que podríamos reponer en cualquier momento usando el monedero mágico. Por fortuna, siempre llevábamos la documentación encima. Cuando encontramos la parada, le pedimos al taxista que nos llevara directamente al aeropuerto, donde nos alojamos en uno de los hoteles que dan servicio al personal de vuelo. Nos registramos con nombres falsos una vez más. Después de ducharnos y recuperar la calma, nos reunimos en la cafetería. Pedimos unos bocadillos y leche caliente. Después subimos a las habitaciones para entregarnos a un sueño breve y reparador, ya que a primera hora de la mañana teníamos que abandonar la Ciudad de la Luz y volar hacia Grecia.

Capítulo Veinticinco

DUELO EN LAS NUBES

El sordo chirriar de la cerradura de la celda crispó el silencio reinante en el lugar. Al abrirse la puerta, la luz del exterior lo bañó todo desparramándose por la estancia hasta alcanzar todos sus rincones, y descubriendo a la huésped de aquel calabozo la realidad de su morada. Acurrucada en su rincón, frente a la puerta, Estela, mi madre, apenas podía abrir los ojos. Lo intentó, pero la claridad la cegó y tuvo que protegerse la vista con ambas manos. No se atrevía a moverse: no es que tuviera miedo, sino que no sabía qué hacer o qué quería hacer. Una sombra la cubrió y, solo entonces, se atrevió a mirar a su alrededor. En el umbral, firme e inmóvil, se había colocado una robusta figura masculina. Aquel visitante permanecía en silencio, con los brazos en jarra y las piernas ligeramente abiertas, ocupando casi todo el vano. Tras unos instantes en los que debió de observarla con detenimiento, dio unos pasos hacia el interior de la celda. Tras él, un séquito de hombres y mujeres ataviados con túnicas de color verde esmeralda penetró en el habitáculo portando antorchas y algunas mantas. Desde su rincón, aturdida e inmóvil, mi madre contemplaba a su visitante. Era un hombre alto, muy alto y musculado. Vestía una casaca turquesa con amplio escote que moría ceñida en su cintura, ahogada por un grueso cinturón marrón tachonado de piedras preciosas. Unos pantalones de rayas de colores oscuros se perdían en unas botas granates que le conferían un aspecto castrense. Su rostro era extraño. Parecía albino. Los ojos eran de un color azul celeste límpido, tan claros como una mañana serena de invierno; y su cabello, largo y blanco como la nieve. Sin embargo, a pesar de que a primera vista podría parecer un hombre de sesenta años o más, su piel era tersa y lisa, como la de un muchacho de veinte. Sus ojos, ligeramente rasgados, y las cejas, finas y albas, conferían a su mirada una perfidia que infundía miedo. La observaba con un mohín serio. De repente, sonrió y mostró una perfecta dentadura blanca. Tenía ambos puños apoyados en el cinturón. Los apretaba con fuerza. En cuanto mudó el gesto, los fue abriendo hasta relajarlos del todo. Extendió las manos hacia la cautiva, le regaló una

sonrisa amable y se arrodilló a su lado. La prisionera se acurrucó aún más en su rincón; aquel hombre la intimidaba.

—Tranquila —le dijo él con una voz grave que retumbó en las paredes del calabozo—. No tengas miedo, solo queremos que estés perfecta para la Divina Nindún-Rinpoché. La Más Grande espera y no conviene contrariarla.

Hennón, que era el nombre del fiel primer discípulo de Nindún, primado de los ejércitos de la soberana y futuro gobernador de toda Asia, tomó las manos de Estela entre las suyas. Ella lo observaba atemorizada, aunque al tiempo hechizada por aquella indescriptible mirada. La ayudó a ponerse en pie, la tomó del brazo y, siempre cortésmente, como si ella fuese una dama que acabara de llegar a un palacio, la guio hacia la puerta de la celda. Al salir, avanzaron por un pasillo iluminado por antorchas. El séquito de sirvientes los siguió a cierta distancia, quedándose en la celda tan solo un joven, que, con sumo cuidado, apagó cada una de las antorchas con un capuchón de metal. Cuando hubo concluido salió del calabozo y cerró la robusta puerta tras de sí.

* * *

A las ocho en punto de la mañana nos reunimos en la recepción del hotel. La noche, tras las emociones de la víspera, había resultado reconstituyente. Una buena ducha y un desayuno completo nos prepararon para afrontar un nuevo e imprevisible día. A pesar de las protestas del gerente de hotel, Úrsula se empeñó en pagar en metálico, ya que su monedero no extendía cheques ni escondía tarjetas de crédito. Tras un tira y afloja, la maga abrió el monedero y dejó sobre el mostrador tres mil francos, terminando así con la discusión. Sin demora, ya que temíamos que la policía hubiera puesto en marcha un plan de control en los aeropuertos, pedimos un taxi grande y salimos hacia la terminal.

El primer avión rumbo a Atenas despegaba a las once menos cuarto. Compramos los billetes, los canjeamos por las tarjetas de embarque y, como no tuvimos inconvenientes con la documentación ni en el control de seguridad, nos sentamos a esperar en la zona del *duty free*. Tratamos de no llamar la atención y vigilábamos que nadie sospechoso se nos acercara. Estaba claro que no podíamos confiar en nadie más que en nosotros mismos. Úrsula portaba la Llave de Tara. Sentir aquella responsabilidad añadida a la que ya había asumido era algo superior a mis fuerzas, así que, arguyendo que tenía miedo de extraviarla y que en su bolsa dorada estaría más segura que conmigo, me deshice del tesoro. Aquel objeto místico era la clave para salvar

la vida de mis padres, pero también estaba manchada de sangre: la de Lang Ching, la de sus asesinos y quién sabe la de quién más.

El tiempo transcurrió con rapidez. De improviso, la voz de una mujer brotó por la megafonía anunciando nuestro vuelo. Nos acomodamos en el avión y nos dispusimos a echar una cabezada para hacer el viaje más llevadero. El trayecto duraría poco más de tres horas. Sin embargo, las cosas se torcieron enseguida. El despegue no fue puntual, ya que cuando mi reloj marcaba las once seguíamos en tierra. El pasaje comenzaba a preguntarse qué ocurría. El personal de vuelo también estaba inquieto. Subían y bajaban del aparato y entraban sin parar a la cabina de los pilotos. Algo no iba bien. Susana se levantó y se acercó para ver si se enteraba de algo.

—No pasa nada —nos dijo al volver—. Los pilotos se han retrasado. Parece que había tráfico. Me han dicho que ya llegaban y que despegaremos en seguida.

Todavía pasaron veinte minutos hasta que por fin nos pusimos en marcha. Atrás quedó París, Notre Dame, el malogrado Lang Ching, la torre Eiffel y el plácido Sena. La primera hora de vuelo fue de lo más normal. Todo el mundo estaba tranquilo. La gente conversaba, leía o dormía. Susana y la hechicera echaban una cabezadita mientras que Andrés y yo charlábamos, aunque, a decir verdad, era mi amigo el que hablaba prácticamente todo el tiempo. Gabi miraba por la ventana; estaba ausente. Me pareció que necesitaba un hombro en el que apoyarse.

—¡Hey, jefe! —le dije dándole un codazo—. ¿Qué piensas? ¿Vas a inventar alguna nave espacial?

—Quizá debería hacerlo, para abandonar este planeta de locos —respondió con gravedad y, al cabo de un momento, para evitar tener que hablar de lo que había ocurrido la víspera, añadió—: ¿Sabes? Me encantaría ver la cabina. Voy a ver si me dejan echarle un vistazo.

—Creo que lo está pasando mal, por lo de ayer, Lang y lo de la torre —observó Andrés cuando Gabi se hubo ido pasillo abajo—. ¿Crees que lo superará?

Me limité a asentir con la cabeza, esperando y deseando que así fuera. Un cuarto de hora después nuestro amigo regresó con un semblante muy diferente. Sonreía y la ilusión había regresado a su mirada. Se sentó y comprobamos que volvía a ser el mismo de siempre: jovial y curioso. Nos relató entusiasmado la visita a la cabina. Los pilotos habían sido muy amables. Le habían explicado para qué servía cada conmutador, cada palanca, cada indicador y cada interruptor. Nos informó de que acabábamos de

sobrevolar el sur de Italia y que estábamos adentrándonos en los cielos del mar Jónico.

—He aprendido un montón. Y son muy majos. El comandante tiene las dos palas de oro, y cuando habla le brillan. Te habría encantado, Andrés; parece un pirata —apostilló señalándose los dientes e imitándolo.

Esa pequeña visita le había devuelto la vida. Dijera lo que dijera, seguía siendo un científico y los retos intelectuales le devolvían la ilusión.

Con una preocupación menos en mente, me dispuse a relajarme un rato y, quizá, conciliar el sueño. Poco después de cerrar los ojos y recostarme sobre Andrés, caí abatido. Mientras me sumía en la inconsciencia, recordé las palabras de Gabi sobre su visita a la cabina, sobre lo que había aprendido y sobre el comandante: «tiene las dos palas de oro…» le oí decir a mi amigo en mi mente justo antes de dormirme.

Oí un ruido y abrí los ojos. Todo parecía en orden, el avión avanzaba y los pasajeros dormían o leían. Volví a escuchar aquel ruido: era un *toc*, *toc*. Provenía de mi izquierda y al mirar a la ventanilla, descubrí con asombro que alguien me llamaba desde fuera del avión. ¡Era increíble! Me incorporé y alerté a los demás, pero nadie parecía oírme. Llamaron de nuevo. Por fin distinguí la cara de quién me llamaba: ¡¡Morgana!! ¡Era Morgana! La poderosa hechicera atravesó el fuselaje y se sentó a mi lado, en un asiento surgido de la nada, entre Andrés y yo.

—Gracias por aceptarme en tu sueño —me explicó la versión anciana de Morgana luciendo una encantadora sonrisa—. He venido para que me acompañes en una excursión por el tiempo y el espacio —añadió.

Me tomó de la mano y traspasó el fuselaje otra vez, como si fuera agua, arrastrándome tras de sí. De repente me vi volando entre las nubes, cogido de la mano de Morgana. Sobrevolamos tierra y mar hasta llegar a nuestro destino. Habíamos regresado a París. Estábamos en el Sena, la noche anterior, huyendo de los asesinos y de la policía. Aterrizamos en el barco. Me vi a mí mismo dirigiendo la nave y a mis amigos a mi lado. Morgana me condujo hacia popa. Ráfagas de balas nos atravesaban sin dañarnos. La miré sonriendo y ella me pidió que me fijase en la embarcación que nos perseguía, la de los esbirros de Nindún. No acababa de entender qué pretendía mostrarme. Ella guardaba silencio y señalaba a un hombre que, desde el extremo de proa, descargaba con saña su arma. Agucé la vista. Estaba soñando y en los sueños todo es posible, así que como quería verlo de cerca, la imagen que tenía ante mí se agrandó como si mirara a través de unos prismáticos. Eso me permitió contemplar la escena al detalle. Al principio no vi nada que me llamara la

atención. El asesino, un tipo que, por el aspecto, debía de ser centroeuropeo, fruncía el entrecejo y gruñía al disparar, apretando los dientes. ¡Eso era! Tenía ambas palas de oro.

—¡¡Es el asesino!! —grité alertando a los demás, tras despertar de golpe. Mis amigos me pidieron que me calmara; pensaban que había tenido una pesadilla. Solo Úrsula sospechó que no era tal cosa y me pidió que me explicase—. ¡Ha vuelto! Morgana se me ha aparecido mientras dormía y me ha llevado de vuelta a París —les dije arrancándoles una sonrisa, aunque la maga se lo tomó en serio—. Me ha llevado al Sena, a la persecución de anoche. He visto de cerca a uno de los hombres que nos disparaba y tiene las palas de oro —añadí bajando la voz.

—¡Igual que el coman…!

—¡Exacto! —interrumpí a Susana antes de que nadie se alarmara.

—No, ni hablar. No me vengas ahora con que el asesino que nos persiguió anoche está pilotando este avión. ¡Es imposible! A ver —protestó Andrés intentando encontrar lógica al asunto—. Es un piloto de líneas aéreas, no un asesino loco de una secta… No puede ser, está claro que tus sueños te confunden.

—¡No! Sé que tengo razón —insistí tratando de no alzar la voz— Estamos de acuerdo en que los seguidores de Nindún-Rinpoché pueden ser camareros, artistas, policías, ciudadanos normales y pilotos de avión, ¿verdad? No tienen por qué ser asesinos a tiempo completo. Necesitan pasar desapercibidos. —Todos asistieron dándome la razón—. Segundo, no es la primera vez que Morgana me visita para ayudarme o para darme pistas. Vosotros también la visteis en la oficina del periódico. ¿Por qué mostrarme esa imagen si no es cierta? Nos está guiando desde el principio. Además, acordaos de que los pilotos se retrasaron. Tal vez alguien de la secta nos ha reconocido en el hotel o en el aeropuerto y ha alertado a sus compinches. Y puede que hayan movido hilos para intercambiar los vuelos con otros pilotos y poder atraparnos. Aquí no tenemos escapatoria. Quién sabe qué pretenden.

—¿En qué estás pensando, Dani? —preguntó Susana, inquieta.

—Bueno, sabemos que estos tíos están dispuestos a dar su vida por la causa, y que no tienen problemas para matar. Así que hay dos posibilidades: o nos matan en cuanto aterricemos, o estrellan el avión.

—Lo más espantoso es lo segundo. Apuesto a que piensan hacer eso —dijo Andrés—. No creo que lleven armas; el detector de metales las habría detectado.

—Quién sabe, quizá los pilotos no pasan por el detector, o tienen cómplices entre los de seguridad… —aventuré.

—¿De verdad pensáis que serán capaces de suicidarse y asesinar a ciento cincuenta personas inocentes solo para acabar con nosotros? —preguntó Susana, desconcertada.

—Sí. Nindún les habrá prometido la vida eterna o algo así. Van a estrellar el avión. De hecho, ya han empezado las maniobras —advirtió Gabi—. Estamos descendiendo y ahí abajo no hay nada más que agua.

—¿Qué hacemos? —nos preguntamos con un nudo en la garganta.

—Ante todo debemos mantener la calma —intervino Úrsula con un tono sereno—. Será una lucha cuerpo a cuerpo. Ellos son cuatro: tenemos ventaja.

—Pero no podemos olvidarnos de las azafatas y del resto de pasajeros. Si atacamos a los pilotos se nos echarán encima: pensarán que los locos somos nosotros —apuntó Susana.

—Podemos explicarles lo que pasa —propuso Andrés.

—Ni hablar. Nadie nos creería. Es una historia demasiado extraña para convencer a tanta gente en poco tiempo. Un comandante de líneas aéreas tiene más credibilidad que un grupo de chavales y una señora que dice que es hechicera. No os ofendáis, pero yo lo veo así —argumentó Gabi.

—Bien —dijo Úrsula—, entonces tendremos que dormirlos a todos.

—¡¡¿Qué?!! —preguntamos al unísono.

—Ya me habéis visto hacerlo antes. Pero ahora será a lo grande. Necesitaré que me ayudéis a canalizar la magia suficiente para poder dormirlos durante un buen rato. Vamos, el tiempo apremia —nos ordenó levantándose y avanzando pasillo abajo hasta la puerta de la cabina—. Bien, tenéis que repetir el ejercicio de canalización, igual que anoche. Pero tened en cuenta lo siguiente —nos advirtió—, tenemos que escondernos en algún sitio porque este hechizo provoca un flujo de energía que irá hasta el fondo del avión y volverá, rebotando en las paredes hasta que se desgaste. Si nos alcanza nos afectará como a los demás.

—Y ¿dónde nos escondemos? ¿En el baño? —preguntó Andrés irónicamente.

—¡Eso es! —exclamó la maga sin considerar la ironía del joven—. Mantén la puerta abierta, Susi. Cuando lancemos el hechizo nos refugiaremos dentro. Esta magia no puede atravesar paredes.

El plan me pareció de lo más absurdo, aunque no teníamos demasiadas opciones. Nos pusimos manos a la obra; nunca mejor dicho. De pie, de frente a todos los pasajeros, que aún no habían reparado en nosotros, comenzamos la

canalización. Susana mantenía la puerta del baño abierta con el pie. Úrsula se había colocado en el centro del grupo para atraer hacia ella la magia que canalizáramos y unirla a la suya en el momento de lanzar el conjuro. Andrés y yo estábamos a un lado, y Susana y Gabi, al otro. La maga empezó a recitar el conjuro. Enseguida notamos que el aire se hacía más denso; cada vez nos costaba menos conectar con la magia. La bruja subió el tono de voz, abriendo y cerrando los brazos y los pliegues de su túnica en una especie de danza ritual complementaria al conjuro hipnótico. Sus manos atraían hacia sí el poder que nosotros canalizábamos y que ella presionaba hacia el centro, formando una esfera de energía que poco a poco fue adquiriendo un tenue color amarillo. Los pasajeros, alertados por la voz de la hechicera, que estaba llegando al momento cumbre del encantamiento, se alarmaron pensando que éramos terroristas o lunáticos que pretendíamos apoderarnos del avión. Una azafata se dirigía hacia nosotros cuando Úrsula alzó los brazos sosteniendo entre sus manos una gran esfera luminosa que, ante la mirada asustada de todos y cada uno de los pasajeros, arrojó hacia delante.

Se oyeron gritos, aunque no tuvimos tiempo de ver nada. La bruja nos empujó al interior del baño, donde nos apretamos intentando que la magia no nos alcanzara al retornar. La esfera se había dividido en mil fracciones brillantes que, a toda velocidad, atravesaron el avión, dejando tras de sí una estela luminosa que fue cayendo sobre los pasajeros y sumiéndolos de inmediato en un profundo e inocente sueño. Según avanzaban, el tamaño de las pequeñas luces disminuía. Al llegar al fondo rebotaron como si fueran pelotas de goma y retornaron consumiéndose por el camino, dejando tras de sí una somnífera estela luminosa que, poco a poco, se fue extinguiendo, al igual que los gritos de la gente. Las azafatas, que no estaban sentadas, cayeron dormidas en el pasillo. Mientras tanto, en el minúsculo baño, nos esforzábamos por lograr sitio para todos antes de que la magia nos alcanzara. Gabi empujaba a la hechicera intentando procurarse un hueco donde meter su delgado cuerpo. Andrés hacía lo propio con el inventor y gritaba que le dejásemos entrar. Yo me había subido al retrete y sostenía a Susana en volandas. Por fin, Gabi pudo colocarse en un rincón, contra la pared, pero Andrés había acabado quedándose fuera. Mi amigo gritó cuando vio que las debilitadas lucecitas lo alcanzaban, bañándolo con su fosforescente estela somnífera. Cayó redondo. Las luces rebotaron en la puerta de la cabina de los pilotos y, al fin, se extinguieron a la altura de la segunda fila. Permanecimos unos segundos más dentro del baño, por precaución. Lo único que se oía era el sordo rugido de los motores. Al salir comprobamos que el hechizo había

sido un éxito, aunque el pobre Andrés también dormía plácidamente en el suelo. Lo sentamos en una butaca libre y lo abofeteamos para despertarlo, aunque fue inútil.

—¡Úrsula! ¡Haz algo! —le rogué a la maga, quien se puso de inmediato a rebuscar en su bolso.

—Y ¿los pilotos? ¿Habrán oído los gritos? —preguntó Susana.

—Supongo que sí, pero están acostumbrados a que la gente se asuste durante los vuelos. Ya sabes, a la primera turbulencia la gente se pone histérica y piensa que se va a estrellar —argumentó Gabi recordando el trabajo que realizó en primero de BUP sobre la histeria colectiva en situaciones de la vida cotidiana.

Úrsula probó con las sales reconstituyentes, pero no funcionó. El hechizo era muy poderoso y si no daba con un remedio, nuestro amigo dormiría al menos durante dos horas como si fuera un bebé.

—¡Un momento! —exclamó de repente la maga—. Creo que había un conjuro sencillo para estos casos —añadió extrayendo del bolso una libreta con tapas de cuero que hojeó con rapidez—. Aquí está, creo que funcionará —dijo señalando unas líneas encabezadas por un título en rojo. Se puso las gafas y, colocándose frente a Andrés, recitó—: *Blodun, carceelix quewinhj polijuy, vigiliasrup ¡Freaik!* —culminó, señalando con el dedo índice a nuestro amigo.

Cerró la libreta, la guardó junto con las gafas y se cruzó de brazos.

—¿Y ahora? —preguntamos decepcionados al ver que no despertaba.

—Bueno, tarda un poco en hacer efecto; ya se despertará. Ahora tenemos que ocuparnos de los pilotos sin perder un segundo —añadió señalando la cabina.

Y tenía razón. Durante el hechizo del sueño habíamos continuado descendiendo y en esos momentos, el avión volaba bajo sobre el mar Jónico. Sin pensarlo demasiado y confiando en que no tuvieran armas y en que Andrés se despertara a tiempo para ayudarnos, abrimos la puerta de la cabina —que en aquella época no se había convertido aún en una puerta blindada— y nos lanzamos contra los cuatro tripulantes. Tal como había previsto Gabi, estaban tranquilos. No se habían alertado por los gritos de los pasajeros y lo único que hacían era repetir una especie de plegaria lacónica para encomendar su alma a Nindún-Rinpoché. Con Andrés fuera de combate, nosotros también éramos cuatro, Úrsula atacó al encargado de las comunicaciones; Susana al oficial suplente, Gabi fue a por el copiloto y el comandante me lo reservé para mí. Sin mostrar sorpresa alguna, comenzaron a defenderse con violencia. Eran

fuertes y estaban preparados para luchar. Al soltar los mandos, el avión quedó descontrolado. La maga recibió varios puñetazos, pero también propinó buenos tortazos y arañazos. Susana era ágil y atlética; su lucha estuvo igualada, aunque un empujón contra un panel de control la dejó inconsciente al golpearse la cabeza. Su oponente se abalanzó entonces sobre Úrsula, que tuvo que enfrentarse a dos a la vez. Aunque se defendió con uñas y dientes, acabó recibiendo un duro golpe en la cabeza que la dejó fuera de combate. Gabi y yo aguantábamos, pero los otros dos nos cogieron por la espalda y nos inmovilizaron. El comandante y el copiloto se remangaron y sonrieron satisfechos.

—Bueno, parece que las cosas van a acabar tal y como fueron planeadas —bisbiseó satisfecho el comandante, sonriendo y mostrando su dorada dentadura.

—¡¡Maldito seas!! —grité luchando por desembarazarme de las garras que me mantenían inmóvil— ¡¡Te mataré!!

—¡¡El avión!! ¡¡Nos vamos a estrellar!! —gritó Gabi—. ¡¡Coja los mandos!!

—¡Bien! Ese era el plan. Que se cumplan los designios de nuestra señora y diosa —sentenció el comandante, dispuesto a morir y matar por sus creencias.

De repente, mi opresor cayó al suelo antes de que nadie pudiera reaccionar. El de Gabi, también. En los ojos del comandante y del copiloto se dibujó la sorpresa. Úrsula sonreía con sendos zapatos de tacón en las manos. La lucha se reanudó. También Susana se había repuesto y acudió en nuestra ayuda. El equilibrio de fuerzas había cambiado. Éramos cuatro contra dos. Gabi aprovechó nuestra ventaja para tomar los controles y tratar de estabilizar la aeronave, que se precipitaba hacia el mar. Sin saber muy bien qué hacer, tiró hacia atrás del timón de dirección y, poco a poco, enderezó el morro del avión.

Otro certero golpe de zapato dejó fuera de combate al copiloto. El comandante se vio solo, atrapado entre el control de radio y nosotros. Gruñía y miraba a su alrededor buscando una salida. De repente, en un rápido movimiento, abrió un cajón y sacó un revólver con el que nos apuntó. De nuevo sonreía. Ordenó a Gabi que se apartase de los mandos, arrinconándonos a todos junto a la puerta de la cabina. Mi amigo lo hizo, pero, sin que el comandante se diese cuenta, presionó un botón que tenía una etiqueta que rezaba: *Autopilot*.

—Bien, os dije que la palabra de nuestra señora, La Luz del Nuevo Mundo, se cumpliría —farfulló volviendo a su asiento, aunque sin dejar de apuntarnos. Sonrió y desconectó el piloto automático. Un escalofrío nos recorrió de arriba abajo—. Despedíos, porque vais a morir. Pero alegraos; pues muy pronto comenzará el reinado de Nindún-Rinpoché.

—Tú también vas a morir, ¿no te das cuenta? —le espeté, confiando en ganar tiempo, pero consciente de que no podría hacerle entrar en razón.

—Cierto, pero mi señora, mi diosa, me resucitará en agradecimiento por mi valor y osadía. Y quizá me haga gobernador de Francia, o de toda Europa…

—Y ¿te lo crees? Eres un idiota —replicó Susana.

—¡¡Silencio!! Ya está bien de charla. Es la hora de la muerte —dijo impaciente por acabar su misión y por ser merecedor de la gracia de su señora.

El comandante empujó hacia adelante el timón y el avión volvió a descender. Sin dejar de apuntarnos salió de la cabina. Se volvió y contempló a todos los pasajeros y azafatas durmiendo plácidamente, ajenos a la terrible realidad.

—Ya me extrañaba que no gritaran más —susurró para sí—. Veo que os habéis ocupado de los demás. No os preocupéis por ellos. La única diosa sabrá apreciar su sacrificio. Pero vosotros no tendréis tanta suerte —añadió y prorrumpió en grandes carcajadas que nos revolvieron el estómago.

La situación solo podía empeorar, así que lo hizo cuando sus compañeros empezaron a recobrar el conocimiento. Además, si no se hacía algo deprisa para reconducir el avión, no habría salvación. Entonces Susana se abalanzó contra la puerta y la cerró con pestillo dejando fuera a aquel loco quien, gritando, comenzó a disparar. Por suerte las balas no atravesaron la puerta. Úrsula pronunció una versión reducida del conjuro del sueño y durmió a los otros tres pilotos. Gabi, por su parte, volvió a enderezar el avión cuando parecía que ya no quedaban esperanzas.

—¡¡Idiotas!! —gritó aporreando la puerta—. ¡¡Aún me quedan tres balas y las voy a usar contra los pasajeros!! —añadió—. ¡¡Abrid o los mato ahora mismo!!

—Si abrimos, moriremos todos —dijo Susana.

Nuestra amiga tenía razón. Nuestro enemigo había recuperado el control de la situación. Estábamos en una de las peores encrucijadas en la que nos habíamos visto. Si abríamos la puerta, todos moriríamos; y si no lo hacíamos, morirían tres inocentes y puede que al final, todo el pasaje. Ese hombre era

muy capaz de sabotear el avión. Cualquiera que fuese nuestra decisión, seríamos responsables de la vida de aquellas personas y de la victoria de Nindún-Rinpoché.

Capítulo Veintiséis

TRAS EL TARÍN DORADO

El comandante golpeó la puerta con la pistola y nos advirtió de que era nuestra última oportunidad de abrir. Si no lo hacíamos, mataría a uno de los pasajeros.

—¡No abráis! Es una trampa —insistió Susana.

Nos encontrábamos en una disyuntiva difícil de dirimir y el tiempo se acababa. Imploramos a Úrsula alguna solución mágica, pero a la hechicera no se le ocurría nada que neutralizara al comandante en tan poco tiempo. De repente oímos un disparo. Nos abalanzamos hacia la puerta y la abrimos, sin pensar en las consecuencias. El comandante, que esperaba agazapado, nos empujó, derribó y, una vez en la cabina, disparó a los controles. Empezaron a saltar chispas por todas partes y el avión se puso a temblar. Entonces volvió a apuntarnos mientras sonreía mostrando sus dientes dorados y se secaba el sudor de la frente con el dorso de la mano. Levantamos las manos, vencidos y tristes. El avión se precipitaba al mar y aquel loco nos apuntaba dispuesto a disparar.

—Bien, todavía me queda una bala —farfulló temblando y sonriendo espasmódicamente—. ¿Será para ti? ¿O para ti? —repetía apuntándonos uno por uno—. No, será para…

No pudo acabar la frase porque se derrumbó sobre nosotros.

Andrés se había lanzado sobre él con todas las fuerzas que su estado de aturdimiento le permitió reunir. Úrsula, con sorprendente agilidad, cogió la pistola y la guardó en su bolso, que dejó junto a Gabi, quien ya se había vuelto hacia los mandos e intentaba enderezar la nave. Susana y yo nos lanzamos sobre el comandante y, aunque nos costó reducirlo, ya que seguía luchando con una fortaleza que parecía sobrehumana, tras un último y certero golpe en la cabeza, quedó, al fin, inconsciente.

Me acerqué a Andrés y lo abracé. Mi amigo, que luchaba contra la somnolencia mágica apoyado en la mesa de comunicaciones, inspiraba profundas bocanadas de aire.

—Sí, ya sé, ya sé que me queréis mucho, pero no creo que sea una bonita forma de demostrarlo dejarme ahí tirado como si fuese una maleta. Me duele la cabeza y no es por haberme lanzado sobre este imbécil. Además…

—Andrés —lo interrumpí—. Nos alegra mucho que estés bien. Nos has salvado.

—Lo de que nos ha salvado lo vamos a entrecomillar —intervino entonces Gabriel, sujetando con fuerza los mandos del avión, el cual había logrado enderezar de nuevo—. Salir de esta no va a resultar sencillo.

Era verdad. El peligro no había acabado, por lo que atamos y amordazamos a los cuatro tripulantes con cinta aislante que encontramos en un cajón de la cabina. Después, los encerramos en el baño. A continuación, comprobamos que los pasajeros estuvieran bien. Por fortuna todos dormían plácidamente y no se habían dado cuenta de nada. Como había intuido Susana, el disparo del comandante había sido solamente un truco para que abriésemos la puerta.

Gabi seguía tratando de pilotar la aeronave, aunque en realidad se limitaba a mantenerla en el aire. Su visita a la cabina le había permitido aprender cuatro nociones que le ayudaban a mantener el avión en funcionamiento. Tenía una memoria prodigiosa, fotográfica; aprendía de vista y de oído. Además, usaba la intuición y la lógica deductiva, lo que le permitía encontrar solución a muchos problemas.

Habíamos dejado atrás el mar y sobrevolábamos tierra desde hacía un rato. Eso significaba que ya estábamos sobre Grecia y que no faltaba demasiado para llegar a Atenas.

—¿Dónde está el aeropuerto, Susana? —preguntó Gabi.

—Ni idea. ¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Bueno, quien sea, ¿sabéis dónde está? Dani, tu padre ha venido muchas veces.

—Bueno, yo…, mi padre no me ha… —balbucí—. No lo sé, Gabi. Tú sigue recto.

—¿Que siga recto? No queda casi combustible —nos informó, hablando muy deprisa y señalando un indicador en el panel de control—. Si es que los indicadores funcionan bien. A saber los daños que ha producido el disparo. Este avión pesa trescientas toneladas; necesita mucho terreno para aterrizar.

—¡¡¿Aterrizar?!! ¡¡¿Que tú vas a aterrizar?!! —preguntó Andrés.

—¡¿Prefieres intentarlo tú?! —contestó Gabi a punto de perder los nervios—. Seguro que posees los conocimientos adecuados para que este avión tome tierra en condiciones óptimas —ironizó.

—¿Estás diciendo que tú sí sabes pilotarlo? Gabi, tú no sabes ni conducir una moto, ¡¿Cómo pretendes aterrizar?! —respondió entonces Andrés.

—¡Basta, chicos! —intermedié—. Gabi, ¿seguro que puedes hacerlo? —le pregunté intentando que no se pusiese nervioso.

—¡Claro que puede! ¡Es el *supersabio*!

—¡Cállate, Andrés! —grité—. Gabriel, ¿cómo podemos ayudarte?

No me respondió de inmediato. Seguía con la mirada en el horizonte y con los mandos firmemente asidos. Parecía que estaba haciendo inventario de todos los conocimientos que poseía sobre el aparato. Calculaba en silencio las posibilidades y la responsabilidad que le suponía tomar las riendas de semejante empresa.

—Creo que sí puedo —musitó por fin—. Pero no sé dónde. Necesito que encontréis el aeropuerto. Tiene que haber un plan de vuelo en algún sitio —añadió señalando las carpetas que había en un par de estantes metálicos.

—Sí, claro. Tienes razón —le dije dándole una palmada en el hombro—. Será mejor que lo busquemos.

—Gabriel, cuando veas la ciudad, sobrevuélala en círculos —intervino Úrsula—, hasta que localicemos el aeropuerto.

—Imposible. No hay tanto combustible. Si me pongo a dar vueltas podríamos estrellarnos sobre las casas. Y otra cosa, no sé con seguridad si saldrá el tren de aterrizaje. No sé qué funciona y qué no. Hay muchos indicadores estropeados. Eso sin contar que nunca he hecho algo así. Quizá Andrés tenga razón. Esto me viene muy grande —admitió entre dientes, a punto de echarse a llorar.

—Gabi, tú puedes, amigo mío —le dije al oído como si fuese una confidencia—. Confiamos en ti. Sé que puedes.

—Deberíamos contactar con la torre de control y pedir ayuda —sugirió Susana.

—Los controles de radio no funcionan. Ya lo he comprobado. Estamos solos —explicó Gabi.

—¡Genial! ¿Alguna otra buena noticia? —preguntó Andrés.

—Sí —respondió la hechicera señalando el horizonte—. Ya se ve Atenas.



Al acercarse a las puertas, estas se abrieron solas. La penumbra del largo y frío corredor se inundó con una cálida e intensa luz que invitaba a adentrarse en aquella estancia. Atravesaron el umbral y las enormes y gruesas hojas de madera se cerraron tras ellos. El séquito no los acompañó; continuó su lento

caminar, dobló una esquina y siguió adelante perdiéndose en los innumerables pasillos, corredores y salones del gigantesco palacio.

No hacía frío en aquella sala. Era circular y por todas partes había enormes maceteros de porcelana con grandes plantas que lucían flores inverosímiles, de formas y colores desconocidos. Al fondo, justo enfrente de la puerta que acababan de atravesar Hennón y Estela, se levantaban unas formaciones rocosas por las que serpenteaban pequeños chorros de agua que desembocaban en los extremos de una especie de estanque con forma de media luna. Las paredes del salón eran de mármol rosa con incrustaciones de infinidad de objetos brillantes. La techumbre era una cúpula semiesférica adornada con un mosaico que representaba una espiral en dos colores: naranja y negro. El suelo era de mármol blanco con vetas oscuras que parecían dibujar una enorme telaraña. La estancia estaba salpicada por muebles del mismo material que parecían emerger del suelo, como si la fría piedra hubiese cobrado vida y hubiese modelado mesas y sillas de diferentes formas y tamaños.

Un momento después, desde detrás de las formaciones rocosas y bordeando la alberca con forma de media luna, aparecieron seis hermosas jóvenes que caminaban con pasos cortos. Iban prácticamente desnudas cubriéndose solo con sus largas melenas oscuras y con pañuelos sedosos anudados a la cintura. Cada una portaba una cesta. En ellas llevaban utensilios de peluquería y maquillaje, ropas, paños, collares, pendientes y brazaletes de oro, joyas cuajadas de piedras preciosas, perfumes, y una jarrita dorada llena de agua.

—Vamos, no te asustes —dijo con voz firme Hennón empujando suavemente a mi madre hacia delante en dirección al estanque de la media luna—. Estas son tus sirvientas. Van a bañarte, peinarte y prepararte para la ceremonia. Confía en ellas. Cuando terminen serás la más bella, y nuestra justa señora estará complacida con su nueva morada.

Aturdida y desorientada, Estela se acercó a la fuente. Las muchachas, que habían dejado las cestas en el suelo, corrieron risueñas hacia ella. La rodearon cuchicheando, soltando risitas y acariciando su piel y cabello con curiosidad. La desnudaron y la ayudaron a entrar en el baño. Sin parar de reír y hablar entre ellas, la sumergieron en el agua. La sacaron y volvieron a hundirla. Después, siempre bajo la atenta y severa mirada de Hennón, una de ellas salió del estanque y corrió hasta su cesta, de donde tomó la jarra dorada. Volvió al agua y se la ofreció a mi madre, que, en un primer momento, la rechazó. Las muchachas insistieron, con firmes aunque amables maneras. Mi madre

accedió y, al probar aquella agua, sintió que su mente se embriagaba. Cogió con ambas manos la jarrita y bebió hasta la última gota. Entonces, las muchachas se apartaron de ella esperando a que surtiera efecto. Desde el fondo de la sala, Hennón esbozó una sonrisa de satisfacción.



Gabi se secó el sudor de las manos en su propia camiseta y después tomó el timón del avión con firmeza. Tras dudar un instante y mirarnos como si nos pidiera nuestra aprobación, agarró una palanca y estiró suavemente hacia atrás. El avión rugió. Había reducido la velocidad, pero lo había hecho demasiado rápido. Todo temblaba y parecía que iba a deshacerse en un billón de piezas, aunque enseguida volvió la normalidad. Intentábamos no perder los nervios. Sabíamos que nuestro amigo hacía lo que podía. Nos sentamos: yo a su lado; los demás, detrás. Tuvimos que mandar a Andrés a vigilar a los pasajeros, ya que le costaba demasiado no incordiar ni distraer a Gabi, y era vital que permaneciese concentrado.

Oteábamos la tierra en busca del aeropuerto, no obstante, no dimos con nada que se le pareciera. Tampoco vimos ningún avión despegando o aterrizando cuya presencia nos guiara hacia el aeropuerto. Para colmo de males, los documentos que habíamos encontrado resultaban ininteligibles para quien no conociera la jerga aeronáutica. Gabi redujo aún más la velocidad sin quitarle ojo a la infinidad de indicadores que presidían el panel de mandos, aunque era consciente de que muchos de ellos o no funcionaban o daban lecturas equivocadas.

El cielo estaba despejado, pero la polución que cubría la ciudad como una boina de polvo emborronaba la visión del horizonte. Sobrevolamos la Acrópolis. Desde el aire no parecía más que un montón de piedras sin valor. Continuábamos sin ver el aeropuerto. Susana intentaba hacer funcionar la radio, sin embargo, todos sus esfuerzos resultaron infructuosos. Dejamos la ciudad atrás y ante nosotros apareció la costa. Gabi empezó a virar. De repente el motor rugió haciendo que todo el aparato temblase y se balancease con rápidas y violentas sacudidas.

—¡¡Ehhh!! ¡¿Qué pasa?! —inquirió con urgencia la voz de Andrés desde el pasillo.

—Creo que se está acabando el combustible. Hay que aterrizar —dijo Gabi.

—¿Dónde piensas hacerlo? —le preguntó Úrsula estirando el cuello, tratando de vislumbrar entre aquel manto urbano una llanura despejada para

tomar tierra.

—No tengo ni idea. Solo veo casas y más casas —respondió mientras el aparato daba sus últimos rugidos, vibrando y temblando con fuerza—. ¡¡Agarraos!!

Nos miramos con pavor. Nos agarramos a aquello que pudimos en un intento absurdo de resistir un impacto. Úrsula repartió los últimos chicles de salud que le quedaban y a continuación cerró los ojos. Susana se dio media vuelta, pero yo era incapaz de hacerlo. Algo me decía que debía seguir mirando, que debía acompañar en aquel trance a mi amigo, quien ni siquiera parpadeaba. Buscaba un terreno llano, alejado de los edificios. Pero Atenas es una ciudad con numerosas colinas, lomas y desniveles, así que, por mucho que escudriñábamos, no dábamos con una solución. Sin embargo, las vidas de todos los que íbamos en aquel avión y la de muchos atenienses dependía de que Gabi localizase un lugar para aterrizar.

Mi amigo empujó con mucha suavidad el timón de dirección hacia adelante y redujo aún más la velocidad. Descendía con rapidez. Pulsó varios interruptores para accionar unos alerones y el tren de aterrizaje sin saber si funcionaban. Bajó más y desaceleró todo lo que pudo. Yo miraba hacia delante intentando adivinar dónde pretendía aterrizar. Habíamos dado varias vueltas y no habíamos visto ninguna explanada. Al fondo, solo se veía la colina de la Acrópolis.

—Que el mundo me perdone por lo que voy a hacer —musitó.

—Gabi, ¿no pensarás aterrizar ahí? —le pregunté.

—Tengo que salvar a ciento cincuenta personas sin llevarme por delante la vida de otras tantas. Y ya no queda combustible. No hay elección —sentenció.

—Que va a aterrizar ¿dónde? —pregunto Susana desde su asiento.

—Prefiero no decírtelo —respondí pensando en todos los amantes del arte.

El avión continuó descendiendo. Había bajado tanto que casi rozaba los edificios más altos. Los turistas que visitaban la vieja ciudad sagrada, la Acrópolis, alertados por quienes descubrieron que un avión se dirigía hacia allá, salieron despavoridos. Los coches pitaban y la gente huía aterrorizada. Gabi descendía y aminoraba: íbamos a tomar tierra. Me agarré con fuerza al sillón, aunque no pude cerrar los ojos. Me dolía ver por última vez aquellas maravillas erigidas dos mil quinientos años antes. Miré a mi amigo, había levantado el morro; pasamos la Acrópolis de largo. Viró un poquito a la derecha y empujó el timón para descender. Ante nosotros apareció la

explanada donde se erguían los restos del Olimpeion, el mayor templo griego jamás construido.

La parte trasera del avión rascó el suelo haciendo que todo temblase como si fuese a desintegrarse. El resto del aparato no tardó en posarse. Gabi accionó los frenos, pero íbamos demasiado deprisa. Las dos columnas que se erguían apartadas del resto fueron las primeras en caer. El avión se las llevó por delante. El impacto desvió unos grados el aparato hacia la derecha dirigiéndose directamente hacia el conjunto de columnas que fieramente se resistían al paso del tiempo. Aquellos pilares habían sobrevivido durante dos milenios a la misma cultura griega, a los romanos, a Bizancio, al Imperio otomano, a varias guerras y a millones de turistas. Sin embargo, apenas tardaron unos segundos en desmoronarse.

Al impactar contra las primeras columnas, el arquitrabe se vino abajo y cayó sobre el fuselaje del avión. Los tambores milenarios que las formaban rodaron hacia los lados mientras el aparato dejaba atrás el devastado recinto del templo para arrancar unos árboles, destrozar una piscina y empotrarse, por fin, contra una loma. De súbito, se hizo el silencio. Dentro, todo dejó de temblar. Pese a llevar abrochados los cinturones de seguridad, el violento aterrizaje nos había producido contusiones y torceduras. El cristal se había roto por el impacto de un trozo de arquitrabe y restos de la piedra estaban esparcidos por la cabina. La fuerza del aparato fue tal que aún había intentado seguir adelante trepando parte de la colina y deteniéndose por fin, inclinado.

Poco a poco recuperamos el sentido de la realidad y cuando el polvo que había inundado la cabina fue disipándose, nos buscamos los unos a los otros para comprobar si estábamos bien. Úrsula estaba semiinconsciente. Le dimos unas palmaditas en las mejillas que la ayudaron a despertar. Susana tenía la muñeca dolorida y varios moratones por todo el cuerpo. A Gabi le costaba andar porque se había torcido un tobillo. A mí me dolía mucho la espalda, me costaba moverme y girar la cabeza. Sin embargo, de nuevo, aunque por última vez, los chicles mágicos de nuestra hechicera nos habían protegido de males mayores y nos estaban curando las heridas de manera casi milagrosa.

—Felicidades, amigo mío —dije abrazando a Gabi—. Lo has conseguido.

—Lo hemos conseguido, Daniel, juntos.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde hemos aterrizado? —preguntó Susana.

—Gabi encontró un terreno llano y bastante despejado —respondí sin atreverme a decir la verdad—. Ya acabó todo, estamos a salvo —le respondí sonriendo, feliz por haber sobrevivido, estrechándola entre mis brazos.

—¡¿Estáis vivos?! —preguntó Andrés aporreando la puerta de la cabina.

Intentamos reunirnos con nuestro amigo, pero la portezuela se había quedado atrancada y no pudimos abrirla hasta que él mismo la desencajó de una patada. Andrés estaba bien, algo magullado pero bien. Nos abrazamos. Durante el accidente, me arrepentí de haberlo enviado atrás. Me hubiera gustado tenerlo a mi lado. Aunque me alegré por los pasajeros, ya que se había ocupado, durante los últimos minutos de vuelo, de abrocharles los cinturones de seguridad. Aunque resultaron algo magullados, nadie salió herido de gravedad. Todavía se encontraban bajo los efectos del hechizo, de modo que, cuando despertaran, tendrían un buen dolor de cabeza y muchas preguntas sin respuesta.

Sin perder un segundo sacamos a los pilotos del baño. Seguían inconscientes. Los desatamos y los sentamos en sus respectivos asientos. Úrsula le colocó al comandante la pistola en la mano tras haber limpiado sus propias huellas. Cuando las sirenas de policía, bomberos y ambulancias nos rodeaban por todas partes, regresamos a nuestros asientos, junto al resto de los pasajeros. Simulamos estar inconscientes y, al igual que a los demás, nos trasladaron rápidamente al hospital. Pocas horas después nos dieron el alta. Nos habían hecho todo tipo de pruebas que arrojaron como resultado que teníamos una salud envidiable. Para tranquilidad de todos, sobre todo de Gabi, nos quedamos en el hospital hasta tener noticias sobre el resto del pasaje. Al rato nos dijeron que nadie había resultado herido de gravedad. Los pilotos fueron dados de alta enseguida y trasladados a comisaría. La pistola que blandía el comandante y los impactos de bala en la aeronave requerían de muchas explicaciones. La caja negra había sido llevada al laboratorio y tardaría al menos un día en revelar todos sus secretos. La policía nos tomó declaración y, como el resto de los pasajeros, dijimos que nos habíamos quedado dormidos de manera incomprensible y que no recordábamos nada. Esa explicación haría que la investigación se centrase en la tripulación y nos daba, al menos, veinticuatro horas de ventaja sobre nuestros perseguidores. Suficiente para hacernos con el Tarín Dorado y volar al Tíbet.

Cuando abandonamos del hospital eran las seis y media de la tarde. Cogimos un par de taxis y fuimos directamente a la Acrópolis. El conductor del coche en el que íbamos Susana y yo era un viejecito con gafas, enjuto, de piel curtida y con una melena blanca sujeta en una coleta. Reía constantemente y jugueteaba sin parar con una especie de collar de cuentas que tenía en la mano. Nos explicó que era un objeto llamado *komboloi* que los griegos usan para relajarse. Entonces pisó el acelerador y condujo de forma temeraria entre coches, autobuses y peatones, mientras nos explicaba,

chapurreando nuestro idioma, los monumentos que íbamos dejando atrás, apartando constantemente la mirada de la carretera, y regalándonos una sonrisa mellada. Por fin se detuvo junto a la puerta Beulé, al pie de la impotente Acrópolis. El otro taxi, con Gabi, Andrés y Úrsula, nos seguía a poca distancia. Pagamos la carrera con dracmas del monedero mágico y los taxistas, sorprendidos por la propina, se sonrieron mutuamente y se marcharon dándonos las gracias y saludando con la mano.

Nos disponíamos a entrar en el recinto cuando un guarda se interpuso en nuestro camino. Adivinando que éramos extranjeros, nos habló en inglés. Nos dijo que faltaban diez minutos para cerrar y que no nos merecía la pena entrar. No teníamos ganas de más problemas, al menos mientras fuera de día. Así que decidimos que sería mejor llevar a cabo nuestra incursión de noche, aprovechando la oscuridad y la ausencia de gente. Nos acercamos hasta el Odeón de Herodes Ático y nos sentamos en sus eternas gradas a esperar.

—Es increíble que hayamos sobrevivido —dije al cabo de un rato.

—Parece que el destino se empeña en que lleguemos al Templo de Tara —señaló la hechicera.

—¡El destino! —repliqué enfadado—. ¿También se empeña en poner en peligro la vida de cientos de personas?

—Daniel —dijo la bruja con voz suave—, el destino actúa de maneras misteriosas, a menudo incomprensibles. Y si algo he aprendido en todos estos años de contacto con la magia y con las fuerzas oscuras, es que a veces hay que hacer sacrificios para conseguir un bien mayor. No quiero decirte que si alguien hubiera muerto habría sido por el destino, pero debéis entender que el futuro del mundo depende de nosotros. Sé que estáis cansados y asustados, pero debemos permanecer firmes.

Sus palabras revolotearon por las gradas del Odeón mientras el sol declinaba y la noche se abría camino al otro lado del horizonte.

—Siento mucho haber destruido esas ruinas —suspiró Gabi, cabizbajo.

—El Olimpeion, el templo de Zeus Olímpico, quince columnas corintias del mayor templo griego jamás construido. Una pena, una verdadera pena —repetí.

—Sí, pero vaya aterrizaje, ¿eh? ¡Memorable! —bromeó Andrés.

—No os preocupéis, la vida es como un gran puzle. Cada cosa tiene que encajar en su sitio y solo en ese lugar —explicó con sabiduría la maga—. Todas las cosas y todos nosotros encontraremos nuestro sitio en este viaje, ya lo veréis.

El tiempo pasaba despacio, el silencio que envolvía aquellos eternos restos de otros tiempos fue colmándolo todo, cubriendo las lejanas sirenas y los ruidos de la ciudad. Pronto el sol se puso, convertido ya en una masa incandescente sobre el horizonte. Las estrellas se asomaron al firmamento, apareciendo las viejas constelaciones que nombraron aquellos que, tantos siglos atrás, contemplaron el cielo desde aquella misma ladera. A nuestra espalda se iluminó, como queriendo despertar, la colina sagrada: la Acrópolis.

Tranquilos, seguros y conscientes de lo que teníamos que hacer, cuando estimamos que la noche nos cubriría con su manto protegiéndonos de miradas indiscretas, nos pusimos en marcha. Dirigimos nuestros pasos hacia la puerta Beulé, dispuestos a hacernos con el Tarín Dorado.

Capítulo Veintisiete

PRISIONEROS

Un fulgor blanquecino la rodeó. Tanto fuera como dentro del agua, su cuerpo se fue iluminando. La intensidad de la luz aumentó hasta desprender calor. Estela no se movía. No le dolía nada; simplemente estaba asustada porque su cuerpo brillaba. Se miraba las manos, los pechos, las piernas, y toda ella estaba envuelta en una intensa y pálida luz que, de repente, comenzó a languidecer. Las jóvenes sirvientas, que, hasta ese momento y mientras había durado el extraordinario fulgor, habían esperado en el borde de la bañera, observándola y sonriendo, se le acercaron presurosas. La rodearon y, mientras cuchicheaban entre ellas, la admiraban, la tocaban y aplaudían. La que parecía ser la responsable de las sirvientas salió del agua y regresó al instante portando un disco de metal bruñido. Estela cogió el tosco espejo con ambas manos y lo alzó a la altura de su rostro. Al contemplar aquella imagen sintió que veía a una vieja amiga, alguien a quien hacía mucho que no encontraba. Se tocó la frente, se acarició los pómulos, abrió mucho los ojos y arrugó la cara haciendo muecas. La imagen en el espejo era la suya, sin duda, pero veinte años más joven. Las canas que comenzaban a entreverarse en su melena habían desaparecido, las patas de gallo y la flaccidez, también. Era joven, otra vez era joven, sí, y además se sentía fuerte, ágil y repleta de vitalidad.

Salieron del agua. La envolvieron en una amplia toalla del más fino y aterciopelado algodón. Se sentó en un sillón de piedra y las entusiasmadas doncellas la empezaron a acicalar, a peinar, a aplicar afeites y a perfumar. Le pusieron un maravilloso vestido verde y unos zapatos blancos. La adornaron con joyas y flores en el cabello. Hermosa como hacía mucho, la condujeron hasta la sala contigua donde, desde hacía unos minutos, esperaba impaciente Hennón.

* * *

—Hay dos guardas en la entrada —susurró Andrés cuando regresó de su pequeña expedición de vigilancia.

Estábamos escondidos tras unas rocas junto a la puerta Beulé, al pie de la Acrópolis. El recinto había cerrado sus puertas hacía dos horas y estaba bien vigilado. Muchos desaprensivos habían ido expoliando los tesoros de la antigüedad para venderlos en el mercado negro del arte, por lo que toda vigilancia era poca para salvaguardar un legado histórico de primer orden. Aparte del hecho de que el turismo se había convertido en una fabulosa fuente de ingresos. Desconocíamos si existía otra entrada, pero, de ser así, estaría igualmente custodiada, de modo que decidimos intentarlo por allí. Había que actuar con cautela y con rapidez.

—Yo me encargo de ellos. No podemos arriesgarnos a que llamen a la policía —dijo Úrsula encaminándose con naturalidad hacia los guardas.

Los demás observamos la escena en silencio desde nuestro escondite. Mientras se acercaba a ellos, la maga recitaba el hechizo del sueño que habíamos utilizado en el avión. Cuando se encontraba a apenas dos metros de los guardas y estos se disponían a darle el alto, la maga alzó los brazos y los extendió hacia ellos. Una luz tenue los alcanzó e, inmediatamente, cayeron al suelo totalmente dormidos. Corrimos hacia ellos y los arrastramos hasta una pared que no se veía desde la entrada. Después, entramos en la Acrópolis.

Ascendimos por la suave rampa que conduce a los Propíleos y, siempre alertas, por si había otros guardas deambulando por el recinto, los atravesamos sin poder evitar una inaprensible sensación de asombro. Tras cruzar aquella majestuosa entrada, nos agazapamos detrás de una roca observando con detenimiento la explanada sagrada. A simple vista, parecía que no había nadie vigilando. No obstante, decidimos separarnos para asegurarnos. Al poco rato nos reunimos en el mismo punto. Todo estaba despejado. Respiramos con alivio, ya que podríamos llevar a cabo nuestra misión sin sobresaltos. Solo entonces reparamos en que frente a nosotros se alzaba orgulloso de haber sobrevivido a los avatares de la historia, e iluminado con gusto y magnificencia, el Partenón. Admiramos en silencio la belleza incomparable del templo por antonomasia y, después, nos pusimos en marcha. El terreno era muy accidentado. El abandono de siglos, el expolio, los cañonazos que soportó antaño la Acrópolis y las excavaciones arqueológicas habían convertido el recinto en un pedregal con continuos desniveles. Unos metros más adelante, a nuestra izquierda, descubrimos, rodeados de una luz intemporal, los restos del Erecteion. El pórtico de las cariátides era lo que más llamaba la atención del extravagante templo. Las

columnas eran las que había visto en mi sueño. Por un momento, mientras nos acercábamos, me pareció ver a Morgana tras una de las columnas dóricas del Partenón, observándonos, protegiéndonos. No puede ser, me dije sacudiendo la cabeza.

—Así que este es el Erecteion —admiró Susana ante tal hermosa visión.

—¡Exacto! —exclamé emocionado—. Uno de los grandes hitos de la arquitectura clásica. ¡Vamos!

Según Lang Ching y mis sueños premonitorios, el Tarín Dorado se encontraba en el Pandroseion, el jardín contiguo al Erecteion, al oeste del templo, en una especie de hondonada de apenas dos metros de profundidad, circundada por de muros de piedra. Rodeando el templo en dirección norte, hacia el borde del recinto, encontramos una posible entrada. Desde ahí se veía la copa del olivo de Atenea. Estaba ansioso. Salté el pretil y apoyé los pies en un saliente de roca, Andrés me sujetó por los brazos apoyándose en el muro.

—Ya puedes soltarme.

Andrés lo hizo y caí. Luego ayudó a Susana a bajar. Yo la sujeté desde abajo y en un segundo estuvo a mi lado, a los pies del olivo. Los demás no bajaron, no había por qué perder más tiempo y, además, alguien tenía que vigilar por si aparecían guardas o, peor aún, esbirros de Nindún-Rinpoché. Nos arrodillamos junto al tronco. Conocíamos la Flor por la descripción que había hecho Lang y por mi sueño, pero allí no había nada.

—¡Dani, mira!

Detrás del tronco, entre unos arbustos, Susana señaló unos tallos. Al fijarnos bien, nos dimos cuenta de que resplandecían. Emitían un fulgor sobrenatural, aunque tan tenue que, de no haber sido de noche, no nos habríamos percatado de su existencia. Así debían de haber pasado inadvertidos durante siglos.

—Tienen que ser tallos de Tarines Dorados —observé preocupado—. Alguien los ha cortado. Se nos han adelantado.

—¡¿Qué pasa?! —preguntó Úrsula desde lo alto del muro.

—Alguien se ha llevado las Flores; solo quedan los tallos —le expliqué con un nudo en la garganta.

—He sido yo —admitió, de improviso, una voz desde el balcón de las cariátides—. Os estaba esperando —añadió saliendo a la luz.

La voz, grave y profunda, pertenecía a un anciano alto, de complexión fuerte y cabello plateado. El desconocido saltó desde el pórtico al patio con una agilidad sorprendente. Se acercó y nos tendió la mano.

—Mi nombre es Nikos Karópulos. Trabajo en el museo de la Acrópolis —dijo señalando hacia el fondo del recinto—. He recogido las Flores hace un rato. Pensé que no podríais bajar a buscarlas, pero ya veo que me equivocaba. ¡*Kalínihta*, buenas noches! —exclamó de repente, saludando con ambos brazos a la maga y a mis amigos, que observaban todo asomados sobre el pretil—. ¿Dónde está mi buen amigo Lang Ching?

—¿Usted es amigo de Lang? —pregunté sin fiarme de aquel desconocido.

—¡Por supuesto! ¿Cómo si no iba a saber que veníais? Lang me lo dijo. Salgamos de aquí. No podemos perder ni un minuto. Las Flores llevan arrancadas hora y media. Os quedan setenta horas y media para llegar a vuestro destino.

El anciano de sobrehumana agilidad nos ayudó a salir del patio del olivo y nos acompañó al viejo museo de la Acrópolis, que se hallaba en una hondonada en el extremo oriental de la colina.

—Y ¿por qué ha arrancado todas las Flores? Con una basta, ¿no? —preguntó Úrsula, intrigada, mostrando a las claras su desconfianza.

—¿Ah, sí? No lo sabía. Lo siento. Confío en que retoñarán en primavera.

—No estoy seguro. En cualquier caso, si se marchitan antes de que lleguemos al punto exacto del Tíbet donde está el portal interdimensional, se acabó —apuntó Gabi—. Debería haber esperado a que llegásemos.

—Lo sé y lo siento. Pensé que seríais más rápidos. En fin, ahora solo podemos darnos toda la prisa que podamos —insistió el viejo acelerando el paso.

El hombre sacó del bolsillo un manojo de llaves y escogió una con la que abrió el museo. Entramos. Encendió la luz. Nos encontrábamos en un amplio recibidor. Vimos varias puertas que conducían a diferentes salas. Aquella estancia estaba pintada en colores claros, terrosos. Había varias urnas que exhibían ánforas, frascos de vidrio, figuras votivas y otras antigüedades.

—Seguidme —ordenó avanzando hacia el fondo del recibidor, hacia una puerta que conducía a otra sala que, a su vez, llevaba a otras puertas.

—Oiga, señor, ¿qué le dijo exactamente Lang Ching? —preguntó Susana.

—Poca cosa. Apenas hablamos. Me dijo que habíais localizado la Llave de Tara y que hoy llegaríais. Que se tenía que ir porque había quedado con vosotros en la catedral de Notre Dame. Pero ¿dónde está? ¿Os está esperando fuera?

—Bueno, él…, no lo logró —expliqué intentando ser delicado—. Lo atraparon los hombres de Nindún-Rinpoché.

No dijo nada, se limitó a bajar la mirada y a cerrar los ojos con fuerza; parecía que le había afectado de verdad. Continuamos caminando y llegamos a una sala rectangular en la que se amontonaban muchas piezas antiguas. Parecía un almacén. Al fondo descubrimos otra puerta, enorme, metálica, como las de los bancos. Tenía una rueda metálica que el anciano hizo girar varias veces. Después de escuchar un clic sordo, estiró hacia él y la puerta se abrió; debía de tener al menos cincuenta centímetros de grosor.

—Es la cámara acorazada. Aquí se guardan las obras más valiosas. Está sellada con medio metro de acero. Así no se deterioran estos tesoros.

Encendió la luz con el interruptor que había junto a la puerta, en el exterior, y entró. La cámara consistía en una pequeña sala rectangular de unos doce metros cuadrados. Al fondo había cinco estatuas femeninas. Estaban bastante deterioradas, aunque eran muy bellas. En la pared opuesta, sobre una mesa, había tres ánforas con dibujos de personas danzando. Toda la habitación era de acero.

—¡Pero si son la cariátides! —exclamé al fijarme en las estatuas.

—Sí, las que están en el Erecteion son copias. Aquí tenemos cinco. Los británicos poseen la sexta. No nos la quieren devolver. Como las esculturas y el friso del Partenón. En fin, cosas de la política. Como podéis ver están en muy mal estado; había que protegerlas de las inclemencias del tiempo y, sobre todo, de la polución —explicó el viejo Nikos desde la puerta, a donde se había acercado mientras nosotros admirábamos las hermosas columnas.

—¿Y los Tarines? —preguntó entonces Úrsula, que empezaba a impacientarse.

—En el ánfora de la derecha. Pensé que aquí estarían seguros.

Andrés lo comprobó asomándose al interior de la vetusta tinaja. Los vio brillar en el fondo. Nos miró y asintió. El anciano Karópulos sonreía desde el umbral.

—Siento mucho lo de Lang Ching, no era mal tío, pero no quiso hacernos caso —dijo entonces, mudando la sonrisa por un mohín serio.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Andrés.

—Creo que nos ha mentido —dije entonces caminando hacia la salida—. ¿Cómo es posible que Lang le dijera que había quedado con nosotros si pensaba que iba a encontrarse con mi padre? —le pregunté.

—Tienes razón. Tampoco tuvo tiempo de enterarse de que conseguisteis la Llave de Tara. Lo matamos antes de eso —masculló entrecerrando los ojos al tiempo que empujaba la puerta con todas sus fuerzas.

Andrés y yo nos abalanzamos hacia la salida. Empujamos la puerta, pero Nikos era mucho más fuerte de lo que parecía. Gabi, Susana, Úrsula acudieron en nuestra ayuda. Sin embargo, el viejo logró girar el pasador que dentro de la cámara sonó de forma atronadora. Por más que empujamos, todo esfuerzo resultó inútil: habíamos caído en la trampa. Escuchamos las carcajadas de Nikos tras aquella muralla de acero, mientras terminaba de sellar la cámara.

—¡Para cuando alguien quiera abrir esta puerta ya habréis muerto asfixiados! —gritó— ¡¡Nindún-Rinpoché reinará sobre la tierra y nadie podrá impedirlo!!

Y luego cayó sobre nosotros una losa de silencio y oscuridad. Estábamos solos, encerrados y con el aire limitado.

—¡¡Maldito sea!! —grité descargando mi rabia, dando patadas a las paredes y dejándome caer en el suelo a llorar, impotente.

—Tranquilo, cariño —me consoló Úrsula tras encender la linterna que llevaba en el bolso, arrodillándose a mi lado—. Saldremos de esta.

—¡Cómo hemos sido tan tontos de confiar en él! ¡Cómo hemos podido caer en semejante trampa! ¡Estaba claro que mentía! —repetía Andrés una y otra vez.

—Después de todo lo que hemos pasado, no puedo creer que acabemos encerrados aquí —dijo Susana desde un rincón, junto a las cariátides.

—Por lo menos lo de los Tarines Dorados es verdad —recordó Andrés introduciendo el brazo por el cuello del ánfora y sacando cinco hermosos capullos dorados semejantes a los de los tulipanes, que resplandecían levemente.

—Sí, ¿pero de qué nos sirven? Dentro de setenta horas las Flores se marchitarán, morirán y no habremos llegado al Tíbet —se lamentó Susana.

—Dentro de setenta horas estaremos muertos si no pensamos algo para salir de aquí —afirmó Gabi, intentando que dejásemos de lamentarnos y que nos pusiéramos a pensar en la manera de escapar.

—¿Se te ocurre algo? —le pregunté, más calmado, confiando en que la mente privilegiada de mi amigo diese con una solución.

—Conozco este tipo de cámaras —aseveró Susana—. Los bancos tienen cajas fuertes parecidas. Son impenetrables y a prueba de bombas. Y solo se abren desde fuera.

—Lo primero que tenemos que hacer es calcular el oxígeno que nos queda. Veamos —dijo Gabi poniéndose en pie y observando la cámara en penumbra—. Cuatro por tres y por dos y medio de alto. Eso nos da treinta

metros cúbicos. Hay que restar el espacio que ocupan las cariátides, las ánforas y nosotros. *Grosso modo*, yo diría que tenemos unos veinte metros cúbicos de aire. Somos cinco, y cada hora inhalaremos unos dos mil litros de aire, es decir, dos metros cúbicos. Así que tenemos oxígeno para unas diez horas. No obstante, a partir de las dos o tres horas el aire se enrarecerá. Empezaremos a tener dolor de cabeza, a sentirnos mareados y adormilados. De todas formas, lo importante es calmarse y respirar pausadamente, relajados. Quizá alarguemos el tiempo de aire fresco un poco más.

—La agonía, querrás decir —replicó Susana, abatida.

—No, el tiempo; tiempo para pensar en cómo escapar —aseveró el genio.

Nos sentamos en el suelo, apoyando la espalda contra la pared. Guardamos silencio durante un rato. A decir verdad, albergábamos pocas esperanzas de salir de allí con vida. Era muy probable que nadie abriera esa puerta en días, o quizá semanas. Después de todo lo que habíamos pasado, nos sentíamos derrotados. Andrés jugueteaba con las Flores. Lo observé y recordé que Nikos había cortado los últimos Tarines Dorados del mundo. Además, se había enterado de dónde íbamos a estar aquella noche. Me pregunté cómo. Seguramente el comandante del avión le informó de que nos dirigíamos a Atenas y Nikos dedujo que Tara había plantado las Flores en la Acrópolis. O quizá nos vigilaba y nos siguió; o tal vez la mismísima Nindún-Rinpoché, con más poder que nunca, había conseguido localizar las Flores y le ordenó arrancarlas lo antes posible para que nadie pudiera acceder a sus dominios… Quién sabe. En aquellas circunstancias no lograba pensar con claridad y un misterio me llevaba a otro y ese a otro más…

—Gabi, ¿se te ha ocurrido algo? —preguntó la hechicera.

—No —le respondió de forma categórica—. Esta sala está construida para que nada entre o salga de ella una vez sellada. Excepto la electricidad.

—¡Eso es! Podemos hacer algo con los cables —propuse esperanzado.

—Me temo que no. Los cables vienen del exterior a través de orificios demasiado pequeños. No creo que nos sirva para mucho.

—¿Estás diciendo que los cables llegan aquí a través de orificios que atraviesan el acero? —le pregunté esperando su asentimiento.

—Sí.

—Es decir, que es posible perforar estas paredes.

—Con un taladro especial, con un láser industrial, o quizá con un tanque, ¿llevas alguno en el bolsillo? —preguntó con ironía Gabi.

—Seguro que Úrsula sí tiene algo de eso en el bolso —bromeó Andrés.

—¡Claro! ¡Úrsula! —exclamé.

—¡¿Qué?! ¿Qué ocurre? —preguntó la bruja, distraída, regresando de lugares adónde la habían llevado sus pensamientos, lejos de todo aquello, en una casita, en el campo, rodeada de las hijas que nunca tuvo y que entonces añoraba.

—Úrsula, haz que aparezca un láser. Haz lo que hiciste con los pasaportes, haz un *laserfotocopia* —le pedí sonriendo y llamando la atención de mis amigos.

—¿Cómo dices?

—Necesitamos un láser para abrir un agujero en la pared, conseguir aire y pedir ayuda.

—¡No, no! Eso no funciona así. Primero, lo de los pasaportes era mucho más fácil porque se trata de papel, que es un material sencillo y sin ningún mecanismo mecánico o electrónico. Segundo, no tengo ni idea de cómo es un láser, qué mecanismos y componentes lleva… Y tercero, para un hechizo así, ¿sabéis todo el poder que se requiere?

—Por eso no te preocupes, nosotros te ayudaremos a canalizar toda la magia que haga falta —le imploré—. Vamos, Úrsula, podemos hacerlo, todos juntos podemos hacerlo. ¡Tenemos que hacerlo! —insistí.

La hechicera se quedó pensativa, con la mirada perdida y musitando algo ininteligible. Parecía meditar sobre las posibilidades de llevar a cabo un conjuro como el que le pedía. La mirábamos esperando que dijera que sí era posible. El tiempo pasaba con rapidez y no podíamos fallar, ni a mis padres ni al mundo.

—Aunque lográramos canalizar la magia suficiente, aún queda un problema: no tengo ni idea de cómo es un láser.

—¡Pero yo sí sé cómo es! Hace un par de meses leí en una revista científica un reportaje sobre un láser industrial. Era un prototipo nuevo, muy pequeño y manejable. En fin, lo último en láser para la siderurgia. El diseño no tenía patente y la revista publicó los esquemas, los planos y el listado de las piezas. Me pareció fascinante. Quería construir uno, instalar uno en la terraza del Cuartel General e incluso hacer un modelo aún más pequeño para la Special Bike. Me aprendí los planos de memoria. Puedo describírtelo con todo detalle. Funciona con una batería y es lo bastante potente para atravesar una pared de acero como esta.

—Eso es fantástico, Gabriel. Pero eres tú el que conoce los planos de memoria, no yo. Y solo quien lanza el conjuro puede proyectar el pensamiento sobre el *Yugeiné*.

—¿Sobre el qué…? —preguntó Andrés sin obtener respuesta.

—Enséñame entonces —insistió Gabi—. Yo lanzaré el conjuro. Dijiste que se me da bien la magia.

—Oh, cariño. El dominio necesario para materializar objetos con *Yugeiné* se tarda años en aprender. Si no se hace bien, se podría conjurar cualquier cosa. Esa máquina podría explotar. Te prometo que si salimos de esta, te tomaré como discípulo. Pero ahora tenemos demasiada prisa —explicó Úrsula—. Tengo una idea: te hipnotizaré y entraré en tu mente. Puedo empaparme de tus conocimientos y hacerlos míos. Es un método sencillo para aprender, aunque nos llevará un rato.

—Pues manos a la obra —dije, sin poder esperar más para hacer algo que nos sacara de aquella celda de acero.

—Tenemos que pedirle a Úrsula que nos enseñe eso de copiar lo que sabe Gabi. Vaya notas que podríamos sacar… —me susurró Andrés imaginando la cara de sus padres si llevaba a casa todo sobresalientes.



Hennón miró atrás, alertado por el sonido de la puerta. Se levantó de su sillón y se dirigió hacia la comitiva de doncellas, en medio de la cual caminaba, maravillada por los adornos y esculturas del templo, la nueva y rejuvenecida Estela. Cuando se encontraron, las sirvientas se apartaron haciendo una reverencia y se arrodillaron a su alrededor. Mi madre quedó en el centro, en pie, y el hombre le tendió las manos que ella tomó con total confianza.

—¡Espléndido! —exclamó después de observarla de arriba abajo varias veces, comprobando la increíble transformación—. Nindún-Rinpoché se alegrará mucho cuando te vea. Eres exactamente lo que ella deseaba. Tu cuerpo es joven, bello, elegante y digno de la nueva Emperatriz de la Tierra.

Estela sonreía; se sentía feliz con su nuevo aspecto. Le parecía viajar por los senderos de un bello sueño del que no deseaba despertar. No comprendía lo que Hennón quería decir al hablar del cuerpo de la Emperatriz de la Tierra, pero no quiso importunar a su anfitrión. Tomó el brazo que le ofrecía su apuesto acompañante y caminó a su lado hacia la gigantesca puerta semicircular que se alzaba solemne, con un brillo de oro mágico, al fondo de la magnífica sala. Cada nueva estancia que visitaba le parecía más hermosa que la anterior; y los adornos, plantas y esculturas que abarrotaban los salones la maravillaban. Conforme avanzaban por aquel palacio, experimentaba la extraña sensación de ascender. No vio ni escaleras ni rampas, pero estaba convencida de que estaban subiendo. Prefirió callar, sonreír y ser todo lo

amable que pudiera. «Al fin y al cabo —pensó—, debo estar agradecida por todo lo que hacen por mí».

—Vamos, querida —dijo Hennón regalándole una enorme sonrisa—, la Señora del Mundo nos espera y no conviene que se impaciente.



Nos habíamos sentado tal y como la hechicera nos indicó. Gabi estaba apoyado contra la pared, con las piernas cruzadas. Úrsula estaba frente a él y ambos, cogidos de las manos, guardaban silencio. La maga presionaba varios puntos de las palmas de Gabi que, según explicó, potenciaban el sueño y favorecían la intrusión en una mente ajena. Los demás, en silencio, lo observábamos todo desde el otro lado de la cámara acorazada. Úrsula nos pidió que nos alejáramos lo más posible para evitar cualquier posible interferencia telepática. La maga le daba las últimas instrucciones a Gabi. Él asintió y cerró los ojos. Úrsula empezó a tararear la nana que le había cantado a Susana camino del aeropuerto. Después, tras bajar el tono de su voz hasta convertirla en un susurro, añadió letra a aquella cantinela. Sin embargo, las palabras que canturreó no eran las mismas que había escuchado en aquel autobús, sino que se trataba de una nana formada por las palabras del hechizo que pretendía sumir a Gabi en un sueño profundo y abrirle la mente. Al cerrar los ojos, la hechicera solo veía oscuridad. De repente, sintió que su conciencia era proyectada a un lugar indefinido. Entonces vislumbró algo de claridad. Caminó hacia ella y se vio inmersa en un largo túnel. Avanzó palpando las paredes del estrecho corredor, sumida en una oscuridad casi total. Se topó con un muro. Notó que era blando. Retrocedió unos pasos, se miró las manos y al momento, sus uñas empezaron a crecer hasta convertirse en diez afilados machetes. Desgarró aquella pared con tanta facilidad como si se tratara de un muro de papel. Una vez superado el obstáculo, sus manos recobraron la normalidad. Entonces se encontró caminando cuesta arriba por una pendiente acusada. Le costaba avanzar. El sendero era cada vez más inclinado y pedregoso. Se detuvo, respiró hondo y miró sus pies. Al instante, estos se transformaron en dos poderosas ruedas de tanque que superaron sin problemas las dificultades de la pendiente. Llegó a una sala enorme donde, iluminado por un haz de luz cenital que se precipitaba desde un techo inexistente, vio a Gabi sentado en una mecedora de mimbre. Mi amigo la miraba fijamente y sonreía. Úrsula caminó decidida hacia él. Cuando estuvieron frente a frente, la cabeza de Gabi empezó a crecer. Creció y creció hasta que su cuerpo desapareció bajo una gigantesca cabeza. Úrsula extendió

sus brazos hacia ella y, cuando la tocó, en la frente de mi amigo se abrió una puerta de la que brotó una escalinata. La maga ascendió por ella y atravesó el umbral que la iba a llevar a los conocimientos de Gabriel.

—¿Qué hora es? —le pregunté al oído a Andrés al cabo de un rato.

—Las diez y cuarto. Ya ha pasado más de una hora —susurró con preocupación—. Y siguen sin moverse. Igual se han muerto.

—No digas tonterías. Úrsula dijo que el proceso era lento.

—Nos quedaremos sin aire como tarde mucho —insistió Andrés.

—¡Callad! —ordenó Susana, que por primera vez en la última hora apartaba la vista de la maga y de Gabi.

Volvimos a observarlos en medio de la penumbra que la linterna conjuraba a duras penas. En realidad, a Andrés no le faltaba razón. Estaban tan inmóviles que asustaban. No conocíamos aquel hechizo y comenzábamos a pensar que tal vez habían ido demasiado lejos. En ese momento Gabi se convulsionó y abrió los ojos.

Durante el trance, Úrsula había salido del cerebro del chico y corría cuesta abajo por la pendiente. Atravesó los jirones de la pared que había destrozado y recorrió el túnel sumida en la más tenebrosa oscuridad. Al fondo vio un rayo de luz. Cuando lo alcanzó, saltó. El rayo la rodeó y la elevó hacia su propia mente.

La hechicera abrió los ojos en la cámara acorazada.

—¿Estáis bien? —les preguntamos acercándonos a ellos.

—Sí, creo que sí —musitó mi amigo frotándose los ojos.

—Bueno —dijo la maga suspirando enérgicamente—, ha salido bien. ¿Qué te ha parecido? —le preguntó a Gabi tomando las manos del chico entre las suyas.

—Ha sido increíble. Te he visto en mi mente. Entrabas en mi cabeza. Qué raro, ¿no?

—Es raro, sí, pero real. Entrar en tu cabeza es exactamente lo que he hecho, aunque no me lo has puesto nada fácil. —La bruja sonrió—. Ahí dentro hay muchas cosas, así que me ha costado encontrar lo que buscaba. Pero ya tengo los conocimientos que necesitábamos. Ahora puedo proyectar mis pensamientos sobre el *Yugeiné* y, si todo sale bien, haremos aparecer el láser.

Nos sentamos en el suelo formando un círculo, cogidos de las manos.

—Oye Úrsula, ¿qué es un *yugei*…?

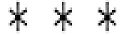
—*Yugeiné* —acabó la hechicera mientras rebuscaba en su bolso—. Es una piedra mística. En realidad es un compuesto artificial hecho de muchos

elementos diferentes. Los aztecas las fabricaban hace cientos de años. Ellos las usaban para honrar a los dioses, como una ofrenda simbólica de todo lo que existía en la naturaleza. Pero Morgana descubrió otras propiedades.

Úrsula dejó en el centro del círculo una pequeña esfera de color azul del tamaño de una canica. Nos explicó que el *Yugeiné* era un compuesto molecular que concentraba todos los elementos de la naturaleza. El hechizo que íbamos a realizar precisaba de un soporte físico que sirviese como base para elaborar las diferentes piezas del láser. Para ciertos hechizos, y el que íbamos a presenciar era uno de ellos, no bastaban las palabras, sino que la magia utilizaba los elementos de la esfera, replicándolos para fabricar lo que se le pidiese. Así, una vez descompuesto el *Yugeiné* en sus partículas básicas, la maga proyectaría en ellas su pensamiento, es decir, los esquemas del láser y todos sus componentes al detalle, tal y como lo había aprendido de Gabi. Si todo salía bien, el aparato tomaría forma física. Para ese hechizo no era preciso que canalizásemos magia como lo habíamos hecho con anterioridad. Solo era necesario que dejásemos la mente en blanco para que la magia nos utilizara como una especie de circuito cerrado. De ahí la necesidad de estar cogidos de la mano y formando un círculo. Úrsula dirigiría la operación, nos utilizaría como *repetidores* de su proyección, y así sería más fácil que la magia crease el aparato de rayos láser. La bruja no nos ocultó sus nervios. Era un procedimiento mágico muy complicado y lo había hecho pocas veces. Antes de cerrar los ojos y dejar la mente en blanco, suspiré deseando que todo saliera bien.

La maga comenzó a recitar el hechizo con una potente y solemne voz que provocó que un escalofrío me recorriera el cuerpo. Repitió el encantamiento una y otra vez. Cada vez lo hacía más deprisa y con más ímpetu. Nos apretaba con fuerza las manos y nosotros hicimos lo mismo. Había que reforzar el cinturón de canalización. Poco a poco, el aire comenzó a hacerse más denso; la magia estaba siendo manipulada. Se acumuló más y más hasta que empezó a ser difícil respirar. En ese momento Úrsula enmudeció. Guardó silencio unos momentos y entonces comenzó a recitar otro hechizo, aunque igualmente impetuoso y solemne. De repente, una potente luz apareció en medio del círculo. El *Yugeiné* brillaba. Empezó a levitar y ascendió hasta que se quedó flotando a la altura de nuestros ojos. La luz lo envolvía aumentando su intensidad al tiempo que se condensaba alrededor de la diminuta esfera. Cuando la energía que la oprimía acabó por superar su resistencia, la esfera se desintegró fundiéndose con la luz, que se expandió hasta formar una gran esfera multicolor que ocupaba casi todo el espacio dentro del círculo que

habíamos formado. Era el momento de indicarle a la magia qué queríamos que fabricase. Úrsula inspiró profundamente y trajo a su memoria los esquemas, planos y dibujos de todas y cada una de las piezas que formaban el láser. Dentro de su mente, las imágenes fluían. Cada pieza encajaba a la perfección con otros mecanismos y, poco a poco, el aparato fue tomando forma. Cuando lo hubo terminado en su imaginación, abrió su mente a las nuestras, transmitiéndonos una copia de su pensamiento. Prácticamente nos había hipnotizado a todos para poder transmitirnos aquellas imágenes. Era una hipnosis muchísimo más superficial que la que había sufrido Gabi, pero era una manera eficaz de acelerar el proceso. Sentimos una luz cálida inundándonos. En medio de aquel fulgor empezamos a ver en nuestra mente esquemas técnicos, dibujos de piezas y aparatos metálicos que se movían con voluntad propia. Úrsula nos pidió que proyectásemos aquellas imágenes a la esfera de magia que había ante nosotros. No comprendo cómo lo hicimos, pero, de repente, la esfera empezó a contraerse y a expandirse, como si convulsionara o como si respirara. Le crecían brazos de luz por todas partes, como una estrella. Se alargaban y encogían cambiando de tamaño y color hasta que empezaron a tomar la forma de cada una de las piezas del láser.



Las dos hojas de la puerta se abrieron por completo. Al contrario de lo que esperaba Estela, maravillada por la belleza del templo, la nueva sala que apareció ante ella era más oscura y austera que la precedente. Aunque era mucho más grande y alta, la encontró muchísimo más tosca. La sala tenía forma ovalada. La puerta por donde habían entrado se encontraba en uno de los extremos del eje más largo. Tanto el suelo como las paredes estaban formados por gigantescos sillares de piedra grisácea, parecidos a los de la celda en la que había permanecido encerrada y que ya casi había olvidado. En las paredes ardían antorchas que, a duras penas, iluminaban aquel enorme salón. El techo, a varios metros de altura, era en realidad una prolongación de aquellas paredes, las cuales se curvaban para formar una majestuosa bóveda. Sin embargo, en el centro de la misma, vio una abertura cuadrada sobre la que se elevaban cuatro paredes triangulares que formaban una pirámide de piedra coronada por un vértice de cristal. A través de aquella claraboya penetraba un haz de luz que se abría como un abanico formando una pirámide de luz que enmarcaba una escalinata en forma de zigurat de mármol blanco que había justo debajo. En la cúspide de tan hermoso podio descansaba un trono de oro

y piedras preciosas. Allí sentada, hierática y con gesto severo, se encontraba Nindún-Rinpoché.

Capítulo Veintiocho

PUERTAS

El respaldo del trono se alzaba y se extendía como un palio por encima de su cabeza, impidiendo que la luz bañase directamente a la soberana y manteniéndola en las sombras. Hennón hincó la rodilla e hizo una profunda, sentida y sumisa reverencia para mostrar a su señora la lealtad y fidelidad que le profesaba. Estela lo imitó, intrigada por la identidad de aquella poderosa persona que intuía en la penumbra. Tras unos segundos de postración, Hennón se incorporó.

—Esta es, ¡oh, todopoderosa señora!, la mujer elegida.

Nindún extendió un brazo, que brotó de la oscuridad y quedó empapado en la luz cenital, e hizo un gesto con su mano sarmentosa que a Hennón le resultó inconfundible. De inmediato levantó a mi madre y la hizo caminar hacia el podio. A cierta distancia de la base, el súbdito se detuvo e indicó a Estela que avanzase unos pasos más sola. Mientras lo hacía, presa de un temor creciente, él se arrodilló de nuevo y bajó la cabeza, en actitud sumisa. Estela miraba hacia el trono, escrutando las sombras. Aquella presencia le infundía respeto y temor. Nindún le ordenó con un rápido movimiento de su mano que se detuviera. Estela lo hizo y esperó, inquieta. Nindún chasqueó los nudosos dedos; Hennón se levantó y, dando media vuelta, abandonó el salón, cerrando a su paso la pesada puerta con un golpe seco y dejando a ambas mujeres a solas. Estela observó con preocupación cómo el hombre la dejaba en compañía de aquella misteriosa reina. Algo en su interior la impelía a huir. Sin embargo, no se movió y esperó las órdenes de aquella a la que todos veneraban.

—Observo con satisfacción tu nuevo aspecto —tronó por fin Nindún, con una voz que pareció proceder del más allá y que hizo temblar la luz de las antorchas—. Dentro de dos noches ambas estaremos completamente preparadas para el intercambio y al fin alcanzaré la divinidad. ¡Siéntete orgullosa! —exclamó de repente, asustando a mi madre—. En tu cuerpo

morará para siempre la diosa única, la Emperatriz de la Tierra, ¡y del universo!

* * *

Pasaron todavía varios minutos hasta que la luz se extinguió por completo. Cuando esto ocurrió, un zumbido lo llenó todo, reverberando en las paredes. De repente, algo tocó el suelo y el sonido cesó. Aún teníamos los ojos cerrados y seguíamos cogidos de la mano. Poco a poco, abrimos los ojos. En el sitio donde había estado la pequeña esfera de *Yugeiné*, reposaba resplandeciente el aparato de rayos láser.

—¡¡Eeeeh!! ¡¡Increíble!! ¡¡Fantástico!! —exclamamos observando el prodigio.

—¡Es idéntico al que vi en la revista! —se maravilló Gabi.

—Porque es el que vi en tu mente, querido amigo —explicó la maga.

Andrés tomó el láser. Parecía un arma salida de una película de ciencia ficción, dado que la carcasa era de metal y tenía pintadas franjas de color azul. Las luces que lo recorrían eran anaranjadas y partían desde la base, que albergaba la batería, llegando hasta el cañón. El gatillo tenía la forma de un *joystick* invertido, facilitando un manejo preciso del rayo. Disponía de una correa para sostenerlo al hombro, ya que, aunque era compacto, pesaba bastante. Tras admirar el prodigio mágico, nos percatamos de que habían pasado dos horas desde que habíamos comenzado el proceso. El oxígeno no tardaría en escasear.

—Esperemos que funcione —preguntó Susana.

—Lo hará. Tiene una batería especial que dura cuatro horas a máxima potencia —respondió Gabi con un brillo especial en su mirada.

—Pues vamos a comprobarlo —dijo Andrés.

Se cruzó la correa y, tras acomodar el peso de la herramienta, apuntó hacia la puerta de la cámara. Úrsula le dejó sus gafas de sol para que se protegiera los ojos. Nos retiramos al fondo de la cámara, junto a las cariátides, expectantes. Andrés abrió un poco las piernas para mantener el equilibrio y contrarrestar el retroceso. Quitó el seguro con el pulgar y disparó. Un potente y cegador rayo anaranjado brotó del cañón impactando contra el acero. Era un haz del grosor de un dedo; desprendía bastante calor y una luz muy intensa que iluminó la estancia. El rayo pugnaba por horadar la puerta; desprendía una infinidad de chispas que salían disparadas en todas direcciones, extinguiéndose al poco, como fuegos artificiales. Al cabo de un par de

minutos, Andrés dejó de disparar y se acercó para examinar los resultados. Nos miró quitándose las gafas y dijo:

—Ni siquiera la ha arañado.

Fue como una puñalada. Nos acercamos inmediatamente para comprobarlo.

—¡No puede ser! —exclamó Gabi, llevándose las manos a la cabeza.

—Dijiste que atravesaría el acero —protestó Susana.

—Y debería hacerlo, aunque fuese reforzado. —Gabi se acercó al láser—. Subiré la potencia —dijo girando una pequeña rueda que indicaba el nivel del rayo.

Volvimos a alejarnos de Andrés, que se dispuso para una nueva acometida. El láser era mucho más potente y producía más calor. El sonido estridente que provocaba al chocar con el acero era insoportable, aunque nos dio la impresión de que finalmente funcionaba. Al cabo de un rato, Andrés hizo otra comprobación. Casi se le saltaron las lágrimas cuando nos dijo que solo había hecho un pequeño surco.

—Debe de ser la aleación con la que está reforzado el acero —explicó Gabi, tratando de encontrarle sentido a aquel fiasco—. Tiene que ser increíblemente densa. Nos va a llevar mucho tiempo horadarlo. Demasiado.

Andrés no esperó más. Aumentó la potencia al máximo, se acercó aún más a la pared y disparó. El tiempo pasó con rapidez. Al cabo de una hora, se detuvo; estaba exhausto. Tenía que soportar demasiado calor y hacer un gran esfuerzo físico para mantenerse a poca distancia de la puerta, ya que la fuerza de retroceso era enorme. Ocupé su lugar y continuamos. El trabajo resultaba duro, tedioso y agotador. Susana me sustituyó al rato y, a ella, Gabi. Dos horas después habíamos logrado perforar unos treinta y cinco centímetros. Aún nos restaban quince para alcanzar el exterior. Andrés, que había sustituido a Gabi, lo apagó para tomarse un descanso. Su rostro, por el que corrían gotas de sudor, reflejaba su agotamiento.

El aire se enrarecía por momentos. Gabi, que se tomó aquel reto como algo personal, ya que había sido idea suya, volvió a blandir el aparato. Era fundamental abrir una vía para no morir asfixiados. Estábamos convencidos de que nos rescatarían al día siguiente. Todavía tendríamos tiempo de sobra para llegar al Templo de Tara sin que las Flores se hubiesen marchitado. Pero aún quedaban quince centímetros por delante.

—Gabi… hemos tardado… tres horas… para hacer treinta y cinco centímetros… —le recordé respirando con dificultad, dando grandes

bocanadas—. Tardaremos casi hora y media en hacer otros quince… No queda aire, ni batería… No queda suficiente…

—Úrsula, ¿no puedes hacer nada? —preguntó desesperado Andrés a la hechicera, que estaba tumbada en el suelo y en silencio desde hacía rato.

—Me temo que no tengo fuerza. Estoy mareada —farfulló en voz queda.

Gabi apagó el láser y se dejó caer. El oxígeno escaseaba. Parecíamos peces fuera del agua, abriendo la boca en cada inspiración. Se nos dormían las extremidades y una extraña somnolencia nos invadía lenta pero irremediablemente. Durante unos minutos permanecimos en silencio, tumbados unos sobre otros, mareados. De repente, tuve un pensamiento que me hizo reaccionar. Vi a mi madre, a Nindún en el cuerpo de mi madre, extendiendo sus oscuros ejércitos por el mundo; dominando cada ciudad, cada pueblo de la Tierra, y aniquilando sin piedad a todo aquel que se opusiera a su dominio. Me incorporé y cogí el láser. Disparé. Gabi se arrastró hacia los demás muy despacio. Se había acurrucado alrededor de la maga, quien recostada en una cariátide, abrazaba a mis amigos, que sollozaban aguardando el momento final. Yo también lloraba, pero no me podía rendir. Empecé a ver doble. No sentía en las manos más que un hormigueo y me temblaba todo el cuerpo. Nuestras inspiraciones sonaban ya como sordos gemidos agonizantes. El láser se me cayó al suelo y se desconectó. Di dos bocanadas de aire tratando de recuperarme, pero, ya sin fuerzas, me desplomé.

—Dani… —gimió Susana, a punto de perder la consciencia.

⁎ ⁎ ⁎

Nindún-Rinpoché abrió los brazos en cruz y salió volando. Se posó frente a Estela, deslumbrada ante el poder de aquella mujer. Nindún era más baja que ella. Estaba ataviada con una gruesa túnica verde y ocultaba su rostro bajo una capucha. La piel de sus manos —lo único que se veía de su cuerpo— era blanca, muy pálida y se le transparentaban las venas azuladas. Vista de cerca no resultaba temible, aunque al hablar, crujían las piedras y el miedo lo inundaba todo. Nindún tendió una mano a Estela y esta la cogió. La notó fría y huesuda. Caminaron hacia la pirámide del trono; la rodearon y avanzaron en silencio. Al fondo encontraron dos cilindros de mármol rosa, amplios como una mesa camilla. Nindún alzó su brazo izquierdo dejando la mano caída. De cada cilindro surgió un haz de luz que ascendía en diagonal hasta confluir en el aire, a unos tres metros de altura, formando con la distancia que separaba ambos pedestales un perfecto triángulo equilátero.

—Aquí es donde intercambiaremos nuestros cuerpos, querida —dijo provocando un escalofrío en mi madre.

Cuando Nindún movió uno solo de sus dedos, en cuyo extremo sobresalía una uña negruzca, la luz se extinguió. Caminaron a lo largo de una pared, jalonada por algunas puertas de madera. La soberana abrió una de ellas. Encontraron una celda semicircular, pequeña, húmeda y lóbrega. En medio, flotando a medio metro del suelo, meditaba un monje budista.

—He aquí el último de los lamas. Cuando tome su poder, habite tu cuerpo y reciba el poder de la luna llena sobre el trono, nada me impedirá entrar en el Nirvana y beber toda la magia que alberga en su infinidad. Hace siglos que espero esa gloria y, por fin, estoy a punto de alcanzarla. Ya no necesito el poder de Tara. Cuando sea diosa, me encargaré de esas mocosas —sentenció, confundiendo aún más a una asustada Estela.

A continuación, caminaron hacia la pared opuesta. Atravesaron otra puerta que las condujo a un hermoso patio ajardinado. Allí encontraron las veintiuna Fuentes de Tara.

* * *

Una corriente fresca me cubrió y los pulmones se me llenaron de oxígeno. La vida volvía a mí y lentamente abrí los ojos. Todo estaba borroso; apenas distinguía formas desdibujadas. Alguien se acercó a mí y me levantó la cabeza. Me pareció que era una mujer. Me dio unas palmaditas en la cara antes de arrastrarme fuera de la cámara acorazada. Me dejó tumbado y volvió a por los demás. Mis amigos yacían inconscientes, al borde de la muerte. Uno por uno los sacó de allí. Yo la observaba desde el suelo, mareado, con un horrible hormigueo en las manos y en las piernas. Traté de incorporarme. Me dolía mucho la cabeza y el corazón me latía a gran velocidad. Cuando aquella desconocida terminó de sacar a mis amigos de la jaula de acero, volvió a mi lado y me acarició el pelo mientras decía:

—Eres mucho más guapo que tu padre, Daniel Monreal, ¿lo sabías?

—¿Quién… quién eres…? —logré farfullar.

—Soy la doctora Barqueiro…

—¿La doctora Barqueiro…? Mi padre me habló de usted… —recordé haciendo esfuerzos por recuperar el control de mi cuerpo y de mi mente.

—Llámame Bibiana y tutéame, por favor —dijo mientras me ayudaba a ponerme en pie—. Por poco, ¿eh? Llevo tras vuestra pista varios días. Sois muy escurridizos ¡y espectaculares! ¡Bonito aterrizaje el de esta mañana!

—Eso ha sido culpa de Gabi. El delgado de gafas. Él pilotaba —le dije mientras me acercaba a mis amigos para ver cómo estaban.

Por fortuna todos vivían. Aunque estaban muy mareados y les dolía la cabeza, seguían vivos. Úrsula necesitó más tiempo para recuperarse. Era mucho mayor que nosotros, pesaba demasiado y su pobre corazón había soportado con mucho esfuerzo la terrible prueba por la que acababa de pasar. Las sales reparadoras nos ayudaron eficazmente. No tardó en empezar a respirar con normalidad y, al rato, logró ponerse en pie.

—Bueno —suspiró Bibiana—, me alegro de que estéis todos vivos.

—Gracias por salvarnos la vida… —dijo la maga apoyada en una mesa recuperándose todavía.

—Ha sido un placer. Será mejor que me presente. Soy Bibiana Barqueiro, y he venido a ayudaros en la locura en la que estáis metidos hasta el cuello.

—¿La doctora Barqueiro? —inquirió Andrés—. ¡Vaya, por fin te conocemos!

—La verdad es que fue complicado dar con vosotros. Estuve aquí hace unas horas, pero al comprobar que habían arrancado las Flores de Tara supuse que os habíais marchado. Así que volví al centro de la ciudad. De camino a Plaka me encontré con Nikos Karópulos. Sé que conoce a Lang Ching y a tu padre, así que imaginé que sabría algo de vosotros. Al preguntarle se puso nervioso y sospeché que había sido captado por la secta de Nindún-Rinpoché. Conozco desde hace años a ese viejo zorro. Sus evasivas me dieron mala espina, de modo que le obligué a decirme la verdad. Se resistió bastante, pero digamos que tengo mis métodos… Al final confesó que os había encerrado en la cámara acorazada del museo. Aunque el viejo Karópulos pensaba que ya era tarde.

—¡Qué casualidad que lo encontraras! —exclamó Gabi.

—Gabriel, cariño, ¿recuerdas lo que opino de la casualidad? No existe —añadió la bruja, intuyendo una ayuda de carácter sobrenatural.

—Estoy de acuerdo —convino Bibiana—. Y tampoco sería casualidad que Nikos volviera con refuerzos. Será mejor que nos larguemos. ¿Tenéis las Flores?

—Sí —respondió la hechicera—. Y la Llave de Tara.

—Lo suponía.

—¡Esperad! ¡Un momento! —les pedí cuando salíamos del museo.

Corrí de vuelta hacia la cámara acorazada, recogí el láser y la cerré. Cuando los alcancé, Bibiana me miró sorprendida. Le di el láser a la hechicera para que lo guardase en su bolso. Le hizo un hueco entre todas sus

cosas y se pasó la bandolera. Salimos del museo y nos dirigimos a la entrada de la Acrópolis. Eran algo más de las dos de la madrugada. La noche era clara, las estrellas titilaban y los viejos monumentos de la colina sagrada nos observaban desde el otro lado de la eternidad. Alcanzamos los Propíleos y bajamos la rampa. En la puerta Beulé encontramos a los dos guardas de seguridad, todavía hechizados. Caminamos deprisa y montamos en una vieja furgoneta que Bibiana había aparcado allí cerca.

—Tengo un apartamento en el barrio de Plaka. No es gran cosa, pero nos arreglaremos por una noche —explicó Bibiana mientras conducía.

—Mañana tenemos que coger un avión para el Tíbet —les recordé con pocas ganas de viajar y muchas de descansar.

—Esperemos que en la Terminal Este haya algún vuelo a Katmandú. De todas formas, en la Oeste también operan vuelos internacionales —explicó Bibiana.

—¡¿Hay dos aeropuertos?! —preguntó Gabi.

—¡Claro! No hacía falta destruir el templo de Zeus —respondió la doctora Barqueiro, indignada por lo del Olimpeion.

No tardamos en llegar a la calle Kidathinéon, donde Bibiana tenía su apartamento. Los edificios eran modernos comparados con las viviendas centenarias que caracterizaban el barrio. La doctora Barqueiro aparcó junto al Museo de Arte Popular. El piso era modesto. Se notaba que no había residido mucho tiempo en él. No había plantas y los muebles eran los indispensables. Susana y Úrsula durmieron en una pequeña habitación, en sendas literas. La doctora Barqueiro en su dormitorio, y los chicos nos acomodamos en la salita de estar. Andrés durmió en el sofá y Gabi y yo sobre unas esterillas, en el suelo. Teníamos tanto sueño que, simplemente, caímos rendidos.

Los rayos del sol se colaron a través de las rendijas de la persiana y nos despertaron. Con mucho trabajo nos quitamos de encima las sábanas que nos había dejado Bibiana para taparnos. Emprendimos el peregrinaje hacia el cuarto de baño. Úrsula y Susana salieron del aseo después de que aporreásemos la puerta durante un cuarto de hora. Mientras la hechicera examinaba los enigmáticos Tarines Dorados e intentaba adivinar cómo se abría la Llave de Tara para colocarlos en su interior, Susana llamó a la puerta del dormitorio de Bibiana. Nadie respondió. En ese preciso instante, la cerradura de la puerta principal giró y el sonido de las llaves nos puso en alerta. La doctora Barqueiro entró en su apartamento cargada con dos bolsas de comida. Al ver a Andrés con el pelo enjabonado, una toalla en la cintura y blandiendo una silla, a Gabi, enfundado en un albornoz que le quedaba grande

y apuntándola con el láser, y a los demás blandiendo sendos cuchillos, la doctora sonrió, dejó las bolsas en el suelo, levantó las manos y cerró la puerta tras de sí.

—¿Puedo entrar en mi casa, por favor? Vengo en son de paz. Hacéis bien es ser precavidos, pero no exageremos; solo es comida griega —bromeó.

Bajamos las armas. Dejó las bolsas sobre la mesa y nos miró de forma inquisitiva. En aquel momento me fijé en ella por primera vez. Era alta y atlética. Sus ojos eran enormes, llenos de curiosidad y de una mirada sagaz. Mientras comíamos y nos terminábamos de preparar, nos preguntó qué pensábamos hacer.

—Ya lo sabes. Ir al Tíbet —le contesté sentándome en el sofá para calzarme.

—No podemos perder tiempo. No sabemos con exactitud cuándo arrancó las Flores Nikos; habrán pasado al menos doce o catorce horas —explicó la maga.

—Lo sé —dijo Bibiana cruzándose de brazos—. Lo que necesito es que me expliquéis de qué va todo esto.

—Buscamos el Templo de Tara —replicó Gabi.

—Lo sé. Como sé que tú —dijo señalándome— eres el hijo de Eduardo Monreal. Sé que estuvisteis en París con Lang Ching y que recuperasteis la Llave de Tara. Sé que me estuvisteis buscando antes de empezar esta aventura —nos relató y, sentándose en una silla de madera y mimbre, añadió—, pero no sé por qué narices vais a meteros en la boca del lobo. Tu padre ya estuvo allí, pese a mis advertencias. Y ahora tú y tus amigos; ¿por qué?

—Porque Nindún-Rinpoché ha secuestrado a mi madre para robarle su cuerpo. Porque cuando lo tenga estará lista para entrar en el Nirvana, absorber su poder y dominar la Tierra. Porque mi padre se muere de una grave enfermedad y necesita el Agua de la Fuente de la Juventud para sobrevivir. Fue esa la razón por la que no te escuchó y prosiguió su camino hacia el Templo de Tara. Pero como no consiguió el elixir, quiso intentarlo de nuevo. Lo que pasa es que los hombres de Nindún atentaron contra él, secuestraron a mi madre, asesinaron a Lang Ching para impedir que nos diese la Llave de Tara, y han intentado matarnos varias veces: sabotearon el todoterreno de Úrsula, nos tirotearon en París, quisieron estrellar el avión en Atenas y anoche nos encerraron para que nos asfixiáramos. Así que, como sigamos charlando tranquilamente, es probable que Nikos y sus amigos aparezcan para volver a intentarlo; no lo dudes.

Todos guardaron silencio. Bibiana Barqueiro dejó de mirarme como si fuese un niño, y me observó con respeto. De repente oímos un clac.

—¡¡Ya está!! —exclamó Úrsula, que había conseguido abrir la Llave de Tara al manipular las pequeñas muescas que había en la superficie del anillo dorado.

—Bueno, creo que os he juzgado mal —admitió la doctora Barqueiro—. Pensé que todo era un juego, una aventura de verano de unos adolescentes con la cabeza hueca y con ganas de presumir al volver al instituto. Pero ya veo que estaba equivocada. Siento muchísimo lo de tus padres. Y lo de Lang: me caía bastante bien —sus enormes ojos grises no disimularon su emoción.

—Creo que debemos irnos. Corremos peligro y tenemos una misión —recordó la maga poniéndose en pie y guardando la Llave de Tara en el bolso.

Asentimos y, tras acabar de vestirnos, recogimos la casa, nuestras cosas y nos dispusimos a salir hacia el aeropuerto.

—Úrsula —dijo Gabi alcanzándole el láser—, guarda tú esto, por favor.

—¿Qué clase de arma es? —preguntó Bibiana intrigada.

—Un aparato de rayos láser —le contestó Andrés—. Úrsula lo hizo aparecer ayer, cuando estábamos encerrados. Nos sentamos en círculo y empezamos a visualizar el láser que primeramente ella vio y estudió en la mente de Gabi, que estaba hipnoti…

—¡¡Andrés!! —exclamamos todos al mismo tiempo, tratando de mantener oculto el hecho de que usábamos magia.

—¡¡Anda!! ¡Un rayo láser de bolsillo! —exclamó Bibiana mientras bajaba las escaleras del edificio—. Cualquiera te atraca, Úrsula. Aunque no sé cómo lo podrás hacer pasar por el control del aeropuerto.

—Ya pensaremos algo —se limitó a decir la hechicera.

—Tiene solución para cualquier cosa. Lleva de todo en ese bolso —bromeé.

—Ojalá, Daniel. Sin embargo, anoche no estuve a la altura. Por poco no lo logramos —reconoció la maga, con un halo de tristeza en su mirada.

—Al menos nos diste esperanza, Úrsula —le dije guiñándole un ojo.

El apartamento de la doctora Barqueiro estaba en una quinta planta sin ascensor. Bajábamos las escaleras con buen ánimo. Estábamos a la altura del tercer piso cuando, durante un momento, nos quedamos callados. Entonces escuchamos el inconfundible sonido de muchos pies que subían corriendo. Bibiana se asomó a la barandilla y, con un gesto urgente, nos pidió que guardásemos silencio. La sensación de tranquilidad de la que habíamos

disfrutado durante unos minutos desapareció por completo. El peligro nos acechaba otra vez. La doctora se asomó de nuevo con cautela y volviéndose hacia nosotros nos susurró con toda la sangre fría que pudo reunir:

—Dani, antes tenías razón. Nikos Karópulos y los chicos de Nindún vienen a buscarnos. Y están armados hasta los dientes.

Capítulo Veintinueve

HACIA EL TECHO DEL MUNDO

Eran las ocho y media de la mañana de un magnífico día de verano en la que fue la cuna de Occidente. Nos disponíamos a ir a la Terminal Este a coger el avión de las diez y media a Katmandú con escala en Nueva Delhi. La doctora Bibiana Barqueiro, además de comprar el desayuno que nos puso en forma tras la agitada noche anterior, había localizado un vuelo con rumbo al techo del mundo. Sin embargo, las hordas de Nindún-Rinpoché no descansaban en su anhelo por destruirnos. Y una vez más habían dado con nosotros. Los siervos de la bruja, capitaneados por Nikos Karópulos, empuñaban revólveres y armas automáticas en su ascenso por las escaleras del edificio de apartamentos donde tenía el suyo la doctora Barqueiro. Sigilosamente, emprendimos la huida escaleras arriba, hacia la azotea, en un intento desesperado de escabullirnos de aquellos asesinos. Bibiana pensó que, mejor que regresar a su apartamento, donde quedaríamos atrapados, era preferible llegar a la terraza, desde la que podríamos saltar al edificio contiguo, bajar a la calle y alcanzar la furgoneta, aparcada en la esquina.

A punto de llegar a la azotea oímos un grito que solo podía significar que nos habían descubierto. Unos disparos que pasaron silbando muy cerca de nosotros nos confirmaron que nos habían visto. Echamos a correr. Salimos a la terraza y tratamos de atrancar la puerta. Bibiana nos explicó que no tenía cerrojo ni pestillo ya que los vecinos subían a tender la ropa. Buscamos algo que pudiera mantener a nuestros enemigos ocupados mientras huíamos, aunque no encontrábamos nada. Estábamos en una terraza rectangular salpicada de chimeneas, antenas de televisión y tendederos con sábanas blanquísimas ondeando al viento, ajenas a nuestros temores. Se veían los tejados y terrazas del barrio y, al fondo, la Acrópolis.

Tal como había explicado la doctora, el edificio contiguo estaba muy cerca, separado tan solo del suyo por una estrecha callejuela; también era más bajo, por lo que el salto suponía salvar la anchura de la calle y la diferencia de altura entre ambos edificios.

—Quizá vosotros saltéis, pero yo no voy a poder. Es imposible para mí. No soy una atleta —farfulló Úrsula, tratando de recuperar el resuello.

—¡Saltaremos todos! —grité ante la resignación de la maga—. ¡No voy a dejarte aquí! —añadí mientras la cogía de un brazo y le indicaba a Andrés, sin que ella se diese cuenta, que la agarrase del otro—. ¡No voy a dejar que te maten, así que ya puedes recitar el encantamiento de levitación porque vamos a saltar! —exclamé al tiempo que echábamos a correr hacia el borde de la terraza, arrastrándola casi en volandas.

Un grito que mezclaba euforia, rabia y pánico nos acompañó en el salto. Bibiana había puesto un par de tablones que encontró en un rincón como rampa de lanzamiento, de manera que el pretil no nos cortase el impulso de la carrerilla. Úrsula, viendo que si se resistía podría matarnos a todos, cerró los ojos y corrió todo lo que pudo asiéndose con fuerza a nosotros. Al mismo tiempo, recitó el hechizo que le sugerí repitiéndolo como una retahíla, como un rezo o como un ruego, invocando a la magia para que nos diese un empujoncito en el aire. Al llegar al borde del edificio tomamos todo el impulso que nuestras cansadas piernas nos permitieron y, con los ojos cerrados, sin dejar de gritar y muertos de miedo, nos lanzamos al vacío. Fue un vuelo corto, apenas dos o tres segundos. El conjuro debió de ayudar, pero no evitó el impacto contra el suelo, sobre el que rodamos sin control. Úrsula se estrelló contra una chimenea, Andrés arrolló una antena de televisión y a mí me frenó la puerta que daba a las escaleras.

Nikos y los suyos ya habían llegado a la terraza e intentaban abrir la puerta. Gabi, ingenioso como siempre, había utilizado una de las sábanas que se secaban al sol para atar la manilla de la puerta a una antena de televisión. Mientras nuestros perseguidores forcejeaban, Bibiana y Susana se dispusieron a saltar.

—Seguid sin mí. Yo no me atrevo —dijo Gabi con terror en los ojos, mirando hacia la calle y calculando los huesos que se rompería con el impacto.

—¡¡¿Qué?!! —exclamó Susana viendo que nuestros perseguidores habían introducido un cuchillo entre la puerta y el marco y empezaban a cortar el nudo.

—¡¡Tengo miedo!! —admitió Gabi, con un rictus que le paralizaba el rostro.

—¡¡Ven aquí, mocoso!! —le espetó Bibiana agarrándolo por los hombros, zarandeándolo—. ¡Vas a saltar ahora mismo! ¡No me obligues a tirarte yo misma!

Gabi no pudo resistirse. Empezó a desternillarse. Le dio un ataque de risa nerviosa, fruto del estrés. Bibiana lo miró perpleja. Mi amigo le tendió una mano a la doctora y la otra a Susana. Corrieron hacia el abismo. Fue un salto memorable. Prácticamente aterrizaron de pie. Los demás los estábamos esperando junto a la puerta de las escaleras. Úrsula con sus brazos extendidos hacia ellos; su magia había funcionado.

En el otro edificio, la sábana se desgarró y la puerta de la terraza se abrió violentamente. Los esbirros de Nindún surgieron a la luz del día como vomitados por la penumbra de la escalera, a borbotones, blandiendo sus armas y destilando odio. Tras mirar a izquierda y derecha, se acercaron al pretil y nos descubrieron en la terraza contigua. Dispararon. Escuchamos el tiroteo desde las escaleras, bajando como alma que lleva el diablo. Andrés había atrancado la puerta desde dentro con otra sábana para dificultarles la persecución. Sin aliento alcanzamos la vía pública y, guiados por la arqueóloga, llegamos a su vieja furgoneta.

Por fortuna, Nikos y los suyos no bajaron a tiempo. Escapamos y nos dirigimos a la Terminal Este. Por el camino, Úrsula le tuvo que explicar a Bibiana que era una bruja y que practicaba magia. Le mostró el monedero mágico. Tras la sorpresa inicial, la doctora Barqueiro le indicó a la hechicera la cantidad de dracmas que costaban los pasajes. No tardamos mucho en llegar al aeropuerto y, antes de darnos cuenta, ya estábamos volando. Nuestra preocupación era poder pasar el láser por el control de pasajeros Sin embargo, Úrsula lanzó un encantamiento sobre su bolso para que mostrara a los rayos equis objetos inofensivos.

Al fin, tras varios días de infarto, dejábamos atrás Europa y nos acercábamos a nuestro destino final. Lo primero que hicimos fue comprobar que los pilotos no eran esbirros de nuestra archienemiga. Úrsula hechizó las gafas de Gabi. Si veía un aura alrededor de los pilotos, personal de vuelo o pasajeros, sería señal inequívoca de que eran seguidores de Nindún. Nuestro amigo se paseó por la aeronave, saludó a la tripulación y se las volvió a ingeniar para visitar la cabina. Volvió contento y relajado: todo estaba en orden. Suspiramos aliviados; podríamos descansar. El vuelo iba a ser largo, así que aprovecharíamos para dormir, comer y reponer fuerzas antes de emprender la última etapa hacia el Templo de Tara.

⁎ ⁎ ⁎

La puerta se abrió con suavidad descubriendo una celda en la que levitaba un monje que refulgía en la oscuridad. Avanzó despacio, con pasos cortos y

firmes. La puerta se cerró de golpe tras ella provocando un estruendo aterrador. El monje giró sobre sí mismo y se colocó frente a ella. Solo entonces abrió los ojos. Su expresión no denotaba miedo, sino paz, calma y plenitud. Estiró las piernas y posó sus pies desnudos en el gélido suelo de piedra. Avanzó hacia ella y le ofreció una mano.

—Aún estás a tiempo de volver al camino de Siddharta. Aún puedes alcanzar el Nirvana y purificar tu karma recorriendo el Óctuple Sendero de la Cuarta Gran Verdad de nuestro maestro Buda. Rectifica, Nindún-Rinpoché, y dejarás de sufrir.

Una tenebrosa carcajada ronca y hueca lo inundó todo. La risa se tornó en tos y carraspera, en ahogo. La bruja sacó con rapidez del amplio bolsillo de su túnica una jarrita cuyo contenido procedió a beber. Sus trémulas manos apenas acertaban a introducir el agua milagrosa en su boca. La mitad se le derramó. Tiró la jarrita al suelo y un breve fulgor rosado la iluminó por un momento: fue como un *flash*. Dejó de temblar. Incluso se irguió un poco. Había rejuvenecido unos años, aunque no demasiados. Estaba furiosa; alzó su mano hacia el monje con el puño cerrado. Este la miró sin ni siquiera pestañear.

—Escúchame bien, viejo maestro, ¡yo soy el Nirvana!

A continuación, un haz de luz brotó de su mano y envolvió al monje, quien se encogió y gritó atenazado por el dolor. Nindún retorcía su mano, de la que brotaba su poder. El fulgor del monje se precipitó por el interior del haz de luz hacia la mano de la bruja, que lo absorbía con deleite. Aquel poder penetró en su cuerpo y la elevó en el aire. Nindún extendió la otra mano. Un rayo brotó de ella y envolvió al lama, exprimiéndolo hasta que la última gota de su poder hubo pasado a la bruja. Brillando cual piedra preciosa, la todopoderosa hechicera contempló los restos del lama, que yacían en el suelo. Esbozó una sonrisa de satisfacción. El maestro lama, despojado de su poder, temblaba aterido, convertido en un saco de huesos. Sus ojos abiertos la observaban sin expresión alguna: ni tristeza ni alegría, solo un oscuro y desesperanzado vacío. Una carcajada de satisfacción y placer brotó de lo más hondo de Nindún-Rinpoché. Sin dejar de levitar y resplandeciendo más que nunca, apuntó al viejo lama con su dedo índice y el monje, sin más, se desvaneció.

⁎ ⁎ ⁎

Cuando aterrizamos en Nueva Delhi era de noche. Habíamos perdido totalmente la noción del tiempo. Lo único que éramos capaces de contar eran

las horas que les restaban a los Tarines Dorados para que se marchitaran inexorablemente. Estimábamos que todavía disponíamos de cuarenta y ocho horas; no obstante, estábamos a medio camino. Debíamos llegar a Katmandú, desde allí alcanzar el punto de partida del mapa de Morgana y seguir sus pistas. Dos horas después, tras un retraso en el vuelo que nos hizo temer lo peor, el avión abandonó la India. Gabi volvió a escudriñar a la tripulación y al pasaje con sus gafas encantadas. De nuevo, todo estaba en orden.

—Necesitaremos ropa de abrigo, ¿verdad? —pregunté al caer en la cuenta de que todos vestíamos ropa estival.

—No en Katmandú —contestó Bibiana—. La temperatura será buena, al menos hasta que lleguemos al Tíbet. A más altitud, más frío. Encontraremos viento frío y nieve según ascendamos. En el Tíbet sí nos podríamos congelar vivos.

—Bueno, Úrsula ya nos comprará algo —propuso Andrés, sonriendo a la maga, quien le respondió guiñándole un ojo.

—Lo que sí encontraremos en Nepal será lluvia. Estamos en pleno monzón —añadió la doctora Barqueiro tras una breve pausa.

—¿El monzón? —preguntamos al unísono.

—¡Claro! La estación de lluvias. Llueve y llueve sin parar. Todo el día, por la mañana, por la tarde, por la noche, de madrugada… ¡Vaya, lo normal en el monzón!

Efectivamente, al acercarnos a Nepal, un manto de nubes grises nos recibió. Lo atravesamos y nos vimos inmersos en una cortina de lluvia tan densa que apenas se vislumbraba completamente el ala del avión. Aún no había amanecido, pero la claridad del alba luchaba por hacerse un hueco en la oscura inmensidad en la que se encontraba imbuido el valle de Katmandú. Así, hacia las seis de la mañana de un día de finales de julio, tomamos tierra en el aeropuerto internacional de Tribhuvan. No hacía frío, aunque había mucha humedad. Montamos en un autobús que, bajo el continuo crepitar de la lluvia, nos condujo a la terminal.

Llegamos al control de pasajeros, obligatorio para entrar al país. Lo pasamos sin problemas, ya que el hechizo de Úrsula sobre su bolso seguía volviendo invisible el láser y cualquier otro objeto sospechoso. Después nos sacamos los visados. Por fortuna, la famosa burocracia nepalí no nos retuvo más de diez minutos. Con todo en orden, nos dirigimos a la salida. Llovía torrencialmente; el día resultaba triste y oscuro. Cogimos dos taxis. Bibiana indicó a los conductores la dirección y, montando en el que iba delante, junto

con Úrsula y Gabi, arrancaron hacia la capital. Susana, Andrés y yo los seguimos en el otro vehículo.

Katmandú nos pareció inmensa. Al otro lado de la ventanilla del taxi todo un mundo despertaba. Vimos pequeñas chabolas de ladrillos cocidos y techos de paja, casitas de piedra y tejas, pequeños edificios, gigantescos templos de oración, ojos enigmáticos que adornaban las fachadas, ojos curiosos que vigilaban por entre las cortinas, callejuelas estrechas por las que corría el agua y por las que los madrugadores niños nepalíes jugueteaban en grupos de tres o cuatro. Y alrededor, alzándose hasta perderse en la lejanía, las cumbres del mundo. Montañas verdes por doquier, montañas escalonadas, plegadas en terrazas sobre las que se posan innumerables casitas que van ascendiendo hasta su cumbre. Y más allá del valle, los picos de nieves perpetuas, las cumbres más altas del mundo, el Himalaya. Y más allá aún, el Tíbet y el Templo de Tara.

Ambos taxis se detuvieron en una placita. Al instante tres ancianas vestidas de oscuro, con pañuelos en la cabeza e innumerables arrugas en el curtido rostro, se lanzaron corriendo hacia nosotros bajo tres enormes paraguas de vivos colores que nos ofrecieron con la mayor de las amabilidades, como si nos conociesen, como si nos quisiesen. Una de las mujeres abrazó a Bibiana. La arqueóloga le dijo algo en su idioma y, cogidas del brazo, caminaron hacia una casita. Las seguimos acurrucados bajo los paraguas. Tuvimos que agacharnos, ya que las puertas eran bajas y estrechas, y las ventanas, diminutas. Parecían casas de seres mágicos. Dentro reinaba la oscuridad. Al fondo de la estancia se encendió una luz y un anciano desdentado y delgadísimo se levantó de una butaca de madera y caminó despacio hacia nosotros sonriéndonos, diciendo algo que no entendimos y mirándonos con una gran ternura. Bibiana lo abrazó. Nos pidió que nos sentásemos alrededor de la mesa y, enseguida, las ancianas, que habían marchado a otra estancia que debía de ser la cocina, aparecieron con sendas bandejas repletas de platos y vasos que dejaron sobre la mesa. Aquella comida tenía que estar buenísima pero, como suele pasar, el ojo fue quien juzgó.

—Estos son mis padres espirituales, Wi y Xonqy —explicó la doctora Barqueiro sin dejar de abrazarlos—. Son tibetanos, pero desde hace unos años viven aquí, desde que las cosas se pusieron feas por el Tíbet. Ya sabéis que China ejerce un dominio férreo sobre todo el país.

»Nos conocimos hace tres años —prosiguió al sentarnos a la mesa, mientras las abuelas nos servían aquella exótica comida—. Estaba trabajando

en una excavación con un equipo de arqueólogos cuando se desencadenó una tormenta de nieve. Me salí de la carretera en el camino de vuelta. Continué a pie, pero la ventisca era endemoniada. Me perdí. Wi y Xonqy me encontraron medio muerta y me trajeron a su casa. Estuve con fiebre varios días, y ellos no se apartaron de mí ni un momento. Me cuidaron y alimentaron con un amor tan grande y desinteresado como el de unos padres. Me enseñaron muchas cosas, todas ellas imposibles de encontrar en los libros. Me adoptaron espiritualmente y lavaron mi aura para purificar mi karma.

»Solo estuve aquí una semana, hasta que tuve fuerzas para avisar a mi equipo, que buscaba entre las nieves mi cadáver, pero me ha marcado para siempre —dijo Bibiana, conmovida—. Los quiero muchísimo.

—Es una historia entrañable —apunté.

—Mágica, amigo mío —matizó—. Nos van a dar comida y ropa de abrigo para el viaje —añadió, antes de empezar a comer con fruición.

Le pregunté por las otras dos ancianas. Mi curiosidad volvía a rayar la grosería, como de costumbre.

—No las conozco, creo que son primas de Wi —me respondió antes de dirigirse a su *padre espiritual*. El anciano sonreía dejando ver sus despobladas encías y arrugando aún más, si cabe, su rostro—. Sí, una prima y su madre, o sea, una prima y una tía de Wi. —Nuestro asombro fue evidente, ya que no encontrábamos diferencia de edad entre aquellas mujeres—. Sí, aquí se envejece más deprisa —explicó Bibiana al ver nuestra reacción—. El frío y los áridos vientos del norte hacen estragos en esta gente. Además, ellos son tibetanos, y allí es más acuciante el desgaste físico. Aunque suelen ser muy longevos también.

—Pues igual es por eso que la Fuente de la Juventud está aquí, ¿no? —apostilló Andrés con la boca llena.

—Pudiera ser, amigo mío —contestó la doctora.

—¿Qué comida es esta? —preguntó Gabi, observando su plato como si se encontrase en el laboratorio de nuestro lejano Cuartel General.

—Son platos típicos del Tíbet. Esto es *tsampa*, sémola preparada con harina de cebada tostada. Se mezcla en un cuenco con té salado y mantequilla rancia de yak, un animal típico de estas latitudes —explicó con naturalidad Bibiana.

—Suena fatal, pero está muy bueno —nos informó Andrés, con la boca llena.

Nuestra ignorancia occidental quedaba en evidencia al ir descubriendo las costumbres de aquellas humildes y sabias gentes. Bibiana nos explicó que

además de mostrarle verdades del espíritu, durante su estancia en casa de sus *padres espirituales*, aprendió cocina tibetana, algo muy importante para ellos. El gusto de aquella obra culinaria era indescriptible. Una mezcla de sabores especialmente tratada y preparada en su justa medida. Para acompañar, nos dieron de beber algo que, por lo menos a mí, me sabía a cerveza. Pregunté a la doctora y me confirmó que estaba en lo cierto; era cerveza *tchang*. De segundo plato nos sirvieron *tuppa*, una sopa de fideos y verduras exquisita. Ya estábamos saciados cuando la prima de Wi apareció con un cuenco de empanadillas llamadas *momo*. Deliciosas.

Después de comer, el viejo Xonqy encendió una pipa y dando enormes y profundas caladas, comenzó a hablarle a Bibiana. Hacía anillos de humo y otras figuras que se retorcían deshaciéndose a cierta altura. Nosotros lo observábamos con atención, admirando la vitalidad que emanaban sus diminutos ojos negros. Su voz, un torrente de palabras ininteligibles, parecía narrar antiguas gestas, hazañas casi olvidadas o memorias legendarias. Las otras mujeres asentían cada poco, atentas a las palabras del venerable anciano.

En la calle seguía lloviendo y el tiempo pasaba con rapidez. Solo nos quedaban cuarenta y cinco horas para encontrar el templo. Cuando el señor Xonqy terminó su parlamento, Bibiana les contó nuestros planes. La anciana Wi conocía al dedillo la leyenda de Nindún-Rinpoché. Por lo visto, había practicado rituales mágicos cuando era joven, antes de la conquista china, que prohibió y persiguió las antiguas creencias. Bibiana, que iba traduciendo la conversación, nos previno de que su *madre espiritual* era muy teatral, y de que solía levantar la voz o gesticular de forma vehemente, como si la dominara la furia.

—Úrsula, ¿cómo se llama el pueblo donde empieza el camino hacia el Templo de Tara en el mapa de tu abuela? —preguntó la doctora, a quien la hechicera había informado de todo durante el vuelo.

La maga rebuscó en su bolso. Como no encontraba la carta de Morgana, empezó a sacar todas las cosas y dejarlas sobre la mesa: la libreta, las aspirinas, el maquillaje, el láser… El viejo Xonqy alargó su delgado brazo y lo cogió sin que nos diésemos cuenta. Cuando me percaté ya lo estaba manipulando. No sé cómo, pero toqueteando los controles, lo había encendido.

—¡¡¡No!!! —grité a la vez que el viejo apretaba el gatillo y salía un rayo hacia la pared, que rebotó en el espejo y fue a impactar contra las cortinas, que empezaron a arder.

Nos lanzamos hacia el fuego. Úrsula recuperó el láser de entre las manos del anciano, quien se tronchaba de risa mientras su mujer le gritaba y sus parientes observaban boquiabiertas desde la puerta de la cocina. Cuando sofocamos el conato de incendio y recuperamos la calma, Bibiana repitió la pregunta.

—Wampa-Singh —respondió por fin Úrsula, tras hallar la carta de su abuela.

Al escuchar el nombre de aquella aldea, la anciana Wi prorrumpió en una retahíla de explicaciones que nos admiró al tiempo que nos desconcertaba, ya que se dirigía a nosotros pese a que no entendíamos ni una palabra.

—Tenemos que coger una carretera llamada Arniko hasta llegar a la frontera tibetana de Kodari. Desde allí, unas horas al noroeste y tras dejar atrás el lago Dorado, entraremos en el valle donde está Wampa-Singh. Iremos en motocarro. Es más seguro —tradujo Úrsula, dejándonos a todos boquiabiertos, incluida Bibiana.

—¿Cómo sabes lo que ha dicho? ¿Hablas su idioma? —le preguntó la arqueóloga, intrigada.

Úrsula las miró desconcertada, a ella y a la vieja, que sonreía para sí.

—¿Cómo? ¿Que he hecho qué? —preguntó la hechicera, sin comprender—. No lo sé, simplemente la he entendido. Yo no sé nepalí, no sé cómo he podido…

—Ni siquiera lo ha dicho en nepalí —la interrumpió Bibiana, aún más sorprendida, mientras la vieja sonreía como si entendiera lo que pasaba—. Lo ha dicho en pali, una lengua milenaria.

Úrsula insistía en que no sabía cómo había podido entenderla. Bibiana le preguntó a Wi, pero la anciana se limitó a repetir una y otra vez, bastante exaltada, «¡¡¡Es verdad, es verdad!!!». Su prima y su tía, que se habían ausentado tras el incidente del láser, reaparecieron al rato cargadas con unas alforjas llenas de ropa y comida recién hecha, interrumpiendo así el misterio de la traducción inexplicable. Traían provisiones para tres días, a pesar de que confiábamos en llegar mucho antes. No obstante, debíamos prever el poco probable viaje de vuelta. Wi llevó las alforjas a la cocina. Tras retornar a la estancia principal, abrió la ventana y sacó el brazo con el puño cerrado. Al abrirlo, un pajarillo salió volando. Wi se acercó a nosotros y nos entregó un frasco de barro que contenía unas pastillas verdes.

—Son para el mareo. Para cuando ascendamos —nos explicó Bibiana.

Cinco minutos después, un motocarro aparcaba frente a la casa. Era parecido a un sidecar, pero bastante más grande. Estaba pintado de negro con

franjas amarillas. Las ruedas eran enormes, con neumáticos aptos para caminos de tierra. Imaginamos que se trataba de un vehículo muy potente, fabricado para los impracticables senderos de alta montaña. Además de quien condujera la motocicleta, había cinco plazas en el carro, que también contaba con un maletero. Había dejado de llover momentáneamente, lo que nos permitió acomodarnos en el vehículo sin la molestia que supone cargar el equipaje bajo la lluvia. Bibiana dijo que conduciría, dado que conocía el terreno. El hombre del motocarro sacó unas capas impermeables del maletero. Se sujetaban al carro con corchetes. Sonreía sin cesar mientras nos explicaba cómo funcionaba todo. Aunque quisimos pagarle, no aceptó dinero alguno. La doctora Barqueiro puso en marcha el motor tras ajustarse unas gafas de motorista y un gorro, bajo el que escondió su melena. Los cuatro ancianos salieron a despedirse. Nos lanzaban besos y nos deseaban buena fortuna elevando los brazos hacia el cielo, implorando a sus dioses para que nos protegieran. Aquella intercesión nos hacía mucha falta, ya que la poderosa, amenazadora y tenebrosa presencia de Nindún-Rinpoché se hacía cada vez más patente, y el miedo que nos infundía crecía conforme nos acercábamos a ella.

Capítulo Treinta

LLEGANDO AL TIBET

Atrás dejamos Katmandú, su universo multiétnico, sus milenarias tradiciones, sus estrechas callejuelas, sus fascinantes templos, sus montañas escalonadas, los niños de sonrisa perenne y los peculiares *padres espirituales* de la doctora Barqueiro, quienes nos despidieron efusivamente hasta que desaparecimos entre las casas de la húmeda capital de Nepal.

Aún nos separaban de la frontera tibetana más de cien kilómetros y la mañana se presentaba complicada. Para empezar, debido a las constantes lluvias, se sucedían desprendimientos que amenazaban con cortar la carretera. Además, el camino no era de por sí demasiado bueno, y en varias ocasiones tuvimos que aminorar la marcha e incluso frenar para avanzar con cuidado por trechos que, más que una calzada, eran simplemente una lengua de tierra apisonada en las laderas de las montañas.

Bibiana conducía muy bien; demostraba una pericia admirable. Los demás, acomodados en el carro, nos sentíamos seguros con ella a los mandos. Cierto que, con las lluvias y el viento que empezaba a soplar con fuerza desde el este, el trayecto se iba tornando muy arduo. Habíamos colocado las capas tal como el conductor del motocarro nos había explicado: enganchadas a la estructura del vehículo por corchetes que sellaban el pequeño habitáculo dejando abiertos solo cinco huecos por donde asomaban nuestras cabezas que, a su vez, protegíamos con la capucha de la capa, calada hasta las cejas. Bibiana se había puesto otro impermeable en forma de poncho, ajustado a la cintura con una goma. Para protegerse las manos del frío, la arqueóloga iba provista de gruesos guantes.

No podíamos correr mucho. La lluvia se había vuelto persistente y cada kilómetro que avanzábamos el frío se volvía más lacerante. La carretera, que se había tornado sinuosa y escarpada a medida que nos acercábamos a la frontera y nos adentrábamos en la cordillera del Himalaya, apenas presentaba condiciones de seguridad. El tiempo parecía haberse vuelto perezoso. Los minutos discurrían con una lentitud exasperante. Hablar entre nosotros

tampoco era sencillo; el motor hacía un ruido infernal. Teníamos que comunicarnos gritando.

—¡Bibiana! ¡¡¿Cómo apareció el motocarro en casa de Wi?!! —pregunté intrigado por el hecho de que lo hubiesen traído en el preciso momento en que íbamos a salir en busca de un vehículo.

—¡¡Wi lo llamó!! —contestó la aventurera apartando la mirada del tortuoso camino un instante—. ¡¡¿No te fijaste?!! ¡¡Lanzó un pajarito por la ventana!!

—¡¡Como una paloma mensajera!! —apostilló Susana.

—¡¡Exacto!! ¡¿No son maravillosos?! —preguntó la doctora, sonriendo.

Al cabo de un rato comenzamos a sufrir los efectos de la altitud. Los oídos se nos taponaron aún más de lo que ya los teníamos y una presión interna en la cabeza empezaba a causarnos estragos. Cuando Andrés tuvo que bajarse a vomitar decidimos tomarnos las pastillas antimareo de Wi. Para nuestra sorpresa, los efectos fueron instantáneos. El mareo y el dolor de cabeza desaparecieron, los oídos se despejaron y podíamos respirar con normalidad.

El paisaje se estaba tornando seco, el verdor del valle de Katmandú iba dando paso a laderas escarpadas y a montañas nevadas. Todo en derredor se volvió gris, pardo y —cada vez más— blanco. Empezaban a atisbarse las cumbres que, emergiendo entre las nubes, rasgaban el cielo. De repente, oímos un temblor, un rugido que lo envolvió todo. Bibiana redujo la velocidad y un silencio sepulcral nos rodeó. Avanzamos despacio, prestando atención a cada detalle, porque todos presentíamos que algo terrible estaba a punto de ocurrir. Aquel extraño silencio desapareció de golpe y un estruendo ocupó su lugar.

—¡¡¡Mirad!!! —gritó Gabi señalando hacia arriba, a las montañas.

Descubrimos con terror que por la ladera que teníamos a nuestra derecha se precipitaban un sinfín de rocas envueltas en barro. A su paso arrastraban más piedras y más fango hasta convertirse en una avalancha. El desprendimiento se encontraba unos cincuenta metros por delante de nosotros. Si frenábamos era improbable que nos alcanzase. No obstante, nos impediría seguir adelante.

—¡Frena! —gritó Andrés.

—¡¡No!! —exclamó la hechicera—. ¡Nos cortará el paso y no llegaremos a tiempo! ¡¡Tenemos que continuar!! ¡¡Es ahora o nunca!!

Bibiana nos miró y luego miró a la carretera. La avalancha se acercaba; toneladas de rocas y barro se acercaban ladera abajo causando un estruendo sin par y arrastrando todo a su paso. La visión resultaba apocalíptica.

La arqueóloga asió el manillar con fuerza y aceleró al máximo. El motocarro derrapó acompañado de un rugido del motor. En un instante habíamos alcanzado el lugar por donde iba a precipitarse el alud de barro y rocas. Gritamos. Pensé que iba a sepultarnos. Cerramos los ojos y nos cogimos de la mano. Sin embargo, Úrsula desabrochó varios corchetes para poder sacar los brazos. Los levantó al tiempo que canalizaba magia y repetía el conjuro de la telequinesia. Las rocas se precipitaban ya sobre la carretera, precedidas por una cascada de barro que, pese a desviarse a causa del hechizo —que había abierto sobre nosotros una especie de paraguas invisible—, cubrió por completo la calzada. Las ruedas empezaron a derrapar. Bibiana viró a la izquierda, luego a la derecha: estaba perdiendo el control. Trataba de esquivar las rocas que se precipitaban sobre nosotros como una lluvia de meteoritos. Aunque la magia nos había envuelto en una burbuja impenetrable, muchas de las rocas que impactaban contra ese escudo rebotaban y acababan en medio del sendero.

—¡Pesan demasiado! —nos alertó la hechicera apretando los dientes—. ¡No podré contener el desprendimiento mucho más!

Bibiana aceleró al máximo intentando pasar cuanto antes los escasos cien metros que nos separaban de una curva que nos llevaría a un trecho de carretera resguardado del desprendimiento. La doctora esquivaba las rocas con una sorprendente habilidad. Pero, conforme la hechicera se debilitaba, el escudo menguaba y algunos fragmentos de roca acabaron por impactar en la carrocería.

La calzada desapareció por completo. El camino se había vuelto un lodazal y, pese a los esfuerzos de Bibiana, el motocarro avanzaba sin control. Apenas restaban unos pocos metros para aquella curva que nos pondría a salvo, pero era casi seguro que no lo íbamos a lograr. La inercia nos empujaba hacia delante, aunque la cascada de fango estaba desplazando el vehículo hacia el acantilado que teníamos a nuestra izquierda. Bibiana viró hacia la derecha con todas sus fuerzas, Úrsula continuaba con los brazos en alto, como si sostuviese una pesada carga. Andrés y yo, despojados de la capa, sujetábamos los brazos de la hechicera para que no perdiese el equilibrio, y repetíamos aquel conjuro intentando reforzarlo. Gabi y Susana canalizaban magia que vertían en el flujo que la maga lanzaba hacia arriba, reforzando el escudo. La avalancha crecía y comenzaba a cubrir aquella burbuja mágica en cuyo interior temíamos morir. Parecía que el mundo se hundía sobre nosotros y que el lodo nos iba a tragar. En medio del estruendo nos pareció escuchar una siniestra carcajada que precedió a un gran temblor. Con pavor vimos

como una enorme superficie de la montaña se desprendía y resbalaba por la ladera hacia nosotros. Apenas quedaba tiempo. Tampoco había ya distancia que nos separara del precipicio. Bibiana podía ver el vacío con solo mirar hacia abajo. La rueda trasera izquierda estaba ya en el aire a pesar de los esfuerzos de la arqueóloga para dirigir la trayectoria del vehículo hacia el lado opuesto. Empezamos a gritar. Era el fin, estábamos a punto de perecer en uno de los valles más profundos de aquel recóndito paraje. Probablemente nadie nos rescataría. Jamás. Una roca pasó silbando ante nosotros. Se estrelló delante del carro, justo en el borde del precipicio. La rueda delantera esquivó la enorme piedra, pero la trasera izquierda chocó con ella. Y de nuevo tuvimos suerte. El salto del motocarro nos alejó del abismo casi un metro. Bibiana aprovechó que la moto pisaba tierra firme en vez de lodo para acelerar. El motor rugió otra vez. Por fin llegamos a la ansiada curva y, en cuanto estuvimos a resguardo del desprendimiento, nos detuvimos. Úrsula se dejó caer en su asiento.

—¡¡¡Estás loca!!! —le gritó Andrés saliendo del vehículo de un salto—. ¡¡¡¡Cómo se te ocurre meternos debajo de una avalancha!!!! ¡¡¡Cómo has podido!!!

—¡¡Basta, Andrés!! —grité— ¡Bibiana ha hecho lo que ha creído mejor! Por suerte todo ha salido bien. Estamos vivos, ¿no? Así que se acabó.

Andrés asintió con la cabeza y le pidió perdón a la doctora Barqueiro, que se limitó a sonreír levemente.

—Gracias, Bibiana, has salvado la misión y nuestra vida —dijo Úrsula cogiéndole la mano, dándole todo su apoyo.

—Creo que ha sido un trabajo en equipo —contestó la arqueóloga.

—Sí, aunque otra magia muy poderosa nos atacó con saña —apostilló la maga, sin poder quitarse de la mente aquella carcajada siniestra que habíamos escuchado—. Tendremos que estar muy atentos. Cuanto más nos acerquemos, más fácil le resultará a Nindún-Rinpoché atacarnos.

La lluvia nos dio una tregua, sin embargo, el frío que discurría entre las escarpadas paredes de las montañas era cada vez más cortante. Tuvimos que abrigarnos más. En las alforjas de las ancianas encontramos gruesos jerséis de lana, capas de pieles, guantes, gorros con orejeras y pantalones forrados. Ataviados para continuar el viaje, nos pusimos en marcha. Pensé en lo que había hecho Bibiana. Apenas hacía un día que la conocíamos, pero su valor y determinación ya nos habían salvado la vida tres veces.

A medida que la lluvia desaparecía, la sensación de frío aumentaba. Las montañas que nos rodeaban por todas partes empezaban a emblanquecerse y

pronto solo vimos nieve alrededor. Estábamos en pleno corazón del Himalaya. Sin darnos cuenta, dejó de llover por completo y las nubes fueron retirándose. A ambos lados de la carretera se alzaban abruptas murallas cuyo final no podíamos siquiera atisbar. De repente, el cielo se tornó azul. La cordillera había detenido el monzón; habíamos dejado atrás las lluvias torrenciales. El viento se hizo más fuerte y lacerante. Pese a la ropa de abrigo, estábamos ateridos.

Dos horas más tarde, al atravesar la frontera china sin problemas gracias a las artes hipnóticas de Úrsula, llegamos a Kodari, en el Tíbet. Aquel paso fronterizo, ubicado en un valle frondoso, suponía no solo dejar atrás Nepal, sino también, la transición de un paisaje de montaña, de escarpados acantilados, de desprendimientos y de constantes lluvias, a una tierra llana, a la gran meseta del Tíbet, a un clima más templado, a escasa vegetación, lagos y un horizonte de escarpadas montañas y de nieves perpetuas. En algún lugar de aquellas tierras yermas se escondía la puerta interdimensional que conducía al Templo de Tara.

Dejamos atrás Kodari y nos adentramos en el altiplano tras repostar y comer algo. Susana se ofreció para conducir el motocarro y Bibiana aceptó encantada. Le vendría bien descansar y, tal vez, echar una cabezada. El territorio que se presentaba ante nosotros estaba salpicado de pequeños pueblecitos que cobijaban cabañas y casas de adobe y piedra. Unas horas después, avanzando por una meseta monótona, de tundra y aire puro, nos detuvimos a reponer fuerzas en una diminuta aldea situada al pie de una colina desnuda. Entramos en una casa que parecía el centro de reunión de sus vecinos. Era algo parecido a una taberna en la que se servían comidas. Nada más entrar, todo el mundo se nos quedó mirando y el bullicio dio paso a un incómodo silencio. Estábamos hambrientos, sin embargo, el temor a caer en una nueva emboscada nos mantuvo de pie sin atrevernos a sentarnos. Una mujer mayor, con el rostro cuajado de arrugas y vestida con un austero traje marrón sobre el que llevaba un delantal, apareció por una puerta que estaba al fondo del local. Se acercó a nosotros sonriendo cálidamente y nos hizo una reverencia. Nos tendió la mano y, sin dejar de sonreír, nos invitó a acomodarnos. Nos acompañó hasta una mesa vacía y, en silencio, desapareció por donde había venido. Al momento regresó cargada con unos cuencos humeantes de los que emanaba un aroma reconstituyente. Era *tuppa,* la misma sopa de fideos y verduras que nos había preparado Wi en Katmandú. La degustamos como si no hubiésemos comido nada en años. Nos resultó deliciosa y enseguida entramos en calor. Tras una comida reconstituyente,

durante la cual los demás clientes volvieron a sus conversaciones habituales, disputas y chistes, pagamos la cuenta y nos marchamos. La tabernera insistió en acompañarnos hasta el motocarro. Con la misma amabilidad que había mostrado en su establecimiento, nos indicó el camino más corto para llegar a Wampa-Singh. Sin más demora, nos pusimos en camino.

* * *

Las enormes puertas se abrieron permitiendo que la luz inundara la sala. Con porte firme y elegante, Hennón atravesó el umbral. Las puertas se cerraron tras él y la penumbra volvió. A varios metros del marmóreo estrado sobre el que descansaba el trono, se postró. Segundos después levantó la cabeza, miró al trono y dijo:

—Todo marcha según vuestros deseos, todopoderosa señora.

Nindún apareció por un lateral; venía del patio de Tara. El sirviente disimuló su sorpresa bajando la testuz. La soberana iba vestida de color beis, con una túnica cuya capucha ocultaba su rostro. Caminaba despacio y encorvada.

—Muy bien, mi fiel Hennón —dijo con una voz débil rodeando a su primado y poniéndole una mano sobre el hombro. Este no se atrevió a mirarla. En lugar de eso, hundió aún más la cabeza—. Hoy es el Gran Día, mi fiel servidor.

—Sí, mi diosa. Hoy alcanzaréis el Nirvana —explicitó el subordinado poniéndose en pie tras advertir un gesto de su señora para que lo hiciera.

—¿Sabes de dónde venía ahora mismo? —le preguntó mientras caminaba alrededor de la pirámide del trono, esquivando la luz que entraba por la linterna de la cúpula para que no incidiera en ella directamente.

—Del patio de Tara, sublime reina —contestó él, sorprendido de que le diese conversación.

—¡Exacto! —gruñó Nindún-Rinpoché volviéndose y mirando a los ojos a su servidor que, atravesado por una mirada insoportable, bajó la cabeza de inmediato—. ¡El patio de Tara! ¡De ella y no mío! Es el único lugar de este templo que no he podido someter a mi poder. Ninguno de mis monstruos ni brujas pueden soportar su magia. Solo tú, mi fiel servidor, por tu origen humano, puedes adentrarte conmigo en el jardín. Y la culpa es de esas Fuentes, de esas niñas malditas. Tara me ha privado de su poder durante muchos siglos, pero eso va a cambiar esta misma noche. Cuando sea diosa, destruiré las Fuentes, absorberé su poder y aplastaré todo resquicio de la

memoria de Tara y de sus hijas. Después celebraremos una gran fiesta en el patio, en el patio de Nindún-Rinpoché.

Retomó su paseo, caminando con dificultad, hacia el fondo del salón.

—La mujer ha sido preparada como ordenasteis y aguarda a que llegue el momento —explicó Hennón siguiéndola a varios metros de distancia.

—Esta noche, cuando la luna llena ilumine esta dimensión, intercambiaré mi cuerpo con el de esa mujer. Entonces, joven y vigorosa, tendré fuerza suficiente para soportar el poder del Nirvana penetrando en mí. —Se sentó en uno de los cilindros de mármol—. Con todo ese poder en mis manos destruiré el hechizo de Tara como si rompiera una hoja de papel y, por fin, me haré con sus poderes. —Se levantó, con bastante trabajo, y caminó hacia Hennón—. Tara creyó que hechizando a sus hijas, embrujando el patio y escondiendo la Llave y los Tarines Dorados en lugares lejanos podría detenerme, ¡qué ilusa!

—Pero —musitó el hombre, que nunca antes le había hablado así a su señora— ¿qué hay del poema que dejó? —preguntó con timidez, viendo que ella no se oponía a que hablase.

—A partir de hoy no tendré que volver a intentarlo. Nunca más tendré que canturrear esa estúpida canción fingiendo amor al hacerlo. ¡Me apoderaré del poder de las hijas de Tara por la fuerza! —gritó echando a volar hacia su trono.

Desde el sitial ordenó a su primado que mantuviera a los guardias alerta. Los intrusos se acercaban y, aunque eran insignificantes frente a su poder, presentía que podrían entorpecer sus planes. A pesar de todo, estaba convencida de que ya nada podría interponerse entre ella y su destino: la Divinidad. En pocas horas dominaría el mundo, tanto el físico como el espiritual. Aquel anhelado sueño estaba ante sus ojos. Solo tenía que ser paciente, un poco más. Llevaba siglos esperando y sería una necia si dejaba que la impaciencia la dominara estando tan cerca de la victoria. Con el poder del Nirvana podría apoderarse de la magia de Tara sin necesidad de sentirse humillada, sin tener que cantar la nana que dejó la diosa buena siglos atrás, esculpida en la pared del patio, junto a las Fuentes. Después, el mundo caería bajo su dominio y ningún país, por muchas armas que atesorase, podría hacer nada para impedir que comenzase su imperio de eterna oscuridad.

* * *

Tras dejar atrás la aldea, la carretera, que nunca había sido más que una estrecha lengua de tierra, fue desapareciendo hasta devenir un par de surcos en medio de un páramo de piedras y arena. Nos encontrábamos en medio de

una llanura infinita, yerma e hipnótica. La vista se perdía en lontananza, donde se elevaba algún otero. Al fondo, una sierra recortaba el cielo apuñalándolo con sus cumbres blancas. A un lado vimos un rebaño de bóvidos peludos y, más allá, un terreno verde: un huerto de verduras junto a una casita solitaria. Algunas aldeas de pocas viviendas salpicaban el paisaje, pero parecían espejismos, imágenes tan lejanas que podrían haber sido un sueño. El sol brillaba sobre nosotros, templando el ambiente, en medio de un cielo tan azul que dolía. Bibiana nos dio el ungüento que le había regalado Wi en Katmandú. Una crema que nos protegería del sol, ya que las quemaduras eran frecuentes. Úrsula se puso sus enormes gafas de sol y nosotros nos calamos los gorros hacia delante, para preservar con sombra los ojos.

Avanzábamos a buen ritmo, en silencio. Una honda preocupación se había apoderado de todos nosotros, parecía que una voz nos susurrara al oído que el final estaba cerca. Era una voz siniestra, como una presencia maligna. Era, sin duda, el poder de Nindún-Rinpoché que se cernía como una enorme sombra sobre aquel pequeño vehículo y sus ocupantes, en medio de la meseta tibetana.

Tras otro par de horas de camino, cuando el sol ya declinaba, nos topamos con algo insólito. En medio de la estepa, de aquella inmensidad de tierra y tundra, vimos un lago cuyas aguas rutilaban como si fuera un estanque de oro líquido.

—¡Mirad! —exclamé poniéndome en pie para ver mejor la pequeña laguna.

Bibiana detuvo el motor a unos metros de la orilla. Bajamos y caminamos hacia allí. Sus aguas estaban serenas y se nos antojó un gran caldero dorado.

—Increíble —admiró Gabi—. ¿Habéis visto como refleja la luz del sol? Tiene que haber algún mineral que la magnifique —aventuró el científico introduciendo una mano en el agua y extrayendo del fondo una piedra poliédrica que brillaba como una pepita de oro.

—¡Oro! ¡Oro! ¡Somos ricos! —exclamó Andrés abalanzándose hacia la orilla.

—Para el carro, Rockefeller —espetó Gabi, escrutando la piedra—. No es oro. Es pirita. Debe su color al azufre que contiene. Qué raro; no es propia de esta zona.

—Caprichos de la naturaleza, ¿no? —conjeturó Bibiana.

—Wi dijo algo sobre una laguna de oro —recordó Andrés.

—«… tras dejar atrás el lago Dorado encontraréis el valle donde está Wampa-Singh…» —recitó Úrsula, recordando las palabras, que tradujo

inexplicablemente.

—Parece que vamos en la buena dirección —indicó Susana.

—Supongo que sí —reconocí sintiendo una mezcla de temor y alegría que me impedía sonreír.

Volvimos al motocarro. Rodeamos el lago Dorado y avanzamos hacia un valle que se ocultaba tras una colina unos kilómetros más adelante. Media hora después entramos en Wampa-Singh, el pueblo en el que comenzaba el mapa de Morgana, y la última etapa del viaje que nos conducía a enfrentarnos a Nindún-Rinpoché.

Capítulo Treinta y uno

SIGUIENDO LAS PISTAS DE MORGANA

La única plaza de Wampa-Singh —y centro de la aldea— era una pequeña extensión cuadrada rodeada de viviendas de piedra. Cuatro estrechas calles confluían en ella por las esquinas de la misma. El pueblo era pequeño. Apenas lo formaba una treintena de casas bajas y similares entre sí: tejados a doble vertiente y ventanas cuadradas diminutas. La aldea se asentaba en el fondo del valle, junto a un riachuelo que provenía de las lejanas montañas. Las casitas —algunas rodeadas de huertos y cercas para los animales— ascendían por las laderas en terrazas que «con mucho trabajo» habían esculpido los hombres del pueblo durante generaciones. La plaza estaba en la parte llana, cerca del río. La temperatura era suave y no soplaba el viento. El silencio y la paz lo colmaban todo. Apenas había gente en la calle cuando aparcamos, aunque pudimos vislumbrar que, tras las cortinas, una multitud de ojos nos vigilaba. Permanecimos unos instantes en el carro con el motor en marcha. Úrsula tenía el mapa entre sus manos y lo consultaba en busca del lugar exacto del que debíamos partir.

—Creo que es mejor que comamos antes de continuar —sugirió Bibiana.

—Estoy de acuerdo; de aquí en adelante las cosas serán imparables —dije.

Susana sacó las alforjas. Había empanadillas de carne y verduras, una cazuelita cerrada con un poco de sopa de fideos —que para nuestra sorpresa aún se conservaba caliente— y una especie de termo con té dulce. En otro de esos *termos* encontramos cerveza *tchang*.

—¿Y esto qué es? —preguntó Susana sacando de la alforja una suerte de cuerda elástica de color negro y de medio metro de largo.

—Parece una goma de saltar o una comba —aventuré.

—Será de la prima de Wi, se la habrá olvidado —aventuró Bibiana sin darle mayor importancia.

Sin embargo, Úrsula cogió aquella goma y la observó con atención. Algo rondaba su mente. Desde que llegara a Katmandú, sus pensamientos,

intuiciones y presentimientos estaban algo descontrolados. La hechicera desconocía qué le podía estar ocurriendo, pero sabía que algo grande se avecinaba. Sin adivinar el cometido, si es que lo tenía, guardó la cuerda en la alforja y la olvidó. Bajo la mirada inquisitiva de los vecinos de la aldea, comimos aquellas delicias culinarias de exóticos nombres y apariencia grotesca.

—No habrá un cuarto de baño por aquí, ¿verdad? —preguntó Andrés.

No hizo falta responder. Ascendimos por turnos la ladera, primero las chicas y después nosotros, hasta alcanzar la llanura, lejos de la curiosa visión de los aldeanos. En la colina, lejos del cobijo del pueblo, sentimos más frío y el viento fresco en la cara. Las nubes se cernían sobre el valle, amenazando con descargar una generosa lluvia, como era habitual en verano en aquella zona. De regreso al carro nos centramos en estudiar el mapa de Morgana. Había que darse prisa. Alrededor de las flechas que indicaban el camino, la gran hechicera había hecho algunas anotaciones. A pie de página nos explicaba que cada una de las flechas del serpenteante camino equivalía a doscientos metros. En total, el recorrido sumaba doce kilómetros.

—No está lejos. Llegaremos en menos de media hora —aseguró Bibiana.

El punto de partida, como ya sabíamos, era Wampa-Singh, pero más concretamente, la cara norte del Dado Invisible que había en la plaza del pueblo. Miramos a nuestro alrededor y sentimos que todo era una broma pesada.

—Aquí no hay nada —apuntó Andrés.

—Claro, es *invisible*. Lo dice Morgana en su mapa —recordó Susana.

—Sí, Morgana dice que el Dado Invisible lo creó Tara como salida de su templo y de su dimensión. Por decirlo así, el Dado es la *puerta de atrás* —leyó Úrsula en el viejo plano.

—Entonces quizá sirva como entrada. Podríamos aprovechar el factor sorpresa. Nindún no esperará que nadie entre al templo por ahí —propuse tratando de encontrar alguna ventaja sobre la malvada bruja.

—Me temo que no, Daniel. Lo dice bien claro, *solo* es salida; no se puede entrar. No conozco ningún hechizo que pueda romper el conjuro de una diosa. Tendremos que seguir las instrucciones al pie de la letra —dijo Úrsula, lamentando no ser más poderosa.

—Da igual si el dichoso Dado es la entrada o el punto de partida. Si no lo encontramos no hay nada que hacer —lamentó Andrés, resoplando—. Aunque, pensándolo bien, esta plaza no es tan grande. Podríamos imaginar

que el Dado está en el centro, dirigirnos hacia el norte y listo. Tampoco cambiará tanto, ¿no? Además, creo que deberíamos…

—No podemos desviarnos ni unos pocos metros —le interrumpió Úrsula—. Una pequeña alteración al principio del recorrido podría alejarnos muchos cientos al cabo de varios kilómetros.

—Tiene razón —me avine.

—El Dado *está aquí*, solo debemos encontrarlo —dijo Susana.

—Bueno, por muy invisible que sea ese Dado, supongo que se podrá tocar —aventuró Gabi tras saltar del carro, dirigiendo sus pasos hacia el centro de la plaza mientras palpaba el aire con sus manos.

Admitiendo lo evidente de su razonamiento, lo seguimos. Los aldeanos nos observaron con perplejidad cuando nos vieron deambular por la plaza moviendo los brazos. Poco a poco, se fueron asomando a las ventanas sin ningún reparo, riéndose divertidos. De repente Andrés cayó al suelo; había tropezado. La plaza era un solar de tierra y piedras, así que supuso que había trastabillado con alguna roca. Se levantó y siguió palpando el aire. Al rato, fue Susana la que tropezó. La ayudé a levantarse; se había hecho daño en la rodilla.

—¿Con qué has tropezado?

—No sé, supongo que con una piedra —respondió frotándose el rasponazo.

—Pero aquí no hay ninguna —objeté, mirando alrededor.

—Bueno, no sé, habré dado un traspiés. Sigamos; está oscureciendo.

Los vecinos de Wampa-Singh se reían. Les parecía divertido ver a seis locos palpando el aire en busca de algo que ya habían encontrado dos veces. Y prorrumpieron en una sonora carcajada cuando ocurrió una tercera vez. Es esa ocasión fue Gabi quien cayó. Lo singular era que los tres habían tropezado en sitios diferentes. Mi amigo se incorporó a regañadientes. Nos acercamos a él. Úrsula se acuclilló, quería averiguar qué ocurría, pero no vio nada.

—Pues algo me ha hecho tropezar. Sé distinguir perfectamente *qué* es tropezar y *qué* es dar un mal paso. Había algo en el suelo, estoy seguro.

—Yo también lo estoy —le apoyó Andrés.

—Quizá el Dado Invisible sea muy pequeño —aventuró Susana.

—Y móvil, por lo visto —añadí.

—Es como si tuviera voluntad propia; se desplaza a su gusto —apostilló Bibiana, mirando a su alrededor—. Además debe de flotar sobre el suelo; no deja surcos. Así va a ser imposible encontrarlo.

—Salvo que logremos hacerlo visible —sugirió Gabi.

Entonces Úrsula abrió mucho los ojos, sonrió, lanzó un «¡Eso es!» y corrió hacia el motocarro. Mientras nos preguntábamos qué se proponía, regresó con la goma negra de la mano.

—Creo que Wi nos dejó un regalito porque *sabía* que nos iba a hacer falta.

Siguiendo indicaciones de la hechicera, atamos los dos extremos del cordel. Era corto, pero resultó increíblemente elástico. Comprobamos con asombro que estirando la goma con fuerza podríamos abarcar toda la plaza. La doctora Barquiero se llevó el motocarro a una callejuela lateral y Úrsula y Susana pidieron a la gente que caminaba por la plaza que salieran de ella un momento. Entonces, Andrés, Bibiana, Gabi y yo estiramos la goma desde el centro de la plaza hacia las esquinas. Cuando llegamos a la pared, tal y como Úrsula nos había indicado, nos arrodillamos para colocar la goma a ras del suelo. La maga gritó «*¡Ya*!» y soltamos la cuerda. Esta se encogió a toda velocidad. De repente chocó con algo. La goma cambió de dirección, en vez de dirigirse hacia el centro, como había hecho en un principio, se fue hacia la izquierda, luego a la derecha y, al final, recobrando su longitud normal, empezó a correr de un lado a otro alrededor de un objeto cúbico que no lográbamos ver: había atrapado el Dado Invisible. Corrimos tras él. Parecía que él también nos veía y que huía de nosotros. Sus movimientos eran rápidos y precisos. Además de ser bastante pequeño, era capaz de cambiar de dirección sin aminorar la velocidad; tan pronto avanzaba como retrocedía, o giraba a un lado, o al otro. Por fortuna, parecía que no podía atravesar los límites de la plaza, con lo cual, era cuestión de tiempo acorralarlo. Tras varios intentos infructuosos, ideamos una estrategia. Andrés era un futbolista consumado, así que pensó como tal. Nos dio instrucciones y en pocos minutos logramos llevar el Dado hacia una de las esquinas. Cuando lo tuvimos arrinconado, Gabi se abalanzó sobre él.

—¡Lo tengo! —exclamó.

Pero el Dado no se resignaba y se desplazó arrastrando con él a nuestro amigo, que no paraba de gritar. Corrimos tras ellos y, al fin, logramos inmovilizarlo.

—Y ¿ahora? —pregunté a Úrsula, que *miraba* con atención el escurridizo Dado.

—Tiene que haber un punto de origen. El Dado se mueve; el punto de partida podría ser cualquier lugar de la plaza —respondió la hechicera.

—O sea, hay que buscar la verdadera puerta. El Dado actuaría como una *llave* ¿no? —sugirió Susana.

—Más o menos, querida —contestó la maga.

Úrsula volvió a consultar el mapa en busca de una respuesta, sin embargo, Morgana guardaba silencio. Se quedó pensativa un rato. Los demás la mirábamos desde el suelo mientras cuidábamos de que el travieso Dado no se escapase. Su tacto era extraño, parecía corcho, aunque más suave, y además estaba templado, como si fuese un pequeño animal de sangre caliente. De repente, Úrsula se agachó, lo asió con fuerza y lo levantó. Era extremadamente ligero. Nuestra amiga corrió hacia el centro de la plaza y lo lanzó al aire. Gracias a la goma que lo ceñía, pudimos ver que dio varias vueltas hasta que se detuvo a dos metros del suelo, flotando. A continuación se desplazó a la izquierda un par de metros, giró violentamente hacia un lado, retrocedió un poco, volvió a girar y avanzó a toda velocidad. Entonces se detuvo en seco y empezó a aumentar de tamaño hasta convertirse en un enorme cubo de dos metros de lado. Nos acercamos a él. Aquel era el punto exacto en el que Tara había abierto la puerta de atrás de su templo.

—¡Bien! —exclamó la hechicera, satisfecha.

—Bueno, ya podemos partir. Voy a por el motocarro —dijo la arqueóloga.

—Úrsula, ¿cómo has…?

—No lo sé, Daniel. Intuición, quizá. Últimamente mi instinto mágico se ha aguzado muchísimo —me respondió en el momento en que llegaba Bibiana con malas noticias.

—Nos hemos quedado sin gasolina. No debí dejar el motor en marcha.

—Bueno, lo importante es que nos ha traído hasta aquí —señaló Gabi.

—Gabriel, empiezas a hablar como Úrsula —le criticó Andrés.

—Hay que seguir andando —les indiqué dirigiéndome al motocarro para coger nuestras cosas y los impermeables, ya que empezaba a chispear.

—¡¡¿Andando?!! ¡Son doce kilómetros! —protestó Andrés.

—Pues en marcha. El camino es largo y complicado, y se está haciendo de noche —le recordé molesto por el contratiempo.

—Algo me dice que la noche de hoy va a ser muy especial. Además, hay luna llena. Nos iluminará el camino, pese a las nubes —afirmó Úrsula después de localizar la cara norte del Dado Invisible.

Sin levantar la mirada del mapa, la hechicera se puso a caminar en aquella dirección hacia la segunda de nuestras metas: el Bosque Azul. Encontramos más llanuras áridas, nuevas colinas escarpadas y, sobre todo, mucha

incertidumbre. Caminábamos en fila india, en silencio. Nos habíamos puesto toda la ropa que teníamos y los impermeables. El día languidecía y el frío amenazaba con tornarse insoportable. Úrsula encabezaba la comitiva. Llevaba el plano en una mano y la linterna en la otra. Contaba los pasos en voz alta para no equivocarse. Morgana no había hecho un mapa demasiado detallado, no contenía apenas puntos de referencia y, por tanto, era fácil perderse. Tras la hechicera, siguiéndola de cerca y procurando no hablar muy alto para no distraerla, íbamos los demás, con Bibiana cerrando la expedición.

—¿Qué será ese bosque del que habla tu abuela? Esto es un desierto —preguntó la doctora.

—Por lo que dice mi abuela, el Bosque Azul debe de ser un conjunto de rocas con forma de árboles. Ya no queda mucho, un par de kilómetros.

De las palabras de la maga se desprendía que aquella distancia le parecía escasa. Viendo que Andrés iba a soltar uno de sus comentarios, le tapé la boca y le pedí que se controlara. La maga parecía imparable, avanzaba a grandes zancadas, como si fuera una atleta consumada. Recordé los problemas de agilidad que había tenido en París y Atenas y me pregunté qué extraña fuerza la empujaba. Había cambiado. Había algo que la atraía con una fuerza especial, algo que le daba energías para avanzar. Y ni siquiera ella sabía de qué se trataba.

Avanzábamos en silencio, escuchando tan solo el conteo de los pasos de Úrsula. De vez en cuando cambiábamos la trayectoria girando a izquierda o derecha. El sentido común me hacía dudar de las capacidades de la hechicera como guía, pero algo me decía que seguíamos el camino correcto. Me acordé de mi padre. Hacía varios días que estaba en coma. Tal vez hubiera muerto ya. Rechacé ese pensamiento: tenía que salvarlo. También estaba mi madre, prisionera de Nindún-Rinpoché y futuro cuerpo de su diabólico espíritu. Me obsesionaba la idea de que llegásemos tarde. Pensar que Nindún ya se hubiera apoderado del cuerpo de mi madre me hacía sumirme en una tristeza insondable. Imaginar que quizá ya había entrado en el Nirvana y se había convertido en la nueva Señora de la Tierra me torturaba. Me dije a mí mismo que no podía ser porque, de otro modo, ya nos habríamos enterado. Estábamos vivos y eso solo podía significar que Nindún seguía siendo vulnerable y que mi madre seguía viva, puesto que si la pérfida bruja pensaba habitar en su cuerpo, la habría tratado bien.

El viento se levantó con fuerza del este y trajo consigo bastante frío. La lluvia que nos acompañó al abandonar Wampa-Singh nos había dado una tregua que estaba a punto de acabar. Los claros por donde se colaba el fulgor

de la luna empezaron a cerrarse. Caminamos una hora más hasta alcanzar nuestro siguiente objetivo. El terreno empezó a cambiar. Había colinas y cuestas. La luz desaparecía por momentos y el cielo se cubrió por completo con oscuras y plomizos nubarrones. Cuando Úrsula señaló el Bosque Azul, las primeras gotas empezaron a caer.

—¡Es increíble! —dijimos admirando aquellas caprichosas formaciones.

Aquellos árboles no eran más que bloques de un mineral azulado que se erguían retorciéndose y ramificándose, imitando un bosque desnudo en otoño. El lugar tenía un encanto especial, mágico, como de cuento de hadas.

—Debe de ser azurita —conjeturó Gabi, observando aquellas formaciones a la luz de la linterna—. También se llama malaquita azul. Es un tipo de cobre —nos explicó—. Pero esta formación es realmente alucinante. Debió de ser una gran colina de cobre que algo, el viento, tal vez, erosionó durante millones de años. Pero es muy extraño, increíble diría yo.

—¡Qué pena no tener una cámara de fotos! —se lamentó Susana con razón.

No pudimos disfrutar más que unos escasos minutos de aquella maravilla. Empezaba a llover con fuerza y la oscuridad era casi absoluta. Retomamos la marcha hacia nuestro siguiente destino: la Colina Estrella.

—Está a más de tres kilómetros de distancia, vamos muy retrasados —dijo Úrsula, apretando todavía más el paso.

Al cabo de un rato me acerqué a la maga: había algo que no dejaba de rondarme la cabeza; más que un pensamiento era una intuición, un presentimiento.

—Úrsula, ¿qué día es hoy? ¿Por qué es tan especial esta noche?

La hechicera me miró y me ofreció su mano. La cogí, y seguimos caminando sin que me respondiera. Al cabo de un rato habló:

—Hoy es el día, Daniel. Hoy es cuando Nindún-Rinpoché pretende intercambiarse con tu madre y entrar en el Nirvana. Hoy es el día en que los últimos Tarines Dorados morirán. Hoy, Daniel, esta noche de luna llena, además.

—Te equivocas; aún faltan muchas horas para que los Tarines se marchiten.

—No, Nikos sabía de sobra cuándo íbamos a llegar a Atenas. Él mismo lo dijo, había *hablado con Lang* o, mejor dicho, con los esbirros de Nindún, los que asesinaron al pobre Lang Ching y nos persiguieron sin descanso el día anterior por el Sena. Debió de ser entonces cuando los arrancó.

—Aunque así fuera, aún nos sobrarían varias horas. —Úrsula sacudió la cabeza; algo le hacía desconfiar—. Hay algo que no comprendo. Si Nikos sabía que las Flores estaban en el patio del Erecteion, ¿por qué no las arrancó antes?

—Yo también me lo he preguntado, Daniel. Creo que a Nindún le daba miedo acabar con los últimos Tarines Dorados, creo que temía cometer algún error, o tal vez siente un respeto hacia Tara que ni ella misma comprende y que la ha obligado a conservarlos. Estoy convencida de que sabe de su existencia desde hace mucho tiempo. Eso es lo que me hace sospechar que no tenemos tanto tiempo como pensamos. Sospecho que Nikos desobedeció a Nindún y arrancó los Tarines incluso antes de enterarse de que habían localizado a Lang Ching. Quizá cuando supieron que estábamos en París buscando la Llave de Tara estimaron que éramos un peligro real… No lo sé. Lo que sí sé es que tengo un presentimiento horrible con respecto a este asunto. Algo me dice que vamos con el tiempo justo.

Úrsula abrió el bolso y sacó la Llave de Tara. La iluminó con la linterna. En su interior, los pétalos de los Tarines brillaban como el primer día.

—Parece que todo está bien.

—Ojalá estés en lo cierto. Desde hace horas no tengo más que extraños presentimientos y no controlo mis poderes —me confesó—. Bueno, no me hagas caso, tal vez es la altitud, que me ha afectado más de la cuenta.

Le sonreí y volví junto a los demás para que la hechicera pudiese concentrarse en el mapa de Morgana. Seguía lloviendo. Al cabo de media hora se detuvo. Miró a su alrededor y al mapa, alternativamente. Parecía que algo iba mal, la maga consultaba el plano y volvía a mirar a todas partes enfocando con la linterna, cuyas pilas empezaban a agotarse.

—¡¿Qué pasa?! —le preguntamos.

—Deberíamos estar en la Colina Estrella. No sé qué ha pasado —nos dijo al tiempo que se sujetaba el turbante con una mano para evitar que el viento se lo llevase, y asía el mapa y la linterna con la otra—. He seguido las indicaciones de mi abuela al detalle; no nos hemos podido desviar. Tiene que ser aquí.

Miramos en derredor y reparamos en que estábamos en la cima de una suave colina que habíamos subido sin darnos cuenta; pero de estrellas, ni rastro.

—Úrsula, quizá te he despistado antes, cuando he venido a hablar contigo —le dije mientras sentía una terrible culpa cayendo sobre mis hombros.

—No, Daniel. Si tengo una cualidad es poder hacer varias cosas a la vez. Tranquilo, no perdí la cuenta de los pasos. *Este tiene que ser* el lugar.

Nos pusimos a su alrededor mirando el mapa en busca de alguna pista que Morgana hubiera dejado y que a su nieta se le hubiera pasado por alto. Pero no era así; Úrsula había seguido las instrucciones escrupulosamente. Estábamos en el lugar indicado y, según el mapa, en el que Morgana había dibujado una pequeña colina con una estrella encima, deberíamos estar viendo algo así. Pero en aquella en la que nos encontrábamos no había nada: ni un dibujo, ni una piedra, ni un extraordinario mineral en forma de estrella, nada. Nos quedamos en silencio escrutando la noche, la meseta tibetana regada por la lluvia, lejos de todo, con una sensación de desesperanza que se abría paso en nuestros corazones. El frío aumentaba por momentos acompañado por el miedo. Susana se abrazó a sí misma, tiritaba y daba saltitos para entrar en calor. De repente, se puso a gritar.

—¡¡Mirad!! —gritó señalando el cielo—. ¡¡La Colina Estrella!! —repetía dominada por un torrente de carcajadas nerviosas.

Miramos hacia arriba. Un techo oscuro, de gruesas nubes negras, colmaba todo el firmamento. Sin embargo, había algo singular. Sobre la colina, justo en línea vertical, se habría un diminuto claro; las nubes se apartaban solo un poquito y, a través de aquella diminuta ventana al universo, apreciamos el titilar de una estrella solitaria. ¡La Colina Estrella! De alguna manera, mágica, mística o sobrenatural, las nubes no cubrían aquel pedazo de cielo sobre el otero. Reímos, saltamos, nos abrazamos y sentimos un indescriptible alivio al ser conscientes de que no estábamos perdidos y de que aún había esperanza.

Retomamos la marcha. La siguiente parada era el Trono del Yeti. Según el mapa se encontraba a cuatro kilómetros en línea recta y se trataba de una gran roca con forma de sitial. Caminamos lo más rápido que pudimos. Mientras bajábamos la Colina Estrella nos quedamos a oscuras. La linterna de Úrsula se había agotado. La maga la golpeó consiguiendo tan solo unos pocos destellos de luz trémula. Después de todo el tiempo que habíamos pasado en la cámara acorazada de la Acrópolis, era casi un milagro que hubiesen aguantado tanto.

—¿No llevas pilas en el bolso? —le preguntó Susana.

—Me temo que no. Pero parece que escampa. La luna llena nos iluminará.

—¿Y si hacemos lo que hacían nuestros ancestros? —preguntó Bibiana mientras desgarraba trozos de nuestros impermeables, hechos de piel y resina.

—¡Buena idea! —exclamé, arrodillándome para ayudar a la arqueóloga.

Atamos los trozos de piel al extremo del paraguas plegable de Úrsula con tiras de tejido. Le prendimos fuego y la luz de aquella antorcha nos insufló esperanza. Úrsula tomó la tea y continuó el camino.

Una hora después alcanzamos el Trono del Yeti. Como habíamos supuesto, era una enorme roca con forma de sillón, o de trono, aunque de dimensiones sobrehumanas. Andrés se encaramó al sitial y gritó que éramos los libertadores que iban a acabar con Nindún-Rinpoché. Nos reímos con ganas y eso alivió en parte la ansiedad creciente que nos iba dominando conforme avanzábamos.

—Bueno, muchachos, ya estamos cerca. Tenemos que enfilar ese valle y seguir el curso del río que lo atraviesa. Un poco más allá encontraremos el lugar que Morgana llamó Monte Umbral. Allí accionaremos la Llave de Tara para entrar en la otra dimensión y luego… —nos explicaba Úrsula, que enmudeció de repente.

—Luego, ¿qué? —se atrevió a preguntar Andrés, mientras bajaba del trono.

—Luego ya no lo sé. Habremos llegado al Templo de Tara y tendremos que enfrentarnos a Nindún-Rinpoché y a sus bestias —reconoció la hechicera.

—Ya tengo ganas —dije de súbito, dando sonoras palmadas.

—¿Qué hora es, hijo? —le preguntó a Gabi.

—Te refieres a la hora de aquí, ¿verdad? —Úrsula asintió—. Pues… las once y cinco de la noche —respondió mi amigo tras consultar su reloj—. Vamos bien de tiempo. A este ritmo en media hora llegamos.

—No lo creas, el final del camino está justo en la cima del Monte Umbral. Me temo que se trata de una pendiente bastante escarpada —apuntó la hechicera tras consultar de nuevo el viejo mapa.

No discutimos más. Teníamos que llegar antes de medianoche. Debíamos adelantarnos a Nindún y rescatar a mi madre antes de que le robase su cuerpo y se hiciese con la magia infinita del Nirvana.



En el Templo de Tara todo eran preparativos. La sala del trono estaba llena de doncellas y sirvientes de la bruja que adornaban las paredes con cintas de colores y guirnaldas. Habían cubierto el suelo con alfombras de colores que conferían al salón un aspecto acogedor del que habitualmente carecía. Al fondo, detrás de la pirámide del trono, los hombres de Hennón, supervisados por él mismo, colocaban unas escaleritas junto a los cilindros de mármol para que Estela y Nindún accediesen a los pedestales. Sobre los

mismos habían dispuesto unas alfombras redondas de elegantes pieles para que estuviesen cómodas mientras se llevaba a cabo el trance. Hennón recorría toda la sala dando grandes zancadas e impartiendo órdenes e indicaciones a sus subordinados. Todo tenía que ser perfecto durante la noche en que Nindún iba a alcanzar la Divinidad.

Quedaba muy poco tiempo. La medianoche marcaba el momento en el que la luz de la luna llena incidiría directamente sobre la claraboya de la cúpula. Solo entonces, y durante escasos minutos, Nindún-Rinpoché podría multiplicar su ya enorme poder y entrar en el Nirvana por sus propios medios. Sin embargo, esta configuración cósmica que abriría a Nindún-Rinpoché el Nirvana, era un hecho excepcional que ocurría solo una vez cada mil años. Por esta razón estaba ansiosa, ya que llevaba diez siglos esperando una nueva oportunidad para convertirse en diosa. Mil años atrás, su tentativa había resultado infructuosa porque no disponía del poder suficiente. Así que había dedicado un milenio a atesorar el poder de los lamas. Aunque disponía por fin de la magia suficiente, su cuerpo se había ido debilitando durante los últimos siglos pese a disponer del elixir de la eterna juventud. Por eso necesitaba un nuevo cuerpo, un cuerpo joven que soportara todo aquel poder y el que estaba por venir. Y en aquel preciso momento se había cruzado en su camino Eduardo Monreal buscando el elixir que le devolviese la salud. Y en aquellos humanos insignificantes vio Nindún-Rinpoché un cuerpo exótico a sus ojos con el que gobernar el mundo. Fue tan solo un capricho. Podría haber elegido a cualquier aldeana del Tíbet, pero se fijó en mi madre.

Mientras, en la sala del trono continuaban los preparativos. Estela recibía un baño reparador en la sala contigua. Iba a ser ataviada con las mejores sedas y con las más hermosas gemas que pudiesen existir. El nuevo cuerpo de la Señora de la Tierra debía ser también el más bello. Un ejército de cortesanas frotaba su piel con las más delicadas esponjas, agua perfumada cubría todos sus poros, le aplicaban extraordinarios afeites y su cabello era ungido con las más suaves lociones.

Al otro lado de la sala oval, en el patio de Tara, Nindún-Rinpoché bebía de la Fuente de la Juventud. Ya apenas le hacía efecto, pero quería tener las fuerzas suficientes para caminar con altivez hasta el pedestal. Maldijo a las Fuentes y juró reducirlas a polvo. En esa dimensión, el cielo siempre estaba despejado y la luna llena, grande y brillante como nunca, ascendía poco a poco hacia su cénit. La bruja la contemplaba complacida; aunque algo le preocupaba. Le acababan de informar de que los humanos que se dirigían hacia su templo habían salido airosos de todas sus trampas y, lo que era aún

peor, tenían en su poder la Llave de Tara y los Tarines Dorados. Sus secuaces habían fracasado, aunque eso ya poco importaba. Sabía que nada le podría impedir alcanzar el Nirvana. Había visto su propio futuro y se había visto ungida por el máximo poder. No obstante, la sola presencia de aquellos entrometidos le molestaba. «*No importa, yo misma los mataré*», se dijo a sí misma, pero un pensamiento vino a turbar aquella seguridad. Se le ocurrió que, quizá, empeñarse en habitar el cuerpo de aquella mujer occidental había sido el error fatal que mil trescientos años atrás le vaticinara su hermano, Gurú-Rinpoché, justo antes de morir asesinado por ella. Sacudió la cabeza y se deshizo de aquel molesto pensamiento como si espantara una mosca. Se puso en pie apoyándose en el bastón que había tenido que empezar a utilizar y, tras beber de nuevo de la Fuente de la Juventud, se encaminó hacia la sala oval.

Capítulo Treinta y dos

EL TEMPLO DE TARA

Nindún-Rinpoché decidió dejar el bastón en el patio antes de entrar a la sala del trono. Deseaba mostrarse altiva y majestuosa. Nada más verla cruzar el umbral, todos los allí presentes hincaron las rodillas en una sumisa reverencia. Nindún mandó desalojar la estancia con una orden severa y firme: para ella el salón ya estaba bien engalanado. Hennón se apresuró a repetir con urgencia la orden a los criados y sirvientas. Cuando la gran sala ovalada quedó vacía, Nindún levitó hasta su trono, en el que se dejó caer, extenuada. Hennón se dirigía hacia la puerta de salida cuando ella lo llamó. El fiel servidor se volvió y regresó hacia el sitial. La sala estaba mucho más iluminada que antes. Había mandado colocar cien antorchas y todas ardían vigorosamente. Nindún le preguntó por Estela. Hennón le informó de que todo se había hecho conforme a sus deseos.

—Quiero que todos estén aquí. Todos mis súbditos han de verme en el momento en el que alcance la Divinidad.

—Así será, todopoderosa señora —acató él bajando levemente la cabeza.

—Guardias, doncellas, sirvientes, ogros y brujas, ¡todos! No quiero que nadie se lo pierda. Todos han de recordar el instante en el que la eternidad recorra mi cuerpo, el momento de mi gran y último triunfo, el día en el que se cumplirá el deseo que llevo persiguiendo desde hace tantos siglos.

»Hennón, en el caso de que tengamos visita —añadió bajando la voz hasta que devino un susurro ronco— encárgate de que no me molesten. *Todo* ha de salir bien. No admitiré ningún contratiempo. *Tú* serás el responsable si algo no sale conforme a mis deseos —lo amenazó extendiendo su brazo, que temblaba, para señalar al primado con su sarmentoso dedo índice. A continuación, hizo una pausa para beber agua de la Juventud de la jarrita que siempre llevaba consigo—. Solo falta media hora para que la luna llena ilumine el trono, media hora para entrar en el Nirvana, media hora entre la decadencia y la eternidad.

»Hennón, ya sabes mis órdenes, quiero a todos aquí en veinte minutos. La mujer occidental y yo entraremos después. Y ahora, ¡retírate!

El primado abandonó la sala no sin antes dedicar a su señora una profunda reverencia. Nindún levitó hasta posarse junto a la puerta del patio. La abrió y salió dejando tras de sí la sala vacía, en un silencio rasgado solamente por el crepitar de las antorchas.



Las llamas estaban a punto de extinguirse. El tejido del paraguas se había quemado por completo y las varillas empezaban a retorcerse. Recortamos más trozos de las capas y reavivamos el fuego. De nuevo, con un poco de luz guiando nuestros pasos, avanzamos por las llanuras, páramos y vegas del Tíbet. Nos encontrábamos al final del valle y ante nosotros se alzaba la montaña en cuya cima deberíamos hacer funcionar la Llave de Tara: el Monte Umbral. No era una cima alta; semejaba un diminuto volcán en cuya cumbre, totalmente plana, habíamos de traspasar el portal interdimensional. Aunque a primera vista parecía un camino fácil, la pendiente era escarpada y el terreno irregular, tal como había explicado Úrsula.

Tras un primer tramo no tan complicado, la pendiente aumentó y nos vimos obligados a avanzar a cuatro patas. Andrés se encargó de la antorcha, que iba clavando en un terreno cada vez más duro y pedregoso para ayudarse en el ascenso con las manos. A duras penas avanzábamos un par de metros, cuando alguno resbalaba deshaciendo en segundos el trecho que había costado un gran esfuerzo superar. Hacía cada vez más frío y la oscuridad se volvía densa por momentos. Para complicar más las cosas, el viento se levantó, arrojándonos arena a la cara.

Bibiana se encargó del bolso de la hechicera. La arqueóloga, al igual que mi padre, estaba acostumbrada a moverse en circunstancias adversas y avanzaba despacio pero sin descanso clavando las puntas de los pies en la tierra para impulsarse y, así, desaparecer de nuestra vista conforme se acercaba a la cima. Nos explicó, para amenizar el ascenso, que en una ocasión tuvo que escalar un acantilado sin ninguna clase de equipo, cargada con el busto de oro macizo de un dios olvidado y perseguida por una tribu de caníbales. Lo que no dijo en aquel momento y solo supe mucho después, fue que a medio camino tuvo que elegir entre el preciado tesoro o su vida y que, al final, optó por arrojarles el busto a la cabeza a los caníbales con tal de poder huir.

Úrsula se había quedado atrás. Se sentía incapaz de avanzar. Gabi cogió la antorcha para que Andrés la ayudara. Susana se puso a su lado y la animaba: primero una mano, luego la pierna del lado opuesto, después el otro brazo y por último el pie restante. Paso a paso, asegurando bien cada extremidad, horadando en la tierra para aferrarnos a ella, luchando contra el frío, la oscuridad, el miedo, el viento y el reloj, fuimos ascendiendo. La hechicera canturreaba un conjuro, o lo que nos parecía un encantamiento. Fuera lo que fuese, le infundió arrojo y energía. Sus ojos brillaban de una manera especial, incluso en la oscura noche. Parecía que algo la arrastraba, o que la llamaba desde el Templo de Tara.

La doctora Barqueiro fue la primera en alcanzar la cumbre. Cuando llegamos los demás, descubrimos una superficie llana de unos cinco metros de diámetro. Gabi clavó el paraguas-antorcha en el suelo y corrió a ayudar a Úrsula. Poco a poco, todos coronamos el Monte Umbral. Nos sentamos cerca de la antorcha para vernos, para no sentirnos desvalidos en medio de la noche. De repente, fuimos conscientes de que tras muchos días, miles de kilómetros e innumerables peligros, habíamos llegado a nuestro destino. Nos encontrábamos a las puertas de la dimensión donde nos aguardaban el Templo de Tara, mi madre y Nindún-Rinpoché.

* * *

Era casi medianoche. La sala oval estaba abarrotada, todos los súbditos de la malvada hechicera aguardaban el momento: guardias armados hasta los dientes con arcos, flechas, espadas, lanzas, garrotes, una enorme fuerza bruta e insaciables deseos de matar; doncellas elegantes, sonrientes y nerviosas; sirvientes de todo tipo; hechiceros y brujas menores que ayudaban a Nindún en sus rituales nocturnos; y el primado de la soberana, un nerviosísimo Hennón que recorría la sala de arriba abajo para cerciorarse de que todo estaba perfecto. Su señora debía de estar a punto de entrar en la sala, pero antes había de hacerlo Estela.

La puerta que daba a la estancia donde mi madre había sido lavada, perfumada, peinada, maquillada, vestida y enjoyada con los mejores productos que la magia y el dinero podían procurar se abrió. Cuatro doncellas se colocaron en parejas a ambos lados del vano, se arrodillaron y bajaron la cabeza ante la que iba a ser su diosa. De inmediato, los súbditos de Nindún, tal como Hennón había dispuesto, formaron un pasillo que bordeaba la alfombra blanca de angora por la que caminó Estela, sonriente aunque asustada, ignorante de que caminaba hacia su propia muerte y de que aquellas

reverencias no eran para ella, sino para su cuerpo, la carcasa en la que iba a habitar la futura Señora del Mundo. El silencio se hizo sepulcral. Hennón, maestro de ceremonias, engalanado con un reluciente traje de escamas plateadas, capa y espada, aguardaba a la joven al pie del pedestal, frotándose las manos y mirando sin cesar la puerta del patio de Tara, tras la cual esperaba Nindún-Rinpoché.

Estela caminó con pasos firmes pero sin prisa, como le habían indicado. No tardó en alcanzar al primado. Este sonrió. Disimulando su nerviosismo, le tomó la mano y la ayudó a subir las escaleritas colocadas al efecto. Mi madre, desde lo alto del bloque de mármol, miró a su alrededor. Todos los asistentes estaban de rodillas, cabizbajos, mostrándole una sumisión que no entendía. Hennón, impaciente, le ordenó que se sentara. Así lo hizo, como le habían enseñado, en la postura sagrada del loto y apoyando las muñecas boca arriba, sobre las rodillas. A continuación tenía que aguardar a su compañera de ritual. Todas las miradas se dirigieron entonces hacia las puertas del patio de Tara. Estas se abrieron causando un gran estruendo. Se produjo una sonora ovación, una explosión de vítores y aplausos, tal como se había ensayado con anterioridad. En el umbral de la puerta Nindún-Rinpoché sonreía.

* * *

Úrsula abrió el bolso y sacó la Llave de Tara. Los pétalos se habían licuado y se habían tornado verdosos. Todavía emitían un fulgor sobrenatural, irisado, pero algo les estaba ocurriendo. Pidió para sus adentros que no fuera demasiado tarde y que aquel cambio en la Flor fuera algo natural, algo que ocurría al estar en el lugar donde estaba el *umbral*. Dejó el bolso en el suelo y avanzó unos pasos. Con la punta del pie hizo un surco en la tierra de un metro de largo. Volvió junto a nosotros: necesitaba la luz de la antorcha para ver algo. Agitó la Llave de Tara colocando el cuello de la pera de cristal hacia arriba. Después escrutó las muescas que había a ambos lados del aro dorado y presionó tres de ellas al mismo tiempo. De improviso, el anillo dorado se desplazó sobre sí mismo dejando a la vista un orificio por el cual se podía verter el líquido en el que se habían transformado los pétalos de los Tarines Dorados. El viento arreciaba y la antorcha languidecía. De repente empezó a llover y continuos escalofríos nos sacudían el cuerpo.

—¡Es la hora! —dijo la hechicera ofreciéndome la Llave—. Daniel, creo que esto te corresponde a ti.

Tiritando de frío y de miedo tomé la Llave con ambas manos, como si fuera una delicadísima figura del más fino cristal. Úrsula me indicó que

vertiera el líquido en el surco y que lo repartiera bien por toda su extensión. Me acerqué al lugar indicado sosteniendo la Llave de Tara como si fuera a hacer una ofrenda. Mis amigos me observaban abrazándose, conteniendo la respiración y llenos de expectación. Los miré por última vez antes de arrodillarme. El fuego de la antorcha casi se había extinguido. En un momento la oscuridad más absoluta nos cubriría como un manto helado. Faltaban pocos minutos para la medianoche. El mundo entero pendía de un hilo. La vida de mis padres y la de mis amigos dependían de aquel líquido verdoso cuya luminiscencia también decrecía. Sentí miedo, pero también la convicción de que hacía lo correcto. Me acuclillé. Antes de proseguir, cerré los ojos. Un torbellino de recuerdos y pensamientos me vinieron a la cabeza. Recordé todo lo que nos había ocurrido, todos los obstáculos que habíamos tenido que superar, todo lo vivido hasta llegar a la cumbre del Monte Umbral…

Vertí el líquido a lo largo del surco. La tierra se tiñó de verde, aunque apenas se veía nada. La antorcha no era ya sino unas diminutas y agonizantes llamas que Gabi acercó intentando ver qué efecto se producía. Sin embargo, la tierra absorbió el fluido sin que nada ocurriese. El reloj avanzaba de forma implacable y todo seguía igual. Un terrible pensamiento me abordó. ¿Y si habíamos llegado tarde? ¿Y si los Tarines Dorados se habían marchitado ya? ¿Qué sería de nosotros entonces? ¿Qué sería de mis padres? ¿Y del mundo?

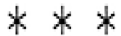
La antorcha se apagó y la oscuridad lo colmó todo. Un grito ahogado brotó de nuestros acongojados corazones. Me giré hacia donde había visto por última vez a mis amigos y solo contemplé oscuridad. El agua de la lluvia resbalaba por mi rostro. El viento soplaba y aullaba a nuestro alrededor. Cerré los ojos para contener las lágrimas. Entonces, una llamarada brotó de la tierra y me lanzó hacia atrás. Todos gritaron. Una gigantesca llama verde se alzaba ante nosotros desde el surco donde había vertido los Tarines licuados. Inmune al viento del noroeste, aquel fuego sobrenatural se erguía unos dos metros. Era de un verde esmeralda cegador, pero pese a su tamaño e intensidad, no desprendía calor alguno.

—¡¡¡¿Qué es eso?!!! —gritó Gabi señalando el corazón de la llama.

Mis amigos se aproximaron a aquel milagro ardiente. Observamos con atención. A través del fuego podía distinguirse algo *en el otro lado*. Pero no era algo que estuviera detrás del fuego, era algo que había *dentro* de las llamas. Vislumbramos una vasta llanura iluminada por la luna llena, en medio de la cual se alzaba una construcción, un extraño edificio que no se veía con claridad.

—¡Es la puerta a la dimensión de Tara! ¡Tenemos que atravesarla! ¡Rápido, es casi medianoche! —barboteó la hechicera, señalando el fuego.

Úrsula se acercó a las llamas y comprobó con alivio que, como yo había observado ya, no emanaba calor. Sin pensárselo dos veces, introdujo la mano. No pudimos ni gritar. Al instante la sacó y la escrutó por la palma y el dorso. Estaba intacta. Sin decir una palabra, asió con fuerza su bolso y atravesó la hoguera. De repente la vimos al otro lado, en la otra dimensión, en la llanura iluminada por la luna, donde no soplaba el viento ni llovía.



Nindún vestía una reluciente y sencilla túnica blanca de seda. Todo el mundo podía ver su rostro por primera vez en años. Era escuálido y pálido como la cera, con tonos verdosos alrededor de unos ojos pequeñitos, rasgados y negros por completo que brillaban. Su mirada recorrió la sala provocando un escalofrío a todos los presentes. Su rostro era menudo, totalmente arrugado y sin más cabello que algunos pelos blancos y lacios que revoloteaban a su alrededor, livianos. Estaba extremadamente delgada y apenas le quedaban dientes. Parecía una extraña calavera que ni siquiera sonríe. Sus manos, nudosas como viejos sarmientos de porcelana, estaban cruzadas a la altura del ombligo. Sonrió a sus súbditos y caminó sin ayuda del bastón hacia su pedestal. Avanzaba por un pasillo de fieles, los cuales se arrodillaban y bajaban la cabeza hasta el suelo a su paso. Caminó con firmeza, con gesto altivo y orgulloso. Hennón hincó la rodilla cuando ella lo alcanzó. Ignorando por completo a su primado, se detuvo junto al cilindro de mármol y, abriendo los brazos, su cuerpo levitó hasta posarse sobre el bloque rosado, sentándose tal y como estaba Estela, quien la observaba sonriendo, ingenuamente, frente a ella. Algunos susurros se escucharon en la sala. No obstante, todos callaron cuando Nindún alzó su mano y dos haces de luz brotaron de los pedestales encontrándose en el aire y encerrando a ambas mujeres en su interior.



Bibiana fue la siguiente en atravesar las llamas. Comprobó primero por sí misma que el fuego no quemaba y luego cruzó. Gabi y Susana se dieron la mano y se acercaron a las llamas. Pero estas se redujeron de repente una cuarta parte. El poder de los Tarines Dorados se agotaba y la puerta se estaba cerrando. Sin perder tiempo, se agacharon y la atravesaron. Solo quedábamos Andrés y yo. Mi amigo me miró y negó con la cabeza. El pánico se dibujaba en su mirada.

—¡¡Vamos, Andrés!! —le grité, viendo que la llama descendía poco a poco.

—¡¡¡No puedo!!! —exclamó dando unos pasos atrás.

—¡¡¿Qué?!!

—¡¡Tengo miedo, Dani!! —dijo sollozando, recordando el incendio que engulló su casa cuando era un niño de seis años.

—Bonito momento para traumas infantiles —farfullé en voz baja.

Me acerqué a él. Andrés había pasado varios días en mi casa tras aquel incendio. Confiaba en poder ayudarlo de nuevo, aunque tenía muy poco tiempo. Desde el otro lado del portal nuestros amigos nos urgían a pasar, ya que la puerta medía ya apenas un metro. Zarandeé a mi amigo por los hombros y le grité que si quería quedarse allí solo, que de acuerdo, pero que tuviera presente que además de morir de frío, iba a arriesgar nuestra misión, nuestra vida y la del mundo entero. Le mostré que el fuego no quemaba, que era mágico; se lo demostré metiendo las manos en las llamas. Sin embargo, el miedo lo había paralizado. Le supliqué, le dije que lo necesitábamos. Pero no había forma. El fuego menguaba ya sin pausa.

—¡¡Lo siento!! —le dije apartándome y caminando hacia las llamas.

De improviso me volví, corrí hacia él y le di una patada en la entrepierna. Andrés cayó a mis pies, retorciéndose. Lo cogí por los hombros y, lamentando su dolor, que casi pude sentir como propio, lo arrastré hacia las llamas, que apenas se alzaban ya medio metro del suelo. Me arrodillé, gateé al otro lado y, desde allí, agarré a mi amigo y lo arrastré a la otra dimensión justo cuando la llamarada verde se reducía hasta consumirse por completo.



—Ahora, Estela, escúchame con atención —bisbiseó Nindún—. Debes cerrar los ojos y vaciar tu mente. Libera tu espíritu, permite que salga de ti y acepta tu destino. La luz te ayudará a abandonar tu cuerpo. Yo haré lo mismo y te encontraré donde ambas luces se unen —le indicó señalando el vértice sobre sus cabezas.

Estela cerró los ojos y respiró profundamente. Había sido instruida por Hennón para aquel momento y sabía cómo hacer lo que Nindún acababa de ordenarle. Inspiró y expiró lentamente, visualizando el aire que inundaba sus pulmones y que luego exhalaba poco a poco. Repitió el proceso varias veces hasta que su concentración fue tal que se supo capaz de arrancar su espíritu de su carne, formándose una imagen traslúcida de sí misma que empezó a elevarse sobre su cuerpo, ascendiendo por el interior del haz de luz. La

malvada bruja sonreía observando como Estela dejaba atrás el cuerpo que ella ocuparía enseguida. Ya casi podía sentirlo, así como el poder que la aguardaba. Cerró los ojos y en un momento alcanzó la concentración suficiente para abandonar su decrépito cuerpo.

* * *

Andrés abrió los ojos. Seguía tumbado en el suelo, hecho un ovillo, sobreponiéndose al dolor que todavía lo mantenía inmovilizado. Me arrodillé a su lado, le acaricié el pelo y le pedí perdón una y otra vez.

—Lo siento mucho, amigo. No se me ocurrió otra cosa para hacerte pasar; eres demasiado fuerte para mí —le dije temiendo su reacción.

Por suerte, se limitó a no dirigirme la palabra durante un rato. Me dio un empujón como única respuesta y se incorporó. Gabi se acercó a él, y Susana me tendió una mano para ayudarme a ponerme en pie. Bibiana observaba la escena sonriendo y Úrsula consultaba su reloj, más preocupada por el destino de la humanidad que por nuestras riñas.

—Vamos, no hay tiempo que perder. Tenemos que ir a ese edificio —nos indicó señalando la construcción que habíamos vislumbrado desde el otro lado—. Es el Templo de Tara.

Caminamos por aquella misteriosa llanura. No hacía frío pese a que el suelo estaba cubierto de algo que parecía nieve. El cielo estaba despejado, aunque no vimos estrellas porque una gigantesca luna llena iluminaba la noche desde lo alto, a punto de alcanzar su cénit. La llanura, que parecía infinita, se perdía en el horizonte. El templo era una pirámide invertida. A ojo le calculamos más de cien metros de altura. Todo el edificio descansaba sobre su vértice y, sin ningún otro punto de apoyo, se mantenía en equilibrio. Una pequeña puerta era su único acceso. Tenía pocas y pequeñas ventanas que salpicaban las paredes triangulares. De su interior brotaba una luz tenue, que titilaba. Debían de ser antorchas. Arriba del todo, en lo que normalmente sería la base, se alzaba lo que nos pareció una pequeña pirámide: la cúpula de la sala oval donde se llevaba a cabo en aquel instante el intercambio corporal. A su derecha estaba el patio de Tara.

Avanzamos a toda velocidad hacia el templo. Era imponente e irradiaba algo mágico. Cuando la sombra de la pirámide invertida nos cubrió, nos detuvimos obedeciendo a nuestro instinto. Parecía que aquella mole podía precipitarse sobre nosotros en cualquier momento. Úrsula nos impelió a continuar. Alcanzamos la puerta. Con mucha cautela, esperando encontrar guardias, nos colocamos a ambos lados del portón. Andrés, recuperado ya, fue

quien entró primero, blandiendo el láser. Susana llevaba la navaja suiza de Úrsula y Bibiana sacó un cuchillo que había cogido en casa de Wi. Gabi y la maga movían sus manos, canalizando magia, que allí era abundante, por si tenían que arrojar una esfera de energía a algún esbirro de Nindún-Rinpoché. Yo me limité a cerrar los puños, dispuesto a abrirme paso a golpes si fuera necesario.

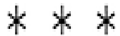
Cuando Andrés se adentró en el templo, los demás guardamos silencio, esperando escuchar la señal convenida —un grito— para entrar en tropel. Sin embargo, no escuchamos nada, sino que, tras un instante, nuestro amigo se asomó risueño y nos comunicó que no había nadie y que el camino estaba despejado. Entramos. Por efecto de algún artificio mágico, nada más cruzar la puerta, nos encontramos en una sala muchísimo más grande de lo que aparentaba desde el exterior. En lugar de encontrar unas angostas escaleras de ascenso, nos vimos en un amplio recibidor del que partían tres amplios pasillos. Al fondo de uno de ellos titilaba una luz. Decidimos permanecer juntos y enfilar aquel corredor. Llegamos a una sala más espaciosa y alta que se bifurcaba en dos galerías coronadas por bóvedas de crucería. No nos topamos con ningún guardia ni hallamos puertas o ventanas. Solo un silencio mortal ni siquiera roto por el crepitar de las antorchas que iluminaban el templo desde las paredes. Tomamos el camino de la izquierda. Al fondo del mismo se apreciaba más claridad que en el otro. Además, Úrsula se dejaba llevar por su instinto, que, desde que habíamos entrado en aquel templo, se había vuelto hipersensible. Fuimos a parar a una sala rectangular que tenía dos puertas enfrentadas. Ambas, iguales. El silencio seguía siendo absoluto, sobrenatural. No escuchábamos ni nuestra respiración acelerada, nerviosa. Parecía que el templo estuviera abandonado. Susana abrió una de aquellas puertas. Se disponía a cruzarla cuando la hechicera la detuvo. Sin mediar palabra, se dirigió al otro extremo del salón y salió por la otra puerta. La seguimos sin decir nada. Llegamos a otra sala enorme, repleta de columnas altísimas que la dividían en seis naves iguales. Las columnas sostenían una gigantesca bóveda iluminada por numerosas antorchas, engarzadas a diferentes alturas. Por todas partes descubrimos relieves con símbolos, figuras y mandalas similares a aquellos que habíamos visto al principio de nuestra aventura. Al fondo de la nave se alzaba una puerta plateada de dos hojas y de arco apuntado. Úrsula echó a correr hacia ella. La seguimos dominados por la terrible sensación de que llegábamos tarde.



Estela se elevaba un metro sobre su cuerpo. Continuaba su ascenso hacia el vértice donde se encontraría con Nindún, que estaba a su misma altura. Todos observaban expectantes el prodigio, mientras Hennón vigilaba la pirámide del trono, sobre el cual había empezado a caer, como un manto dorado, la luz de la luna.



La puerta era muy pesada y tuvimos que tirar entre todos del gigantesco pomo para abrirla. La sala que nos esperaba detrás estaba muy iluminada. Era una estancia de mármol de tonos rosados. Había plantas y formaciones rocosas. A un lado encontramos una especie de bañera bastante grande y, salpicando la estancia, sillones y mesas de roca que parecían emerger del suelo. Al fondo descubrimos una puerta dorada que colmaba la pared.



Nindún extendió sus brazos, ya casi podía tocar a Estela con sus dedos. A esta todavía le faltaban unos centímetros para alcanzar el vértice donde, cogidas de las manos, girarían sobre sí mismas para descender después hacia los cuerpos que las esperaban, casi inertes, sobre los pedestales de mármol rosa.



Las dos hojas se abrieron hasta atrás produciendo un sonoro estruendo, después de empujarlas con todas nuestras fuerzas. Nos detuvimos en el umbral, petrificados. Ante nosotros había una multitud que abarrotaba una gigantesca sala oval en cuyo fondo descubrimos a dos mujeres que levitaban en el interior de unos haces de luz. A una de ellas, aunque bastante cambiada, la pude reconocer: era mi madre.

Capítulo Treinta y tres

BATALLAS DIVINAS, HUMANAS BATALLAS

A causa del estruendo que provocaron las dos hojas de la puerta al chocar estrepitosamente contra las paredes, todos los súbditos de Nindún-Rinpoché se volvieron hacia nosotros. Cientos de miradas se nos clavaron y casi pudimos sentir cómo nos atravesaban el corazón. Al fondo, ajenas a nuestra intromisión, mi madre y Nindún-Rinpoché ya se rozaban las puntas de los dedos. Estaban a punto de intercambiarse. Alertado, Hennón levitó sobre la multitud desenvainando su espada.

—¡¡¡Mamá!!! —grité con todas mis fuerzas consiguiendo que, gracias a la concavidad de la sala, mi clamor llegase a oídos de las mujeres que estaban ya cogidas de las manos.

El espíritu de mi madre abrió los ojos y miró hacia nosotros. Desde lo alto, aguzó la vista y distinguió a un joven que saltaba, que parecía llamarla y que agitaba los brazos mientras otros jóvenes y dos mujeres —una de ellas oronda y ataviada con una llamativa túnica— tiraban de él hacia atrás. De repente, mientras Nindún la atraía hacia ella, un atisbo de su memoria, de los recuerdos anulados por el agua de la Fuente del Olvido, acudió a su mente. Aquel joven le resultaba familiar; no sabía exactamente de qué, pero hubiera jurado que lo conocía.

Nindún se impacientaba, deseaba sin más demora aquel cuerpo joven para gobernar el mundo. Hennón la miró; no se atrevía a ordenar nada a sus vasallos estando presente su señora. Úrsula tiraba de mí y yo, con lágrimas en los ojos, luchaba por acercarme a mi madre. Los guardias de Nindún permanecían quietos, gruñendo y con las manos en las empuñaduras de sus espadas, aguardando una orden para dar rienda suelta a su sed de sangre. Por fin, Nindún sonrió desde las alturas y extendiendo una mano hacia la puerta de la sala oval, murmuró lo suficientemente alto como para que Hennón la escuchara:

—Matadlos a todos.

Inmediatamente, el fiel lacayo avanzó hacia nosotros volando sobre los allí congregados y, blandiendo su espada, gritó en una lengua desconocida algo que hizo que todos se abalanzasen sobre nosotros enarbolando lanzas, espadas, arcos y garrotes. Como un rayo, Úrsula se acercó a la puerta y exclamó unas palabras mientras lanzaba una pequeña bola de cristal contra el quicio. Abandonamos corriendo el salón. Mis amigos tuvieron que llevarme en volandas, ya que insistía en volver junto a mi madre.

El intercambio ya se estaba llevando a cabo.

Los soldados de Hennón se estrellaron contra una pared mágica invisible que ocupaba el vano de la puerta y que hizo que se amontonaran, mientras sus espadas, lanzas y garrotes chocaban entre sí. Nindún observó el bullicio y, tras resoplar de indignación, extendió una mano. De su dedo índice brotó un rayo verde que redujo a añicos el muro mágico que había levantado Úrsula. Los secuaces corrieron tras nosotros gritando. En sus ojos, inyectados en sangre, refulgía el odio.

El templo estaba formado por innumerables corredores, pasillos y naves que desembocaban en enormes salas repletas de columnatas que, a su vez, conducían a otros pasadizos y corredores. No encontramos ni una sola escalera. Inexplicablemente, se ascendía por la pirámide sin subir escaleras ni rampas.

Al salir de la sala de mármol rosado, nos detuvimos en la nave flanqueada por dos hileras de solemnes columnas que se perdían en la lejanía. Observando con atención, descubrimos docenas de pequeñas puertas que, ocultas en las sombras del templo, daban a otros corredores y salas. Una muchedumbre que gritaba y enarbolaba afiladas espadas se lanzó contra nosotros. Úrsula los contuvo momentáneamente envolviéndolos en una burbuja gigante, mientras Andrés destrozaba la cerradura de una de las puertas con el láser, ya que todas estaban cerradas con llave. Escapamos por allí. Las huestes de Nindún no tardaron en rasgar la pompa mágica que los retenía. Y volvieron a la carga. La mayoría eran grandes hombretones peludos y cubiertos de armaduras de cuero y de afiladas puntas de hierro. Algunos nos lanzaban flechas como la que días atrás había alcanzado a mi padre en el lago. Por suerte, erraron en su empeño.

De repente nos encontramos con una trifurcación. Los guerreros de Nindún estaban a punto de darnos alcance. Arrastrados por el terror y por los nervios, nos lanzamos por aquellos pasillos por separado. Úrsula y Bibiana cogieron el corredor de la derecha, el más bajo y oscuro. Andrés y Gabi se deslizaron gritando por el pasillo central cuando una flecha se clavó en un

adorno de madera que había en la pared acertando en el grueso abrigo del científico, que se vio obligado a quitárselo y correr arrastrado por Andrés sin percatarse de que nos separábamos. Susana me llevaba de la mano y tomamos el de la izquierda, el que estaba oculto entre las sombras y giraba bruscamente formando un recodo en el que nos escondimos hasta que todo quedó en silencio. Los guardias habían pasado de largo. De aquella manera, envueltos en la densa oscuridad y conteniendo la respiración, nos habíamos escabullido de nuestros perseguidores. De momento. Volvimos al principio de la trifurcación. Susana tiraba de mí tratando de enfilar el pasillo central, por el que había visto huir a Gabi y Andrés.

—¡¡¡No!!! Ven conmigo —le imploré regresando a la galería de las columnas y dirigiéndome hacia la puerta de plata.

No había nadie. Ocultándonos tras las formaciones rocosas, avanzamos sigilosamente hacia la puerta de oro, que permanecía abierta. Con mucho cuidado, me asomé. La multitud que antes abarrotaba la sala oval había desaparecido: los hombres nos perseguían y las doncellas habían regresado a sus aposentos para realizar conjuros que nos debilitasen y nos hiciesen sentir miedo. Al fondo, Nindún y mi madre descendían por los tubos de luz y estaban a punto de tomar posesión de sus nuevos cuerpos.

—¡¡¡¡Nooo!!!! —grité corriendo hacia el triángulo luminoso.

Hennón surgió desde detrás del estrado piramidal donde descansaba el trono y se interpuso en mi camino. Esgrimía su rutilante y afilada espada. Arqueó una ceja, sonrió y asió con fuerza su arma disponiéndose a atacar. Tres metros nos separaban, distancia más que suficiente para intentar esquivarlo y acercarme al cuerpo de mi madre, que estaba a punto de ser poseído por el espíritu de Nindún. Hennón, con una rápida y sobrehumana voltereta, me cortó el paso otra vez. Un grito a mi espalda rasgó el silencio. Era Susana, corriendo hacia el primado con una antorcha en la mano. Hennón atacó espada en alto. Me eché a un lado, lo esquivé y corrí hacia el pedestal. Nindún ya alcanzaba el cuerpo de mi madre. Susana luchaba con Hennón. Sin embargo, este no tardó en reducir a rodajas la antorcha. Llegué donde reposaba mi madre y, en el momento en que le puse las manos en los hombros, poseída ya por el espíritu de Nindún, se puso en pie y con un gesto me lanzó en volandas a varios metros de distancia. Rio a carcajadas. Puso las manos en jarra, en pose orgullosa y altiva. Desde el suelo, más dolorido por la magia que había usado para lanzarme por los aires que por el impacto, la observé con lágrimas contenidas. Se frotaba las manos. Estaba a punto de fulminarme cuando Hennón requirió su atención.

—¡¡Mi señora!! ¡¡La luna!! ¡La luna!

Tras admirar unos segundos su nuevo cuerpo, voló con gracilidad hasta lo alto de la pirámide. La luz de la luna llena incidía directamente sobre el trono. Solo disponía de unos instantes para invocar la Magia. Si perdía esa oportunidad, tendría que esperar otros mil años.

Hennón se acercaba a Susana haciendo malabarismos con su espada. La estaba arrinconando. Trataba de cercarla antes de matarla. Decidió no usar sus poderes contra aquella muchacha; quería divertirse. En la pared, docenas de antorchas se consumían ajenas a nuestro drama. Una de ellas acabó en mis manos. Corrí hacia el primado. Pero me había presentido y se volvió con la espada extendida. Encogí el estómago y apenas me rozó, aunque rasgó mi ropa. Le golpeé en la cabeza con la tea y parte de su melena ardió. Dio dos vueltas sobre sí mismo sin soltar la espada. Se elevó y volvió al suelo. Susana había cogido otra antorcha.

Nindún nos ignoraba. Estaba induciendo su propio trance y realizando los conjuros que multiplicarían su poder y le permitirían acceder al Nirvana.

Aticé de nuevo la cabeza de Hennón. Él contraatacó. Susana le golpeó en un costado, en los riñones. Se encogió, corrió pero tropezó. Su espada resbaló hacia un lado. Nos lanzamos a por ella. Rodamos por el suelo. Susana la alcanzó. Hennón se había lanzado sobre mí y me había inmovilizado sentándose a horcajadas sobre mi vientre. Presionaba con ambas manos mí cuello: me estaba estrangulando. Yo trataba de zafarme de él, de liberar mi garganta de su presión, sin embargo, aquel hombre era dos veces más grande que yo. Susana le dio una patada en la cara que Hennón no vio venir. Cayó hacia un lado, dejándome libre. Tosí y respiré hondo recuperando el resuello. Entonces Susana saltó sobre él y, sin vacilar, le clavó la espada en el corazón. Hennón abrió los ojos con fuerza; le brillaban, se le inflaron y estallaron, dejando escapar por las cuencas un torrente de energía azulada que envolvió el cuerpo inerte y que, ignorando a Susana, lo elevaron hasta lo alto de la pirámide del trono, donde, convertido ya en energía, penetró en el cuerpo de Nindún. Esta rugió contrariada. Se puso en pie y, con un violento movimiento, arrancó el trono de su base, que salió volando y se estrelló contra la puerta dorada. Nindún se colocó bajo la incidencia directa de la luz de la luna llena. Alzó los brazos mirando al firmamento a través de la linterna de la cúpula, y empezó a recitar el conjuro más poderoso de toda su vida. Estaba invocando todos los poderes que poseía, poderes robados durante cientos de años a los más poderosos lamas de Oriente. Invocaba el poder para que, multiplicado por el influjo mágico de la luna, pudiera rasgar el cosmos y abrir

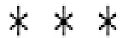
la puerta del Nirvana. Al fin iba a beber de su poder, iba a dominar el planeta, y el universo.

Atemorizados ante lo que ocurría e incapaces de detenerlo, corrimos hacia los pedestales de mármol. En uno de ellos, tumbada en forma de ovillo y muy débil, yacía mi madre en el decrépito cuerpo de Nindún-Rinpoché. Cuando la acaricié abrió los ojos.

—Daniel, hijo mío… —murmuró.

Había recuperado la memoria. Toda la memoria. Ese fue el último regalo de Nindún. Justo antes de subir al trono, mientras Susana y yo luchábamos con Hennón, le había devuelto sus recuerdos.

—Mamá… —gemí estrechándola entre mis brazos.

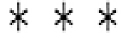


A Úrsula se le habían acabado las bolas de cristal y las burbujas. Bibiana la arrastraba de la mano en aquella huida desenfrenada. Los malignos guerreros las perseguían incansablemente. Habían aprendido a romper las paredes invisibles y a evitar las pompas gigantes. Corrían por un pasillo estrecho, bajo y bastante oscuro. Sin darse cuenta, fueron a parar a un callejón sin salida. El pasillo moría en una sala circular. La única vía de escape era el mismo corredor, por donde ya llegaban, con los ojos inyectados en sangre, los ogros de Nindún. Mis amigas caminaron hacia atrás hasta dar con sus espaldas contra la pared. Por el pasillo se oía el clamor de los guerreros que se acercaban vociferando palabras ininteligibles. De repente, aquel bullicio se trocó en silencio. Úrsula y Bibiana se miraron sin comprender. Corrieron hacia las puertas de la sala, dos hojas de madera sin relieves ni dibujos, y las cerraron de inmediato, sin asomarse siquiera para averiguar qué había ocurrido con los furiosos siervos de Nindún. A ambos lados de la puerta había dos enormes estatuas de piedra parecidas a las de Buda. La hechicera las desplazó usando su magia a fin de atrancar las puertas. Eran conscientes de que solo ganarían algo de tiempo, pues en aquella sala no había nada más, y tampoco conducía a ningún sitio: estaban atrapadas.



Después de recorrer decenas de pasillos, corredores y salones, Andrés y Gabi se encontraron en una especie de invernadero. Era una sala redonda cubierta con una gran cúpula translúcida donde crecían frutas y hortalizas de todo tipo; además de árboles y plantas florales. Andrés disparaba el láser una y otra vez. Había abatido en los pasillos a algunos guerreros de Nindún. La

herramienta resultó ser una poderosa arma que mi amigo manejaba con pericia. Sin embargo, los enemigos habían ido empujándolos hacia el invernadero, que, en una persecución como aquella, cumplía el papel de ratonera. Efectivamente, en cuanto se percataron de que los guerreros podrían aparecer por cualquiera de las múltiples puertas que conducían allí, empezaron a oírlos rugir y bramar por todas ellas. Mis amigos corrían buscando una escapatoria, pero por todas las entradas aparecían gruñendo los salvajes siervos de Nindún-Rinpoché. Gabi arrastró a Andrés hacia el centro del invernadero, desde donde mi amigo empezó a disparar el láser en redondo. No obstante, no logró acertar en los guerreros porque los árboles y las plantas se llevaban la mayor parte de los impactos. Además, Gabi tenía que permanecer pegado a la espalda de Andrés para evitar que lo alcanzara, girando sobre sí mismo al tiempo que gritaba lleno de rabia e impotencia. Algunos guerreros de Nindún sí cayeron víctimas del láser, sin embargo, de poco sirvieron aquellos aciertos, ya que no paraban de llegar más y más enemigos ávidos de sangre y armados hasta los dientes. Andrés, sin pensar en rendirse, continuó disparando en todas direcciones. Algunos de los rayos alcanzaron la parte baja de la cúpula y la rasgaron abriendo una grieta por la que cabía una persona. Gabi le señaló la posible salida. Tenían que intentar alcanzar aquella abertura.



La sala circular estaba iluminada por tres antorchas que se consumían lentamente, en silencio. Un zumbido inundó la estancia. Provenía del corredor. Úrsula y Bibiana se pegaron a la pared opuesta respirando de forma acelerada. La maga recordó algo. Abrió el bolso y sacó una cadena y la Llave de Tara. La pasó por un lado de la cinta dorada y se la puso al cuello a modo de collar. Echó un rápido vistazo a su libreta de hechizos y se remangó la túnica. El zumbido aumentaba. Dejó el bolso en el suelo. Bibiana la miraba preguntándose qué hacía, qué pasaba, qué iba a suceder. El zumbido colmó la sala. Las puertas estallaron haciendo mil pedazos las estatuas. Úrsula desvió los fragmentos de piedra y las astillas con un rápido movimiento de sus manos. Cuando desapareció la polvareda, tres mujeres aparecieron en el umbral. Eran las brujas mayores de la corte de Nindún-Rinpoché; hacían hechizos para su señora y tenían una gran sed de sangre. Úrsula no había oído hablar de ellas, pero verlas fue suficiente para entender a qué iban a enfrentarse. Podía sentir su poder, frío y despiadado. Las tres brujas lanzaron un chillido ensordecedor mientras sus ojos centelleaban y sus uñas crecían

afilándose por momentos. Entonces empezaron a elevarse en el aire. Bibiana blandió su cuchillo y se preparó para el combate. Úrsula aguzó sus viejos sentidos mientras canalizaba toda la magia que le fue posible.

* * *

Una luz envolvió a Nindún. Su voz se tornó ensordecedora, tan solemne y estremecedora que hasta las gruesas paredes de la sala oval comenzaron a temblar. Susana y yo permanecíamos acurrucados junto al pedestal en el que mi madre yacía agonizante. La había cogido en brazos. Era menuda y ligera y, pese a ser el cuerpo de nuestra enemiga, su mirada me resultaba inconfundible. Observamos con pavor cómo la bruja alcanzaba, imparable ya, el Nirvana. Una luz amarillenta lo empezó a inundar todo. Apenas se veía ya el cuerpo de Nindún, es decir, el de mi madre. La había envuelto una luz cegadora y el estruendo resultaba insoportable para los oídos humanos.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamé— ¡Esa energía nos desintegrará!

—¡Por aquí! —gritó Susana levantándose e intentando abrir las puertas que había cerca de los pedestales, aunque sin éxito.

Probamos todas las salidas en vano. Cada vez nos movíamos más deprisa, tratando de huir de la energía que emanaba Nindún, la cual empezaba a quemarnos la piel. Seguimos avanzando por la sala del trono buscando una salida. Por fin dimos con una puerta que se abría: era mayor que las demás y conducía a un jardín. Salimos y la cerramos detrás de nosotros, tratando de contener aquella magia mortífera. Corrimos por aquel patio. Al fondo vimos unas fuentes. Nos detuvimos para mirar a nuestro alrededor, para pensar hacia dónde escapar. Vimos muchas plantas tras las cuales, ocultos por la vegetación, se vislumbraban los muros de piedra que coronaban unas tejas doradas. Salpicando el lugar, descubrimos algunas estatuas de Buda. Eran tallas enormes que el paso del tiempo había escondido entre la profusa vegetación del patio. Detrás de nosotros, a la izquierda, vimos una cúpula que emergía de entre la selva multicolor. A un costado, en la pared, aunque en un lugar de honor, encontramos unas palabras grabadas en la roca. Parecían frases que habían sido especialmente conservadas a la vista, podando las plantas que rodeaban aquel lienzo de piedra y rodeándolo de flores maravillosas. Delante de aquella escritura estaban las veintiuna Fuentes de Tara formando tres círculos concéntricos. El lugar se encontraba en una extraña calma, en una paz que mantenía a raya el estruendo que albergaba la sala del trono. Era como si nada de lo que ocurría en el templo afectase a

aquel patio ajardinado. Nos acercamos a las Fuentes. Cada una representaba a una hija de Tara. Eran figuras sedentes, tenían las piernas cruzadas en la sagrada postura del loto. Sus manos formaban un cuenco del que brotaba un chorrito de agua. La expresión de aquellos rostros, que había imaginado serena, era, sin embargo, de profunda tristeza.

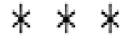
—¿Cuál será la Fuente de la Juventud? —preguntó Susana, observándolas con detenimiento, en busca de alguna señal o símbolo que las identificara.

—No lo sé; mi padre no nos lo explicó. Supongo que no lo llegó a averiguar.

—Todas parecen iguales —concluyó Susana tras un somero examen.

—Mi madre se muere, tenemos que darle ese agua, tenemos que salvarla, hay que ganar tiempo hasta que…

En aquel momento oímos algo parecido a un trueno detrás de nosotros. Nos volvimos y contemplamos un chorro de energía que había hecho añicos la cúpula de cristal de la sala oval. Aquel poder ascendía hacia el firmamento.



Las brujas se lanzaron al ataque. Revoloteaban sobre Úrsula y Bibiana intentando darles zarpazos con sus afiladas uñas. Úrsula sostenía la Llave de Tara con una mano y canalizaba magia con la otra. Cuando una de las diablesas se abalanzó contra ella, la hechicera exclamó algo y un rayo verde brotó de la Llave lanzando a la bruja contra la pared. Las otras se quedaron asombradas ante los poderes de la intrusa. Sin tregua, reanudaron el ataque. Bibiana empuñaba el cuchillo y se mantenía cerca de la pared para cubrirse las espaldas. Una la agarró del pelo clavándole las uñas en la cabeza. Al instante, los ojos de la doctora Barqueiro se tornaron rojos y se abalanzó contra Úrsula. Esta esquivó el cuchillo y asestó un puñetazo a la diablesa, que huyó revoloteando, permitiendo que Bibiana recobrara su libertad y consciencia. Otra de las diablesas atacó por un lado, y la que había sido empotrada contra la pared, regresó lanzándose en picado. Úrsula cayó al suelo y lanzó otro rayo que contuvo a una de las brujas. Bibiana había conseguido atrapar a otra y la acuchillaba mientras la tercera se recuperaba y retornaba lanzando chispas por los ojos. Úrsula liberó a la del techo y se levantó esquivando a la que regresaba a toda velocidad. Esta dio la vuelta y avanzó despacio hacia la hechicera. De sus manos brotó un fulgor rojo que iba acumulando y envolviendo como si fuera un ovillo de lana. La esfera de luz creció y, cuando era del tamaño de un balón, la arrojó contra la hechicera. Úrsula se tiró al suelo y se cubrió la cara con la Llave de Tara. La bola roja

impactó contra ella y rebotó hacia el techo, abriendo un enorme boquete. Las piedras se precipitaron contra el suelo; una de ellas alcanzó a Úrsula, que quedó semiinconsciente. Otro gran cascote atrapó a la bruja que había lanzado la esfera de poder. Aullaba de dolor mientras Bibiana terminaba de degollar a su diabólica compañera y corría en auxilio de Úrsula. La tercera se levantó de entre un montón de pequeños guijarros y polvo. Sus ojos brillaban de rabia. Caminaba hacia mis amigas invocando un poder maligno y letal.

* * *

—Si pudiera disparar contra todos a la vez —deseó Andrés, pensando en hacer un pasillo que les permitiera abrirse camino hasta la grieta.

—¡Puedes! —exclamó Gabi mientras el círculo de guerreros se cerraba cada vez más a su alrededor.

Sin perder un segundo, se quitó las gafas y se las dio a Andrés.

—¿Qué pretendes que haga? —le preguntó este con las gafas en la mano.

—Coloca el cristal sobre el cañón y dispara. La lente abrirá el rayo en abanico. La potencia se dividirá, pero se apartarán.

Andrés siguió las indicaciones del inventor y apuntó a los hombres que estaban delante de la grieta. Disparó. El rayo cruzó la lente abriéndose hacia los lados, tal como había predicho Gabi. Diez guerreros cayeron a la vez, y otros tantos se apartaron asustados ante el nuevo poder del arma. Cogidos de la mano, ya que Gabi sin gafas no veía nada, corrieron por encima de los soldados, saltaron sobre unas tomateras y alcanzaron la ansiada grieta. Estaba a metro y medio de altura. Mientras Gabi se apoyaba en Andrés para saltar a través del hueco, este colocó de nuevo las gafas en el cañón y disparó hacia los esbirros de Nindún, que ya se aproximaban. Otro devastador rayo los contuvo. Gabi ya había salido. Andrés le pasó las gafas y el láser y se dispuso a saltar. Tenía medio cuerpo fuera cuando los guerreros le cogieron por las piernas.

—¡¡¡Gabi!!! ¡¡Ayúdame!!

Gabriel se lanzó hacia él, estiró de los brazos todo lo que pudo, pero los enemigos eran muchos más.

* * *

La luz que salía de la sala oval estaba rasgando el cielo. El chorro de energía se había detenido en lo alto y parecía que arañaba el aire intentando romper una barrera imposible. Trataba de abrirse camino a otra dimensión, a otro estado cósmico usando la fuerza, saltándose los tortuosos caminos que

había que recorrer para acceder al Nirvana por méritos propios, habiendo alcanzado la sabiduría y la paz, tras seguir el camino que predicó Buda.

Impotentes y sumidos en la tristeza, observábamos como Nindún triunfaba y como la llama de la vida de mi madre se extinguía en el milenario cuerpo que la malvada bruja le había dejado. De repente oímos un grito que nos resultó familiar; miramos atrás y vimos a Gabi estirando de los brazos de Andrés, junto a la cúpula que emergía de entre la vegetación. Recosté a mi madre en el suelo y corrimos hacia nuestros amigos. Agarramos a Andrés y estiramos con fuerza de sus brazos. Mi amigo gritaba de dolor. Temía que lo ensartaran con una espada, y nosotros también. Entonces vi el láser a los pies de Gabi. Recogí el arma. Introduje el cañón por encima de la espalda de mi amigo y disparé sin saber a quién o a qué apuntaba. Se oyó un rugido y, de repente, Andrés cayó sobre nosotros, acabando todos en el suelo. Me giré y, tumbado boca arriba, apunté a la grieta, pero nadie se asomó. Nos pusimos en pie y miramos al interior del invernadero. Los guerreros seguían allí, rugiendo y mirándonos con odio, pero ni atacaban ni intentaban alcanzarnos. Eran muchos más y, sin embargo, no se atrevían a seguirnos. Algo los detenía. Debía de ser el patio, el influjo de Tara. Conscientes de que por el momento estábamos a salvo, retrocedimos hacia las Fuentes.

—¡¡Por Edison!! —exclamó Gabi cuando pudo ponerse las gafas tras esperar a que se enfriasen—. Así que estas son las dichosas Fuentes de Tara.

—Sí, pero no sabemos cuál es la de la Juventud. Estela la necesita ya —recordó Susana, acariciando la frente de mi madre, que agonizaba sobre su regazo.

—¡¿Qué es eso?! —gritó Andrés señalando la energía que ascendía desde la sala oval.

—Eso es Nindún-Rinpoché —reconocí, resignado— a punto de entrar en el Nirvana.



Dos brujas estaban fuera de juego; una degollada y la otra agonizando bajo los cascotes de la cúpula, lanzando chispas por los ojos y agudos alaridos que, poco a poco, se iban apagando, como su lamentable vida. Bibiana miraba a la tercera mientras palmeaba la cara de Úrsula, que no tardó en volver en sí. La diablesa se acercaba a ellas con las garras frente a la cara, conteniendo una bola de energía cegadora. Mis amigas, cogidas de la mano y con la Llave de Tara en alto a modo de escudo, retrocedieron hasta que dieron con su espalda en la pared. La diabólica bruja siseaba y la energía que estaba invocando

crecía entre sus zarpas. Pronto fue tan grande como una calabaza y su fulgor rojizo, tan intenso como un fuego en medio de la noche. Úrsula recordó de pronto un encantamiento que quizá podría protegerlas de aquel poder. Ordenó a Bibiana que se pusiese tras ella y, moviendo las manos con gran habilidad, pronunció el encantamiento. La maléfica bruja se elevó sobre su yerta compañera y pasó la esfera de poder a su mano izquierda. Úrsula la miró y apresuró la retahíla. La malvada tomó impulso echando el brazo hacia atrás, preparándose para arrojar sobre mis amigas aquella mortífera esfera mágica. Justo en el momento en que Úrsula concluía el hechizo, la diablesa arrojó ferozmente su poder. La maga y Bibiana se vieron envueltas por una energía azulada que actuó de escudo durante el impacto. La esfera golpeó violentamente a las mujeres que, envueltas en aquella especie de armadura mágica, fueron empotradas contra la pared. La energía combinada de aquellas magias hizo que se abriera un boquete en el muro de la sala. Úrsula y Bibiana, envueltas en su manto mágico, lo atravesaron. Cayeron de espaldas. A su alrededor había trozos del muro. La maga chasqueó los dedos para deshacer el conjuro: el manto azulado desapareció. Sobre ellas, no había techo alguno, sino el cielo. A su alrededor vieron plantas. Estaban en un patio, en el patio de Tara.

Corrimos hacia ellas al oír el estruendo de la explosión. Las ayudamos a levantarse. La diablesa graznaba al otro lado del boquete, pero sin atreverse a salir. Al igual que a los guerreros, algo le impedía seguirnos.

—Debe de ser el patio. Parece que ninguno de los súbditos de Nindún puede entrar aquí. El poder de Tara sigue siendo fuerte en este jardín —observó la hechicera cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—Pero alguien tiene que poder entrar —objeté—. Mi padre y Lang Ching dijeron que los habían golpeado. Y no creo que Nindún tuviera tanta fuerza.

—Quizá fue el tipo de pelo blanco —aventuró Susana—. Parecía el jefe de todos los demás; y era tan grande como un oso —añadió sonriendo al recordar cómo nos habíamos librado de Hennón.

—¿Es tu madre…? —me preguntó Úrsula, arrodillándose junto a ella y Susana, quien asintió—. Por todos los dioses, Nindún lo ha logrado…

—Úrsula, tenemos que darle agua de la Fuente de la Juventud. ¿Sabes cuál puede ser? —le pregunté.

—No tengo ni idea, Daniel. Todas parecen iguales —afirmó tras echar un vistazo a las esculturas—. ¡Maldición! ¡Mi bolso! ¡Se ha quedado dentro de la sala! —exclamó recordando de repente la carta de Morgana.

—¡¡¡Ohhh!!! ¡¡¡Dios mío!!! —gritó Bibiana mirando al cielo.

El haz de energía que había estado rasgando el firmamento, horadando una entrada al Nirvana, por fin lo había alcanzado. Sobre la columna de magia se abrió una especie de escotilla de la que surgió una luz cegadora que iluminó el templo como si fuera un día de sol radiante. Era una claridad suave aunque cegadora. A duras penas podíamos mirar aquella energía tan poderosa. La luz empezó a descender por la columna de magia de Nindún. Penetró por la cúpula de la sala oval e inundó con aquella fantástica energía toda la sala del trono. Caímos al suelo, aquel poder nos resultaba insoportable. Oímos un ruido ensordecedor que nos pareció una carcajada grotesca. De repente, la cúpula de la sala oval estalló en mil pedazos que volaron a varios kilómetros a la redonda. Algo se elevó en la sala, algo enorme y devastador que, poco a poco, empezó a tomar forma: era un gigante. Tenía forma humana, pero estaba hecho de pura energía; todo su cuerpo era magia. Aquel monstruo resplandeciente se puso en pie. Su cabeza casi rozaba la puerta del Nirvana. Entonces los rasgos humanos volvieron a su rostro. Era ella, Nindún-Rinpoché. Se había convertido en una diosa. Elevó los brazos mientras sonreía, introduciéndolos en aquella inagotable fuente de poder. Con su voz de trueno, reía a carcajadas. De repente, nos miró.

Nos vio acurrucados a los pies de las Fuentes, las cuales trataban de ayudarnos, aunque no podían al ser prisioneras de sus cuerpos de piedra. Nindún sacó los brazos del Nirvana. Empezó a jugar con una gigantesca bola de energía blancuzca que se pasaba de una mano a la otra; entonces bramó:

—Y ¿ahora? ¡¿Acaso pensáis que podéis siquiera mirarme?!

El suelo tembló y algunas tejas se precipitaron desde los tejados. La diablesa y los guerreros, observaban, riendo a carcajadas, como hienas y chacales, el triunfo de su señora.

—¡¡¡Déjanos en paz, bruja patética!!! —le grité poniéndome en pie.

—¡Dani! ¡¿Qué haces?! ¡¿Estás loco?! —me gritó Andrés agarrándome por la manga, tratando de volver a ocultarme, pero me zafé de él.

—¡¡¡¿¿Quééé??!!! —rugió Nindún— ¡¡¿Cómo osas, tú, mocoso insolente, dirigirme siquiera la mirada?!! —tronó al tiempo que incontables rayos brotaban de su piel impactando contra los muros del templo, que se desmoronaban uno a uno—. ¡¡Yo soy la diosa!! ¡¡Soy la nueva Señora del Mundo, la Emperatriz de la Tierra y, pronto, del universo!! ¡Soy eterna! ¡Controlo el tiempo y el espacio! —añadió manipulando una tormenta con una mano y un tornado con la otra—. ¡La Naturaleza me obedece, se arrodilla ante mí, como el mundo entero hará dentro de poco! ¡Puedo crear vida y

destruirla! —gritó al tiempo que aparecían sobre la palma de su mano extraños seres de seis patas, dos cabezas, escamas y plumas entrelazadas.

—Ahora verás, hija de…

—¡Dani, no! —gritó Susana al ver lo que me disponía a hacer.

Había cogido el láser y, sin perder un segundo, disparé, acertando en una mejilla de la diosa. Obviamente, no le hice nada. Sin embargo, la molesté. Me miró con rabia, de sus ojos brotaban chispas. Lentamente extendió su brazo hacia mí señalándome con el dedo índice, en el extremo del cual empezó a acumularse energía. Mientras, yo me había quedado inmóvil, paralizado por el miedo, aunque a ella le debió de parecer que la desafiaba. Mis amigos, escondidos entre las Fuentes, me llamaban; mi madre me miraba sintiendo que la vida se le escapaba. La mirada de Nindún-Rinpoché, aunque se parecía a la que había sido la de mi madre, no tenía ya nada que ver. Era malvada, gélida y despiadada. Úrsula pensaba en cómo salvarme, pero no se le ocurría ningún hechizo que pudiera detener el todopoderoso impacto del poder de Nindún. Cuando la magia letal de la nueva diosa se precipitaba sobre mí, la hechicera se quitó la cadena del cuello y la lanzó al aire; con su magia la mantuvo flotando justo delante de mí en el instante en que el haz de poder iba a impactar sobre mi cuerpo. La Llave de Tara detuvo gran parte de aquel ataque, aunque acabó por desintegrarse. Fue como una descarga eléctrica. La energía que no detuvo la Llave de Tara me envolvió. Caí al suelo de un salto y me dominaron unos espasmos que me convulsionaron de arriba abajo. El láser, que blandía cuando la magia me alcanzó, se electrificó y saltó de mis manos, cayendo a un lado. Había sobrevivido gracias a la Llave de Tara, pero esta había sido destruida para siempre.

—Úrsula, la Llave… —gimió Susana.

—Nindún es ahora más poderosa que Tara, hija.

Una oscura carcajada asoló el templo. Nindún estaba pletórica. Al fin era la diosa que siempre había anhelado ser. Mis amigos corrieron en mi ayuda, pero la energía que aún recorría mi cuerpo impidió que pudieran tocarme. La hechicera sostenía a mi madre; apenas un hilo de vida la unía ya a este mundo. Nindún nos miró y su expresión cambió.

—Estoy un poco más que harta de vosotros. No sé para qué os habéis molestado en venir. Era mi destino ser diosa, y ya lo soy. ¡Vaya! Daniel Monreal, ¡sigues ahí! —exclamó reparando en mí, que convulsionaba en el suelo—. Parece que a tu patética hechicera le quedaba algún truco en la manga —observó notablemente molesta—. Ya está bien. Vais a ser los primeros en comprobar la magnitud de mi poder —anunció sosteniendo una

esfera del mundo en sus manos—. ¡Observa, Daniel, lo que hago con tus amigooosss!

Al instante, antes de que los chicos pudiesen reaccionar, la esfera del mundo con la que jugaba Nindún se evaporó. La diabólica diosa, tras frotarse las manos con satisfacción, lanzó cuatro rayos contra la pared de la sala oval. Cuando impactaron, en vez de destruirla, abrieron un boquete, pero no al salón del trono, sino a otro lugar, fuera de aquel tiempo y aquel espacio. Entonces, Andrés, Bibiana, Gabi y Susana se vieron atrapados en un torrente de energía que los precipitó hacia aquellos portales mágicos. Impotente, sin apenas poder mover un dedo, vi cómo eran absorbidos y enviados a aquellos lugares. La hechicera no pudo reaccionar. Algo le impedía moverse, hacer un conjuro, o lanzar un encantamiento que ayudara a nuestros amigos. Algo la llamaba, la reclamaba, pero no sabía qué.

Gabi se encontró atado a un madero. Pensó que era un mástil, aunque enseguida descubrió que se trataba de una hoguera. Nindún lo había hecho viajar en el tiempo hasta la Edad Media. Estaba en una plaza, rodeado de gente y frente a él, en una tribuna, un grupo de eclesiásticos lo miraba con desprecio. Sus ropas habían desaparecido, y en su lugar, vestía únicamente una túnica sucia. El oficiante del auto de fe hizo un gesto a modo de señal y dos soldados que portaban sendas antorchas se dispusieron a prender fuego a la pira.

Andrés se encontraba en medio del desierto. De repente, docenas de máquinas apisonadoras aparecieron en el horizonte dirigiéndose hacia él sin intención de detenerse. Mi amigo echó a correr, pero las máquinas estaban a punto de darle alcance.

Susana apareció en una calle oscura. Entonces escuchó gritos y vio aterrada cómo cientos de personas con la mirada desencajada y el cuerpo putrefacto la perseguían con un único deseo en sus rostros: devorarla. Susana corría intentando escapar, pero acabó en un callejón sin salida desde donde vio horrorizada a aquellos zombis acercársele sin remedio.

Bibiana había acabado siendo el plato fuerte de una tribu de caníbales de la Amazonia central. Se encontraba atada de pies y manos a un madero que giraba sobre un fuego que empezaba a dar demasiado calor. El hechicero de la tribu estaba haciendo libaciones y ofrendas a sus dioses mientras varios hombres tocaban frenéticamente unos tambores y otros bailaban una danza ritual.

Nindún contempló su obra y sonrió. Me miró y, sin decir una palabra, volvió a ocuparse del Nirvana bebiendo su infinito poder. Úrsula se puso en

pie, caminó hacia el muro de la sala oval y se quedó un instante contemplando la suerte de sus amigos. Se volvió y me vio sollozar mientras las descargas eléctricas me mantenían inmovilizado y atormentado. Más allá, a los pies de las Fuentes, mi madre yacía moribunda y, en lo alto, sobre su cabeza, Nindún-Rinpoché saciaba su inagotable sed de poder. No había hechizos para enfrentarse a una diosa. Nada de lo que había aprendido en sus muchos años de bruja habría podido salvarnos. Y tampoco podía enfrentarse a Nindún-Rinpoché sin morir inútilmente. No temía a la muerte y habría dado su vida si eso hubiera servido para salvar al menos a uno de nosotros. Sentía que tenía que hacer algo. Pero no comprendía qué. Miraba a su alrededor buscando desesperadamente una solución, una respuesta, una salida. Entonces vio una sombra entre los arbustos. Temió que un nuevo enemigo la acechara. La figura emergió de entre la vegetación. Úrsula no podía creer lo que veía. Era Morgana.

—Recuerda, querida nieta, recuerda a las niñas —dijo la gran hechicera, rodeada por una aureola iridiscente, con una voz suave y repleta de cariño.

Úrsula, con los ojos llenos de lágrimas, asintió. Acababa de recordar lo que su abuela le decía en su carta: las hijas de Tara lloraban a su madre. Una vieja melodía no tardó en brotar de su garganta; la misma nana que Morgana le cantaba cuando apenas sabía caminar, la misma que le cantó a Susana en el autobús, la misma melodía que le hacía dejar de llorar en cuanto escuchaba la primera nota. Empezó a tararearla, al tiempo que miraba a su abuela, que, de repente, desapareció. Y donde se le había aparecido Morgana, vio una lápida de piedra con unas palabras grabadas, unos versos escritos en una lengua antigua, desaparecida, pero que ella, sin comprender cómo ni por qué, entendía. Aquellas frases encajaban en la melodía. Volvió a mirarnos un momento. Vio a Gabi sobre un fuego cuyas llamas empezaban a envolverlo; contempló a Andrés cercado por las diabólicas máquinas que querían triturarlo; a Susana a punto de ser alcanzada por aquellos seres del infierno; a Bibiana, que ya había perdido el conocimiento y cuya ropa empezaba a arder; a mi madre, que se moría en aquel milenario cuerpo; y, al final, se fijó en mí, retorciéndome de dolor en el suelo. Entonces elevó la mirada y vio a Nindún-Rinpoché, convertida en una diosa despiadada e implacable. Úrsula cerró los ojos y cantó más alto, repitiendo una y otra vez aquellas palabras que no conocía pero que entendía y que hicieron temblar el templo. Nindún, ajena a todo, seguía ocupada en beber más y más poder del Nirvana. Entonces las Fuentes crujieron y empezaron a deslizarse. Las estatuas deshicieron los círculos que habían formado durante siglos y se juntaron, se abrazaron y

formaron un arco precedido por un pasillo envolvente. Al fondo de aquel pasadizo, bajo el arco que formaban cuatro de las estatuas que se cogían de las manos, brillaba una luz rosada. El fulgor aumentó hasta eclipsar parte de la energía que desprendía Nindún-Rinpoché. Úrsula estaba justo enfrente de la luz, cantando aquella nana, y las Fuentes, las hijas de Tara, le sonreían y la llamaban con su mirada. Úrsula me miró una vez más y avanzó hacia la luz. Apresuró sus pasos cuando se percató de que Nindún sacaba la cabeza del Nirvana. Cuando la hechicera entró en el pasillo, las Fuentes se deslizaron, envolviéndola. Nindún se apercibió entonces de que algo pasaba a sus pies. Con infinita indignación, observó que las Fuentes habían cambiado de posición. Alguien había cantado con amor la nana de las huérfanas. Alguien iba a ocupar el lugar de Tara e iba a hacerse con el poder que había anhelado durante tantos siglos. No podía permitirlo. De modo que se lanzó contra ellas con las garras encendidas. Pero en ese instante, una columna de energía rosada brotó desde el centro de las Fuentes e impactó contra el rostro de Nindún obligándola a retroceder. La columna de magia creció hasta volverse tan alta como la otra. A continuación empezó a tomar forma. Se perfilaron las curvas y se moldeó el rostro. Era Úrsula. Nindún la miró horrorizada.

—¡¡¿Cómo osas robarme el poder de Tara?!! —le gritó desafiante.

—Solamente al ser cantada con amor, Nindún-Rinpoché, las niñas sintieron que no estaban solas y abrieron sus brazos y su corazón. Tú siempre la entonaste con odio y codicia; con egoísmo y maldad. Por eso nunca te escucharon —le explicó Úrsula con una voz de trueno que igualaba a la de Nindún.

Esta rabió. Sus dientes chirriaron y se clavó sus propias uñas al apretar los puños. Los ojos se le salían de las órbitas. De repente, su expresión cambió.

—Quizá tú tengas el poder de Tara —admitió—. Pero recuerda que ya destruí a esa diosa una vez. Y lo hice sin poseer todo lo que ahora atesoro, ¡el poder absoluto!, ¡el Nirvana! —apostilló introduciendo un brazo en el manantial mágico y apuntando a Úrsula con el otro, a punto de lanzarle una descarga letal.

—Tienes razón. Tú venciste a Tara con mucho menos poder del que ahora posees. —Nindún sonreía satisfecha, parecía que Úrsula se rendía—. Sin embargo, no te has dado cuenta de que ahora dispongo de todo el poder que necesito para vencerte —dijo al tiempo que de sus manos brotaban dos columnas de energía que penetraron por la abertura del cielo—. Yo también puedo beber del Nirvana.

Nindún no esperó más. Lanzó su poder e impactó en el pecho de Úrsula. Esta trastabilló aunque consiguió mantener el equilibrio. Contraatacó con un poderoso rayo que Nindún contuvo con facilidad. La diosa lanzó a su vez dos haces que Úrsula detuvo demostrando rápidos reflejos.

La lucha se tornó encarnizada. Nindún rezumaba odio y atacaba a Úrsula sin darle un momento de respiro. La hechicera trataba de contener los rayos e intentaba beber del Nirvana. Cuando logró alcanzarlo, Nindún la atacó con todas sus fuerzas y consiguió apartarla del manantial. Pero un golpe certero de Úrsula hizo que la pérfida diosa perdiera el equilibrio, cayendo desde lo alto del templo. La maga aprovechó para beber todo lo que pudo. No obstante, Nindún reapareció de repente materializándose en forma de dragón de un solo ojo y lanzándose directamente al cuello de la hechicera. El dragón envolvió a Úrsula con una cola llena de puntiagudas púas, mientras sus mandíbulas se clavaban en el cuello de nuestra amiga. Nindún la obligó a arrodillarse, alejándola así del Nirvana.

Observé la batalla sin poder cerrar los ojos. En medio del cielo, dos enormes y fulgurantes figuras se batían en un duelo mortal. Úrsula estaba débil. Ni todo el poder que las hijas de Tara le habían entregado ni lo que absorbió del Nirvana parecía suficiente para detener a Nindún-Rinpoché. Úrsula lanzaba rayos a diestro y siniestro, sin embargo, su enemiga la tenía inmovilizada; le habían crecido patas y colas de serpiente que envolvían a la maga apretando cada vez más fuerte y cubriéndola más y más. Ya solo se veían la cabeza y los brazos de mi amiga. Úrsula trataba de estirar una mano para alcanzar de nuevo el Nirvana. Buscaba obtener el poder necesario para librarse del dragón y asestarle el golpe definitivo. Pero estaba atrapada e inmovilizada.

La energía que me había mantenido en letargo fue desapareciendo y, al fin, pude moverme. Tenía el cuerpo entumecido. Oí un zumbido a mi lado, giré la cabeza y con el rabillo del ojo vi algo que brillaba. Era el láser. Estaba cerca de mi cabeza y brillaba con intensidad. Como la Llave de Tara había mermado la capacidad destructiva del rayo de Nindún, el láser había absorbido mucha energía del ataque. Comprendí que albergaba una ingente cantidad de poder y tuve una idea. En un esfuerzo que me hizo gritar de dolor, conseguí volverme hacia aquel lado. Arrastré mi maltrecho cuerpo hacia el láser. Estiré el brazo y lo alcancé. Atraerlo hacia mí supuso un esfuerzo titánico. Mi cuerpo se rebelaba, pero mi voluntad era más fuerte. Me costó arrastrarlo; parecía que pesase una tonelada. Úrsula no podía aguantar más. Me concentré. Mi brazo pareció escucharme. Así el láser y plegué el brazo

acercándolo hacia mí. Respiré profundamente. Miré alrededor: mis amigos estaban a punto de morir, mi madre ya había cerrado los ojos, Úrsula desaparecía envuelta en el mal. Concentré toda mi energía en coger el láser con ambas manos. Lo levanté y lo apoyé sobre mi pecho. Otro esfuerzo y lo puse en pie. Apunté. Ambas diosas apenas se movían. Nindún apretaba el cuello y Úrsula apenas aguantaba. Apunté al único ojo del dragón, que fijó su mirada en mí.

Disparé.

Un potente rayo amarillento brotó del cañón mientras el aparato chispeaba entre mis manos. Hice blanco. El rayo impactó en el ojo de Nindún. La bestia lanzó un grito desgarrador y soltó a su presa para protegerse la cara con sus zarpas. El láser temblaba y zumbaba, recalentándose por momentos. Tenía que descargar en Nindún la magia que ella me había lanzado. Debía debilitarla todo lo posible para que Úrsula se rehiciera. Me dolía todo el cuerpo, el láser me estaba quemando las manos y sentí que iba a desmayarme. Sin embargo, mi mente me decía que aguantase unos instantes más, hasta que el láser vertiera todo el poder. Tras unos segundos que se me antojaron eternos, el rayo se apagó. El láser empezó a temblar entre mis manos, las chispas saltaban por todas partes. Supe que iba a explotar. Lo arrojé a un lado y rodé hacia el opuesto protegiéndome la cabeza y los ojos. Una explosión ensordecedora acompañada de un fogonazo colmó el patio durante un instante. El láser se desintegró. Pero había conseguido lo que quería: mientras Nindún-Rinpoché, metamorfoseada en dragón, se cubría la cara con sus garras, cegada por el impacto, Úrsula se había desembarazado de ella y se había lanzado sin demora hacia el Nirvana. Antes de que Nindún pudiese reaccionar, recuperada ya su forma humana, la hechicera ya tenía un brazo en el manantial místico y, con el otro, apuntaba a la maligna. Nindún lanzó un grito afilado y se lanzó al ataque. Úrsula no le concedió ni un segundo. De su mano brotó un chorro de energía, de magia cegadora, que alcanzó a Nindún en el pecho y la envolvió ramificándose en miles de pequeños rayos que rasgaron la piel de la malvada diosa, abriendo llagas por las que se le empezó a escapar el poder acumulado durante cientos de años. Nindún luchó por desprenderse de aquellas zarzas mágicas que la envolvían y que la estaban despellejando. Gritaba y sufría porque veía que su anhelado poder divino se le escapaba. Entonces, Úrsula sacó la mano que mantenía en el Nirvana portando una brillante esfera esmeralda. Nindún la miró horrorizada, podía sentir el magnífico poder que contenía. Los rayos que la envolvían seguían abriendo llagas en su piel. Su cuerpo, hasta hacía un momento henchido de

magia, comenzaba a menguar y perder luminosidad. Al sentir que se le escapaba el poder, hizo un intento de alcanzar la puerta del Nirvana. Se elevó en el aire alzando los brazos, ávida de la magia que desprendía el paraíso budista. Sin embargo, la magia de Úrsula la encadenó al suelo e impidió que se elevara más. Úrsula miró hacia arriba, como si esperara instrucciones. Después miró a Nindún-Rinpoché, cada vez más pequeña y menos refulgente. Cerró los ojos y extendió los brazos hacia la diabólica bruja. La esfera esmeralda se deslizó en el aire, lentamente, y se detuvo a unos metros de Nindún, que la miraba impotente mientras todo su preciado poder se le escapaba del cuerpo ascendiendo en volutas luminosas que entraban en el Nirvana, retornando a sus legítimos propietarios: los lamas. La esfera se precipitó sobre la bruja, aumentando de tamaño y envolviéndola por completo, como si se tratara de una burbuja. Cuando la tuvo en su interior, la esfera comenzó a brillar intensamente. Acto seguido empezó a encogerse reduciendo el colosal tamaño de la bruja, cuyos gritos de dolor y rabia colmaron la noche de aquella dimensión. Todo quedó a oscuras en la sala oval, donde fue a perderse el reducido cuerpo de Nindún. Úrsula observaba atentamente con un gesto de templanza y serenidad. En ese instante un haz de luz salió del Nirvana y se precipitó al interior del salón del trono. Segundos después, el cadáver de Nindún-Rinpoché ascendió por el interior del haz. Justo enfrente de la cara de Úrsula, la ascensión se detuvo. La hechicera colocó una mano bajo el cuerpo de la bruja y apuntó con la otra a mi madre, prácticamente inerte. Ambos cuerpos se iluminaron y cuando el fulgor de la luz desapareció, el intercambio ya se había llevado a cabo. Las cosas volvían a su lugar. Mi madre estaba a mi lado, en su verdadero cuerpo, rejuvenecida y viva, aunque dormida. El viejo cuerpo de Nindún continuó su ascenso hacia el Nirvana, y cuando se perdió en la inmensidad de la cegadora luz del más allá, la puerta que la bruja había rasgado en el cielo se cerró. Ya solo el fulgor de Úrsula iluminaba la noche. Sin perder un instante, la maga señaló hacia donde se encontraban mis amigos y, al instante, desaparecieron de aquellos horribles lugares reapareciendo a mi lado, muertos de miedo todavía, pero sanos y salvos. Al momento, las puertas a aquellas dimensiones se cerraron. Mis amigos se miraron los unos a otros; se palpaban a sí mismos para comprobar que estaban vivos, que no era un sueño. Una luz llamó nuestra atención. Úrsula apareció ante nosotros, brillando, colmada de energía, pero con su tamaño habitual. Se acercó y, envuelta en una aureola de poder, se arrodilló a mi lado. Con suavidad, puso una mano sobre mi frente. Al instante, todos los temblores y el dolor de la descarga eléctrica desaparecieron. Fue como si nada

hubiera pasado. Nos pusimos en pie y la abracé.

—Has cumplido tu misión, Daniel. Todos lo habéis logrado —dijo después con su voz de siempre aunque impregnada de cierto misticismo.

La miré emocionado. Mi madre despertó, se levantó y nos abrazamos. Mis amigos también lo hicieron. Sobraban las palabras. Las emociones se nos agolpaban y no sabíamos qué decir. Úrsula sonreía satisfecha.

—Úrsula, ¿estás…? —preguntó al fin Susana, con lágrimas en los ojos.

—No. No he muerto, cariño. Simplemente he cambiado. Mi naturaleza humana se ha fundido con la magia. No podría haber deseado un destino mejor. Además, mi sueño se ha cumplido.

—Es verdad —añadió Susana, emocionada—, eres madre.

Úrsula sonrió con una infinita bondad y después miró hacia atrás. Veintiuna niñas la miraban sonrientes. Ya no eran de piedra, estaban vivas de nuevo, envueltas en la misma aureola de divinidad que rodeaba a nuestra amiga. La muerte de quien mató a su progenitora les había devuelto la vida y, como a Úrsula, también se les había concedido su deseo: tener una nueva madre que las cuidara y les diera todo su amor.

—¿Qué vas a hacer a partir de ahora? —me atreví a preguntarle a la nueva diosa, incapaz de imaginar la vida de alguien como ella.

—Tengo mucho trabajo: poner este templo en orden, deshacerme de las criaturas de Nindún y arreglar todo el mal que hizo a lo largo de los siglos. No va a ser sencillo. Además, hay miles de personas en el mundo a las que tendré que visitar para hacerles saber que Nindún-Rinpoché ha muerto. Su secta debe desaparecer y debo ayudar a sus seguidores a recuperar el recto camino. Y también habré de continuar el trabajo que Tara no pudo terminar.

Mi madre me cogió de la mano.

—Vámonos a casa, Dani…

—Úrsula, necesito lo que vinimos a buscar —le dije recordando a mi padre.

Al instante, la hechicera asintió, juntó las manos y, del fulgor mágico que las envolvía, brotó un manantial de agua cristalina que se depositó en un recipiente dorado que apareció flotando delante de mí. Cuando estuvo lleno, lo tomé con las dos manos y se lo entregué a mi madre.

—Esto sanará a tu padre, palabra de hechicera —dijo Úrsula, conmovida.

—¿Cómo volveremos a nuestro mundo y a casa? Ahí fuera es de noche. Y os recuerdo que el motocarro se había quedado sin gasolina. Tampoco tenemos linternas ni comida —dijo Andrés pensando en una buena cena y una cama.

—¿Recordáis la *puerta de atrás*? —preguntó la maga—. Yo os la abriré.

—Sí, pero el camino a Katmandú había quedado obstruido —recordó Gabi.

—No os preocupéis. Mis nuevos poderes me permiten encargarme de todos esos problemas —dijo guiñándonos un ojo—. Es hora de que os marchéis. Gracias, amigos míos. Siempre estaré a vuestro lado —añadió sonriendo con ternura.

Se acercó hacia sus hijas. Nos pidió que nos juntásemos unos a otros para que cupiéramos en el Dado Invisible. Alzó un brazo y su mano se iluminó.

—¡¡Espera!! —exclamó Bibiana—. Úrsula, ¿podrías hacer algo con el templo de Zeus…?

—Claro —respondió parpadeando lentamente—. Ya está hecho.

—Muchas gracias.

—Gabriel —dijo la maga antes de enviarnos de vuelta a Wampa-Singh—, tú eres ahora el dueño de la mansión y el heredero de todos los libros de Morgana. Cuando volváis a casa, todo estará a tu nombre. Continúa mi labor y procura ser más indulgente con los aprendices que algún día tendrás, de lo que yo fui contigo. Andrés, eres el protector, cuídalos a todos de mi parte. Susana, niña mía, te quiero mucho y estaré a tu lado. No te preocupes por nada. En casa te esperan con los brazos abiertos y tu carrera será brillante… Y tú, mi querido Daniel, cuida siempre de tu familia como lo has hecho estos días. Nunca te faltará el valor y la fuerza, y no porque la magia te lo dé, sino porque tienes de sobra en tu corazón —dijo mientras una lágrima resbalaba por su mejilla precipitándose al suelo en el momento en que nos lanzó un rayo que nos envolvió.

—¡¡¡Úrsula!!! ¡¡¿¿Volveré a verte??!! —pregunté cegado por su poder.

—Seguramente…



Todos los aldeanos se despertaron al oír el estruendo. Sonó como si una enorme cristalera hubiera estallado en mil pedazos. El Dado Invisible explotó dejándonos a la intemperie. No llovía y tampoco hacía frío. Miramos alrededor y reconocimos al instante la plaza de Wampa-Singh. Me quité el abrigo y se lo puse a mi madre, ataviada aún con las ropas que Nindún había elegido para entrar en el Nirvana. Cuando los primeros curiosos se atrevieron a bajar a la plaza, corrimos hacia el motocarro, aparcado donde lo habíamos dejado algunas horas antes. Comprobamos con sorpresa que el depósito estaba lleno. Sin más demora, nos pusimos en camino.

* * *

Cuarenta y ocho horas después, tras varios vuelos y un par de noches en hoteles donde encontramos todo reservado y pagado con antelación, tomamos tierra en el aeropuerto que nos había visto partir días atrás. Era una bonita mañana veraniega de finales de julio. A la salida nos esperaba una limusina para llevarnos a casa. El chófer nos explicó que una dama oronda y muy elegante, además de enigmática, se había presentado en sus oficinas con instrucciones muy precisas. Nos miramos y compartimos una sonrisa cómplice.

A media mañana llegamos al hospital. La doctora Estevil, con mohín serio, nos exigió una explicación en cuanto nos vio aparecer. Pero no había tiempo que perder, así que mis amigos la entretuvieron mientras mi madre y yo entramos a la habitación de mi padre. La encontramos en penumbra. La luz se colaba por las rendijas de la persiana y solamente se escuchaba el zumbido de las máquinas que lo mantenían con vida. Me acerqué a la cabecera de la cama. Mi padre yacía con los ojos cerrados y su piel se adivinaba cetrina. Estaba conectado a multitud de cables y tubos que lo encadenaban a una vida agónica. Abrí el recipiente dorado y lo acerqué a sus labios. Con cuidado entreabrí su boca y vertí el agua de la Fuente de la Juventud. Al principio no lo tragaba y se le derramaba por las comisuras. Mi madre se dio cuenta de que yo estaba nervioso y me pidió calma. Volví a intentarlo, más despacio, confiando en que el elixir hiciera efecto poco a poco. Vertí un poco más. De repente comenzó a tragarlo. Eché más y siguió bebiendo. En unos segundos abrió los ojos y me miró. Bebió hasta que se acabó. Sin decir nada, se sentó y nos miró sonriendo. Nos abrazamos. Luego mis padres se fundieron en un abrazo y se besaron.

—Tengo un recado para ti —me dijo después, repuesto por completo—. Úrsula me ha dicho que te pida que conserves esto —dijo extendiendo una mano, en la que contemplé con gran sorpresa la Llave de Tara—. También me ha dicho que ha plantado Tarines Dorados donde tú ya sabes, por si un día quieres ir a visitarla. Y ha añadido que el mapa de Morgana vuelve a estar en el cuadro y el resto de sus cosas en la mansión.

Cogí la Llave emocionado. Volví a abrazar a mi padre, completamente sano e incluso rejuvenecido. Después, mientras recuperaba la calma, mi madre lo ayudó a quitarse todas las agujas, cables y tubos que amarraban su cuerpo. Se vistió y, al salir de la habitación, nos topamos con la doctora Estevil, que se había zafado de mis amigos y que, al ver a mi padre en pie,

sufrió tal impacto que necesitó apoyarse en una enfermera para no caer desplomada allí mismo.

En la entrada del hospital nos encontramos con mis amigos, que nos esperaban junto a la tía Margarita y Óliver. Los habíamos telefoneado desde la limusina y, cuando nos vieron, mi hermano pequeño corrió hacia nosotros y saltó a nuestros brazos hecho un mar de lágrimas. Por fin estábamos de nuevo juntos. El peligro había acabado. Mi tía y mis amigos se acercaron y se unieron en un abrazo tan intenso que ha durado para siempre en mi memoria y en mi piel.

Andrés y Gabi no tuvieron que dar muchas explicaciones en sus respectivas casas, porque la directora del centro para personas sin hogar —la hermana Aurora María Pérez de Tomelloso, una mujer gruesa, vestida de forma extravagante para ser religiosa y muy simpática—, se había presentado ante sus padres para agradecerles en persona su paciencia y generosidad.

El caso de Susana fue parecido. La extravagante amiga de la joven —en palabras del Cerilla— se había personado en la comisaría para mediar entre padre e hija. El corazón de acero del inspector Delagua acabó por reblandecerse ante las palabras de la extraña señora y su orgullo se desvaneció, recibiendo a Susana con un cariñoso abrazo cuando llegó a su casa. Además, el inspector le dijo a su hija que la apoyaría en su carrera en el Departamento de Policía.

La nueva actitud del inspector nos afectó a todos. Por un lado, Susana y yo pudimos seguir adelante con nuestra relación y, por otro, Andrés, Gabi y yo ya no volvimos a estar en el punto de mira de la policía. Quizá aquella nueva actitud era la consecuencia de aquel misterioso *no te preocupes por nada…* que Úrsula le dijo a Susana en el Templo de Tara.

* * *

La doctora Bibiana Barqueiro retomó su vida de aventuras y expediciones. A los pocos años se metió en política y hoy ostenta un cargo en el Ministerio de Cultura.

Susana ingresó en la policía y desarrolló una brillante carrera que la convirtió en la comisaria más joven de Europa. Su instinto para resolver los casos más complejos alcanzó la categoría de leyenda. Ha colaborado incluso con el FBI. En cuanto a nuestro noviazgo, no duró mucho. Pasamos dos años inolvidables juntos, pero, con el tiempo, desarrollamos intereses y metas diferentes. Decidimos continuar por separado y seguir siendo buenos amigos.

Gabi llevó a cabo su carrera de inventor y visionario, que le permitió mejorar el mundo desde los laboratorios de algunas de las empresas tecnológicas más importantes del mundo. Patentó numerosos inventos que hoy forman parte de nuestra vida cotidiana. Además, en su tiempo libre regresa a su mansión del acantilado, donde ha cultivado otros conocimientos para los que había demostrado gran habilidad. Sus poderes aumentaron, formó a toda una nueva generación de brujos y su destreza es comparable a la de su mentora.

Andrés se tomó en serio lo de proteger a las personas y acabó estudiando medicina. Ha participado en numerosas investigaciones que han logrado descubrir el remedio para varias enfermedades raras y elaborar nuevas vacunas. Viaja por el mundo como voluntario de Cirujanos allende los mares.

Y yo, bueno, yo tomé el testigo de mi padre, estudié Historia e Historia del arte y, tras un tiempo dando clases en la universidad, decidí recorrer el mundo siguiendo la pista de civilizaciones perdidas y de tesoros legendarios. No es una vida demasiado cómoda, pero está llena de momentos únicos. Vuelvo de vez en cuando a casa para visitar a mis padres, ya jubilados, a mi hermano Óliver, profesor de música en un instituto, y para intentar ver a mis viejos amigos, con los que no es sencillo coincidir.

A ratos, cuando la nostalgia llama a mi puerta, pienso en aquel verano en el que tomé conciencia de lo verdaderamente importante en la vida: la amistad y el amor. Tal vez esa añoranza me ha hecho poner por escrito estas aventuras reconstruidas gracias a mis propios recuerdos y a las memorias de mi madre durante su cautiverio.

Termino estas líneas antes de embarcarme en un viaje que llevo años demorando. Estoy en un hotel de Katmandú. Anoche aterricé proveniente de Atenas. En mi zurrón, junto a una copia del viejo mapa de Morgana, refulgen la Llave de Tara y un par de Tarines Dorados que arranqué ayer en la Acrópolis. Sí, como ya habréis imaginado, en unas horas espero reencontrarme con una vieja amiga a la que le debo mi vida, la de mis amigos y la de mi familia. Aunque, para ser exactos, todo el mundo le debe su vida.

Así que la saludaré de vuestra parte.

FIN


alboores
PARIS
EL SECRETO DEL ELIXIR MÁGICO
Óscar Hernández-Campano
Lectulandia